



130

16130
~~2022~~

16130

16130



Pu
en 4
de o

El in
la
Los
m
y

Hist
(e)

Ivan
Quin
Rob
Guy
tu

Los
Vein
Vizo

A B
Luc
La E
El C

Los

Obr
jo

Cant

Com

en la

Histe

LA MARAVILLA.

Administracion, calle de la Leona, n.º 4.—Barcelona.

Gran sociedad editorial

dirigida

POR D. MIGUEL DE RIALP.

Publica las mas grandes obras del saber humano en tomos de unas 400 páginas en 4.º, con primorosas láminas, y ricamente encuadernados a la suiza con mosaicos de oro y brillantes colores.

OBRAS PUBLICADAS.

Seccion Recreativa.		Seccion Instructiva.	
	Tomos		Tomos
Miguel de Cervantes.		Malte Bruu.	
El ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha (segunda edicion) . . .	2	La Geografia universal, segunda edicion.	2
Los trabajos de Persiles y Sigismunda.—La Jitanilla.—Rinconete y Cortadillo.	4	J. A. Fleury.	
Le Sage.		Historia de Inglaterra, Escocia é Irlanda.	3
Historia de Gil Blas de Santillana (en prensa la segunda edicion). . .	2	Julio Zeller.	
Walter Scott.		Historia de Italia.	2
Ivanhoe.	1	Adolfo Garnier.	
Quintin Durward.	1	La Moral social.	1
Rob-Roy.	1	Fernando Selo	
Guy Mannering.—El oficial aventurero.	2	Compendio de los libros históricos de la Santa Biblia.	1
Alejandro Dumas.		Gutlemin.	
Los Tres Mosqueteros (1.ª parte) . . .	2	Historia Antigua.	2
Veinte años despues (2.ª parte). . .	2	Idem de Grecia.	2
Vizconde de Bragelone (3.ª parte). .	6	V. Duruy.	
Fenimore Cooper.		Historia Romana.	2
A Bordo y en Tierra (1.ª parte). . .	4	Bouchot.	
Lucia Hardinge (2.ª parte).	4	Historia de Portugal.	4
La Bruja del Mar.	1	Romey y Jacob.	
El Corsario Rojo.	1	Historia de Rusia.	2
Paul de Feval.		Miehaud y Poujoulat.	
Los Amores de Paris.	2	Historia de las Cruzadas.	1
Francisco de Quevedo.		Teófilo Lavalée.	
Obras selectas, criticas, satiricas y jocosas.	1	Historia de Francia.	8
José Zorrilla.			
Cantos del Trovador.	1		

ATLAS GEOGRÁFICO UNIVERSAL.

Compuesto de 48 magníficos mapas iluminados.

LA SAGRADA BIBLIA

en latin y castellano, anotada por Scio de San Miguel, con setenta láminas: 40 tomos.

EN PUBLICACION.

Historia de los Soberanos Pontífices, por Artaud de Montor: de 12 á 14 tomos. Publicados, 8 tomos.

LA MARAVILLA.

Administración, calle de la Leona, n.º 4.—Barcelona.

Gran sociedad editorial

dirigida

POR D. MIGUEL DE RIAP.

Publica las más grandes obras del saber humano en tomos de unas 500 páginas en 4.º, con hermosas ilustraciones y preciosos encuadernados a la más alta posición de arte y brillantez de colores.

OBRA PUBLICADA

Sección Recreativa		Sección Instructiva	
Tomos	Titulo	Tomos	Titulo
1	El mundo de los siglos	1	Historia de España
2	El mundo de los siglos	2	Historia de España
3	El mundo de los siglos	3	Historia de España
4	El mundo de los siglos	4	Historia de España
5	El mundo de los siglos	5	Historia de España
6	El mundo de los siglos	6	Historia de España
7	El mundo de los siglos	7	Historia de España
8	El mundo de los siglos	8	Historia de España
9	El mundo de los siglos	9	Historia de España
10	El mundo de los siglos	10	Historia de España
11	El mundo de los siglos	11	Historia de España
12	El mundo de los siglos	12	Historia de España
13	El mundo de los siglos	13	Historia de España
14	El mundo de los siglos	14	Historia de España
15	El mundo de los siglos	15	Historia de España
16	El mundo de los siglos	16	Historia de España
17	El mundo de los siglos	17	Historia de España
18	El mundo de los siglos	18	Historia de España
19	El mundo de los siglos	19	Historia de España
20	El mundo de los siglos	20	Historia de España

ATLAS GEOGRAFICO UNIVERSAL

Compendio de la geografía mundial.

LA SAGRADA BIBLIA

Edición y traducción por el Sr. D. Juan de Dios, con notas de los mejores autores.

Publicada por el Sr. D. Miguel de Riap, por el Sr. D. Juan de Dios, con notas de los mejores autores.



HISTORIA
DE LOS
FRANCESES

desde la época de los galos hasta nuestros días.

TOMO VIII.



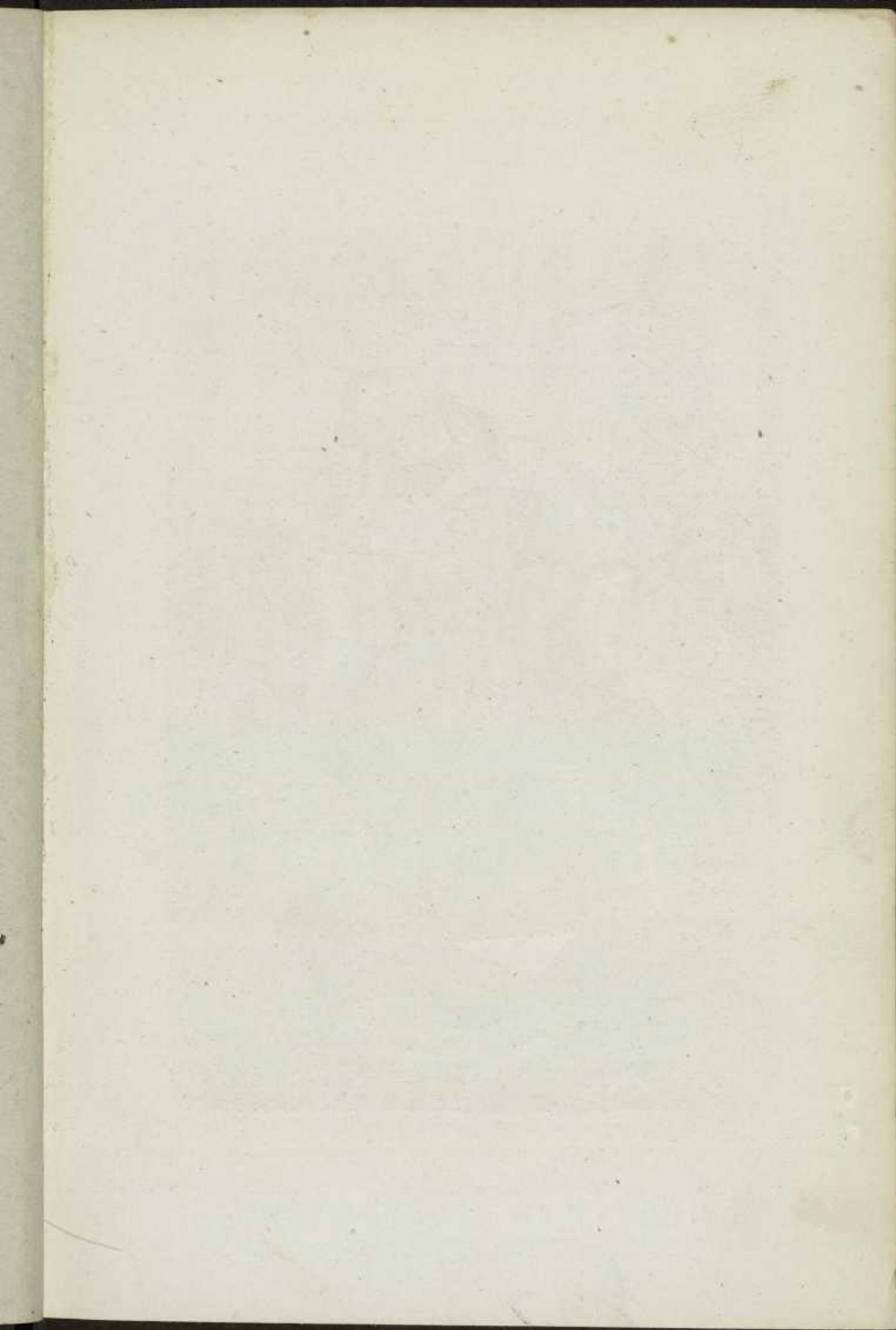
HISTORIA

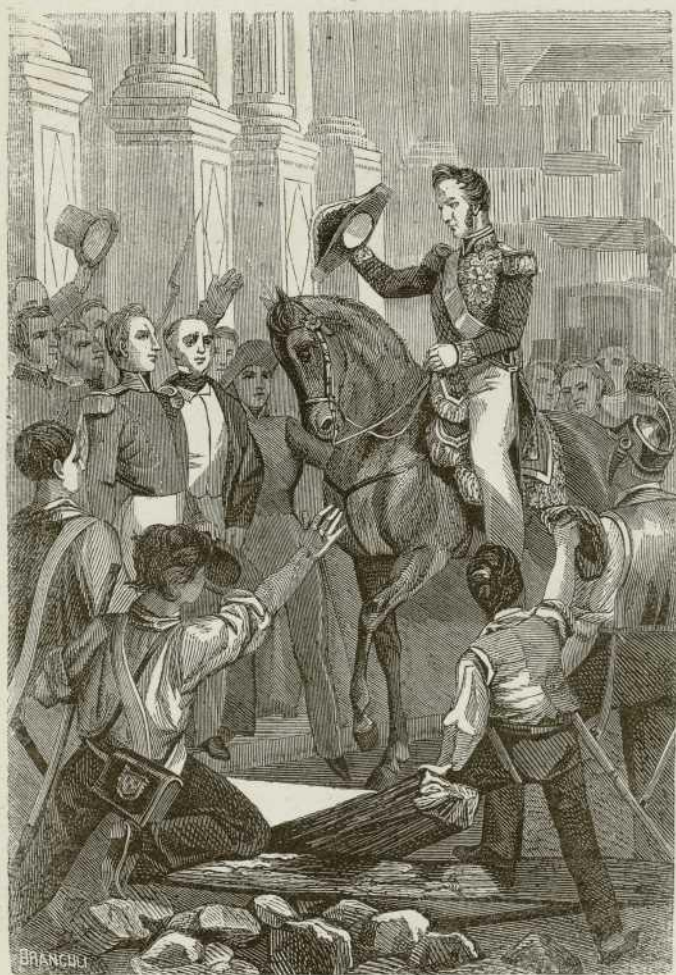
DE LOS

FRANCOSES

que se les dio de los señores de la corona de España

TOMO III





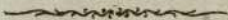
HISTORIA
DE LOS.
FRANCESES

DESDE LA ÉPOCA DE LOS GALOS HASTA NUESTROS DIAS,

POR PABLO LACROIX.

traducida

POR D. V. GEBHARDT.



El hombre marcha, pero Dios le guía.
FENELON.

—
TOMO OCTAVO.
—

MADRID
LIBRERÍA DE SAN MARTIN
calle de la Victoria, 9.

BARCELONA
LIBRERÍA DEL PLUS ULTRA
Rambla del Centro, 15.

1860.

ISTORIA

DE LA

FRANCOSES

POR PABLO LACROIX.

POR D. V. GERHARDT.

Imprenta de **LUIS TASSO**, en Barcelona.

calle Guardia, 15.

TOMO OCTAVO

BARCELONA	MADRID
LIBRERIA DEL PIOS ULTRA	LIBRERIA DE SAN MARTIN

Reservados los derechos

Calle de la Victoria, 10

1880

HISTORIA

DE LOS

FRANCESES

DESDE LA ÉPOCA DE LOS GALOS HASTA NUESTROS DÍAS.

TOMO OCTAVO.

CONTINUACION DE LA RESTAURACION.

CARLOS X.

Todo el mundo se hallaba preparado para el nuevo reinado, los unos para temerlo y para alegrarse los otros: sabíase cuanto había combatido el conde de Artois las ideas constitucionales de Luis XVIII, y no se ignoraba que en su advenimiento al trono solo veía la restauracion completa del antiguo régimen bajo el doble punto de vista político y religioso. La elevacion del nuevo rey fué pues un triunfo para el partido clerical y para el ultra-realista, que si bien marchaban de acuerdo las mas de las veces, no se confundian jamás á pesar de ser la Congregacion el alma comun á los dos. Los liberales por otra parte desconfiaban de un rey constitucional que nunca se habia reconciliado con la carta, y que profesaba abiertamente la religion del poder absoluto, y esto no obstante París y la Francia permanecian tranquilos, sin que la autoridad debiese recurrir á medidas extraordinarias de policia y de severidad; no se dejó oír grito alguno sedicioso; ni un movimiento popular indicó la existencia de una conspiracion revolucionaria, y hubiérase dicho que los carbo-

narios y los republicanos habian desaparecido desde la guerra de España. Luis XVIII muerto, excitó mas simpatías de las que encontrara en vida, y reconocieronse á porfía sus buenas cualidades, su talento, su prevision, su firmeza y su buen sentido. La cuestion política empero no preocupó mucho á los parisienses hasta el regreso de Carlos X á su capital; durante seis semanas los funerales del difunto rey bastaron para mantener en suspenso la curiosidad pública. París no habia presenciado semejante espectáculo desde la muerte de Luis XIV, y el grande y exclusivo asunto del país, parecia ser el entierro de Luis XVIII. El cortejo que trasladó sus restos á San Dionisio el dia 23 de setiembre, recorriendo los bulevares desde la calle de la Paz, habia sido ordenado con prodigiosa magnificencia, segun las tradiciones del ceremonial y los usos de la antigua monarquía, siendo una fiel representacion de las costumbres y de los trajes del tiempo pasado. El féretro permaneció expuesto en la iglesia de San Dionisio, tendida de terciopelo negro con flores de lis, y deslumbrante de luces. Carlos X podia verificar entonces su solemne entrada en París, la que tuvo lugar con la misma pompa real que acompañara la salida del difunto rey; la multitud era tambien la misma, pero se mostraba mas conmovida y animada: los grandes dignatarios de la corona, los heraldos, los porta-estandartes reaparecian con sus históricos trajes; la campana de Nuestra Señora y los cañones de los Inválidos dejaban oír su majestuoso estrépito, y Carlos X montado á caballo solo tuvo que presentarse para granjearse el afecto de los asistentes; su arrogante actitud, su aire de bondad y su distincion hechizaron todos los ojos, en especial los de las mujeres, y el nuevo rey adquirió aquel dia una verdadera popularidad. Despues del *Te-Deum* de Nuestra Señora, Carlos X volvió á las Tullerías, que no habian conservado vestigio alguno de los funerales del último rey, y el dia 25 de octubre fué colocado este en el real panteon al lado del duque de Berry. Frayssinous, obispo de Hermópolis, fué el encargado de pronunciar la oracion fúnebre de Luis XVIII, y en ella recordó á su auditorio y sobre todo á Carlos X que el rey de Francia no debia dejar subsistir por mas tiempo el espíritu revolucionario, y consideró el nuevo reinado como el de « un cristiano que debia llevar al gobierno la religion que abrigaba en su alma. » A ejem-

plo del orador eclesiástico, el rey tampoco nombró á la carta al abrir en persona la legislatura el día 22 de diciembre; evitó extenderse mucho acerca de las instituciones otorgadas por su hermano y destinadas á *reunir el pasado y el presente*, pero no vaciló en prometer la indemnización, «grande acto de justicia y de política,» que Luis XVIII hiciera presentir al inaugurar la legislatura anterior, cuando habló de «cerrar las últimas heridas de la revolucion.» El discurso del trono, que amenazaba á todos los propietarios de bienes nacionales, cortó el vuelo á las esperanzas que el advenimiento de Carlos X hiciera concebir aun al partido liberal, despues del decreto de 29 de setiembre que suprimia la censura de los periódicos; olvidóse aquel síntoma de buen agüero para pensar únicamente en los proyectos de ley que el ministerio iba á presentar á las cámaras, y á pesar de que el soberano se habia obligado á indemnizar á los emigrados, «sin aumentar los impuestos ni perjudicar al crédito,» reinaba en el país la mayor ansiedad, y los poseedores de bienes nacionales creíanse ya despojados. Y no eran únicamente los personajes y las familias cuyos bienes habian sido confiscados y vendidos por la revolucion los que debian participar de aquella restitucion nacional, sino tambien los perjudicados por la era revolucionaria en su fortuna privada, en su industria, en sus empleos y en sus pensiones. El principio de la indemnizacion no habia sido definido ni podia serlo de un modo equitativo. Ambos proyectos de ley relativos á ella fueron presentados el día 3 de enero al mismo tiempo que el de la dotacion real que era su exordio, y la mayoría que esperaba ser llamada á tomar parte en la indemnizacion, no discutió siquiera los veinte y cinco millones á que la dotacion ascendia, sin las rentas de las posesiones de la corona que formaban una suma igual. Solo suscitó algunas objeciones un artículo particular del proyecto de ley, devolviendo á la familia de Orleans el patrimonio constituido por Luis XIII en favor de su hermano Gaston.

El favor dispensado al duque de Orleans era el precio y la recompensa de su reconciliacion con el nuevo rey. Aquel príncipe, que bajo el reinado de Luis XVIII habia permanecido separado totalmente de la corte, y que era considerado con razon ó sin ella como la bandera de los descontentos, no dejó empezar el reinado

de Carlos X sin reconciliarse con la familia real. Esta aceptó con afán sus proposiciones, y Carlos X, que se exageraba á sí mismo los beneficios de un tratado de paz entre la corona y el duque, no solo devolvió á su primo el patrimonio que le convertía en el mas rico propietario de Francia, no solo parecia abrir otra vez al primer príncipe de la sangre el camino del trono reemplazando su título de *alteza serenísima* por el de *alteza real*, sino que le prometió una parte de mas de cuarenta millones en las futuras indemnizaciones, é hizo le devolver cuantas propiedades, tierras, rentas y acciones podia reivindicar en los dominios del Estado el heredero de Felipe Igualdad. Carlos X y sus consejeros íntimos, los duques de Riviere y de Polignac, lisonjeábanse de haber comprado á tal precio la neutralidad del jefe de partido, sino la gratitud del príncipe de la sangre, al tiempo que la cámara, que rechazaba cuantas demandas de socorro le dirigían los veteranos del imperio, votó una pensión vitalicia para los soldados y subalternos que formaban parte de los regimientos suizos el 10 de agosto de 1792. La especie de popularidad que reconquistara Carlos X á su elevacion al trono, no resistió á los primeros golpes que contra ella dirigió el ministerio presentando leyes opuestas á los votos del país, pareciendo que seguía el gobierno una marcha preparada y convenida de antemano aun en los asuntos de la política exterior. Al ceñir la corona Carlos X se habia sometido á los tratados secretos de la Santa Alianza, y el príncipe de Metternich dirigióse en persona á París durante el mes de marzo, á fin de ponerse en directa comunicacion con el nuevo aliado de los reyes europeos. La muerte del papa Pio VII (20 de agosto de 1823), al cual sucediera Leon XII, y la muerte del rey de las Dos Sicilias, Fernando I (4 de enero de 1825), eran accidentes de escasa importancia en medio del vasto sistema del equilibrio europeo; mas la muerte de un rey de Francia como Luis XVIII podia acarrear consecuencias muy graves para las grandes potencias aliadas y para el reposo del mundo, y hé aquí porque Metternich, primer ministro de la Santa Alianza lo mismo que del emperador de Austria, tuvo necesidad de avistarse con Carlos X y quizás con los ocultos jefes de la Congregacion. La Grecia continuaba en tanto su sangrienta y gloriosa lucha contra la opresion otomana, y la Santa Alianza

no veía ya con tan malos ojos la causa de los griegos que no trataban de derrocar un trono legítimo ni de sustraerse al poder de un rey hereditario: era aquella la contienda de dos pueblos distintos en origen, costumbres y religión; era la guerra entre los turcos y los cristianos. Por otra parte la Rusia y el Austria se hallaban interesadas en ver disminuir en Europa la influencia de la Turquía, y no parecía ya tan remoto el momento en que las armas de la Santa Alianza apoyasen la insurrección griega. El gobierno francés parecía haber también reconocido el principio de la misma, reconociendo la independencia de la isla de Santo Domingo, mediante una indemnización de ciento cincuenta millones en favor de los antiguos colonos (17 de abril de 1825); pero por una de aquellas incoherencias muy frecuentes en todas las políticas egoístas, pocos meses antes de firmar la paz con la república de Haití y de sancionar un gobierno regular salido de la revolución, Carlos X había celebrado un tratado con la Rusia y la España (3 de diciembre de 1824) con objeto de poner otra vez á la última potencia en posesión de sus colonias de la América del Sur. Este tratado empero no tuvo ni podía tener resultado alguno, y no hizo más que consolidar la existencia de las nuevas repúblicas, con las cuales había ya fraternizado el gobierno de la Gran Bretaña.

La ley del sacrilegio había servido en cierto modo de prólogo á la de la indemnización, y era una especie de indemnización moral y religiosa ofrecida al clero para consolarle de sus bienes raíces confiscados por la revolución. El proyecto, redactado sino concebido por el guarda-sellos Peyronnet, fué presentado primeramente á la cámara de los pares, y Molé, Broglie, Lanjuinais, Pasquier y Chateaubriand hablaron con energía y elocuencia contra él, si bien se adivinaba que lo hacían por odio más al ministerio que á la ley, que parecía querer reproducir otra vez la fanática jurisprudencia de los antiguos tribunales. Por una confusión extraña aquella ley que solo era aplicable á los ladrones de vasos sagrados, despertó los temores de la gente honrada y pacífica que veían en ella un síntoma de persecución religiosa, y cuando la temida ley llegó á la cámara de diputados, la Francia entera guardó silencio para escuchar con estupeor la discusión que ya oyerá en la cámara de los pares. Bour-

deau, Bertin de Vaux, Benjamin Constant y Royer-Collard elevaron su voz contra la ley; pero á pesar de sus esfuerzos esta alcanzó mayoría, rechazándola únicamente noventa y tres votos.

Los ánimos se hallaban aun conmovidos por el siniestro aparato de la ley del sacrilegio, cuando la ley de indemnizacion dió lugar á prolongados debates en el seno de ambas cámaras. La de los diputados dió principio á la discusion el dia 17 de febrero, despues de un estudiado dictámen de Martignac, recomendando el proyecto como un *acto de leal y sagrada politica*; veinte y cuatro oradores habian pedido la palabra en contra, y treinta en pró, siendo los discursos de Girardin, de Labbey, de Pompieres, de Casimiro Perier, de Benjamin Constant, de Mechin y del general Foy los mas notables de la oposicion. Todos los miembros de la izquierda protestaron con igual energía, pero ciento veinte y cinco votos eran impotentes contra doscientos cuarenta y nueve, y la indemnizacion, para cuyo pago debíanse crear treinta millones de rentas con el capital de mil millones y el interés de tres por ciento, fué en breve un hecho consumado. El ministerio que habia alcanzado tan trabajosa victoria en la cámara de diputados, no podia temer una derrota en la cámara de los pares, cuyos miembros en su mayor parte creian justa y política la ley que se les presentaba. Esto no obstante Molé, Broglie y de Barante condenaron la ley en su esencia, demostrando su escandalosa iniquidad, y Chateaubriand censuró la forma y el espíritu de la misma, que convertia una idea de concordia, de moral y de religion en un pretexto de codicia, de agiotaje bur-sátil: «Quisiéra saber, señores, dijo, en qué tiempo estamos. Nos proponen leyes religiosas dignas de la austeridad del siglo XII, y al mismo tiempo se nos ocupa con proyectos de hacienda que parecen pertenecer á una época mucho mas inmediata á nosotros. Es preciso sin embargo ser lógicos ante todo; no podemos ser á la vez jugadores y cristianos; no podemos mezclar decretos contra el sacrilegio con medidas de agiotaje!» Detrás de aquella indemnizacion en rentas del tres por ciento veia el vizconde á muchos oscuros extranjeros, «que habian de explotar en su provecho una ley de justicia y convertir en oro los restos de nuestra gloria y nuestra libertad.» Reclamó pues varias enmiendas, una reforma radical de la ley, y sobre todo el abandono de las

rentas á tres por ciento, las que consideraba como nuevos asignados; mas la bolsa esperaba aquel papel para sus especulaciones, y la proposicion de Roy, que queria reemplazarlas con rentas á cinco por ciento, no fué admitida por la mayoría. El proyecto, sin embargo, sufrió varias modificaciones que le hicieron volver á la cámara de diputados, donde se reanimó la discusion mas viva y obstinada que nunca; la *obra de desgracia*, como la llamaba el general Foy, no quedó completa hasta el 27 de abril, cuando gran número de hombres de Estado, entre ellos el conde Villele, habia tenido tiempo para hacer su fortuna en la bolsa, que se convirtió desde entonces, por decirlo así, en capital del mundo político.

Villele habia creado las rentas á tres por ciento en beneficio de los emigrados solo para llegar naturalmente á su antiguo proyecto de reduccion general de los fondos, y al hacerlo cumplia además el compromiso que contrajera con la compañía que se habia encargado de aquella operacion el año anterior. La compañía, anonadada bajo el peso de veinte millones de rentas que habia comprado al principio, no podia salvarse sino por medio de un nuevo proyecto de ley, y en este, que sirvió como de apéndice á la ley de indemnizacion, dejábase á los rentistas la libertad de aceptar el reembolso ó la conversion facultativa de sus rentas de cinco por ciento en títulos del tres por ciento á setenta y cinco francos ó en títulos de cuatro y medio por ciento al par. Bertin de Vaux y Casimiro Perier, revelaron desde la tribuna el verdadero objeto de la ley que debia proporcionar á los especuladores los medios de liquidar con grandes ganancias sus inmensas adquisiciones de títulos. Villele se defendió con talento y audacia, y su ley sobre la deuda pública fué votada en la cámara de diputados, y no halló en la de los pares la resistencia que hiciera sucumbir la primera ley de conversion. Chateaubriand la comparó al sistema de Law y á las reducciones del abate Terray, que tanto contribuyeron á la ruina de la monarquía: «Quién trastorna las fortunas, trastorna las costumbres, dijo con severidad; quién ataca las costumbres conmueve á la religion, y quien conmueve á la religion pierde á los Estados.» Estas palabras no impidieron á la mayoría el adherirse al proyecto del ministerio, y quedó admitida la legalidad de la reduc-

cion de las rentas, cuando empezaban ya á realizarse las previsiones de los hombres de buen sentido. La creacion de la renta tres por ciento sin conversion obligatoria del cinco por ciento consolidado, abrió el campo á un desenfrenado agiotaje; pocos rentistas entendidos cayeron en el lazo de la conversion facultativa, y solo los ilusos y los especuladores aprovecharon el beneficio de la ley con la esperanza de aumentar su capital. La proximidad del cinco por ciento debía ser contraria, sino funesta, al tres y al cuatro y medio por ciento, que bajaron casi al momento á un precio menor al de su emision, y despues de sucesivas fluctuaciones que solo aprovecharon á los agiotistas, establecióse entre las diversas clases de rentas la igualdad é interés que era natural, volviendo este interés, que Villele habia pretendido reducir, á su ordinario equilibrio; la distribucion de las indemnizaciones tuvo por resultado inmediato el despertar en las clases elevadas de la sociedad el vergonzoso amor al dinero que caracterizaba antes á los hombres de negocios; los nobles se precipitaron sobre los mil millones como una presa disputándose con furor los beneficios de la calidad de emigrado, y los abogados, notarios y procuradores no permanecieron inactivos en aquel cúmulo de litigios. La reparticion de los fondos se hizo, á decir verdad, con mayor equidad de la que podia esperarse; examinándose los títulos y derechos de cada uno: el duque de Orleans, recibió catorce millones; la familia de Montmorency, doce millones; el duque de La Rochefoucauld-Liancourt, un millón cuatrocientos mil francos; el general La Fayette, cuatrocientos cincuenta mil francos, etc. La emision de treinta millones de rentas á tres por ciento no aumentó en mucho el presupuesto, que solo se elevaba á nuevecientos quince millones, los cuales prometían ser cubiertos por los ingresos con un excedente de nueve millones; esto no obstante, la discusion fué muy viva contra el ministerio, y las dos oposiciones, ultra-realista y liberal, le atacaron sin compasion en todos los artículos del presupuesto.

Antes de ser votado este y cerradas las cámaras, Carlos X hizose consagrar en Reims en 29 de mayo, modificando ligeramente el antiguo ceremonial usado por los reyes de Francia á fin de apropiarlo en lo posible al espíritu del siglo XIX y del

gobierno constitucional. El rey, acompañado del Delfin y de los duques de Orleans y de Borbon, hizo su entrada en Reims la víspera del día de la ceremonia, y su cortejo, compuesto de los grandes dignatarios del reino, de los diputados de las principales ciudades, de los generales del ejército y de las autoridades del departamento le siguió hasta la catedral, en medio del repique de las campanas y de las salvas de artillería. El cardenal arzobispo de Reims recibió á Carlos X bajo palio en la puerta de la iglesia, y le dirigió un discurso en el cual juzgó la consagración bajo el punto de vista político: «¡No creais, dijo, que nuestros reyes vengan á recibir la unción santa para adquirir ó asegurar sus derechos á la corona! No, sus derechos son mas antiguos: dependen de su nacimiento, de la inmutable ley que ha fijado á la religion en el trono de Francia y á la cual dá la religion la fuerza de un deber de conciencia.» Despues de aquella alocucion en la que evitó el cardenal Latil evocar la antigua supremacía de la Iglesia sobre la corona de los reyes, el cardenal de La Fare pronunció un sermón deplorando las calamidades revolucionarias, y rezadas las vísperas, y cantado el *Te-Deum*, Carlos X fué conducido á sus habitaciones, donde recibió el presente tradicional de la ciudad de Reims: «Señor, dijo el alcalde, os ofrecemos lo mejor que poseemos, nuestros vinos, nuestras peras y nuestros corazones.» El día siguiente al despuntar el alba, la antigua basílica de San Remigio se llenó de una multitud deslumbrante de oro y de plata, de diamantes y de pedrerías, de seda y de encajes; el cuerpo diplomático, presidido por el nuncio del papa, asistió á la ceremonia, y Carlos X, rodeado de su servidumbre, sentóse delante del altar donde brillan la corona y el manto real. Cantado el *Veni Creator*, el rey, con la mano puesta en el libro de los Evangelios, pronunció en alta voz el siguiente juramento: «En presencia de Dios, prometo á mi pueblo mantener y honrar nuestra santa religion, como corresponde al rey cristianísimo y al hijo primogénito de la Iglesia; administrar á mis súbditos leal y buena justicia, y gobernar por fin segun las leyes del reino y la carta constitucional, cuya fiel observancia juro; así Dios me ayude y sus santos Evangelios!» La ceremonia continua luego segun el ritual antiguo; el primer gentil hombre de cámara quita la túnica al real

neófito; el montero mayor le calza unos borcegufes de terciopelo, y el Delfin las espuelas de oro; el arzobispo de Reims le ciñe la espada de Carlomagno; el rey hinca la rodilla, y el prelado le unge siete veces. En seguida revístese el rey de una túnica y de una dalmática de raso de color de violeta, sembrada de flores de lis; cubren sus espaldas con el manto real; ponen en su dedo un anillo bendito, entréganle el cetro y la mano de la justicia, y ponen en su frente la corona real. Carlos X es acompañado procesionalmente hasta su trono, donde abraza al Delfin y á los príncipes; el arzobispo exclama: *¡Vivat rex in æternum!* y todos los asistentes repiten con alborozo *¡Viva el rey!* Abrense las puertas de la catedral; el pueblo penetra en la nave y mezcla sus alegres gritos á los de la corte; la música militar llena los aires con entusiastas sonos, las campanas son echadas á vuelo, el cañon ruge; mil pajarillos, puestos en libertad para simbolizar las franquicias de la Francia, vuelan bajo las bóvedas de la iglesia; los heraldos gritan *Noël y Largueza*, y arrojan medallas acuñadas en honor de la consagracion; es aquel un espectáculo magnífico que no se habia visto hacia cincuenta años, y que parece transportar á los asistentes á los siglos ya pasados. El oficio fué seguido de un festin en el antiguo salon, donde Carlos X, con la corona en la cabeza y revestido con las insignias reales, se presentó en medio de los retratos de sus predecesores consagrados en Reims desde Clodoveo. Al dia siguiente, el rey celebró capítulo para la recepcion de nuevos caballeros del Espíritu Santo y de San Miguel, entre los cuales habia tres mariscales del imperio, Soult, Jourdan y Mortier, y Ravez, el presidente perpétuo de la cámara de diputados. Una amnistía general habia servido de prelude á la ceremonia, y despues de celebrar aquel acontecimiento con un diluvio de gracias y honores, volvió el rey á París el dia 6 de junio con una extraordinaria pompa, que contrastaba á decir verdad con el escaso entusiasmo del pueblo.

Pocos meses despues, el pueblo opuso á las fiestas de la consagracion una solemnidad no menos significativa. El general Foy, que habia gastado los restos de su vida en las devoradoras luchas de la política, murió el dia 28 de noviembre, víctima de su elocuencia y de su abnegacion patrióticas; y luego que tan ter-

rible noticia se difundió por París, no hubo ciudadano que no creyese haber perdido á un amigo. La consternacion fué general, y el pesar, la gratitud y la admiracion de los parisienses les impulsaron en masa á los funerales del gran ciudadano; el féretro fué acompañado por veinte mil personas andando en buen órden y con la cabeza descubierta á pesar de la lluvia que caía á torrentes. Casimiro Perier, tutor de los tres hijos del general, fué el primero en tomar la palabra cerca del sepulcro de su amigo: «¡Lloremos, exclamó, la inmensa pérdida experimentada por la patria!» y cuando pronunció estas palabras: «¡La Francia adoptará á la familia de su defensor!» los asistentes le interrumpieron gritando: «¡Sí, sí, la Francia la adopta! ¡Los hijos del general Foy son los hijos de la patria!» En efecto, aquella misma tarde se abrió una suscripcion nacional para elevar un monumento á la memoria del ilustre difunto y para dotar á sus hijos, suscripcion que, encabezada por el duque de Orleans con diez mil francos, produjo mas de un millon en el espacio de algunas semanas. Iguales demostraciones se verificaron en los funerales de Manuel, de Camilo Jordan y de Estanislao de Girardin, que á poco intervalo uno de otro, dejaron un irreparable vacío en las filas de la oposicion liberal; mas el luto universal con que se rodeaba el sepulcro de los defensores de las libertades públicas, no lograba advertir al poder de que empeñaba contra estas un combate peligroso y desigual. El ministerio, al que se conocia con el nombre de *deplorable*, impulsado por la Congregacion, intentaba amordazar á la prensa, y cada dia instruía causa contra alguno de sus órganos con gran disgusto y sensacion popular.

Estos no eran mas que síntomas de la situacion moral de la Francia; su situacion política no habia sido desde mucho tiempo tan estable y floreciente. La oposicion, que se habia lanzado con todos sus recursos en la cuestion religiosa, contribuyó á extinguir el espíritu revolucionario que parecia muerto ya en Europa; la oposicion se habia convertido francamente en monárquica; no conspiraba ya, ni prestaba juramentos sobre puñales, y limitaba sus ataques á los jesuitas y al ministerio. La Europa habria gozado de profunda paz á no ser los gritos desesperados de la Grecia que llama en su auxilio á los pueblos cristianos, y que si bien luchaba aun, parecia próxima á caer des-

fallecida. Después de prodigiosos esfuerzos, de heroicos hechos de armas dignos de los mejores tiempos de la antigua Grecia, y de victorias sin número así por tierra como por mar, el gobierno provisional helénico dirigió un solemne manifiesto á la Europa, denunciando la cruel neutralidad de los soberanos que habian proporcionado en secreto armas, municiones y buques á la Puerta Otomana; y la nacion griega, víctima de tanta deslealtad, colocó su independencia nacional y su existencia política bajo la absoluta defensa de la Gran Bretaña (27 de julio de 1825). En contestacion á este manifiesto, el rey de Inglaterra prohibió á sus súbditos tomar las armas así en favor como contra los griegos, mandándoles observar para con ambas partes beligerantes la mas estricta neutralidad (30 de setiembre), y aunque el protectorado de la Gran Bretaña no se ejerció al principio de un modo eficaz en favor de la Grecia, fué bastante para modificar las disposiciones hostiles de los miembros de la Santa Alianza, viéndose obligados por fin los estados europeos á imitar la conducta de la Inglaterra. No era la Turquía el único enemigo con quien debia combatir la Grecia: el virrey de Egipto, Mehemet-Alí, habia enviado una escuadra bien equipada y un ejército disciplinado para reemplazar á las tropas desorganizadas y los buques desmantelados del sultan; la nueva escuadra arrolló delante de sí los brulotes de Miaulis y de Canaris, mientras que el ejército se apoderaba otra vez de Navarino, de Trippolizza y de las ciudades del Peloponeso. El coronel francés Fabvier, el inglés Gordon y los generales griegos Colocotroni y Demetrio Ipsilanti solo podian oponer partidas intrépidas pero estenuadas de miseria y de fatiga á las excelentes tropas de Ibraim-Bajá, hijo del virrey, y entonces pareció comprender por primera vez el emperador Alejandro que la causa de la Grecia independiente iba unida á los intereses de la Rusia, no debiendo abandonar á la Inglaterra los beneficios de un protectorado que solo á él pertenecia como jefe de la religion griega y protector de las provincias Danubianas. Alejandro, empero, no habia emprendido cosa alguna sin la cooperacion ó el consentimiento por lo menos de la Santa Alianza, y limitábase á instar á sus aliados para que se ocupasen junto con él de la cuestion griega, y á ofrecer su intervencion para poner fin á la larga y encarnizada guerra entre

musulmanes y cristianos. Con ello habia logrado ya modificar las disposiciones de los gabinetes europeos respecto de la insurreccion helénica, cuando murió casi de repente el dia 1.º de diciembre en Tangarock, durante un viaje emprendido á Crimea. Dijo que habia sido estrangulado en una barca en el mar de Azow por los grandes oficiales que le acompañaban; pero según la formal declaracion de su médico, murió del tifus despues de varios dias de enfermedad. El gran duque Constantino, hijo primogénito de Alejandro, habia renunciado de antemano á todos sus derechos al trono en favor de su hermano Nicolás; pero esto no impidió que fuese en su ausencia proclamado en San Petersburgo, á despecho de una nueva renuncia hecha por el duque desde su residencia de Varsovia, cumpliendo así la voluntad testamentaria del emperador Alejandro. A ejemplo de los carbonarios italianos habíanse formado en Rusia muchas sociedades secretas, sin poseer empero una organizacion general ni tender á un objeto fijo y positivo. Aquellas sociedades, cuya existencia jamás se habia sospechado, quisieron servirse del pretexto que les ofrecia la voluntaria abdicacion del gran duque Constantino, y el príncipe Tronbelskoi, el príncipe Odoewsky y algunos otros nobles, oficiales los mas de la guardia imperial, excitaron á sus soldados á protestar contra ella; el populacho, á quien abundantes distribuciones de dinero y de licores fermentados habian ganado á una causa que le era indiferente, se unió á la sediciosa protesta de la guarnicion de San Petersburgo, y el dia 26 de diciembre los regimientos sublevados se hallaban formados en batalla en la plaza del Senado, llenando una multitud tumultuosa las calles inmediatas. El nuevo emperador Nicolás, acompañado de su tercer hermano el gran duque Miguel, se arrojó casi solo en medio de los soldados furiosos y de los boyardos ebrios; les arengó, les amenazó, les dirigió súplicas, y si ninguno de los conjurados se atrevió á ofenderle, todos rechazaron la usurpacion y se empeñaron en apariéncia lo menos en sostener los derechos de Constantino. Los gritos aumentaban, la rebelion se propagaba como un incendio, y los cañones cargados de metralla contestaron á los primeros fusilazos que salieron de las filas rebeldes, no quedando en pocos momentos otras huellas del motin que quinientos cadáveres tendidos en las piedras de la

plaza. Nicolás, que acababa de mostrar tanto valor y sangre fría, tuvo en breve en su poder á los jefes todos de la conspiracion, y el príncipe Troubelskoi, preso uno de los primeros, reveló los nombres y los planes de sus cómplices. Algunos condenados á ser descuartizados fueron ahorcados por conmutacion de pena, y los demás fueron enviados á Siberia. Una comision, instituida para averiguar las causas y descubrir á los autores de los acontecimientos del 26 de diciembre, estableció su dictámen oficial que «algunos jóvenes de ardiente y desarreglada imaginacion, seducidos por los perniciosos ejemplos de las revoluciones que habian trastornado á la Europa por espacio de treinta años,» se habian abandonado al *sueño de una reforma absoluta* en Rusia, y habian combinado *en las tinieblas* los medios para llevarla á cabo. La conspiracion era consecuencia de la que, descubierta en 1817, habia modificado tan radicalmente las aspiraciones del emperador Alejandro, y al hablar el dictámen de los varios atentados contra la vida de aquel príncipe frustrados por circunstancias imprevistas, daba claramente á entender la clase de muerte que habia dejado vacante el trono de los czares. El emperador Nicolás se apresuró á declarar á sus aliados que conformaria su política con la de su predecesor, y que seria como él el firme sosten de la Santa Alianza.

Así, pues, la muerte de Alejandro no parecia deber alterar lo que se llamaba el equilibrio europeo, y aunque eran muy recientes en Francia los recuerdos de 1814 y 1815, para que fuese muy sentido el fallecimiento del autor de la coalicion extranjera, Carlos X no olvidó á su *magnánimo* aliado en el discurso que pronunció al abrir la legislatura, el dia 31 de enero de 1826. Las palabras de la corona anunciaron el reconocimiento de la independencia de Santo Domingo y la indemnizacion concedida á los antiguos colonos por la república haitiana, de la cual era Boyer presidente; la opinion pública no se ocupó mucho de aquel hecho consumado, pero á través de una frase oscura, en la que se hablaba *de conservar el patrimonio de las familias*, descubrió el restablecimiento del derecho de primogenitura, que el guarda-sellos no vaciló en proponer á las cámaras en un proyecto de ley sobre las sucesiones y sustituciones. Esta ley, presentada el dia 10 de febrero á la cámara de los pares, excitó entre el público tanta in-

dignacion como sorpresa, pues no podia dudarse de que existia por parte del ministerio una decidida intencion de reconstituir el antiguo régimen, modificando sucesivamente la legislacion del país, tanto mas cuanto que la cámara de diputados prometia doblegarse á las exigencias todas del gabinete. La oposicion se hallaba casi sin fuerzas en las cámaras, y apeló á la prensa para atacar y desacreditar la ley de primogenitura antes de que la cámara de los pares hubiese dado satisfaccion en este punto al sentimiento nacional. El guarda-sellos solicitaba que en toda sucesion directa que satisfaciese trescientos francos de contribucion territorial, se confiscase al primogénito de los hijos la mejora legal, á no ser que el padre ó el ascendiente hubiese dispuesto de ella, no ocultando el ministro que su objeto al presentar esta ley era reconstituir la gran propiedad, y robustecer el elemento aristocrático. La clase media en especial puso el grito en el cielo, y protestó contra semejante institucion; mas el ministerio no dudaba de que la cámara de los pares aprobaria el proyecto de ley en beneficio de sus propios intereses. El dictámen de Malleville opinó en efecto por la adopcion, pero fueron indicados con tanta lógica y energía los vicios y peligros de la ley por Moli, Barante, Choiseul, Broglie, Simeon, Daru y sobre todo por Lanjuinais, que la sesion del 17 de mayo quedó el proyecto reducido á un artículo único relativo á las sustituciones facultativas, sin prevenir cosa alguna respecto al derecho de primogenitura. Esta resolucion, tomada por ciento veinte votos contra noventa y tres, fué considerada como un triunfo para la carta, y advirtió al ministerio de que debia mostrarse mas cauto antes de arrostrar la opinion pública. Pasóse luego al exámen del presupuesto que solo era superior de veinte y seis millones al de 1824, y presentaba un déficit en los ingresos; aprobado sin grandes obstáculos en la sesion del 6 de julio, cerróse la legislatura.

En aquel momento la opinion no se hallaba en estado de reconvenir al ministro de hacienda por su administracion imprevisor y pródiga; absorbíala exclusivamente la proyectada resurreccion en Francia de la Compañía de Jesus, la antigua cuestion de las libertades galicanas, y el favor de que gozaba en la corte el partido clerical, y tomó tales creces la agitacion pública, que reunidos el dia 18 de agosto los tribunales todos pronunciaron

una decision oponiendo los antiguos fallos y edictos al restablecimiento de la Compañía de Jesus, recordando la incompatibilidad de los principios por ella profesados con la independencia de todos los gobiernos y sobre todo con la carta constitucional, y excitando por fin á la alta policia del reino á suprimir y disolver las congregaciones, sociedades y otros establecimientos formados en menosprecio de las leyes existentes. La legislacion de los parlamentos se levantaba por todas partes amenazadora contra los jesuitas: «La congregacion, dijo Agier en la tribuna de la cámara de los diputados (15 de mayo), domina á la Francia y al ministerio; aparta de la religion, enajena al rey los corazones por medio de su espíritu inquisitorial, altera la fe en vez de robustecerla, y divide á las familias y á los amigos.» La influencia de la congregacion que se considera por mucho tiempo como una ficcion inventada por el partido liberal y filosófico, era entonces reconocida abiertamente así por los que la combatian, como por los que la sufrían; sabíase que formaba parte del gobierno y que dirigia su accion en los menores detalles administrativos y políticos, y nombrábanse en alta voz los jefes de aquella vasta asociacion que obraba de un modo oculto sobre los resortes todos de la sociedad y del Estado. A las decisiones de los tribunales reales, á las acusaciones de los periódicos, contestó la Congregacion aumentando su propaganda, su actividad y su audacia; las autoridades públicas inclinaban la frente ante sus delegados, pero como no faltaban discolos en todas las poblaciones, originábanse de aquí escándalos, luchas y tumultos que tomaban las proporciones de verdaderos motines. La guerra contra los jesuitas se convirtió en moda, y los periódicos lo mismo los políticos que los literarios, y la librería en general, se apresuraban á explotar aquel asunto, publicando á porfía artículos, canciones, sátiras y toda clase de composiciones en prosa y verso contra la Congregacion y el ministerio. La prensa era una hidra de mil cabezas que se multiplicaban sin cesar á medida que las persecuciones de la policia y los fallos judiciales lograban derribar alguna, y la Congregacion resolvió entonces dar muerte á la prensa.

Un proyecto de ley atestado de insidiosas combinaciones y de ocultos recursos, fué sometido á Peyronnet, quien lo aprobó, no

sin añadir á él algunos rasgos de su mano, luego de alcanzada la aprobacion de su colega Villele. Este se encargó de hacerlo adoptar por el rey, y Carlos X reconoció su utilidad, celebró su redaccion, y al abrirse la legislatura en 12 de diciembre, anunció en su discurso la nueva ley que se preparaba en los siguientes términos: «Habria deseado no deber ocuparme de la prensa, pero á medida que se ha hecho mas lata la facultad de publicar escritos, ha producido nuevos abusos que exigen medios de represion mas eficaces. Tiempo es ya de que cesen sensibles escándalos y de preservar á la misma libertad de imprenta de los peligros de sus propios excesos.» Estas palabras hicieron esperar una ley mas severa aun que las que habian aparecido cada nuevo año del gobierno representativo; pero el proyecto que presentó Peyronnet á la cámara de diputados en la sesion del 30 de diciembre dejó muy atrás todas las previsiones. Parte de la asamblea, animada de los mas hostiles sentimientos respecto de la prensa, acogió con trasportes de entusiasmo el anatema lanzado contra ella; mas los hombres prudentes de todos los partidos condenaron el rigor extraordinario desplegado contra los escritores, los impresores y libreros. La izquierda dejó oír murmullos y exclamaciones de sorpresa: «Esta es la censura!» dijo Benjamín Constant luego de leído el primer artículo. «Lo mismo seria, exclamó Casimiro Perier encogiéndose de hombros, proponer un solo artículo diciendo: La imprenta queda suprimida en Francia en beneficio de la Bélgica.» Y en efecto, el fin de la ley no era otro que hacer imposible la emision del pensamiento por medio de la prensa, pues se habian previsto y ordenado en ella con tanta perfidia los casos que pudiesen ocurrir, que la imprenta y la librería quedaban á merced del gobierno y por consiguiente de la Congregacion. En virtud de sus disposiciones exigíase el depósito de los libros cinco y diez dias antes de la publicacion, así por los que excedian como por los que no llegaban á veinte pliegos de impresion; los ejemplares no podian ser extraidos de la imprenta antes del plazo fijado bajo pena de ser considerado aquel acto como tentativa de publicacion ilegal; los escritos de cinco y menos pliegos de impresion solo podian publicarse con el timbre fijo; los escritos periódicos debian llevar los nombres y direcciones del propietario ó gerente y del

impresor, siendo penada con la inmediata supresion del periódico toda falsa declaracion sobre estos extremos; las multas y penas en los delitos de imprenta se aumentaban en proporcion espantosa; los derechos de timbre sufrían un aumento enorme, y el impresor era civilmente responsable de las multas, intereses, perjuicios y gastos que resultaban de la condena del propietario del periódico ó del autor del libro, cuya impresion hubiese verificado. Semejante proyecto, que fué calificado de *monstruoso* luego de su aparicion, excitó aun mas vivamente el sentimiento nacional que las leyes de sacrilegio y de primogenitura; jamás el ministerio fué objeto de tanta cólera y de tantas injurias, y la cuestion de la prensa dominó al momento á todas las demás. La Academia francesa no creyó deber mostrarse indiferente é impassible en medio de la emocion general, y á propuesta de dos de sus miembros, Lacretelle y Villemain, decidió en su sesion extraordinaria de 16 de enero de 1827, presentar una exposicion al rey á favor de la prensa, y este acto produjo entre el público un efecto inmenso, pudiendo considerarlo como el golpe mas terrible descargado á la ley. Así lo comprendió el guarda-sellos é intentó pararlo por lo tanto publicando en el *Monitor* la apología de la nueva ley, en la cual era esta calificada de *ley de justicia y de amor*. Desde aquel momento no tuvo otro nombre el proyecto ministerial.

La atencion pública se hallaba de tal modo absorta por la *ley de justicia y de amor*, que apenas fijó sus ojos en sucesos políticos que la habrian vivamente preocupado en tiempos ordinarios; casi no se pensaba ya en la Grecia donde la guerra de emancipacion parecia languidecer; en Portugal, donde el infante don Miguel, desterrado en Viena, amenazaba con sus intrigas absolutistas la corona constitucional de la infanta doña María en favor de la que abdicara su abuelo Juan VI; en América, donde el libertador Bolívar renunciaba á la presidencia de la república de Colombia, por él fundada, para volver como Washington á la vida privada; el único asunto de la Francia en aquel momento parecia ser una apasionada oposicion contra el ministerio y contra todos sus actos, resumidos por decirlo así por la ley sobre la prensa. La situacion toda se hallaba comprendida en ella, y á su lado parecian igualmente insignificantes así las mas útiles co-

mo las mas peligrosas. La muerte del mariscal Suchet, la de Caulaincourt, la de Estanislao Girardin y la del sábio Laplace, pasaron desapercibidas en medio de la ansiedad nacional; hubo empero un suceso que distrajo por un momento el objeto único de las inquietudes populares, y que añadió una nueva queja á las acusaciones que el ministerio habia mas ó menos merecido. Un hombre de bien, el duque de La Rochefoucauld-Liancourt, sucumbió, segun se dijo, al pesar de haberse alejado por el ministerio de los establecimientos de beneficencia y de utilidad pública que le debian su fundacion ó su prosperidad, y sus funerales (30 de marzo) reunieron uno de aquellos solemnes cortejos con que honra el pueblo á los grandes ciudadanos cuya pérdida llora. La policia, sin embargo, habia recibido orden de oponerse á toda manifestacion, y cuando los alumnos de la Escuela de Chalons quisieron llevar el cuerpo de su virtuoso bienhechor, tramóse una deplorable lucha entre ellos y los soldados delante de la iglesia de la Asuncion, donde acababa de celebrarse el servicio fúnebre; el ataud, arrancado con violencia de las manos que lo sostenian, fué á caer medio roto entre el agua y barro del arroyo, sin que las insignias de par lograsen protegerle contra aquella inaudita profanacion.

El ministerio triunfaba: su *ley de justicia y de amor* fué votada el dia 12 de marzo en la cámara de diputados, despues de una ardiente discusion que solo fué un ataque y una defensa sistématica del gabinete. «¡No debe ser rechazado el proyecto, exclamó Labbey de Pompières, sino que los ministros deben ser puestos en acusacion; en cada año de su ministerio han desgarrado una hoja de la carta!» Esto no obstante, doscientos treinta y tres votos contra ciento treinta y cuatro proclamaron la victoria del gabinete; mas la reprobacion pública fué siempre creciendo, y cuando la *ley de justicia y de amor* fué sometida á la cámara de los pares, púdose presentir que esta cámara, mejor inspirada que la otra, negaria su sancion á una ley tan funesta y tan impopular. La comision encargada de su examen fué elegida entre los pares que no pertenecian á la congregacion ni al partido ministerial; Broglie, Portalis, Bastard y Portal no podian admitir un proyecto que los duques de Boisac y de Levis habrian quizás aceptado, é hicieron en él tales

modificaciones, que el mismo Peyronnet no habria reconocido su obra. Esta buena noticia empezaba á difundirse, cuando Carlos X, que no sospechaba la acogida dispensada por la opinion pública á la ley contra la prensa, supolo por su propio pueblo. Sus cortesanos le aconsejaron celebrar el aniversario del 12 de abril de 1814, dia de su primera entrada en París; pero como el aniversario correspondia al miércoles Santo, aplazóse la fiesta para el domingo de Pascua (17 de abril); en honor de dicha fiesta, las Tullerías fueron exclusivamente ocupadas por la guardia nacional en memoria de los monárquicos sentimientos que manifestara en 1814; el rey recibió por la mañana las felicitaciones de las cámaras, de la magistratura y de todos los grandes cuerpos del Estado, y bajando luego á la plaza del Carrousel con el uniforme de coronel general de la guardia ciudadana, honró con su presencia la parada de los guardias nacionales que relevaron á los guardias de corps y á la guardia real que habian hecho el servicio en palacio. Admirado, consternado por el silencio glacial que á su paso reinaba, Carlos X preguntó la causa de semejante frialdad, y no hubo quien se atreviera á decírsela; entonces llamó á los ministros, y si bien no les privó de sus carteras, mandóles retirar al momento la *ley de justicia y de amor*. Al dia siguiente, el guarda-sellos subió á la tribuna de la cámara de los pares para anunciar sin preámbulo que su proyecto de ley quedaba retirado por decreto de S. M., y estas palabras, recibidas con extraordinaria alegría, excitaron en París un verdadero entusiasmo; la Francia entera se asoció á los trasportes de la capital, y los gritos de ¡Viva el rey! ¡Viva la carta! ¡Viva la cámara de los pares! ¡Viva la libertad de imprenta! resonaron por todas partes como para celebrar la retirada del ministerio deplorable. Creíase generalmente que los ministros no resistirian á aquella manifestacion de la opinion pública, y esperábase de un dia á otro que se hiciesen justicia á sí mismos presentando su dimision al rey; los rumores de un cambio ministerial se habian propagado aun por la misma córte, y se hablaba de un cambio de sistema á consecuencia del ingreso probable de los realistas constitucionales en el nuevo gabinete. Designábase á Chateaubriand, á Pasquier, á Simeon, á Roy y á Royer-Collard como destinados para formar parte del gobierno, si bien es cier-

to que según otras noticias contradictorias, pretendiase que el príncipe de Polignac, el conde de la Bourdonnais é Hyde de Neuville debían componer, bajo la presidencia del Delfín, un ministerio mas retrógrado aunque el de Villele y Peyronnet. Este último continuaba siendo objeto de las antipatías nacionales, y sufrió una nueva y parcial derrota en la votación definitiva de la ley sobre el jurado por la cámara de los pares; en la discusión de aquel proyecto modificado y enmendado dejó oír Pasquier por primera vez la voz de *reforma electoral*, y se atrevió á decir «que otras capacidades además de la contribución debían conferir el derecho de tomar parte en las elecciones.»

General era la sorpresa al ver que los ministros continuaban en su puesto doce días después de haberse retirado la ley de imprenta, y una orden del día del mariscal duque de Reggio, con fecha del mismo día de aquel acto memorable, previno á la guardia nacional que deseoso el rey de *darle una nueva prueba de su afecto*, la revistaría en parada el domingo 29 de abril. Un hermoso sol de primavera favoreció la revista, y trece legiones de la guardia nacional parisiense con un efectivo de diez y ocho á veinte mil hombres, se formaron en el campo de Marte á la una de la tarde, cuando coronaba ya las alturas inmediatas una inmensa multitud. El rey se presentó á caballo, acompañado del Delfín, del duque de Orleans y del duque de Chartres; sus ayudantes de campo y los oficiales de su servidumbre formaban un numeroso y brillante cortejo, al que seguían en coche descubierto la Delfina, la duquesa de Berry y la duquesa de Orleans. Los gritos de ¡*Viva el rey!* estallaron con entusiasmo al paso de Carlos X á quien la retirada de la *ley de justicia y de amor* había dado una popularidad mayor que nunca; con aquellas unánimes aclamaciones mezcláronse en breve algunos gritos aislados de ¡*Viva la carta!* ¡*Viva la libertad de imprenta!* que oyó el rey con visible desagrado; mas peor fué cuando otros gritos, tímidos y raros al principio, pero mas atrevidos y numerosos después, salieron de los batallones ante los cuales pasaban el rey y su cortejo: ¡*Abajo los ministros!* ¡*Abajo los jesuitas!* gritábase en las filas, y estos clamores se hicieron mas vivos al llegar Carlos X delante de la séptima legión; su rostro tomó entonces una expresión severa, y dijo con voz irritada: «No he venido aquí para

recibir lecciones, sino homenajes.» Iguales gritos proferia un grupo que rodeaba el coche de las princesas, y la guardia nacional volvió á París gritando alternativamente ¡*Viva el rey!* y ¡*Abajo los ministros!* Aquella misma noche el rey, descontento y entristecido, autorizó sin embargo al mariscal Oudinot para que en una orden del día manifestase su satisfaccion á la guardia nacional: «El efecto total de la revista ha sido satisfactorio, dijo; ha habido algunos lunares, pero el conjunto ha sido bueno.» Tres horas despues presentóle el mariscal la orden del día que habia preparado, pero el rey no quiso leerla, y dijo secamente haber cambiado de parecer: «No quiero orden del día, señor mariscal.» En aquel momento celebrábase en las Tullerías consejo de ministros: Villele y Peyronnet habíanse quejado del ultraje que recibieran por parte de la guardia nacional, y presentaron su dimision al rey. Este, á quien su favorito el marqués de Riviere excitaba de continuo á reinar como Luis XIV, anunció su firme resolucion de portarse con *vigor*, y Villele le propuso entonces la disolucion de la guardia nacional á fin de castigarla por haber querido violentar la voluntad del rey. Esta proposicion fué enérgicamente apoyada por Peyronnet, Damas y Clermont-Tonnerre; Chabrol y el obispo de Hermópolis la juzgaron peligrosa é inoportuna; el duque de Doudeauville la condenó como insensata, mas el rey, que supo en aquel momento las vociferaciones lanzadas al rededor de la carroza de las princesas, firmó el decreto de disolucion enviándolo inmediatamente al *Monitor*, donde apareció al siguiente dia, y al mariscal duque de Reggio, que tomó durante la noche las medidas necesarias para asegurar su ejecucion. A las seis de la mañana quedaron en poder del ejército todos los puestos ocupados por la guardia nacional, en medio del estupor de los habitantes, al que no tardó en suceder una violenta indignacion que habria podido degenerar en protesta armada. Sin embargo, al disolver la guardia nacional, no se la obligaba á devolver sus armas, ni sus uniformes, y esto hizo quizás que no hubiese tentativa alguna sediciosa.

Los realistas y la Congregacion no cabian en sí de alegría mientras que la prensa daba la voz de alarma y llamaba á los ciudadanos á la defensa de las libertades públicas. «Por fin te-

nemos un rey, un gran rey!» repetían á coro los cortesanos; mas los verdaderos amigos de Carlos X, los hombres cuerdos y previsores habian reprobado una medida llena de peligros para el presente y para el porvenir. El duque de Doudeauville dió á su disgusto una forma solemne y se retiró; pero ciertas negociaciones impidieron á su hijo, Sosthenes de La Rochefoucauld, imitar su retirada, templando Villele el efecto moral de aquella defeccion, decidiendo que el duque no fuese reemplazado, y que el intendente del tesoro de la corona, el baron de La Bouillerie, quedase encargado interinamente de los asuntos de palacio. Villele habia temido por un momento el regreso del embajador de de Lóndres, príncipe de Polignac para suceder al duque de Doudeauville, y no ignoraba que una vez el príncipe en París no tardaria en despojarle de la presidencia del consejo.

La consolidacion del ministerio deplorable era consecuencia de la disolucion de la guardia nacional, y la oposicion intentó en la cámara de diputados derribar á los ministros pidiéndoles cuenta de aquella medida; la tormenta estalló en medio de la discusion del presupuesto en la sesion del 7 de mayo, proponiendo Lafitte aunque sin resultado la acusacion del ministerio. Villele dijo no solo haber aconsejado, sino provocado la disolucion de la guardia nacional, y declaró envanecerse de la parte que habia tomado en una *medida necesaria*, acerca de la cual se negaba empero á dar explicaciones. En las sesiones siguientes, debió el ministerio sostener ataques mas rudos todavía, y el realista Lezardiere predijo la inevitable caida de un *gobierno débil y repudiado por la opinion*; el conde de La Bourdonnaie era el alma de aquella oposicion realista, esperando recoger la herencia del combatido gabinete, y por otra parte, la izquierda, sostenida, excitada por el sentimiento nacional, no cejaba en su propósito de derribar á un ministerio enemigo de todas las libertades. Esto no obstante, el gobierno nada debia temer de la cámara de diputados; la mayoría le era adicta y podia contar con ella ciegamente, así fué que á pesar del déficit secreto que Lafitte habia descubierto á través de las supuestas cantidades presentadas por el ministro de hacienda, adoptóse el presupuesto con un aumento de siete millones sobre el anterior. La prensa apenas tuvo tiempo para dar principio al exámen de

aquellos hechos y de aquellas sumas, pues cerrada la legislatura el día 22 de junio, restablecióse dos días después la censura por medio de un real decreto, y los periódicos se encontraron reducidos al silencio sin que fuese necesario invocar contra ellos una nueva *ley de justicia y de amor*. Sin embargo, fuerza es reconocer que la prensa había llevado sus ataques contra el ministerio más allá de todos los límites de la polémica, logrando convertir á los lectores, más flemáticos é indiferentes, en irreconciliables enemigos de los ministros á quienes exponía diariamente á la vergüenza, y merced á esa táctica de calumnias y de ultrajes había rodeado los nombres de Villele, de Corbiere y de Peyronnet de una espantosa popularidad de odio y de desprecio.

En medio de semejante agitacion, la política exterior no habría encontrado en Francia el menor eco, á encontrarse definitivamente decididos los destinos de la Grecia. La catástrofe de Missolonghi (23 de abril de 1826), conmovió los corazones todos; el prolongado sitio de aquella ciudad defendida por su valerosa poblacion, los numerosos combates que acompañaron á su heroica resistencia, la horrible matanza que fueron el trofeo de la victoria de los turcos, las mujeres que se dieron muerte para no caer en manos del vencedor, dos mil cristianos volando con los enemigos que habían invadido la ciudadela, la desesperada lucha, el sublime martirio, los asesinatos, el incendio, la violacion y el saqueo entre los humeantes escombros, los episodios, los detalles todos de aquella triste relación; corrieron por la Europa entera y reanimaron el interés que la causa de los griegos no cesaba de inspirar á sus entusiastas admiradores. Los gobiernos comprendieron no poder permanecer por más tiempo neutrales: la Rusia y la Inglaterra esperaban sacar provecho de una intervencion en favor de la Grecia, pues la Inglaterra pensaba abrir con ella nuevos mercados á su comercio, y la Rusia aumentar su preponderancia en Oriente con la humillacion del poderío otomano. Por lo que toca á la Francia, fiel aliada de la Puerta desde el reinado de Francisco I, sacrificaba los beneficios políticos de su antigua alianza á una cuestion de humanidad y de generosa simpatía por los griegos; y los demás gobiernos, que veían con impaciencia continuar una guerra nacida

de la insurreccion, sentian cierta piedad hácia aquellos cristianos á quienes parecia animar la fe de las cruzadas, y que caian mártires bajo la cimitarra musulmana. La diplomacia de la Santa Alianza, decidió pues ser llegado ya el tiempo de poner fin á aquella guerra de esterminio; decision que no habia esperado la Inglaterra para ejercer actos de protectorado respecto de la Grecia: lord Cochrane fué nombrado gran almirante de la escuadra griega, y el generalísimo Church, generalísimo de las tropas insurrectas, y aunque ambos nombramientos emanaban de la asamblea nacional helénica de Egina, eran dictados ó cuando menos inspirados por el gabinete inglés. Desde el 12 de abril, sir Canning habia sido colocado al frente de aquel gobierno, y el triunfo del partido whig ó liberal debia producir por necesidad el triunfo de la independencia griega, que no habria tardado en sucumbir si se la hubiese abandonado durante dos ó tres meses mas bajo las victoriosas armas de Ibrahim-Baja. Atenas se hallaba en poder de los turcos; los defensores del Acrópolis, aquellos filhelenos cosmopolitas, mandados por el coronel Fabvier, habíanse visto obligados á abandonar la desmantelada ciudadela (2 de junio), firmando una capitulacion honrosa y refugiándose á bordo de los buques franceses; Ibrahim con sus egipcios ocupaba la Morea cubierta de sangre y de ruinas; los klephtos se habian atrincherado en sus inaccesibles montañas; los marinos de Hydra y de las islas del Archipiélago permanecian en los puertos con sus brulotes, y no parecia lejano el momento en que el sultan Mahmoud aniquilase con un solo golpe la insurreccion encerrada en dos ó tres ciudades. Constantinopla hacia inmensos preparativos para terminar la guerra en una sola campaña; Nápoli de Romanía podia prepararse ya á sufrir la suerte de Missolonghi, cuando súpose de repente que la Francia, la Inglaterra y la Rusia habian celebrado un tratado (6 de julio) para la pacificacion de la Grecia. El objeto reconocido del tratado era poner fin á la efusion de sangre humana, y garantizar los intereses marítimos y mercantiles de las tres potencias en el Mediterráneo; el objeto oculto era establecer en Grecia una potencia de tercer orden que pudiese servir de contrapeso á la influencia de la Turquía en Oriente. Como de costumbre, la Francia no se habia reservado ventaja alguna en el tratado que el

ministro francés, quizás con sobrada ligereza, ofrecía como satisfaccion á los generosos sentimientos del país; la Inglaterra no se habria mezclado en la intervencion si no la hubiese considerado útil y beneficiosa para sus proyectos ulteriores, y la Rusia, menos accesible aun que la Gran Bretaña á lo que se llama política de sentimiento, no ocultaba sus ambiciosas miras sobre el Bósforo, y aceptaba con altivez el auxilio que se proponian prestarle sus dos aliados para debilitar y dominar á la Puerta Otomana. Canning murió (8 de julio) antes de que el tratado hubiese sido notificado al Sultan, quien contestó á la nota de los embajadores de las tres potencias aliadas que la Puerta no tenia por costumbre admitir en sus propios asuntos la intervencion extranjera. Así pues quedó rechazada la mediacion que las tres potencias pretendian imponer á las partes beligerantes, y el plazo de un mes, señalado al Sultan para adherirse al tratado, empezó á correr en 20 de setiembre. La opinion general creía que la Puerta acabaria por ceder, no sabiendo así las potencias apelar á *eficaces medidas* para obtener la pacificacion de la Grecia; mas el Gran Señor guardó un silencio despreciativo acerca de la nota del 20 de setiembre, y se limitó á ordenar que se reunieran tropas, que se construyesen buques, que se fundiesen cañones, que se llenaran los arsenales, y que se proveyeran los almacenes. La guerra contra los griegos hacíase nacional entre los musulmanes, y mientras un ejército ruso se concentraba en las márgenes del Pruth, las escuadras de las tres potencias aliadas se habian reunido en las aguas del Archipiélago en la entrada de la bahía de Navarino, donde se encontraba la escuadra turco-egipcia, compuesta de noventa y dos velas. Es cierto que Ibrahim habia consentido en firmar un armisticio provisional con los almirantes francés, ruso é inglés, pero léjos de observarlo, continuaba saqueando y devastando el país convirtiéndolo en un verdadero desierto. Los almirantes le declararon que tan singular violacion de lo pactado le colocaba fuera del derecho de las naciones y de los tratados existentes, y al intimarle la observancia del armisticio advirtiéronle «las inmediatas consecuencias de una negativa ó de una dilacion cualquiera.» No se detuvo aquí la correspondencia entre Ibrahim y los almirantes, y se agrió por ambas partes hasta el extremo de convertirse en una provocacion, á

pesar de tener orden los almirantes de no hacer cosa alguna antes de espirar el plazo de un mes, concedido á la Puerta. El contra almirante Rigny mandaba la escuadra francesa, compuesta de dos navíos, dos fragatas y dos corbetas; sir Edward Codrington, la escuadra inglesa, compuesta de tres navíos, dos fragatas y cinco buques menores, y el conde Heydden, la escuadra rusa, compuesta de cuatro navíos y cuatro fragatas; los almirantes ruso y francés se hallaban bajo las órdenes de Codrington, su superior en años y en grado, pero esto no obstante obraban de acuerdo y de inteligencia con él. La diplomacia habia determinado de antemano el curso de las hostilidades, y el dia 20 de octubre á mediodía, hora en que espiraba el plazo que la Puerta habia dejado trascurrir sin contestar á la nota de los tres embajadores, las escuadras combinadas se presentaron en orden de batalla en la rada de Navarino, con objeto, á buen seguro, de establecer una especie de bloqueo antes de la declaracion de guerra. Es cierto que en nombre de las tres potencias habíase intimado á Ibrahim que suspendiera toda hostilidad y observase estricta neutralidad así con los griegos como con la escuadra aliada: « Si llega á dispararse un solo cañon contra los pabellones aliados, hábale escrito el almirante Codrington, vuestra escuadra dejará de existir;» pero Ibrahim se habia alejado de Navarino para no decidir cosa alguna en tan delicadas circunstancias. Háse dicho que si las escuadras combinadas hubiesen esperado hasta el dia siguiente la contestacion que el astuto Ibrahim se guardaba mucho de transmitir á Codrington, no habria pasado la noche sin que la escuadra turco-egipcia hubiese incendiado y destruido la escuadra enemiga; pero los tres almirantes se anticiparon á aquella traicion. La escuadra de Ibrahim se hallaba anclada en tres líneas y en forma de media luna bajo las baterías de los fuertes de Navarino; su principal fuerza se habia concentrado á la derecha de la entrada del puerto; los brulotes estaban prontos á desprenderse de cada extremo de la inmensa herradura, formada por cuatro navíos, diez y seis fragatas, veinte y siete corbetas y treinta y nueve buques de diversos portes. En ambas escuadras reina igual impaciencia por el combate, igual ansiedad, igual silencio. Las escuadras combinadas se acercan y echan el ancla en medio de los buques turcos;

los artilleros se hallan junto á las piezas, y las tripulaciones en cubierta á tiro de pistola de sus adversarios. El navío inglés *Asia*, montado por el almirante Codrington, se acerca hasta tocar al navío almirante turco; el *Genoa* y el *Albion* le siguen; la fragata francesa *Sirena*, en la que ondea el pabellon del contra almirante Rigny, se adelanta por el claro que han dejado entre sí tres fragatas egipcias, y los navíos *Tridente*, *Esci-pion* y *Breslaw* imitan su movimiento. Las negociaciones y parlamentos continúan desde una escuadra á otra; los almirantes turcos no consienten en apartarse de sus instrucciones; los almirantes aliados se niegan también á toda concesion, amenazan, y se les contesta con varios fusilazos que dan muerte á muchos hombres en los botes ingleses; Codrington da la señal, y trábase el combate en toda la línea. Eran entonces las dos de la tarde, y desde las primeras andanadas declaróse el fuego en los buques turcos que, harto inmediatos unos á otros, se comunicaban mutuamente el incendio; esto no obstante sostuvieron el ataque con admirable valentía, y envueltos por las llamas, resistíanse aun sin querer rendirse. En vano intentaron aferrarse á los buques cristianos y consumirse con ellos; las tripulaciones francesas, rusas é inglesas lograron apagar el incendio sin cesar de combatir. Las baterías de tierra habian abierto un fuego terrible que no hacia casi daño alguno á la escuadra de los tres almirantes, pues los proyectiles caían en su mayor parte en las embarcaciones turcas, las cuales se encontraron de aquel modo entre dos fuegos. La artillería de las escuadras combinadas, mejor servida y dirigida que la de los musulmanes, no logró empero apagarla, sino destruyendo totalmente los buques incendiados, los cuales saltaban en astillas, hundíanse en el mar, ó iban á estrellarse á la costa. No hubo abordaje, y los combatientes no se encontraron cuerpo á cuerpo en parte alguna. A las cinco la escuadra otomana ya no existia; la rada de Navarino estuvo toda la noche iluminada por la luz del incendio, y al día siguiente solo quedaban algunos cascos medio consumidos y algunos buques varados y estrellados. Los turcos habian perdido en el combate siete ú ocho mil hombres, y los aliados solo quinientos; sus escuadras experimentaron empero graves averías, y muchos de sus buques no pudieron salir al mar sin ser antes

reparados. La jornada de Navarino salvó á la Grecia; Ibrahim, consternado por tan gran desastre, veíase con su victorioso ejército como prisionero en la Morea que con tantos esfuerzos y sacrificios conquistara, y en vez de empeñarse en continuar la carrera de sus triunfos, solo pensó en abrirse una retirada, y entablar negociaciones. Esto no obstante la Puerta no cesaba en sus armamentos, ni abandonaba su actitud de resistencia inflexible, y la Rusia, encargándose de ejecutar por sí sola el plan convenido con sus aliados, declaró la guerra al Sultan. Durante aquellos altercados diplomáticos, los griegos tuvieron tiempo para rehacerse, reunir sus fuerzas, reclutar soldados y proporcionarse armas; las suscripciones voluntarias producian sumas enormes, y podíase ya asegurar que los cañones de Navarino habian saludado el nacimiento de la nacionalidad griega.

Tan fausta noticia excitó en Francia un entusiasmo general; pero el ministerio, sobre el cual se habian acumulado tantos odios, no pudo reclamar parte alguna en las acumulaciones que la victoria de Navarino ponía en todos los labios. El pueblo no hizo mas que olvidar le en una circunstancia en que la conducta del gobierno era aplaudida de todos, y la bandera blanca se hizo casi nacional; Carlos X, á quien la ficción constitucional hacia independiente de los ministros, recogió al menos algun reflejo de la gloria de la marina francesa, y agradeciésele personalmente aquella victoria naval que habia salvado á la Grecia. El rey habia asistido á grandes maniobras militares en el campamento de Saint-Omer (10-16 de setiembre), imaginado para ofrecer al rey una reparacion de la desgraciada revista de la guardia nacional de París, y la cordial acogida que recibió de los soldados, los trasportes de alegría que por do quiera le acompañaron, los ardientes vivas que estallaban á su paso, pudieron persuadirle de que los actos de sus ministros no habian amenguado en lo mas mínimo el prestigio de su monarquía, y de que el ejército y el pueblo se hallaban por él. Así se lo repetian sin cesar sus consejeros y ministros cuando le hablaban de mostrarse rey y de reinar con el auxilio de la fuerza, y Carlos X, ya muy dispuesto á dar un golpe de Estado para reconquistar el libre ejercicio de la monarquía de derecho divino, creyó que la victoria de Navarino era un aviso del cielo que le reprendía su vacilacion;

pero á pesar de todo, despues de muchas conferencias secretas en que la Congregacion tuvo voto deliberativo, solo se atrevió á crear nuevos pares y á disolver la cámara de diputados. «La revolucion se ha refugiado en la cámara de los pares, decia, y es preciso arrojarla de allí.» En efecto, la cámara alta habia causado al ministerio cruels reveses, y los ministros Villele y Peyronnet que deseaban escudarse contra una mayoria hostil é implacable, crearon setenta y seis pares elegidos entre los hombres mas adictos al sistema ministerial; desde aquel momento la cámara de los pares, en la que ingresaron treinta y siete diputados del centro y cinco arzobispos congregantes, convirtióse en apoyo del gabinete en vez de ser su terror y su escollo. Respecto á la cámara de diputados, lisonjeábase el ministerio de apartar de sus escaños en una reeleccion general á los principales oradores de la izquierda y á los principales jefes de la oposicion realista; las comunicaciones de los prefectos no le permitian dudar de los resultados de la nueva eleccion, y le era necesario disminuir sino acallar la voz de aquella acusacion permanente que contra él partia de la tribuna manteniendo viva la desconfianza y la antipatia del país. La falanje de sus *Tres Cientos* bastábale para ganar las votaciones, pero no para garantizarle la duracion de una legislatura, y la Francia se hallaba preparada sin saberlo para una disolucion de la cámara. El gabinete arrojó el guante al partido liberal, este lo recogió, y en la lucha encarnizada que se trabó entre ambos cada campeon llamó igualmente en su auxilio la astucia, el fraude y el furor político; el ministerio disponia de los recursos todos de la administracion; tenia en su mano á los funcionarios; podia usar de corrupcion y de violencia; mas el partido liberal hallábase secundado por la opinion pública, la que multiplicaba sus agentes y sus medios de accion, maquinando la caida de los ministros, condenando á Villele, á Corbiere y á Peyronnet, odiosa trinidad ministerial que habia sobrevivido á la ley del sacrilegio, á la del derecho de primogenitura, y á la de *justicia y de amor*. La Francia entera repitió pues el grito de la disuelta guardia nacional de París: *Abajo los ministros!* y explotóse la opinion pública con increíble perseverancia, con suprema habilidad. La sociedad de iniciativa electoral: *Ayúdate y el cielo te ayudará*, que oscura

y tímida al principio se había mezclado con gran precaucion en los asuntos electorales, tomó de repente las proporciones de una asociación nacional y patriótica; incorporó á su seno á los publicistas, á los jurisconsultos, á los ciudadanos mas ilustres; puso en mútua relacion todos los centros electorales; puso en movimiento innumerables resortes, y removi6 profundamente el terreno de la eleccion por medio de elocuentes escritos recomendados por los nombres de Chateaubriand y de Salvandy. No fué esto todo: los liberales de la izquierda y los ultra-realistas de la derecha celebraron entre sí un extraño compromiso, un momentáneo pacto de alianza, á consecuencia del cual se obligaron á favorecer recíprocamente su eleccion. El único y exclusivo objeto en aquel momento parecia ser la caida del ministerio, y deseosos de conseguirlo no repararon en la inmoralidad y ridiculez de semejante coalicion, que alcanzó á pesar de todo la mas completa victoria. Los colegios de distrito, convocados en 17 de noviembre, rechazaron á casi todos los candidatos ministeriales para nombrar á los de la oposicion liberal y realista, y los diputados de quienes el gabinete esperaba librarse por medio de la disolucion de la cámara, fueron elegidos en muchos departamentos. El nombre de Royer-Collard fué proclamado en siete colegios; la nueva cámara vió reaparecer en sus bancos á La Fayette, Benjamin Constant, Keratry, Dupont de l'Eure, Bignon, Labbey de Pompières etc. por una parte, y por otra á La Bourdonnaie, Hyde de Neuville, Delalot, Lezardiére, etc. contra los que habia fulminado el gobierno igual ostracismo, al mismo tiempo que los mas fieles entre los *Tres Cientos*, como Piet, Vaublanc, Dudson, Beauvoir etc. eran rechazados por los electores. Ni el mismo Peyronnet, ni el expresidente Ravez encontraron gracia ante los realistas de Burdeos, y el ministerio sufrió la mas espantosa derrota. Apesar de esto no presentó todavía su dimision.

Luego que empezó á saberse en París el resultado de las elecciones, hubo como una explosion general de entusiasmo y de alegría; aquel suceso significaba para todo el mundo la caida de los ministros y todos se entregaban al regocijo. Durante la noche del 18 de noviembre, espontáneas iluminaciones celebraron en todos los barrios de la ciudad la victoria del partido liberal; las calles se llenaron de gente, y no tardaron en suceder

sediciosos clamores á los gritos de alegría, escenas de confusion y de desórden á las danzas y pacíficas reuniones; rompiéronse faroles, tiráronse piedras contra las ventanas que no tenian luces, disparáronse petardos que hirieron á muchas personas, sin que la fuerza armada se presentase en parte alguna. Al dia siguiente reprodujéronse en la calle de San Dionisio las iluminaciones, los petardos, los bailes y los gritos; la multitud era mas compacta, mas tumultuosa, mas amenazadora; algunas bandas de hombres de siniestros rostros, agitando palos y antorchas, recorrian los bulevares rompiendo los vidrios y golpeando las puertas de las casas. La gendarmeria que en aquel entonces se presentó, fué recibida á pedradas; intentóse desarmar á varias patrullas de infanteria y caballeria, y no se gritaba ya: *Abajo los ministros!* sino *Viva el emperador! viva la república! viva la carta!* La tropa debió hacer uso de sus armas contra los amotinados que empezaron á desempedrar la calle y á construir barricadas; á los sablazos y bayonetazos sucedieron algunas descargas, que disparadas al aire para no causar víctimas entre la apiñada masa que llenaba la calle, hirieron en el interior de las habitaciones á muchos ciudadanos pacíficos. Por todas partes se elevan clamores de indignacion y de ira; los habitantes de las casas se creen atacados en su domicilio, y hacen llover contra los soldados toda clase de proyectiles; la tropa cree á su vez en la existencia de un enemigo temible, y no procura ya desviar sus golpes y continua sus mortíferas descargas hasta hallarse del todo evacuada la calle de San Dionisio. A media noche todo estaba tranquilo, y el dia siguiente fué triste y silencioso. Llegada la noche, reaparecieron las mismas bandas que habian dado principio al motin, é invadieron de nuevo la calle de San Dionisio que turbaron con sus furiosos gritos. La calle se hallaba iluminada como la víspera, pero no ya en señal de alegría, sino para suplir la carencia de los faroles rotos, y á la claridad de aquellos miles de luces, elevábanse barricadas como por encanto. La guarnicion entera estaba sobre las armas, y á la lluvia de piedras que contra ella caía, contestó la tropa con algunas cargas de arma blanca, evitando cuidadosamente hacer fuego. Las barricadas fueron tomadas una tras otra, no sin que muriesen algunos de sus defensores á pesar de la moderacion de los soldados; la caballeria recorrió á galope las

calles inmediatas haciendo un centenar de prisioneros, y el orden quedó restablecido. Algunas voces acusaron al gobierno de haber provocado y organizado el motin á fin de poder mostrarse riguroso, y á pesar de ser aquella una de las groseras calumnias que se dirigen contra toda policia, halló entonces tanto mas crédito, cuanto que atacaba á un ministerio execrado.

En tanto no pasaba momento sin que anunciara el telégrafo una nueva protesta electoral contra Villele y sus colegas; de los *Tres Cientos* de la antigua cámara solo habian sido nombrados ciento veinte y cinco; los demás diputados elegidos pertenecian á todos los matices de la oposicion. Villele intentó al principio hacer frente á los acontecimientos, y permanecer impassible en medio de la cólera y del desaliento de los íntimos consejeros del pabellon Marsan, á quienes hacia responsables de la derrota experimentada: «Cien veces os lo he repetido, les decia, vuestra marcha es harto violenta; solo sabeis exasperar los ánimos en vez de contemporizar.» La emocion, la inquietud que reinaban en las Tullerías habian llegado á tal punto, que se hablaba ya de los medios de resistir á la insurreccion en caso de que recurriese á las barricadas como en tiempo de la liga y de la Fronda; los sucesos de la calle de San Dionisio fueron una advertencia para el porvenir, y tratóse de nuevo entonces de un plan que hiciera estudiar el ministro de la guerra en 1826, consistente en dominar la ciudad de París y sus arrabales por medio de una línea de fortificaciones. Este plan fué discutido en presencia del rey por una junta de generales, y si bien fué reconocida la necesidad de adoptarlo, aplazóse para mas adelante su realizacion; el gran asunto del momento era la modificacion indispensable, sino el cambio radical del gabinete. Villele habia sido autorizado por el rey para someterle una combinacion capaz de constituir en la cámara una mayoría realista constitucional, é hizo proposiciones á los jefes de la izquierda, á los banqueros Lafitte y Casimiro Perier, mas estos rechazaron la cartera á causa de la mano que se la ofrecia. El rey solo habia consentido en introducir la oposicion en el consejo bajo la garantía personal de su primer ministro que le prometia no formar un ministerio *jacobino*, pero luego que Villele debió pensar en retirarse por no encontrar con quien asociarse de un modo estable y duradero, Carlos X no qui-

so oír hablar mas de Lafitte ni de los Perier, sintiéndose impulsado por sus simpatías y antiguos proyectos hácia un ministerio ultra-realista que le devolviese el poder absoluto. El cenáculo ciego y obstinado donde evocaba las inspiraciones de su gobierno, habíase pronunciado por la creacion de un ministerio *puramente realista*, cuya alma y expresion debia ser el príncipe de Polignac, instalado ya en las Tullerías bajo el pié de un jefe de gabinete. Villele empero declaró que jamás se retiraría ante el príncipe: «Subiria al ministerio, dijo, con mas impopularidad de la que á mí me rodea al abandonarlo; si quisiese que me echasen de menos no habria elegido otro sucesor!» Villele, próximo á salir del gabinete, conservaba aun la influencia que debia á la confianza del rey, y la fuerza de sus razonamientos triunfó de una amistad de cincuenta años, aplazándose para circunstancias mas favorables la entrada de Polignac en el ministerio, y el ministro desgraciado no presentó su dimision al rey hasta que hubo obtenido la seguridad de que el ministerio se modificaria en sentido constitucional. El gabinete no debia desaparecer por completo; Chabrol de Crousol y Frayssinous conservaban sus carteras, y el primero recibió el encargo de formar un ministerio elegido en la opinion del centro derecho de la cámara. El *Monitor* de 4 de enero de 1828 puso fin á la prolongada crisis, con una combinacion cuyo objeto era resucitar en cierto modo el antiguo ministerio del duque de Richelieu; Lainé se negó á aceptar la cartera del interior, pero indicó como capaz para suplirle á un hombre de talento, á un filósofo amable, á un orador persuasivo, á Martignac; Roy volvió á la hacienda; Portalis nombrado guarda-sellos, parecia anunciar con su solo nombre el fin ó la suspension al menos del reinado de la Congregacion, mas el obispo de Hermópolis quedaba allí para defender los intereses de su partido; Caux, ministro de la guerra, representaba la aplicacion de conocimientos especiales á los asuntos del país, pero el Delfín, que tenia grande aficion al servicio militar, se habia reservado la promocion de todos los grados en el ejército; el conde de La Ferronnais continuó siendo ministro de negocios extranjeros; Saint-Criiq recibió un ministerio especial llamado de comercio y de industria, unido antes al del interior; Frayssinous no abandonó la instruccion pública, y Chabrol de Crousol

continuó en su puesto de ministro de marina. Villele no tuvo realmente sucesor en cuanto el título de presidente del consejo no iba afecto á ministro alguno, y así él como sus dos colegas Corbiere y Peyronnet fué nombrado par del reino, por temor de que se convirtiese en jefe de una minoría hostil en la cámara de diputados, siendo considerado el decreto en que así se dispuso como una viva solución de continuidad entre ambos ministerios. El nuevo gabinete fué recibido por el país muy favorablemente sin que nadie se cuidase de los miembros que lo componían; bastaba que estos no se llamasen Villele, Corbiere y Peyronnet para que la Francia se creyese salvada. El primer acto del ministerio libertador (13 de enero), aumentó la esperanza que había hecho concebir su elevación; el prefecto de policía, Delavau, tan impopular como sus patronos, cedió el lugar á Belleyme, magistrado íntegro é ilustrado, que purificó y realzó las funciones de aquel cargo, haciéndolas salir del círculo del espionaje político y aplicándolas á obras de edilidad filantrópica.

El último ministerio había conmovido mucho el trono de Carlos X para que los nuevos nombres de los ministros publicados en el *Monitor* devolviesen de repente á la desprestigiada monarquía el afecto y la confianza del pueblo. Sentíase la existencia de un partido reaccionario al rededor del rey, y aunque el príncipe de Polignac volviese á su embajada de Londres, no era necesaria mucha perspicacia para conocer que la conspiración absolutista triunfaría tarde ó temprano de la tímida resistencia de un ministerio moderado. Así pues el porvenir quedaba abierto para los presentimientos y las combinaciones, y con la idea de estar dispuesto para todos los acontecimientos, intentó el partido liberal proclamar por su caudillo al duque de Orleans. Este fué el objeto del folleto publicado por Cauchois Lemaire con el título de *Carta á S. A. R. Monseñor el duque de Orleans*, escrito que era no solo una apología del príncipe á quien la oposición se empeñaba en popularizar, sino también la solemne proclamación del jefe elegido por los liberales: «Príncipe, le decían por órgano de Cauchois Lemaire, queda en nuestra monarquía un hermoso puesto para vos, el puesto que ocuparía La Fayette en una república, el de primer ciudadano de Francia: vuestro principado es un mezquino canonicato comparado con

aquella monarquía moral.» El folleto causó inmensa sensacion, y desde aquel dia fué considerado el duque de Orleans como el jefe de la cruzada liberal ó constitucional; Cauchois Lemaire pagó su audacia con quince meses de cárcel y dos mil francos de multa, «por haber predicado un cambio de gobierno y haber intentado alterar el órden de sucesion al trono,» y en cuanto al duque de Orleans, que habia sido proclamado sin su participacion aparente heredero presunto ó regente inevitable, no dió señal alguna de aprobacion ni de reprobacion al autor que tan bien le habia servido. El notable discurso que leyó Carlos X en el acto de la apertura de las cámaras (5 de febrero), pudo considerarse como una contestacion indirecta al manifesto seudónimo del duque de Orleans; en dicho discurso, muy distinto de las insignificantes ú oscuras palabras que los anteriores gabinetes habian puesto en boca del rey, indicaba en términos precisos la marcha que se proponia seguir el ministerio Martignac, y decia ser su primer deseo *la union de todos los hombres de bien*: «Queriendo afirmar mas y mas la Carta otorgada por mi hermano y que yo he jurado mantener, velaré para que nuestra legislacion sea puesta en armonía con ella. Han sido sometidas á mi solicitud algunas elevadas cuestiones de administracion pública, y convencido de que la verdadera fuerza de los tronos estriba en la proteccion divina primero y en la observancia de las leyes despues, he dispuesto que fuesen aquellas profundizadas para que de su discusion naciese la verdad, que es lo que mas necesitan así los reyes como los pueblos.» Semejante lenguaje era enteramente nuevo en Carlos X, y á ser creído sincero habria desvanecido del todo las inquietudes que se propágaron con el temor de ver al príncipe de Polignac presidente del consejo; mas no era fácil hacer concordar tales palabras con la allocucion que dirigió á sus ministros al reunirles por primera vez: «Ya sabeis que no me he separado voluntariamente de M. de Villele; su sistema es el mio, y espero que os conformareis con él.» Esto no obstante, Martignac tuvo la habilidad de persuadir al rey de que Villele habria cambiado de sistema si hubiese continuado siendo ministro, y el rey que no cesaba de quejarse de lo que llamaba *defeccion* (el partido de los realistas segun la Carta), aceptó el sistema de Martignac á título de ensayo aun-

que sin aprobarlo ni renunciar á sus añejas ideas y á sus meditados proyectos. A pesar de su obstinacion, Carlos X se dejó arrastrar á aparentes concesiones, hasta el punto de permitir que Martignac ofreciese al vizconde de Chateaubriand el ministerio de instruccion pública, separado del de cultos. Chateaubriand, que habia sido ministro de negocios extranjeros, no se contentó con un resto de ministerio y solicitó la embajada de Roma, quedando el rey muy satisfecho al verse libre del hombre á quien llamaba la *Trompeta de la defeccion*. Vatimesnil, gran maestro de la universidad, fué nombrado, como era natural, para la cartera que rechazara el vizconde, pero como representaba la instruccion universitaria ó galicana, y Frayssinous, la educacion religiosa ó ultramontana, no podian ambos permanecer mucho tiempo uno delante de otro, sin que procurasen destruirse mutuamente. El gabinete empero parecia unánime en ejercer el poder con moderacion y con intenciones conciliadoras, y las cámaras ignoraban aun el espíritu que animaba á la mayoría, cuando el ministerio tomó la iniciativa, logrando que el rey eligiera al presidente de la cámara de diputados entre las filas de los realistas constitucionales. Royer-Collard, que ocupaba el tercer lugar en la lista de los cinco candidatos, fué el designado por Carlos X, no sin extremada repugnancia, y á él se debe la redaccion del mensaje en contestacion al discurso de la corona, mensaje que lleno de prudentes consejos y de patrióticas aspiraciones, fué considerado como el programa de una nueva era constitucional: «Invocais la verdad desde el fondo de vuestro corazon; la proclamais en alta voz la primera necesidad así de los reyes como de los pueblos: estas palabras memorables serán transmitidas á la posteridad, y la Francia las recoge con profunda gratitud. No duda de su porvenir desde el momento en que se ve objeto de vuestros desvelos, y lo único que solicita de los depositarios de vuestro poder es la verdad de vuestros beneficios.» Delalot, uno de los mas ardientes jefes de la *defeccion* realista, propuso la adicion de la siguiente frase tan oscura como fecunda en interpretaciones: «Sus clamores solo acusan el *deplorable sistema* que muchas veces los hizo ilusorios.» Aquel sistema era el de Villele, reivindicado por el rey como suyo en pleno consejo de ministros, y Chabrol de Crousol y Frayssinous que

habian formado parte del anterior gabinete y que no podian aceptar la calificacion de *deplorable* aplicada al sistema que antes defendieran, se retiraron el día 3 de marzo, dejando sus carteras en manos de Hyde de Neuville y de Feutrier, obispo de Beauvais. Con ello quedó corregido el vicio que parecía haber reinado en la formacion del gabinete, é hizose este mas homogéneo y fuerte en apariencia á lo menos. La famosa frase introducida por Delalot en el mensaje dió lugar á vivos y prolongados debates, en los que el ministerio no tomó la menor parte; la mayoría de los *Trescientos* no se atrevieron á defender á un gobierno condenado á quien sirvieron de escudo por espacio de siete años contra la imponente repulsion de la Francia, y los murmullos, las risas y los silbidos probaron á los que como Syries de Morinhac y Montbel quisieron glorificar al gabinete de Villele, que un ministro caido no cuenta sino con adversarios. Esto no obstante, la frase acusadora solo alcanzó una mayoría de treinta y tres votos. Carlos X recibió el mensaje con visible descontento, y despues de hacer comprender á los delegados que se lo presentaron que solo se apoyaba en una mayoría de treinta y tres votos la sentencia fulminada por la cámara contra el *sistema deplorable*, les dijo estas palabras: «¡Espero que no olvidareis que vosotros sois los naturales guardadores de la majestad del trono!»

El ministerio Martignac se apresuró á cumplir las promesas del discurso de la corona, y á manifestar al país que entendia separarse por completo del *sistema* que le precediera. Uno de sus primeros actos fué la supresion del *gabinete negro* que tanto indignara la moral pública violando el secreto de las correspondencias privadas, y deseoso de darse á conocer por sus obras, presentó sucesivamente á la cámara de diputados un proyecto de ley sobre los periódicos (14 de abril), y otro sobre la revision anual de las listas electorales y del jurado (25 de marzo). La ley sobre las listas electorales era consecuencia necesaria de las últimas elecciones, en las cuales el ministerio Villele se habia hecho culpable de monstruosos fraudes que reveló solemnemente el exámen de las actas; la conciencia del país habia protestado contra los abusos de la administracion, y en todas partes se firmaron exposiciones pidiendo justicia á los mandatarios de la

Francia. Estas justas reclamaciones movieron á Martignac á la elaboracion de su proyecto, el cual fué recibido con favor apesar de sus imperfecciones, pues era realmente liberal; la discusion se abrió el dia 28 de abril, y se prolongó hasta el 12 de mayo, y la izquierda entera, por medio de sus oradores mas eminentes, concedió su aprobacion al proyecto así en su conjunto como en la mayor parte de sus artículos. Algunos diputados habrian querido mayor latitud en la ley, mas Tracy, Salverte, Mauguin, Dupin, Beranger y Dupont de l'Eure reconocieron con satisfaccion que el ministerio se apartaba de la errada senda que siguieran sus predecesores, y que su objeto era colocar las elecciones y el jurado al abrigo de la negligencia, de la arbitrariedad y de la mala fe de los agentes públicos; los ultra-realistas atacaron la ley como era natural, pero esto no impidió que fuese adoptada por doscientos cincuenta y siete votos contra ciento cinco. Así pues la mayoría se pronunciaba decididamente en pro del ministerio, y no podia faltarle la misma mayoría en la cámara de los pares, dominada aun por el partido de Chateaubriand ó de la *defeccion*, á despecho del último nombramiento de pares que giraban como satélites al rededor de los antiguos ministros. Estos dieron la señal del ataque contra el proyecto de ley, el cual fué sin embargo votado en 17 de mayo por ciento cincuenta y nueve votos contra ochenta y tres. El ministerio tenia pues su existencia asegurada, aun cuando nadie creia en su duracion, siendo para todos evidente que Martignac y sus colegas solo representaban un sistema de transicion, débiles y aislados como se encontraban entre la hostilidad del partido absolutista y la desconfianza del partido liberal. El proyecto de ley sobre los periódicos no satisfizo á ninguno de los dos partidos; segun los ultras era revolucionario, segun los liberales, tiránico y pérfido. Benjamin Constant no vaciló en titularlo *segunda ley de justicia y de amor*, y sin embargo, la ley, presentada por Portalis como la consagracion de la libertad de imprenta prometida por la carta, abolia irrevocablemente la censura, daba á todo ciudadano mayor de edad el derecho de publicar un periódico bajo su garantía personal y nominativa, despues del depósito de una cantidad aplicable á las multas y á los gastos de las causas, y suprimir las odiosas acusaciones de tendencia. La libertad

de imprenta era por primera vez reconocida y autorizada por el gobierno con cierta apariencia de franqueza, mas los oradores de la izquierda se mostraron tanto mas exigentes cuanto mas les daba el ministerio, y desde el 29 de mayo al 19 de junio la discusion fué sucesivamente una lucha apasionada en pro ó en contra de la imprenta. La oposicion liberal obtuvo la disminucion del depósito de los periódicos diarios, que fué fijado en ciento veinte mil francos y la exencion de todo depósito para las publicaciones periódicas que no tratasen de materias politicas; y la ley, así enmendada y votada por una mayoría de ciento cincuenta votos, pasó á la cámara de los pares para sufrir iguales pruebas que en la cámara de los diputados. Chateaubriand, Decazes, Lally-Tollendal y Molé redujeron á la nada los argumentos de Rongé, de Marcellus, de Castelbajac y de La Bourdonnais á quienes asustaban las solas palabras de *libertad de imprenta*, y ciento treinta y nueve votantes entre doscientos diez adoptaron la ley, probando al ministerio que la mayoría de ambas cámaras le serviria de apoyo en la via legal y constitucional.

El ejemplo del último ministerio no era lo mas propio para seducir á los nuevos ministros; la acusacion con que Lafitte le amenazara en la anterior legislatura, fué de nuevo invocada por uno de los diputados mas enérgicos del extremo izquierdo, y en la sesion del 14 de junio, Labbey de Pompières propuso la formacion de causa contra Villele y sus colegas á quienes acusaba de los crímenes de traicion y de cohecho. Martignac se lanza á la tribuna y suplica al diputado que retire su acusacion que solo puede producir trastornos y desórden, negando además que los ministros sus predecesores hubiesen aislado jamás al rey del pueblo ni privado á aquel de la confianza de sus súbditos; Ravez apoya las generosas palabras de Martignac, y se opone á una acusacion que se eleva hasta la misma persona del rey; la agitacion aumenta; los amigos de Villele no se atreven á levantar la voz en su defensa; no todos los miembros de la oposicion aprueban la medida extrema provocada por Labbey de Pompières; los ex-ministros encuentran tantos campeones como adversarios, pero la votacion les es por fin contraria, y se nombra una comision de nueve miembros para examinar la proposicion. Martignac que ha tomado partido por los acusados en la tribuna, se niega á co-

municar á la comision documento alguno oficial; pero esto no obstante la comision no ceja: despues de recibir varios testigos, de indagar las causas secretas de la disolucion de la guardia nacional, de buscar el origen de las escenas de la calle de San Dionisio, presentó su dictámen al cabo de seis semanas opinando por la formacion de causa. La discusion de aquel documento fué aplazada hasta la adopcion del presupuesto, pero aprobado este cerróse la legislatura y la acusacion quedó sin curso. En vano Labbey de Pompieres quiso hacerla revivir en la legislatura siguiente; la Francia habia ya olvidado el *sistema deplorable*; abandonábase al contento de verse regida por una administracion benévola, y no dudaba de las buenas intenciones de los ministros. Estos en efecto habian inmolado á la pública odiosidad los ocho colegios que los jesuitas tenian en Francia, colocándolos de nuevo bajo la jurisdiccion universitaria, y no satisfechos aun quisieron bienquistarse mas y mas con la opinion pública realzando la dignidad de la nacion ante las potencias extranjeras. En el discurso del trono en el que se intentó excusar el combate de Navarino calificándolo de *imprevisto*, prometió el gobierno la pacificacion de la Grecia y el castigo del bey de Argel por medio de las armas. En aquel entonces bloqueaba una escuadra el litoral de la regencia de Argel, cuyo bey Hussein, habia insultado al cónsul francés Deval, dándole un abanicazo y expulsándole de su presencia ante todo el cuerpo consular (27 de abril de 1827); para negarse á la reparacion que de él se reclamaba, fundábase el bey en la legitimidad de sus agravios personales contra el cónsul de Francia, y pretendia igualmente tener motivos de queja contra el gobierno del rey que le retenia sin razon alguna dos millones quinientos mil francos precio de una remesa de trigo hecha á la república francesa. Léjos pues de dar á la Francia la menor satisfaccion, habia mandado encarcelar á todos los franceses que habian permanecido en su territorio, y el bloqueo continuaba hacia mas de un año, sin otro resultado que aumentar el orgullo del bey que se burlaba de aquella medida. La expedicion que debia enviarse á la Grecia para completar la obra de pacificacion se hallaba ya resuelta, si bien fingia el rey esperar, segun el discurso de la corona, que la triple alianza de la Francia, de la Inglaterra y de la Rusia triunfaria, sin el auxilio de la fuerza, de

la obstinacion de la Puerta. En efecto, en 14 de abril, la Rusia declaró la guerra al sultan, y diez dias despues empezaron las hostilidades en Moldavia y en Valaquia, sin que la presencia del emperador Nicolás al frente de su ejército lograse obtener de aquella lucha inmediatos resultados. Los asuntos de Grecia nada habian adelantado desde el combate de Navarino, atribuido de comun acuerdo por las tres potencias aliadas á circunstancias fortuitas é imprevistas: Ibrahim y sus egipcios continuaban ocupando el Peloponeso y se mantenian allí á la defensiva; el ejército turco, reunido para reprimir la insurreccion de los helenos, habia marchado á defender contra los rusos la frontera de los Balkanes, y la Grecia regenerada, compuesta en aquel momento de algunas ciudades y aldeas arruinadas, habia aceptado por aclamacion la presidencia del conde Capo de Istria que le diera la Rusia de acuerdo con la Francia y la Inglaterra. El armisticio que las tres potencias aseguraban á la nueva nacion, permitió al presidente emprender la organizacion de un gobierno, de una administracion, de un ejército, y de una marina en medio de las belicosas rivalidades de los jefes de la insurreccion. Apenas lucia para la Grecia la aurora de la libertad, ya las disensiones intestinas, las ambiciones encontradas, los odios y las venganzas turbaban y ensangrentaban aquel desgraciado país; la Europa llegó á creer que un pueblo bastardeado por tantos siglos de esclavitud, habia perdido el derecho y la facultad de gobernarse á sí mismo, y desde aquel momento la opinion pública se hizo indiferente, sino hostil, para la causa de los griegos: despues de exaltarles como héroes, juzgóseles indignos de ser libres.

Esto no obstante la independencia de la Grecia era ya un hecho aceptado por la política europea, y la Francia debia emplear sus armas en consagrarla ante la Europa. La expedicion que debia verificarlo se hallaba ya dispuesta, cuando el ministerio Martignac pidió á las cámaras la inscripcion de cuatro millones de rentas para subvenir á los gastos que aquella debia acarrear. Los diputados de la izquierda no se mostraron muy partidarios del empréstito ni de la expedicion que lo motivaba, y Bignon condenó la influencia á la que parecia ceder el ministerio al precipitarse á una guerra inútil contra la Turquía: «De

donde sopla el viento? preguntó; de las orillas del Newa ó de las riberas del Támesis?—Ni del Newa, ni del Támesis, contestó con altivez el ministro de marina; para nosotros sopla y soplará siempre de las márgenes del Sena. La Francia tiene voluntad propia; cuenta con amigos y aliados, pero jamás sufrirá la influencia de nacion alguna.» El empréstito y la expedicion fueron votados el dia 21 de mayo por doscientos ochenta y siete votos contra sesenta y cinco, y el 17 del siguiente agosto salieron del puerto de Tolon las tropas expedicionarias mandadas por el general Maison, y divididas en tres brigadas al mando de los generales Sebastiani, Schneider é Higonet. Al desembarcar en el golfo de Coron supieron que el bajá de Egipto, Mehemet Ali, habia negociado con el almirante inglés Codrington, y que en virtud de los pactos que mediaron, disponfase Ibrahim á evacuar la Morea, de modo que el general Maison nada le quedó que hacer mas que recibir de manos de aquel jefe las llaves de las ciudades que tenian guarnicion egipcia. La evacuacion de la provincia fué tan pronta como completa, é Ibrahim y sus tropas se embarcaron á bordo de las escuadras inglesa y francesa que les condujeron á Egipto. Los soldados franceses solo debieron apelar á las armas delante de Coron, donde hicieron los turcos un simulacro de defensa, y esto no obstante dejaron seiscientos cadáveres en la tierra que habian libertado, pues las privaciones de toda clase y las enfermedades epidémicas causaron mas víctimas de lo que habrian costado las fatigas de una larga campaña. Dos meses despues de haber llegado á Morea la expedicion francesa, los embajadores de las tres potencias en Lóndres, Aberdeen, Lieven y Polignac, notificaron al Divan que el objeto de aquella se habia cumplido, y que la Morea quedaba bajo la salvaguardia de la Francia, de la Inglaterra y de la Rusia hasta que una negociacion amistosa con la sublime Puerta hubiese fijado la suerte de la Grecia. La mision del general francés habia terminado, y volvió á Francia con dos brigadas; la tercera á las órdenes del general Schneider prolongó su permanencia en Morea á solicitud del presidente Capo de Istria, y acabó la pacificacion del país, mientras que los griegos protegidos contra una invasion turca, recobraban sucesivamente muchas ciudades situadas fuera de los límites que la conferencia de Lóndres señalaba á su terri-

torio. Desde aquel momento la cuestion griega quedó abandonada á la diplomacia, é hizo casi indiferente á las simpatías de los pueblos.

En aquella época, la Francia parecia absorta por sus propios intereses y exclusivamente ocupada en su porvenir mas que en su situacion presente: apartaba los ojos de la política exterior para dirigirlos con inquietud á las amenazas de la política interior; sentia agitarse en silencio la conspiracion ultra-realista que habia jurado destruir sus libertades, y no se abandonaba á la ficticia calma de que la dotara el ministerio Martignac por temor de verse despertada por la explosion que temia. En medio de tanta ansiedad apenas pudo ocuparse en el rango que se señalaria á la Grecia emancipada entre los estados europeos, apenas se indignó de la revolucion absolutista que D. Miguel hiciera triunfar en Portugal usurpando la corona de D.^a María su sobrina y prometida esposa; todos los ánimos se hallaban agitados por la prevision de un peligro desconocido existente en el fondo de aquel envidiable reposo. La legislatura habia sido cerrada el 18 de agosto despues de adoptar un presupuesto que excedia de nuevecientos setenta y cuatro millones sin llegar á cubrir el déficit enorme que Villele legara á sus sucesores, y acto continuo emprendió el rey por los departamentos del este un viaje, que como el de la duquesa de Berri por los del oeste y del mediodía, tenia por objeto una propaganda realista. La duquesa, recibida en la Vendée con grande entusiasmo, se convenció de que aquella provincia engendraría aun en caso necesario un ejército vendeano dispuesto á morir por la monarquía; creyó ver otra vez en Burdeos á los ardientes realistas que saludaron en 1814 el regreso de los Borbones, y regresó á las Tullerías alborozada por los trasportes de gozo y alegría que en su camino provocara. Carlos X habia encontrado iguales ovaciones, igual entusiasmo, y quedó convencido de que era venerado como San Luis, popular como Enrique IV, y poderoso como Luis XIV, afirmándose mas y mas en su designio de hacer á la monarquía superior á la constitucion, y de elevar el trono sobre las ruinas de la Carta. Sin embargo, conociendo no ser tiempo aun para la realizacion de sus planes, disimuló, fingió participar de las miras de sus ministros y seguir sin pesar ni doblez la línea constitucional. Mar-

tignac y sus colegas se creían seguros de la confianza del rey, y formaban proyectos para un dilatado porvenir; envanecidos y contentos de la tranquilidad general que veían reinar en el país, eran los únicos en Francia que no sospechaban las intrigas y maquinaciones del partido de la reaccion.

El discurso pronunciado por el rey al abrirse la legislatura en 27 de enero de 1829, tendía á robustecer la confianza de los ministros y la de la Francia. Los aplausos de las cámaras tuvieron inmenso eco en la nacion, y el noble lenguaje del rey desvaneció mucho las sospechas y los funestos presentimientos; el corazón de la Francia guerrera latía al oír esta enérgica promesa: «Sean cuales fueren los acontecimientos que el porvenir nos reserva, jamás olvidaré que la gloria de la Francia es un depósito sagrado, y que la honra de ser su guardador es la mas bella prerogativa de mi corona.» Aquel discurso mas extenso y explícito que cuantos se hablan oído hasta entonces, hablaba de las amistosas relaciones de la Francia con las potencias, pintaba la paz y el órden reinando en el interior, la industria floreciente, la prensa libre, la religion y la enseñanza reconciliadas, las leyes del reino relativas á los jesuitas ejecutadas con prudente firmeza, y la hacienda en próspero estado; anunciaba muchos importantes proyectos de ley, entre otros el código militar y la organizacion departamental y municipal, y terminaba con esta declaracion clara y precisa: «La experiencia ha desvanecido el prestigio de insensatas teorías; la Francia conoce las bases en que su felicidad reposa, y los que la buscasen fuera de la estrecha union de la autoridad real y de las libertades que la carta ha consagrado, serian altamente rechazados por ella.» Esto no obstante el temido nombre de Polignac habia circulado la víspera de la apertura de las cámaras, y referíase que el futuro ministro habia presentado al rey un discurso de inauguracion al que Martignac habia sido bastante afortunado para sustituir el suyo; tales rumores parecian confirmados por la llegada á París del príncipe de Polignac, quien creyó necesario justificarse y rehabilitarse en cierto modo ante la opinion liberal, tomando la palabra durante la discusion del mensaje en la cámara de los pares: «La carta, dijo, esé solemne pacto en que descansan nuestras libertades, aparece á mis ojos como el signo celeste precursor de la

calma y de la serenidad; en él veo un seguro puerto contra nuevas tempestades, una tierra neutral, igualmente inaccesible á recuerdos que no carecerian de peligro, lo mismo que á estériles pesares.» Despues de aquella apariencia de conversion constitucional, el príncipe regresó á Lóndres diciendo: «El tiempo de mi ministerio no ha llegado todavía.» La contestacion al rey respiraba el mas puro afecto, y embriagado Carlos X con aquel incienso de amor y de gratitud, dijo á los diputados: «Abrigo la íntima conviccion de que merezco el amor de mis súbditos.—Sabré probar á los franceses, dijo á los pares, que soy digno de la sangre que corre por mis venas.»

El principio de la legislatura distaba mucho de anunciar que debiese ser fatal al ministerio, que habia, por decirlo así, asociado su popularidad á la del rey. En 8 de febrero, Martignac presentó los dos proyectos de administracion departamental y municipal, y quedó sorprendido y pesaroso al ver la acogida que los ministros merecieron: la derecha los consideró revolucionarios y peligrosos para la monarquía; la izquierda tímidos é insuficientes para la libertad, y desde aquel dia pudo preverse una coalicion no meditada contra el ministerio con motivo de las dos leyes que tanto le costara hacer aprobar por el rey. Martignac quiso al principio ocuparse exclusivamente de la organizacion municipal en la que hacia entrar por mucho el principio electivo, mas aconsejado Carlos X por la camarilla de Polignac, **exigió** que fuese presentada al mismo tiempo la ley departamental **para** que sirviera de equilibrio al nuevo régimen de las municipales; en aquella la gran propiedad dominaba á la fraccionada, cuya influencia encerraba dentro de los estrechos límites de la administracion municipal, y era evidente que el gabinete, obligado á defender ambos proyectos que se combatian recíprocamente, no conseguiria la adopcion de los dos. La comision nombrada en la cámara de diputados para examinar la ley departamental que fué la primera en ser sometida á discusion, la **modificó** completamente por medio de repetidas enmiendas, destinadas á hacerla mas liberal y menos aristocrática, é igual suerte experimentó el proyecto de ley municipal. Martignac se erigió en inexorable defensor de ambas leyes, é intentó en vano obtener que la municipal fuese discutida antes que la referente

á los departamentos; el debate empezado en 30 de marzo terminó el día 7 de abril, y durante él Martignac y Portalis se hallaron solos para hacer frente á mil encarnizados adversarios, que veían un atentado contra la prerogativa real allí mismo donde denunciaban otros un atentado contra las libertades públicas. El ministerio había declarado que, responsable para con el rey y el país, de las consecuencias de la *innovacion* que proponía, no podía aceptar enmienda alguna radical, y como la comisión opinaba por la supresion de los consejos de distrito, Martignac intentó hacer comprender á la izquierda que pidiendo demasiado era seguro que nada obtendría. La izquierda desoyó tan prudentes consejos, y votada la enmienda, los ministros del interior y de justicia abandonaron la sala para dirigirse á las Tullerías. El rey supo la votacion de la cámara con extremada satisfaccion: «Ved donde quieren arrastrarme! les dijo. Esa cámara es mala, y nada obtendremos de ella á no ser por el rigor.» Los dos ministros se presentaron de nuevo á la asamblea para leer un real decreto que retiraba ambos proyectos de ley, y sus palabras fueron acogidas por la derecha con aclamaciones, y con amargura y estupor por los miembros de la izquierda: el partido absolutista había triunfado. El ministerio parecía deber sucumbir á tan grave derrota, pero esto no obstante continuó viviendo sin intentar siquiera rehacer una mayoría en las cámaras que tan mal le habían secundado en sus intenciones liberales, y durante el resto de la legislatura evitó así entrar en lucha con la derecha que profetizaba su caida, como halagar á la izquierda que no había tenido la prevision de defenderle. La cámara de diputados, herida como de indiferencia ó de indecision, rechazó la acusacion de Labbey de Pompieres contra los pasados ministros, discutió y aprobó sin interés alguno varios proyectos de ley de órden secundario, y excepto la oposicion que suscitó el ridículo incidente del comedor de Peyronnet, votó casi sin oposicion el presupuesto que solo ofrecía una aparente economía de dos millones sobre el del año anterior. En vano Lafitte llamó la atencion de la cámara acerca del peligro de semejante estado de cosas y del progreso anual del desórden rentístico: «Los actuales sufrimientos, dijo con tristeza, el peso de nuestra deuda, el déficit que nos amenaza, son debidos á la indemnizacion y á la

guerra de España. Con mil cuatrocientos millones de mas en el tesoro podríamos aliviar á los contribuyentes; con mil cuatrocientos millones de menos en el gran libro, podríamos dictar la paz á la Europa y recobrar el rango que nos pertenece.»

El ministerio Martignac se habia modificado de un modo insignificante mientras duró la legislatura, á causa de haber tenido que retirarse el conde de La Ferronnais para atender á su salud quebrantada. Carlos X no permitió al gabinete que se robusteciera con alguna individualidad imponente como Chateaubriand ó Molé, y le obligó á perpetuarse en su aislamiento y en su debilidad; el guarda sellos Portalis pasó al departamento de negocios extranjeros, y cedió el de justicia á Bourdeau, diputado del centro derecho que se habia distinguido entre los adversarios de los jesuitas y los defensores de la libertad de imprenta. Desde que habia renunciado á apoyarse en el centro izquierdo, Martignac se inclinaba insensiblemente hácia el centro derecho, y convencido de que podia ser aun útil á la Francia oponiéndose á la elevacion de un ministerio reaccionario, hacia ó aparentaba hacer sucesivas concesiones á la política personal del rey. Su talento flexible y sagaz le granjeaba la confianza de Carlos X, quien le demostraba un afecto particular, y el ministro fundaba el porvenir de su gabinete en la beneyolencia del soberano, cuando de repente, en 27 de julio, llegó á París el príncipe de Polignac llamado por el rey. Al momento se difundieron rumores de crisis ministerial, y en 9 de agosto proclamó el *Monitor* la victoria de los ultra-realistas. El príncipe de Polignac, nombrado ministro de negocios extranjeros, habia compuesto al fin el gabinete cuya elevacion temia la Francia hacia dos años; el general Bourmont era ministro de la guerra, y La Bourdonnaie del interior, nombres que justificaban por sí solos cuantas inquietudes excitara el nombramiento de Polignac; Courvoisier, procurador general en el tribunal de Lyon, aceptó la cartera de justicia, el Baron de Montbel sucedió á Vatimesnil y al obispo de Beauvais; Chabrol de Crousol se encargó de la hacienda como ministro interino, y el baron de Haussez, prefecto de la Fronza, fué ministro de marina. Carlos X se hallaba radiante: el ministerio fuerte que soñaba desde que se sentara en el trono, acababa de ser constituido, y á duras penas pudo hallar algunas palabras afectuosas al despedirse de sus antiguos ministros.

Al saberse la caída del ministerio Martignac y la elevación del que formara el embajador en Londres, fué general en Francia la consternación; la sorpresa se mezclaba con el enojo, y todo el mundo creyó que el rey se había vuelto loco. La prensa liberal dió el grito de alarma, y la abolición de la Carta pareció la inevitable consecuencia de la entronización del nuevo gobierno. Sin embargo, no sucedió así: los temores generales no fueron justificados por la menor apariencia de golpe de Estado, y hasta el inflexible La Bourdonnaye declaró en su circular á los prefectos no ser la intención del gobierno *alterar las situaciones establecidas ni hacer una reacción*. «El gobierno del rey, decía, está resuelto á no apartarse de los principios constitucionales consagrados por la Carta, y á no omitir esfuerzo alguno para estrechar mas y mas los lazos que deben unir al trono con las libertades públicas.» Tan solemne declaración no encontró entero crédito, y los temores persistieron, siendo el partido de Chateaubriand el mas activo en propalarlos y en exagerarlos. El *Diario de los Debates*, órgano de aquel partido, empezó la guerra contra Polignac y sus colegas, publicando un artículo lleno de siniestros vaticinios contra la monarquía de los Borbones, y terminando con estas proféticas palabras: *Infeliz Francia! infeliz rey!* La opinión unánime que esperaba vencer el ministerio no pidiendo cuenta á nadie de sus opiniones ni de sus antecedentes, y así fué que no destituyó á empleado alguno, limitándose á aceptar gran número de dimisiones voluntarias, que protestaron contra sus principios y origen. En tanto Carlos X se creía verdaderamente rey de Francia por la gracia de Dios; inaccesible á los consejos, á las insinuaciones y á las influencias exteriores, ni siquiera se inmutó por el glacial silencio con que fué acogido por el pueblo al seguir á pié la procesion del voto de Luis XIII (15 de agosto); jamás se había mostrado mas contento y jovial, y desde el nombramiento de su ministerio salia diariamente á caza. Sin embargo, no imitaban los partidarios del gabinete la reserva del monarca, sino que reclamaban promesas y actos, y suplicaban á Carlos que cegara el abismo de las revoluciones abierto en 1789, arrojando á él la Carta que de allí saliera; dos escritores de circunstancias, Madrolle y Cottu, llevaron tan léjos su celo contra los derechos y las libertades públicas, que el

guarda-sellos, que simpatizaba con sus ideas, no pudo librarles de una condena judicial, pues la magistratura, tranquila y rígida en medio de aquella lucha de partidos y de la universal efervescencia de opiniones y sentimientos, protegía con igual vigor la monarquía y la Carta, manifestábase respetuosa hácia la una lo mismo que hácia la otra como si ambas fuesen inseparables, y sentíase renacer en los tribunales el amor al soberano y á la ley, la conciencia de justicia y de razon que caracterizaron á los antiguos parlamentos. El partido ultra-liberal ó republicano habia juzgado prudente ponerse en disposicion de resistir aun por la fuerza á la contra-revolucion, y Lafayette y sus amigos habian vuelto á sus hábitos de conspiracion; el carbonarismo habia empezado otra vez su propaganda sin hacer muchos prosélitos; las sociedades secretas á las que se intentaba comunicar nueva vida, solo ofrecian cuadros vacíos é insignificantes; mas deseoso el general Lafayette de ver con sus propios ojos lo que podia esperarse de un levantamiento en nombre de la Carta y de las libertades públicas, hizo una excursion política á los departamentos del mediodía como para contrarrestar el efecto moral del último viaje del rey en los departamentos del este. El general fué recibido por los liberales como la esperanza y la bandera del porvenir constitucional, y desde el 22 de julio al 8 de setiembre acompañole de ciudad en ciudad el entusiasmo popular; aquellos gritos, empero, solo llegaban hasta Carlos X como amenazas de rebelion, y el rey se obstinó mas y mas en conservar á sus ministros. Su consejo íntimo le habia insinuado que el duque de Orleans era el instigador secreto de la atrevida conspiracion contra las prerogativas del poder real, y que los jefes del partido liberal, de acuerdo con el príncipe, atacaban al ministerio para herir mas segura é impunemente al rey. En efecto, Luis Felipe de Orleans gozaba de una prodigiosa influencia en los jefes del partido liberal que se creía mas fuerte sirviéndose de su nombre; pero el príncipe no apelaba á ella sino con extremada reserva por temor de comprometerse, consistiendo su táctica en hacer obrar á los hombres sin que sospechasen la mano invisible que les impulsaba. Hacia en una palabra la oposicion silenciosa é inmóvil, y aislado en las Tullerías, evitando toda relacion con los ministros, parecia no tener mas

idea que aumentar su inmensa fortuna, que administraba él mismo como si hubiese sido su propio intendente; dotado de muy larga vista en política, juzgaba que Carlos X había corrido mucho en la pendiente contra-revolucionaria para no precipitarse en el abismo cuanto antes, y aunque se hallaba dispuesto á todo temía encontrarse en competencia con el general Lafayette, que aspiraba á reunir en su mano las fuerzas todas del liberalismo.

El ministerio no había realizado ninguna de las intenciones ilegales que se le atribuían, pero esto debía achacarse sin duda á la falta de union; la discordia había penetrado en el consejo con el conde de La Bourdonnaie, y no tardó en revelarse un completo antagonismo entre el príncipe de Polignac y él. Los dos pretendían dominarse recíprocamente; el príncipe tomaba la actitud de un despótico favorito; el conde, inflexible, indomable, hablaba muy alto de su superioridad de hombre de Estado y de su influencia en la derecha de la cámara de diputados. La *candidez* proverbial del príncipe de Polignac parecía á su ardiente colega un yugo insoportable, y cuando Carlos X le amenazó con imponérselo nombrando un presidente del consejo de ministros, La Bourdonnaie ofreció su dimision que fué aceptada, pasando su cartera del interior á su colega el Baron de Montbel y siendo este reemplazado por Guernon de Rauville, procurador general en el tribunal de Grenoble. El gabinete así modificado no se hallaba completo todavía: Chabrol parecía harto tímido; Courvoisier, harto meticoloso, y esto fué causa de que se aplazase el momento de obrar, si bien Carlos X, adocinado y fascinado por sus familiares de la Congregacion, estaba cual nunca resuelto á desplegar *vigor*. Las recepciones del primer día del año diéronle ocasion de tomar cierto aire de Luis XIV y de rey absoluto; cuando el tribunal real fué á cumplimentarle por órgano del primer presidente Segnier, quiso manifestarle no hallarse satisfecho de sus últimas sentencias y dijo con altivez: «Magistrados, no olvideis jamás los importantes deberes que os incumben; mostrad con la verdadera felicidad de mis súbditos, que procurais haceros dignos de las pruebas de confianza que recibís de vuestro rey.» El tribunal y su primer presidente fueron acogidos por la Delfina con estas solas palabras: «Pasad, se-

ñores» acompañadas de un gesto desdeñoso, y este hecho se convirtió en un nuevo cargo contra el ministerio, que quizás no lo había aconsejado siquiera.

Segun la opinion general el malhadado gabinete habria de renunciar á hacer frente á la odiosidad pública luego de reunidas las cámaras, mas el rey aplazó para el 2 de marzo la inauguracion de la legislatura, esperando sin duda vencer en aquel intervalo el encono de la oposicion satisfaciendo el sentimiento nacional. Con este objeto preparaba una expedicion contra el bey de Argel y realizaba de un modo definitivo la pacificacion de la Grecia; pero entonces solo atendia la Francia á sus propios asuntos concentrando todas sus emociones en el estrecho círculo de la cuestion ministerial, y apenas llegó á saber que el tratado de Andrinópolis (2 de setiembre) habia puesto fin á la invasion de los rusos en la Turquía, y que el emperador Nicolás, al restituir á la Puerta cuantas conquistas hiciera, se contentaba con el resultado moral de la guerra, en la que habia desaparecido la antigua aureola del imperio musulman. La consecuencia necesaria de aquel tratado de paz debia ser la organizacion definitiva de la independenciam de la Grecia, y la conferencia celebrada en Lóndres por los plenipotenciarios de la Francia, de la Inglaterra y de la Rusia, resolvió en 4 de enero que la Grecia, declarada estado independiente, tendria un gobierno monárquico y hereditario por órden de primogenitura, siendo elegido entre las familias reinantes de Europa el príncipe que debia hacer las veces de soberano legítimo. Fijáronse tambien los límites del reino griego, y las potencias aliadas que tomaban el nuevo estado bajo su proteccion, le garantian socorros en dinero y además un empréstito que el presidente Capo de Istria quedó autorizado para negociar. La Francia no halló ni una voz para celebrar aquellos sucesos que tanto habia parecido desear, y ni la cuestion de Argel pudo apartarla de las graves preocupaciones que en aquel momento la absorbían. Hemos dicho que el bloqueo del litoral de la regencia habia exasperado al anciano Hussein en vez de domar su orgullosa firmeza, y cuando el capitan de navío Labrettonniere fué enviado con plenos poderes para terminar la cuestion por medios amistosos, recibió el bey con actitud amenazadora, y saludó su partida á ca-

ñonazos. Habíase pues desvanecido toda esperanza de arreglo al subir al poder el ministerio Polignac, y Carlos X no tuvo necesidad de inspirar á sus ministros la firme resolución de castigar la insolencia del bey; los recuerdos del reinado de Luis XIV decían bien claro la conducta que debía observarse contra aquel jefe de corsarios, é hicieronse grandes preparativos militares.

El antiguo régimen no se hallaba aun restablecido, y Carlos X quiso desplegar un inmenso aparato de fuerza para intimidar á los enemigos de la monarquía absoluta. Antes de abrir la legislatura nombró gran número de pares entre los mas puros realistas, y creó muchos caballeros de las órdenes de San Miguel y del Espíritu Santo, orgulloso y satisfecho al imitar á sus antepasados, y al reproducir pompas y ceremonias que resucitaban la antigua Francia á los ojos de la nueva. Las cámaras se reunieron por fin el día 2 de marzo, y el discurso que entonces pronunció Carlos X con acento convencido, adoptó su lenguaje al usado durante el gobierno de Luis el Grande. El rey decía á cada paso *mi pueblo, mi reino, mi pabellon, mi trono*, y anunciaba solemnemente la expedicion de Argel. «La reparacion que deseo obtener, al mismo tiempo que satisfará el honor de la Francia, redundará, con el auxilio del Todopoderoso, en beneficio de la cristiandad.» El pasaje mas importante de aquel discurso redactado por el guarda-sellos, pero enmendado por el consejo íntimo, encerraba en gérmen un golpe de Estado: «La carta ha colocado las libertades públicas bajo la salvaguardia de los derechos de mi corona; estos derechos son sagrados, y mi deber para con mi pueblo es transmitirlos intactos á mis sucesores. Pares de Francia, diputados de los departamentos, no dudo de vuestra cooperacion para realizar el bien que medito; rechazad las pérfidas insinuaciones que la malevolencia tiende á propagar, y si culpables intrigas suscitaran á mi gobierno obstáculos que no quiero prever, hallaré fuerza para vencerlos en mi resolución de conservar la paz pública.» La última frase fué pronunciada con voz firme y casi amenazadora, y á ella contestaron los pares y los diputados de la derecha con el grito de *Viva el rey!* que repitieron con entusiasmo las tribunas; el resto de la asamblea permaneció muda. Aquel discurso, donde por pri-

mera vez hablaba el ministerio su natural lenguaje, suscitó vivas y amargas reconvencciones en la prensa que se hizo eco del sentimiento nacional; el gabinete Polignac acababa de arrojar la máscara, y no temía proclamar sus proyectos habiendo descubierto en el artículo 14 de la Carta un arma de guerra con la cual debía herirla. Las cámaras dieron principio á sus tareas bajo el imperio de tan justas inquietudes, y desde la primera sesion pudo conocerse la enorme mayoría del partido Martignac, que tomaba en la cámara de los pares el nombre de Chateaubriand, su jefe. El vizconde, vuelto de su embajada de Roma al saber la elevacion del ministerio Polignac, empezó sin pérdida de momento en el *Diario de los Debates* la guerra implacable que pensaba hacerle en la tribuna, y su primer discurso en la cámara de los pares minó al ministerio hasta en sus cimientos. «Hoy es imposible una revolucion procedente de abajo pero dijo, puede venir de arriba; puede proceder de una administracion extraviada en sus sistemas, ignorante de su país y de su siglo.» El mensaje al rey, votado bajo la impresion profunda de las proféticas palabras de Chateaubriand, condenaba sin rodeos los golpes de Estado, y daba una gran leccion al ministerio con esta frase significativa: «La Francia no quiere la anarquía, así como su rey no quiere el despotismo.» Tampoco olvidó aconsejar á la corona y le dijo: «El deseo y el interés de todos estriba en que sean inviolables los sagrados derechos del monarca, siendo transmitidos, *junto con las libertades nacionales*, á los sucesores de V. M. y á nuestras postereras generaciones.» Carlos X recibió el mensaje con despecho y la córte con indignacion. ¿Qué podia esperarse de la cámara de diputados cuando la cámara alta se permitia hacer oposicion al rey y á su absoluta voluntad? Royer-Collard, cuyo nombre iba continuado en la lista de los candidatos para la presidencia, fué nombrado por el rey como en la anterior legislatura, y Dupin (mayor) Bourdeau, Cambon y Martignac fueron elegidos vice-presidentes, pues el último ministerio habia recobrado la mayoría desde que abandonara el poder. La redaccion del mensaje al rey confiada á Etienne tomó un carácter de respetuosa firmeza y de inflexible lógica bajo la pluma de un publicista que aunque no novel, se sentaba por primera vez en los escaños del centro izquierdo, de Guizot, uno de los primeros apó-

toles de la opinion realista constitucional en Francia. En el opuesto campo apareció tambien por primera vez un orador eminente, Berryer, defensor de la monarquía de derecho divino, y enteramente adicto al ministerio Polignac. El mensaje cuya discusion se prolongó hasta el 16 de marzo, ofrecia bajo las formas mas respetuosas una protesta formal contra el ministerio; no habia en él una palabra que no hiriese lo que se llamaba la prerogativa real; era un lúgubre cuadro de la situacion del país el cual carecia de la *seguridad del porvenir*, y se hallaba turbado por una *viva inquietud*, un severo recuerdo de la carta que *hace del acuerdo permanente de las miras politicas de vuestro gobierno con los votos de vuestro pueblo, la condicion indispensable de la marcha regular de los negocios públicos*. «Señor, añadíase, nuestra lealtad, nuestra adhesion, nos obligan á deciros que semejante acuerdo ya no existe;» y la conclusion de aquel memorable documento anunciaba en términos ambiguos las consecuencias todas de la resistencia legal. «Entre los que desconocen á una nacion tan tranquila, tan fiel, y nosotros que con profunda conviccion venimos á depositar en vuestro seno los dolores de todo un pueblo, celoso del aprecio y de la confianza de su rey, decida la alta sabiduría de V. M. Sus reales prerogativas han colocado en sus manos los medios de asegurar entre los poderes del Estado la armonía constitucional, condicion primera y necesaria para la fuerza y grandeza de la nacion.» Los debates no fueron inferiores á la magnitud del asunto; Benjamin Constant, Dupín y Guizot explicaron y completaron el mensaje por medio de lógicos y patrióticos comentarios, sin que el ministerio pudiese oponer á tan temibles enemigos mas que la elocuencia de Berryer, y los discursos de Conny y de Guernon de Ranville. Martignac apiadado, no del ministerio, pero sí de la monarquía que se obstinaba en hacer causa comun con él, intentó hacer adoptar una enmienda que atenuaba los cargos dirigidos al rey y las atrevidas quejas que contenia la peroracion del mensaje, mas Guizot se opuso á ella con estas palabras: «Bastante cuesta á la verdad llegar hasta el gabinete de los reyes; no la enviamos á él pálida y debilitada!» El mensaje fué adoptado por doscientos veinte y un votos, y la diputacion de la cámara lo presentó al rey, quien la habló en los siguientes términos: «Confiaba en la cooperacion de

ambas cámaras para realizar el bien que medito, y mi corazón se afiije al considerar que los diputados de los departamentos han declarado que por su parte aquella cooperación no existe. Señores, en mi discurso de apertura he anunciado mis intenciones, y mi resolución es inmutable.» Al día siguiente apareció un real decreto suspendiendo las sesiones hasta el 1.º de setiembre.

Habíase creído que ilustrado el rey por los mensajes de las cámaras modificaría su ministerio, y así fué que su resistencia, su obstinación, produjeron en todos los ánimos un sentimiento de sorpresa mezclada de sorda indignación. El sentimiento público continuó sus manifestaciones pacíficas: los doscientos veinte y uno eran los héroes de un triunfo nacional; acuñábanse medallas en honor suyo, y eran acogidos en los departamentos con transportes de entusiasmo; la prensa liberal les dedicaba un panegírico continuo, y en tanto el partido absolutista permanecía inmóvil esperando que el príncipe de Polignac diese la señal de la contra-revolucion. El ministerio afectaba una desdeñosa indiferencia por las hostilidades de la oposicion á quien llamaba *revolucionaria*, y parecía no observar que hasta los tribunales le habían abandonado soltando las riendas á las diatribas de la prensa; léjos de meditar leyes excepcionales, solo revelaba su presencia por medio de leyes muy inofensivas y secundarias, mientras que los ministros de la guerra y de marina se hallaban exclusivamente ocupados en los gigantescos preparativos de la expedicion de Argel, cuyo mando en jefe habia tomado el general Bourmont para rehabilitarse con el ejército francés. La corte á imitacion del rey no se inquietaba en lo mas mínimo de la actitud de la poblacion, y despues de un alegre carnaval entregábase con ardor á las devociones de la cuaresma, sin que pudiesen tampoco turbar su impassibilidad los repetidos y misteriosos incendios que desolaban la Normandía. El espanto habia llegado á su colmo entre aquellos pueblos rurales, tanto que el consejo de ministros propuso la creacion de un tribunal extraordinario para castigar á los autores de la infernal maquinacion, y que el rey envió allí dos regimientos de su guardia real, sin que por ello cesaran los incendios hasta fines del mes de junio, y pudiese descubrirse cosa alguna acerca de la causa primera de aquellos espantosos crímenes. La capital se veía libre de tan inexplicables

monstruosidades, pero no de la miseria que ocasionaban el subido precio de las subsistencias, la paralización del comercio y de la industria y los rigores del invierno, y Carlos X y su familia pudieron entonces manifestar sus generosos sentimientos haciéndose el amparo de mil infortunados. Encontrábanse entonces en París el rey de Nápoles Francisco I y la reina su esposa que regresaban de España, á donde acompañaran hasta el tálamo de Fernando VII á su hija María Cristina, y los Borbones de Francia quisieron dispensar una espléndida acogida á los Borbones de Italia, mas en aquella série de lucidas fiestas el Palacio Real sobrepujó á las Tullerías, y el duque de Orleans pareció el encargado de hacer á sus ilustres huéspedes los honores de la capital, cuando en 31 de mayo dió el famoso baile que inspiró á Salvandy estas palabras proféticas: «Fiesta napolitana en la que se baila sobre un volcan!» En efecto, los clamores y silbidos de la multitud reunida en el jardín del palacio llegaban á oídos del rey á través de la música y de las danzas, y desde aquella noche el duque de Orleans, jefe ó protector privilegiado de la oposicion liberal, hizose el antagonista de Carlos X, el pretendiente al trono, la esperanza y el porvenir de la Francia constitucional.

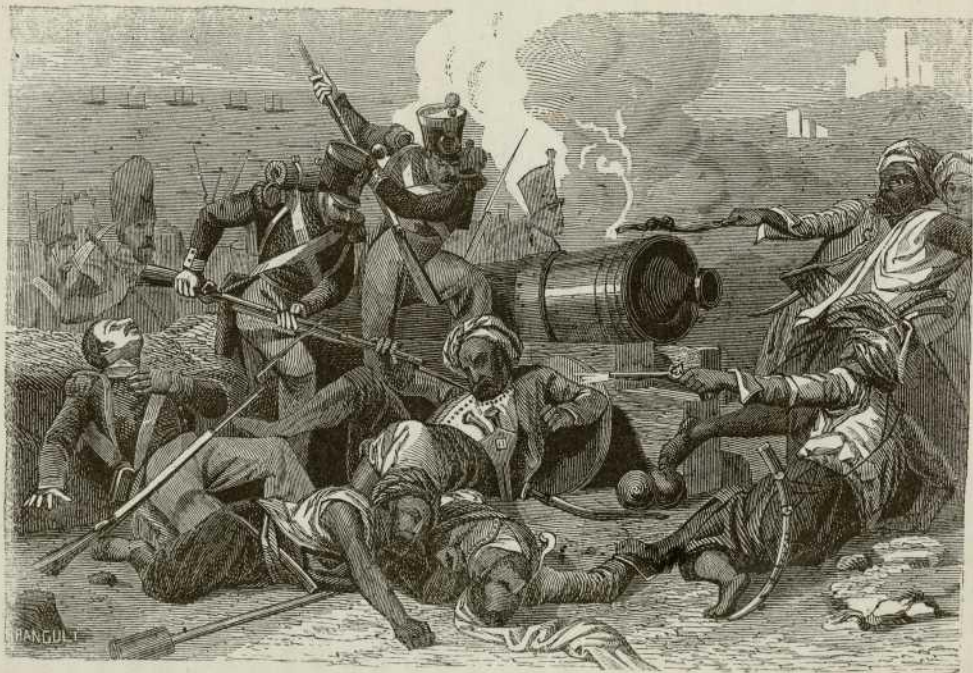
Carlos X habia perdido el resto de su popularidad mandando la disolucion de la cámara de diputados (16 de mayo); no podia pues dudarse de las inmutables intenciones del rey, y aquella constancia en el mal camino, aquel menosprecio del general sentimiento, aquella ceguiedad voluntaria llenaron de tristeza á todos los buenos ciudadanos. Sin embargo, en vez de doblegarse y de ceder, la opinion popular se robusteció y levantó contra los ministros que comprometian al país entero; todos se prepararon para las elecciones y para la lucha legal, y las masas rodearon con mas afectuosa simpatía á los Dóscientos veinte y uno como á los defensores de las libertades públicas. Tambien el ministerio creyó necesario robustecerse con algunos nombres significativos que anunciassen su resolucion de resistencia invencible, y apartar de sí los de Courvoisier y de Chabrol de Crousel que obstaculaban su marcha negándose á asociarse á toda medida excepcional. El de Peyrounet fué el primero que se presentó á la mente de Carlos X y á la de sus ministros, y confiósele el departamento del interior, pasando al de hacienda el Baron de Montbel;

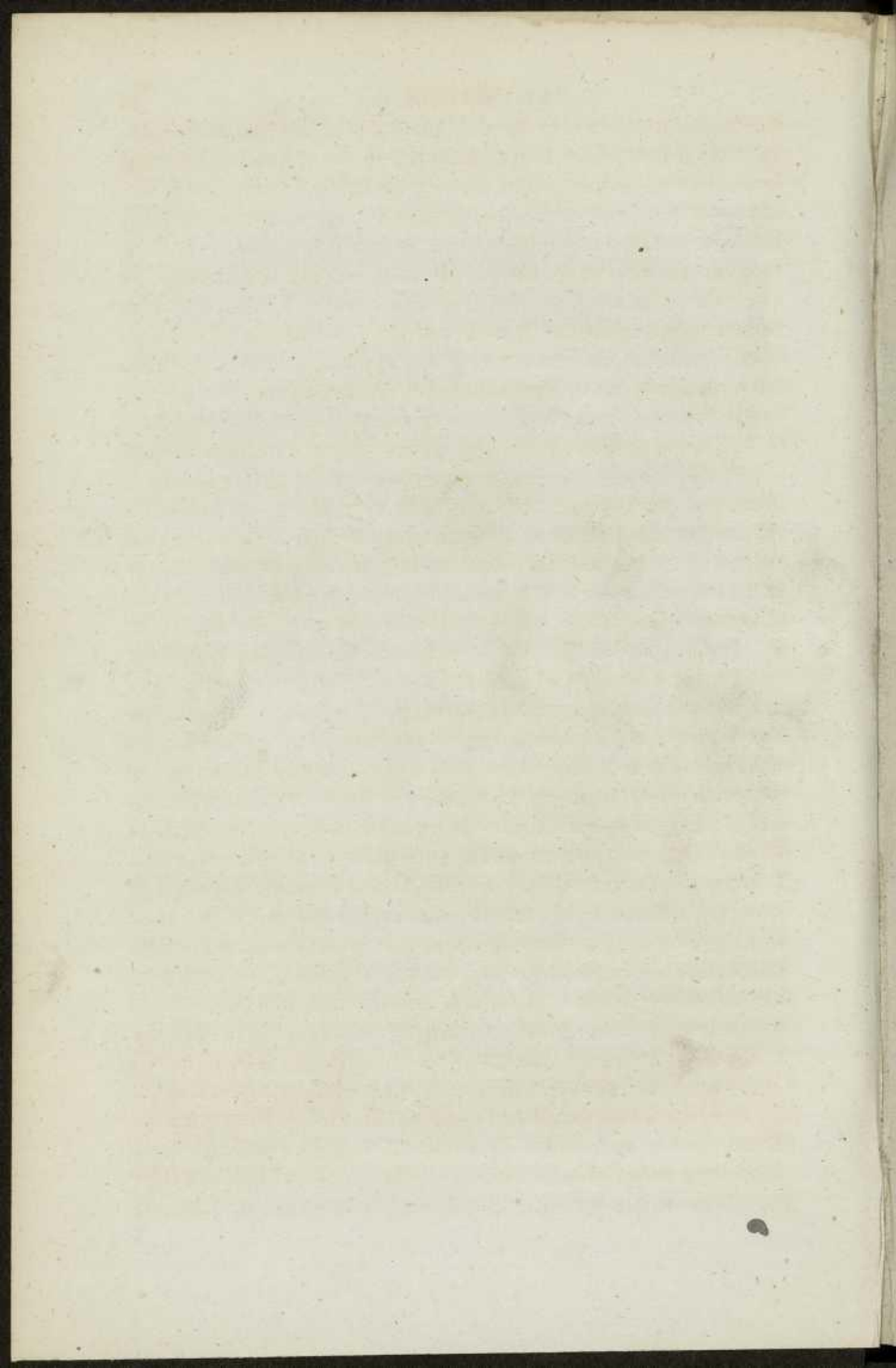
el baron Capelle prefecto de Sena y Oise, hombre ducho en materias electorales, recibió la cartera de obras públicas, y dióse el cargo de guarda-sellos á un diputado de la derecha, á Chante Lauze, presidente del tribunal de Grenoble y amigo de Peyronnet. Reorganizado así el ministerio, solo se ocupó de elecciones, á imitación de lo que hacia el partido liberal; el nombramiento de la nueva cámara absorbía exclusivamente las fuerzas vivas de la nacion, de modo que apenas se cifraba interés en la expedicion formidable que se hallaba dispuesta á dirigirse á Argel. La salvacion de la Francia y de sus libertades no estaba en aquella escuadra, en aquel ejército, en aquellos vastos preparativos de guerra destinados á humillar el orgullo de un reyezuelo de los estados berberiscos; así entre el pueblo como entre los hombres políticos que le dirigian solo imperaba una idea: volver en triunfo á la cámara los Doscientos veinte y uno y derribar así á un ministerio rechazado por la conciencia pública. Los Doscientos veinte y uno dieron otra vez principio á sus triunfantes excursiones por sus departamentos, y su presencia sola ejercia entre los electores una irresistible accion de propaganda, no sin que en algunos lugares fuesen acompañadas aquellas escenas de temibles trastornos. La Francia se agitaba mas y mas á medida que se acercaban las elecciones fijadas para el 25 de junio y el 3 de julio; todos los partidos, todos los matices de sentimiento político se habian separado en dos campos, el de la contra revolucion y el de la resistencia. La administracion nada sintió para alcanzar el triunfo, y no temió comprometer el nombre del rey haciéndole firmar una proclama á los electores (13 de junio): «No temais por vuestros derechos, decia Carlos X en aquella circular electoral; los confundo con los míos y los protegeré con igual sollicitud.» Sin embargo, cuanto mas manifestaban el rey y los ministros la intencion de mantener la Carta y las instituciones por ella establecidas, tanta mayor inquietud experimentaba la nacion, y temia ver desaparecer la Carta y las instituciones en el libre ejercicio de las prerogativas reales.

El ministerio confiaba mucho en la expedicion de Africa para distraer las ansiedades del momento y extinguir una parte de las pasiones políticas en aquella gran cuestion de patriotismo; mas los resultados de la expedicion no se obtuvieron con la sufi-

ciente prontitud para que pudiesen obrar sobre las elecciones. La escuadra no salió de Tolon hasta el 25 de mayo, á pesar de hallarse terminados un mes antes los preparativos de armamento, por haber sido preciso dar explicaciones á la Inglaterra acerca del objeto y de los proyectos de una expedicion que no veia con agrado aunque no se atrevia á oponerse á la misma. El príncipe de Polignac, reducido al extremo por la desconfianza y las exigencias de la diplomacia británica, contestó con dignidad al embajador inglés que «en una empresa exigida y realizada por el país, el gobierno del rey no debia tomar consejos sino del honor y del interés del país.» El telégrafo trasmite al general Bourmont la orden de embarcarse, y la escuadra mandada por el almirante Duperré y compuesta de ciento once buques de guerra y de quinientos ó seiscientos buques de transporte cargados de inmensas provisiones, hízose inmediatamente á la vela. El ejército expedicionario, formado por mas de treinta y siete mil hombres de todas armas, constaba de tres divisiones de infantería á las órdenes de los generales Berthezene, Loverdo y Escars; el general Lahitte mandaba la artillería, y el general Valazé, á los ingenieros y desempeñaba el mando supremo el conde de Bourmont, ministro de la guerra. El puerto de Palma era el punto de reunion general, y allí permaneció la escuadra que habia sido dispersada por una violenta borrasca hasta el dia 10 de junio; el 12 llegó á la vista de las costas africanas, y al dia siguiente á las cuatro de la tarde empezó el desembarco en la bahía de Sidi-Ferruch. Los árabes se habian retirado, pero no tardaron en aparecer de nuevo y en inquietar con un vivo tiroteo á las avanzadas del campamento atrincherado que los franceses habian podido establecer en Sidi-Ferruch bajo los cañones de su escuadra. El ejército argelino acampaba á tres leguas de distancia en la llanura del Staoueli, y aunque casi en igual número al ejército francés, ofrecia una indisciplinada mezcla de genízaros, de moros y de kabylas, en su mayor parte ginetes, reunidos confusamente á las órdenes de Ibrahim, yerno del bey. Aquellas fuerzas no se habian opuesto al desembarco del enemigo á fin de destruirle mas completamente y con mas ventaja luego que hubiese saltado á tierra con todo su material de campaña, y el 19, al asomar el dia, atacó contra todos los puntos profiriendo espan-

tosos alaridos. Bourmont, que no habia recibido su artillería ni su caballería, aceptó el combate que se le presentaba, y los franceses, divididos en tres columnas, salieron de su campamento y se precipitaron contra la fanatizada multitud, venciendo muy pronto la táctica europea aquella imprevisora intrepidez. Cinco mil argelinos quedaron en el campo de batalla; la artillería, los camellos, las tiendas, y el tesoro del ejército árabe fueron los trofeos de aquella fácil victoria, que solo costó á los franceses sesenta muertos y cuatrocientos heridos. Algunos oficiales aconsejaron al general en jefe marchar sin pérdida de momento hácia Argel, seguros de que abriría sus puertas á la primera intimacion; pero Bourmont no quiso comprometer la expedicion que se le confiara apresurándose á llevarla á su fin. La derrota de Staouelli no habia hecho mas que dispersar el ejército argelino, y no tardó en reunirse al rededor de su jefe á la voz de sus imanes que predicaban la guerra santa contra los cristianos; veinte mil turcos y árabes cubrian la plaza de Argel, y el 24 intentaron un nuevo ataque que no tuvo mejor éxito que el anterior; la infantería les desalojó de todas sus posiciones, y fueron perseguidos á bayonetazos hasta Sidi-Kalef, donde los franceses se establecieron. La artillería de sitio no fué desembarcada hasta el 28 y al dia siguiente emprendióse la marcha hácia Argel; durante la noche habian sido ocupadas las alturas inmediatas, y al rayar el dia vióse ondear la bandera blanca en el monte Boudjereah y en todos los puntos elevados que dominaban la plaza, emprendiéndose luego los trabajos de sitio delante del castillo del Emperador, antigua fortaleza construida en el siglo XVII en el lugar en que Carlos V plantó su tienda, cuando su desgraciada expedicion á Argel en 1540. El bey Hussein, alentado por ese recuerdo, se obstinaba en creer que Argel era inexpugnable, pero sus súbditos distaban mucho de participar de su confianza, y esperaban con terror un bombardeo por la parte del mar mas terrible aun que cuantos habia sufrido la ciudad. Las salidas de los sitiados no lograron impedir la apertura de la trinchera, y el dia 4 de julio las baterías abrieron su fuego contra el fuerte del Emperador, el cual contestó vigorosamente. El cañoneo duró sin interrupcion por espacio de ocho horas, y pasadas estas quedó el fuerte con sus piezas desmontadas, sin artilleros y con





brecha abierta; y hacíanse ya los preparativos para el asalto cuando una espantosa explosión anunció que el fuerte había volado. Los sitiadores se lanzaron á él á los gritos de *viva el rey!* y sin encontrar enemigos tomaron posesion de los húmeantes escombros que sirvieron de sepulcro á sus defensores. Argel no podia ya defenderse, y el bey que envió un parlamentario para negociar recibió la intimación de rendirse sin condiciones, obteniendo únicamente permiso para retirarse á Nápoles con su fortuna personal. El tesoro que sus predecesores acumularon en la Casaba por espacio de cuatro siglos, consistente en mas de cuarenta y siete millones en oro, debía servir para pagar los gastos de la guerra; el fuerte Babazoun y las demás fortalezas de Argel fueron entregadas á las tropas francesas algunas horas despues de la capitulacion, y Bourmont se posesionó en nombre del rey de Francia de la ciudad berberisca donde la piratería se consideraba invencible. El general en jefe se instaló sólidamente en Argel, y al mismo tiempo que se ponía en estado de sostener un sitio, organizó una administracion francesa, á la cual no se sometieron los habitantes sin conspiraciones ni motines. El país no se hallaba conquistado; los árabes andaban errantes y amenazadores por las puertas de Argel, y Bourmont, que practicó un reconocimiento hasta Belidah con una columna de mil seiscientos hombres y dos piezas de artillería, vióse envuelto por una nube de kabylas que hostigaron su retirada. La capitulacion del bey no habia terminado la guerra, y el general concentró en Argel todas sus fuerzas y provisiones; ignorábase aun si la Francia renunciaria á su conquista ó si la conservaria, pues al recibir la gloriosa noticia de la toma de Argel, se habia limitado el ministerio á enviar á Bourmont el baston de mariscal, sin darle instruccion alguna acerca de su conducta ulterior. El gobierno habia prometido á la Inglaterra la evacuacion de Argel.

Al anunciarse en París el triunfo de las armas francesas por medio de cien cañonazos, despertáronse por un momento los recuerdos de la gloria francesa, y hubo un día de gozo patriótico y de entusiasmo guerrero; la capital se iluminó espontáneamente, pero no fué aquello ni podia ser otra cosa que una distraccion pasajera en medio de la grave preocupacion pública. Esperábase un cambio ministerial, pues verificadas en parte las

elecciones, su resultado había sido contrario al gabinete, y las que debían tener lugar en los días 12 y 19 no podían menos de dar idéntico resultado. La Francia, satisfecha de aquella demostración pacífica y legal, esperaba haber roto por fin la liga de la facción contra revolucionaria, tanto más cuanto que la mayor parte de los diputados habían sido elegidos en las filas de los realistas según la Carta, y la opinión radical ó republicana contaba apenas seis ú ocho miembros. Esto no obstante no se revelaba el menor síntoma de que quisiese Carlos X ceder á los votos de sus súbditos; el *Monitor* permanecía mudo acerca de la formación del nuevo ministerio, y circulaban al contrario por la atmósfera política aquellos vagos temores que presagian las revoluciones y las tempestades. En la alocución que el arzobispo de París dirigió al rey (11 de julio) el día del *Te-Deum* cantado en Nuestra Señora en acción de gracias por la toma de Argel, observóse el siguiente pasaje: «El Todopoderoso auxilia al rey cristianísimo que implora su protección! Su mano está con vos, señor. Affirmese más y más vuestro gran corazón, y no ha de ser vana vuestra confianza en el divino auxilio y en la protección de María, madre del Salvador. Quiera el cielo otorgaros en breve una nueva recompensa. Ojalá podáis venir cuanto antes á este mismo lugar á dar gracias al Señor por otras *victorias* no menos gratas ni menos gloriosas!» Esta última frase pareció harto atrevida á los consejeros del rey, y al día siguiente sustituyóse en el *Monitor* á la palabra muy significativa de *victorias* la mística de *maravillas*, siendo este el único indicio que pudo recogerse de las secretas intenciones de Carlos X y de su consejo. Comentábase esta frase de la proclama del rey á los electores: «Llenad vuestros deberes, que yo sabré cumplir los míos;» preguntábase si el ministerio se atrevería á hacer frente á una cámara hostil que le había ya rechazado y que se disponía á rechazarle otra vez con mayor solemnidad, y en semejante estado de los ánimos súpose por fin la composición definitiva de la cámara á la que confiaba la Francia sus destinos. Los doscientos veinte y un votantes del mensaje habían sido reelegidos excepto diez y nueve, siendo reforzados en cambio con setenta nuevos miembros de la oposición; el ministerio solo había podido lograr la elección de ciento sesenta y cinco de sus candidatos, y

ochenta y dos ministeriales de la antigua cámara habían sucumbido en la reelección. Los diputados fueron convocados para el día 3 de agosto, y desde aquel momento no era ya posible dudar de la reunión de las cámaras que la prensa liberal consideraba incompatible con la existencia del ministerio; la confianza y la tranquilidad eran completas cuando el *Monitor* del lunes 26 de julio publicó las ordenanzas del rey, aboliendo la libertad de imprenta, disolviendo la Cámara, modificando la ley electoral y reformando el consejo de Estado, todo ello en virtud del artículo 14 de la Carta. Así estalló la conspiración del poder real contra las libertades y las instituciones constitucionales, siendo de advertir que las ordenanzas habían sido preparadas, meditadas y estudiadas hacia más de un mes con el más profundo misterio, y que sus principios fueron adoptados en 29 de junio por los ministros reunidos en presencia del rey y del delfín, en la previsión de que las elecciones habían de ser contrarias al ministerio. Guernon de Ranville y Peyronnet se esforzaron en contener ó en aplazar al menos aquel golpe de Estado, cuyo peligro no desconocían, mas debieron someterse á la opinión de sus colegas, quienes de acuerdo con el rey, decidieron que el artículo 14 había sido puesto en la Carta como un áncora de salvación para la monarquía en medio de la tormenta revolucionaria. En el consejo del 10 de junio, cuando no se ábriga ya duda ni esperanza alguna acerca del resultado de las elecciones, discutieron los mejores medios para destruir la Carta á favor del artículo 14, y se convino por unanimidad en acabar de una vez con la libertad de imprenta. El guarda-sellos que se mostrara en la discusión el más ardiente enemigo de aquella prerogativa, se encargó de redactar la exposición al rey motivando las ordenanzas y autorizando las leyes excepcionales, y Peyronnet, aunque opuesto por convicción á toda tentativa arbitraria de la monarquía, consintió en formular un nuevo sistema electoral bajo la forma de real decreto. El príncipe de Polignac fué encargado de tomar las necesarias medidas de precaución á fin de asegurar el éxito de la conspiración, y el secreto fué tan rigurosamente observado, que la víspera de la publicación de las ordenanzas en el momento en que acababan de ser firmadas por los siete ministros presentes en París, los embajadores extranjeros, por lo gene-

ral bien informados, escribieron á sus córtés respectivas que el gobierno francés no atentaría contra la legalidad, y que las cámaras se abrirían el día 3 de agosto. Polignac había llevado el disimulo político hasta el punto de calificar de *absurdos* los rumores de golpe de estado que llegaban á sus oídos. «Esto es pura invencion» decía también el rey, quien se dejaba arrastrar otras veces por sus resentimientos personales, y exclamaba con acritud: «Mucho *ha de escocer* á los revolucionarios!» Carlos X tenía tanta confianza en el efecto moral y material de sus ordenanzas, que partió á caza á Fontainebleau el mismo día en que se publicaron en el *Monitor*. «Dios salve al rey y á la Francia!» dijo Sauvo, director del *Monitor*, al serle entregadas las ordenanzas en el gabinete del guarda-sellos.

Todos los hombres pensadores comprendieron al leer el *Monitor* del 26, que las fatales ordenanzas contenían una revolución. París que no esperaba tan amenazadoras medidas, experimentó una emoción viva y rápida como si la tierra hubiese temblado. En pocas horas la siniestra noticia había circulado por todas partes esporeciendo el estupor, la indignación y el espanto; la vida normal y regular de la gran ciudad se suspendió de repente, y todos cesaron de ocuparse en sus propios asuntos para no pensar más que en los negocios públicos, y ofanse repetir de boca en boca estas explícitas palabras: «El rey ha violado la carta!» En su exposición al rey, Chantelauze no había vacilado en imputar á la libertad de imprenta todos los males de la situación, y según él «la prensa periódica había sido en todas épocas, y está en su naturaleza el serlo, un instrumento de desorden y de sedición,» argumento que entrañaba la supresión de una libertad tan funesta á los derechos de la corona, á la justicia y á la verdad. En su consecuencia, «el rey se fundaba en el artículo 14 de la Carta para recurrir á medidas que si bien conformes con el espíritu de la carta, decía el preámbulo, están fuera del orden legal:» la libertad de imprenta quedaba suspendida; no podía publicarse diario, escrito periódico, ni obra de menos de veinte pliegos de impresión sin autorización previa, y la censura quedaba de hecho restablecida. La cámara de diputados era disuelta; los colegios electorales de distrito solo podían elegir candidatos para la diputación, siendo los colegios de departamento los únicos capaces

para nombrar á los diputados, la mitad de ellos á su libre eleccion, y la otra mitad en virtud de las listas de candidatos presentados, y así reaparecia en la legislacion francesa la eleccion gradual á pesar de las promesas de la Carta. Finalmente los hombres mas conocidos del absolutismo y de la Congregacion, eran introducidos en el consejo de Estado, pero estos detalles todos desaparecian en el hecho único de la violacion de la Carta. Los periodistas y editores, cuyos intereses quedaban comprometidos por las ordenanzas, se reunieron en el gabinete de Dupin mayor para deliberar acerca de lo que debia hacerse, mas como la discusion no tardó en entrar en el dominio de la resistencia y de la rebelion, Dupin se opone á todo ulterior debate, diciendo que si ha consentido en abrir su bufete para una consulta de abogado; debe cerrarlo á toda conspiracion politica. Otros abogados eminentes, Odilon Barrot, Mauguin, Barthe y Merilhou no vacilan en declarar que la resistencia contra ilegales ordenanzas es de derecho, y la reunion se disuelve sin haber decidido cosa alguna. Los periodistas partidarios de la resistencia en cuanto saben que no les será concedida autorizacion para publicar sus periódicos, decláranse en sesion en las oficinas del *Nacional* y organizan allí el centro de oposicion de la prensa, mientras que la resistencia de la cámara se organiza á puerta cerrada en la casa de Alejandro de Laborde, uno de los Descientos veinte y uno, que ha logrado reunir á su alrededor catorce de sus colegas. En ambos conciliábulos se resuelve resistir ó al menos protestar, y Thiers, Cauchois, Lemaire y Chatelain, representando el *Nacional*, el *Constitucional* y el *Correo francés*, redactan la protesta de los periodistas, autorizada por cuarenta y cuatro firmas de editores ó redactores. Estos no se limitan á declarar que resistirán por todas las vias legales á la injusta ordenanza que á ellos se refiere, y en nombre de la Francia suplican á la cámara ilegalmente disuelta, «que se apoye en su evidente derecho para resistir cuanto le sea posible á la violacion de las leyes.» Los diputados reunidos en la casa de Laborde no acertaron á ponerse de acuerdo acerca del principio de la resistencia, y apiazaron su protesta, aprobando empero la de los periodistas. En tanto la agitacion se difundia por la capital, y aquella misma noche se formaron numerosos grupos en el Palacio Real, oyéndose algunos gritos de *viva la*

Carta! ¡*Mueran los ministros!* Las tiendas se cerraron temprano, patrullas de infantería y caballería recorrieron las calles y dispersaron los grupos; hubo corridas, pedradas, faroles rotos, cargas de caballería y algunos sablazos. Los periódicos de la oposición habian aparecido con la protesta de los cuarenta y cuatro periodistas; los impresores habian debido prestar sus prensas á aquellos diarios no autorizados, pues el primer presidente del [tribunal de primera instancia, Belleyme, habíase asociado tambien á la resistencia, mandando al impresor del *diario del Comercio* que procediese á la impresion del mismo, en cuanto «el decreto de 25 de julio no ha sido publicado todavía en el orden legal.» El ejemplo ofrecido por aquel magistrado, fué seguido por el tribunal de comercio, ante el cual los editores del *Correo francés* citaron á su impresor que se negaba á continuar la impresion del periódico, y en la audiencia pública del martes 27, el tribunal consular condenó al convenido á imprimir el periódico dentro de veinte y cuatro horas, atendiendo á que «la ordenanza del 25, contraria á la Carta, no puede ser obligatoria para la persona sagrada é inviolable del rey, ni para los ciudadanos cuyos derechos menoscaba.» Desde aquel momento púsose la resistencia bajo la salvaguardia de la ley, mas se ignoraba á que clase de armas se apelaria; la fermentacion se habia propagado por todos los barrios de París; formábanse animados grupos en las plazas y calles, y los mancebos impresores, privados por las ordenanzas de sus medios de subsistencia, eran los mas ardientes en clamar venganza contra los ministros y en invocar el nombre de la Carta. Los periódicos patriotas, el *Nacional*, el *Tiempo*, el *Correo*, el *Comercio* y el *Figaro*, habian publicado la enérgica protesta de los periodistas, semejante á una voz de alarma, y el sentimiento unánime de los ciudadanos habia respondido á ella; el ministerio dió orden de reducir á prision á los cuarenta y cuatro firmantes y de cerrar las imprentas de que habia salido, y aunque el prefecto de policía, Mangin, no se atrevió á llevar á cabo la primera parte de la medida, hizo sellar las imprentas de los periódicos rebeldes á las ordenanzas. Esta medida no se ejecutó sin violencia y oposicion; en las redacciones del *Nacional* y del *Tiempo*, fué preciso derribar las puertas, y este episodio aumentó la agitacion en los cuarteles de la Bolsa y el Palacio Real. Los

gritos de la multitud se hacian cada vez mas formidables; las tiendas empezaban á cerrarse, y las calles se llenaban de trabajadores despedidos de sus talleres por sus amos que deseaban ver aumentar las filas de la insurreccion: «Id á pedir trabajo á los ministros que violan la Carta!» les habian dicho, y aquellos hombres sin recursos se deshacian en gritos de *Mueran los ministros! muera Polignac! muera las ordenanzas!*

A mediodía súpose que el mariscal duque de Ragusa habia sido nombrado jefe de la primera division militar, y particularmente de París, y aquel nombramiento puso á su colmo la exasperacion, pues desde 1814 el nombre de Marmont era odioso á la conciencia popular. El duque tomó al momento posesion de su empleo y de su estado mayor de las Tullerías, poniéndose en situacion de reprimir el motin que rugia por todas partes; la gendarmería fué la primera en llegar á las manos con la multitud que obstruia las calles, y el rigor desplegado en aquella ocasion la designó mas tarde á las represalias del pueblo. Todos los negocios se hallaban suspendidos; los fondos públicos habian experimentado una baja de cuatro francos, y se esperaba á cada minuto la noticia de la dimision del ministerio, que no podia menos de retirarse ante aquella manifestacion del descontento público; sin embargo, las cargas de caballería, los sablazos y las prisiones manifestaban bastante que no tenia el gabinete intencion alguna de ceder. La resistencia no se revelaba aun sino por medio de tumultuosos grupos que se formaban otra vez luego de ser dispersados por la gendarmería; no habia plan, organizacion secreta, ni jefe oculto ó aparente para comunicar á la resistencia unidad y una marcha general, y cuando se presentaron para apoyar á los gendarmes la guardia real y la tropa de línea, el sentimiento popular se manifestó con gritos de *viva la línea!* que parecian una injuria á la guardia real. Esta empero usó de gran moderacion al rechazar al pueblo, mostrándose muy poco dispuesta á hacer uso de sus armas, mientras que la tropa de línea, aturdida por la ovacion de que era objeto, parecia dispuesta á permanecer neutral en la lucha que empezaba entre el pueblo y la policia. El gobierno tenia tanta confianza en su autoridad y en su derecho, que ni siquiera habia pensado en las fuerzas que podria oponer á la rebelion, y la guarnicion de París componíase

apenas de doce mil quinientos hombres, cuya mitad estaba formada por la guardia real y la gendarmería, y la otra por cuatro regimientos de línea, números 5, 50, 55 y 25 ligero, lo cual si era mucho contra un motin, nada era contra una revolución. A las dos de la tarde la sangre de los ciudadanos habia ya corrido, y mientras muchos eran pisoteados por los caballos ó acuchillados por la tropa, los diputados se reúnan en la casa de Casimiro Perier, calle nueva del Luxemburgo, á fin de deliberar acerca de la protesta presentada la vispera. Aquella reunión fué mas numerosa que la anterior, mas si algunos hombres enérgicos como Salvete, Milleret y Labbey de Pompieres habia reforzado el partido de la resistencia, otros mas tímidos ó concienzudos habian aumentado el número del partido de la sumision. Labbey de Pompieres, como decano de ella, fué invitado á presidir la asamblea, y Dupin fué el primero en hablar sobre el mismo tema que sostuviera ya ante los periodistas; dijo que la disolucion de la cámara por decreto del rey era perfectamente legal, y que en su consecuencia los diputados privados de su mandato no podian ya obrar en calidad de simples ciudadanos: el general Sebastiani, el general Gerard y algunos otros adoptaron la opinion de Dupin, y exclamaron: «No somos ya diputados, y no podemos reunirnos ni deliberar legalmente.» «Carlos X al violar la Carta, ha perdido el derecho de disolver la cámara, grita Mauguin; el decreto de disolucion no debe ser aceptado por los diputados y la salvacion de la patria exige la resistencia á la opresion.» Alejandro de Laborde, Labbey de Pompieres, Berard y otros quince miembros se pronuncian enérgicamente por la resistencia, y entonces propone alguien escribir al rey para suplicarle que retire sus ordenanzas y cambie el ministerio. Dupin, Casimiro Perier, Sebastiani y los adversarios del partido de la resistencia, adoptan con afan la proposicion, cuando de repente se anuncia la llegada de una diputacion de los electores de París. Casimiro Perier, pálido y agitado, se opone á que sea recibida no queriendo asociarse á un acto que se asemeja á una rebelion contra la legalidad; Dupin y los que participaron de su modo de ver, insisten igualmente para que la diputacion no sea admitida á la conferencia, mas le han sido abiertas las puertas de la casa ya y se presenta conducida por Boulay de la Meurthe. El abogado Me-

rilhou, lleva la palabra en nombre de los electores, y declara haber roto las ordenanzas cuantos lazos unian la Francia con el trono de los Borbones; dice que la nación recobra sus derechos, apelando á la insurreccion contra una autoridad que ha ollado las leyes, y que el pueblo confia en el patriotismo de sus representantes. Tan inesperada declaracion, es acogida por la asamblea con temeroso é indeciso silencio; la diputacion se retira á un aposento inmediato para esperar la contestacion que se le ha prometido, pero trábase una confusa discusion entre los diputados, y se acaba por no resolver cosa alguna. «No basta, señores, querer hacer una revolucion, exclama Casimiro Perier, es preciso poderla hacer. Esa gente tiene la fuerza, cuentan con artillería, y vosotros; ¿con qué contaís? con vuestros guantes y vuestros sombreros.» Las cercanías del palacio se hallaban invadidas por una muchedumbre impaciente que gritaba *Vivan los doscientos veinte y uno! vivan los diputados, viva la Carta!* Descargábanse repetidos golpes contra la puerta cochera; una nueva diputacion, enviada á la asamblea de diputados por los jóvenes de las escuelas, pudo á duras penas penetrar hasta el patio donde se halló en presencia de Perier, quien la detiene y la exhorta á no invocar el derecho de insurreccion que las ordenanzas no justifican. La calle nueva del Luxemburgo y las inmediatas son barridas por la caballería que acuchillaba á cuantos encontraba á su paso, y la multitud al dispersarse propaga á lo lejos el grito de *á las armas!* Entretanto continuaba la deliberacion de los diputados, insignificante, tímida, y la insurreccion habia ya empezado antes de que los representantes de la Francia hubiesen reconocido su legitimidad; separáronse por fin sin decidir cosa alguna, y salieron de la casa uno á uno como fugitivos, aplazando para el dia siguiente su resolucion. Casimiro Perier les dió á comprender que deseaba no comprometerse mas, y que la conferencia del dia siguiente, no se verificaría en su casa. Andoy de Puyraveau que vivia en la calle del arrabal Poissonniere número 40, ofreció su habitacion para la segunda conferencia, en la que debia firmarse una protesta dirigida al rey, siendo esta toda la resistencia que pudo obtener de sus colegas el ardiente Mauguin. Los dos partidos que habian ya aparecido en la reunion de los diputados, tenian igual interés en consultar

á sus jefes, y en estar á la mira de los acontecimientos. Lafitte, jefe de los constitucionales orleanistas, y Lafayette, jefe de los liberales republicanos, se hallaban ambos ausentes de París cuando se promulgaron las ordenanzas; el primero viajaba á cuarenta leguas de la capital, y el segundo residia en su posesion de La Granje, pero sus amigos políticos les habian enviado un correo, y súpase que se hallarian de regreso aquella misma tarde. Desde entonces sus dos nombres fueron dos distintas banderas, bajo las cuales se agruparon los diputados de la izquierda por instinto y por simpatía, sin prever aun la caida del trono Borbónico. Casimiro Perier por su parte mantúvose pronto á formar un partido de transaccion que reconciliase á Carlos X con el pueblo, y que heredase el ministerio despues de retiradas las ordenanzas, y las intrigas y los esfuerzos de la oposicion liberal se combinaron en el mismo terreno, tendiendo á tres objetos distintos, y siguiendo tres vias paralelas: el porvenir de la Francia fluctuaba entre Carlos X, Luis Felipe de Orleans y la república.

La calle Nueva del Luxemburgo no era el único punto de París en que hubiese corrido la sangre de los ciudadanos: en el cuartel del Palacio Real ejecutaban los gendarmes vigorosas cargas; las pedradas contestaban á los sablazos y bayonetazos; los gritos del populacho se hacian mas y mas provocadores, y partidas de hombres cubiertos de andrajos corrian á través de los inofensivos grupos de curiosos. Los ordinarios autores de motines y asonadas se hallaban prontos á desempeñar sus papeles, y los antiguos conspiradores de la Restauracion, los veteranos del bonapartismo y los afiliados á las sociedades secretas, mezclábanse en el espontáneo movimiento del pueblo con la esperanza de dirigirlo y de aprovecharse de él. Un sablazo habia partido la cabeza de un pobre anciano, y recogido este por el pueblo, fué paseado por las calles gritando *venganza!*; su cadáver fué expuesto en la plaza de la Bolsa, y el espectáculo de aquella víctima de blancos cabellos exaltó hasta el delirio el furor de los ciudadanos. Las primeras descargas de fusilería acababan de dejarse oír; un tiro salido de una ventana de la fonda Real en la esquina de la calle de las Pirámides, y dirigido contra una patrulla por un americano llamado Foulks, obligó á los

soldados á disparar sus armas. Casi al mismo tiempo, un ómnibus tumbado en la calle de San Honorato sirvió para la primera barricada, pero aquel obstáculo imprevisto, detrás del cual se habian parapetado algunos hombres armados con piedras, no detuvo por mucho tiempo á un numeroso destacamento de infantería y caballería que avanzaba por la calle de la Escala á las órdenes de un general. Este dirigió una especie de intimación al pueblo en ausencia de un comisario de policía, y dió la voz de fuego; los soldados habian recibido orden de disparar al aire, mas acogidos por una lluvia de piedras, dirigieron sus proyectiles en medio de la multitud y casi á quema ropa. La barricada fué abandonada al momento, y el pueblo que obstruía la calle de San Honorato se derramó por las calles inmediatas pidiendo armas á grandes gritos. Recogióronse los muertos, recogióronse los heridos, y la noticia de aquellas escenas difundió el horror, la indignación, la cólera y la venganza, sin que la población exasperada resistiese en parte alguna á viva fuerza limitándose á prorumpir en furiosos gritos y en lanzar proyectiles de toda clase contra la guardia real y la gendarmería, las cuales hacían continuas descargas que seguramente causaban mas susto que daño. En los bulevares, en especial en la puerta de San Dionisio, la tropa de línea, aunque estrechada de cerca por una multitud tumultuosa, permaneció neutral sin disparar un tiro. Las tiendas de armeros habian sido saqueadas; el desarme de varias partidas reducidas y aisladas, habia proporcionado fusiles á los sublevados, y esto no obstante solo se dejó oír aquella tarde uno que otro disparo dirigido contra la guardia real que no perdió un solo hombre, pero que tuvò muchos heridos. El príncipe de Polignac y su colega Montbel, reconocidos por el pueblo en el coche que les conducía al ministerio de negocios extranjeros, estuvieron próximos á ser despedazados, pero obstinados en no ver mas que una asonada en aquella sublevación general del pueblo, creyeron que bastaría para reprimirla declarar á París en estado de sitio. En efecto así parecia haber sucedido, y al llegar la noche parecia haber sido vencida la sublevación; la circulación quedó restablecida en las calles y en los bulevares que recorrian numerosas patrullas sin encontrar mas resistencia que algunos gritos siniestros que se aleja-

ban á la vista de sus armas. Á las once la multitud habia desaparecido del todo y la tropa volvió á sus cuarteles; un silencio profundo se apoderó de la ciudad donde velaba sin embargo en cada casa el resentimiento de la lucha con la inquietud de sus consecuencias; un sereno y estrellado cielo suplía la luz de los reverberos rotos, y podia creerse que los desórdenes de aquel dia no se renovarían á la mañana siguiente. Sin embargo, los carbonarios se habian reunido; las *ventas* habian convocado á sus legionarios; celebráronse en diferentes puntos secretos conciliábulos, y adoptóse un plan general de ataque: enviáronse á los arrabales emisarios encargados de reclutar fuerzas para la insurreccion; y creáronse doce juntas que debían en los doce distritos organizar la rebelion, distribuir armas y municiones al pueblo, y reunir la guardia nacional disuelta. El general Lafayette acababa de llegar á París ofreciendo á los *patriotas insurrectos* el apoyo de su nombre y de su persona, y durante aquella noche suprema en la que se decidieron los destinos de la monarquía de Carlos X, la policia, herida de ceguedad ó de vértigo no oyó, no vió ni sospechó nada.

Al asomar el dia, y mientras dormia aun la crédula y confiada policia, el pueblo de París se ballaba despierto y armado bajo los primeros rayos del ardiente sol canicular que hace hervir la sangre y fermentar el cerebro. La jornada del miércoles 28 de julio prometia ser mas sangrienta que la de la víspera; los arrabales vertian su poblacion hácia el centro de la ciudad; numerosos grupos de hombres armados se encaminaban hácia las Casas Consistoriales, y algunas partidas de insurrectos ocupaban ya militarmente los cuarteles de los Mercados, de las Casas Consistoriales y de la Cité, disponiendo por todas partes la construccion de barricadas. Los gritos de ¡*Viva la Carta!* ¡*Muevan los ministros!* resonaban incesantemente, y con ellos se mezclaba de cuando en cuando el de ¡*Viva la libertad!* que quedaba sin eco y que no era comprendido, pudiéndose decir en medio de aquel general trastorno que la autoridad real ya no existia, pues ni un gendarme, ni un agente de policia, ni un soldado se oponia á los rápidos progresos del pueblo amotinado. Las Casas Consistoriales solo estaban custodiadas por una guardia de diez y seis hombres, y los insurrectos solo tuvieron que derri-

bar las puertas para apoderarse del edificio; izada en su cúspide la bandera negra, empezóse el toque de rebato dando la señal de la insurrección. Contestáronle las campanas de Nuestra Señora y las de muchas iglesias de la capital, al mismo tiempo que los jefes parciales del movimiento se apoderaban del Arsenal, del polvorin de Deux-Moulins y del depósito de artillería de Santo Tomás de Aquino. Otras bandas abrieron las puertas de la cárcel militar de la Abadía, é iban ya á penetrar en el palacio de Justicia para poner en libertad á los presos de la Conserjería, cuando un consejero del tribunal, llamado Bernis, anciano casi ciego, vistió su toga encarnada é hizo se conducir al vestíbulo invadido ya por la triunfante muchedumbre: «Ciudadanos, dijo con voz fuerte, respetad el santuario de la ley, retiraos!» Aquella multitud desenfrenada obedeció, y se retiró en efecto sin cometer daño ni violencia alguna, pues en todos sus actos parecía obedecer á la dirección que le imprimía el pensamiento de ciertos jefes desconocidos. Así desde las ocho de la mañana habíase declarado guerra á todos los emblemas de la monarquía; borrábanse las flores de lis y las armas del rey de las muestras de las tiendas y de las fachadas de los monumentos públicos; las calles que tenían un nombre realista recibieron otro como si se hubiese decidido ya la deposición de Carlos X, y nadie en París se atrevió á protestar en pró del autor y responsable de las ordenanzas. El mariscal de Ragusa en su cuartel general de las Tullerías, donde se encontraban también los ministros, no supo lo que sucedía en el centro de la capital hasta que llegó á sus oídos el toque de rebato: el prefecto de policía Mangin había cesado en sus funciones antes de que se hubiese decretado el estado de sitio, y la policía ordinaria se había abstenido de obrar por una mala inteligencia, sin que sus medios de acción hubiesen pasado regularmente á manos de la autoridad militar. Marmont supo por sus propios emisarios que las Casas Consistoriales se hallaban en poder de los insurrectos, quienes no carecían de armas ni de pólvora, y ocupaban el centro de París cubierto de inexpugnables barricadas; varias patrullas de la guardia real enviadas en reconocimiento hasta la plaza de Greve, habían sido diezgadas por un nutrido fuego que revelaba la presencia de un enemigo numeroso, y el mariscal

escribió al rey, que permanecía aun en Saint-Cloud, anunciándole que no se trataba ya de un motin sino de una revolucion. Esto no obstante tomó las medidas necesarias para reprimirla, y quizás lo habría conseguido á ser sus órdenes fielmente ejecudas; mas el príncipe de Polignac y sus colegas, que desconfiaban del mariscal, sirvieron de grande obstáculo á sus disposiciones, pensando ser aquella una asonada tan fácil de reprimir como la de la calle de San Dionisio en 1827. Polignac, encargado interinamente del ministerio de la guerra en ausencia del mariscal Bourmont, no fué siquiera bastante precavido para asegurar la subsistencia de la tropa durante un día de campaña; el soldado habia salido en ayunas del cuartel donde se creía hacerle volver pronto para tomar su racion, y tampoco se habian tomado medidas para alimentar á los refuerzos pedidos á Vincennes, San Dionisio, Versailles y Ruan. Tres regimientos de línea, el 5.º, el 50.º y el 55.º se hallaban escalonados en los bulevares, desde la plaza de Vendome á la puerta de San Dionisio; el 15.º ligero se habia concentrado en el palacio de Justicia y en el muelle de las Flores; la guardia real, los suizos y la artillería esperaban órdenes en las plazas del Carrousel y de Luis XV. Estas fuerzas fueron divididas en cuatro columnas con dos piezas de artillería cada una, las cuales debian mantener libres las principales vias de comunicacion, como la de los muelles del mediodía, la calle de San Honorato y los bulevares, desde la iglesia de la Magdalena hasta la Bastilla; las cuatro columnas se ponen en marcha sucesivamente al mando de cuatro generales: la primera siguió los muelles y se dirigió hácia las Casas Consistoriales para reunirse con el 15.º ligero; la segunda se encaminó al mercado de los Inocentes para entrar luego en las calles de San Dionisio y de San Martin; la tercera bajó por la calle de Richelieu para tomar posesion á la entrada del arrabal de San Antonio, y la cuarta ocupó el arrabal de San Honorato para impedir que la insurreccion se extendiera por los Campos Elíseos y cerrara el paso entre las Tullerías y Saint-Cloud. Esta última columna de reserva casi no tuvo que hacer uso de sus armas en su marcha de exploracion, y solo encontró á algunos tiradores diseminados á quienes ametralló, y á un destacamento de guardias nacionales que desarmó; la tercera columna mandada

por el general Saint-Chamans, fué recibida por algunos fusilazos disparados desde las ventanas de la calle de Richelieu y de los bulevares, y si bien al principio solo se sirvió del arma blanca para abrirse paso á través de la multitud que la rodeaba con furiosos clamores, vióse detenida en la puerta de San Martin por una formidable barricada, contra la cual fué preciso dirigir muchas descargas y dos cañonazos antes de poder continuar su camino hasta la plaza de la Bastilla; llegada allí vióse expuesta á un tiroteo que le causó muchas bajas, y que no le permitió adelantar por el arrabal; penetró sin embargo en la calle de San Antonio queriendo llegar hasta las Casas Consistoriales, pero sufrió tanto por las tejas, piedras, botellas y toda clase de proyectiles que llovian de las ventanas y de los tejados, que retrocedió en desórden, y atravesó el puente de Austerlitz para llegar á los bulevares del sur. La segunda columna, compuesta de guardias suizas á las órdenes del general Quinsonnas, vióse aun peor tratada en los cuarteles del centro, donde la disposicion de las calles estrechas y erizadas de barricadas, hacia imposible el empleo de la artillería; la vista de las casacas encarnadas aumentaba el ardor de los insurrectos, y hasta las mujeres hicieron armas contra los soldados; el general Quinsonnas se mantuvo empero todo el dia en el mercado de los Inocentes, donde el combate tomaba un terrible carácter de furor y de desesperacion. La primera columna, destinada á desalojar al estado mayor de la insurreccion que se habia establecido en las Casas Consistoriales, atravesó el Puente Nuevo, reunióse en la Cité con el 15.º ligero que manifestaba extremada repugnancia en hostilizar al pueblo, y salió por el puente de Nuestra Señora y el muelle Pelletier á la plaza de Greve, que barrieron muy pronto dos piezas de artillería. La guardia real, dueña de la plaza, no pudo ocupar inmediatamente las Casas Consistoriales que sus defensores parecian abandonar, ocupada como estaba en sostener el fuego de los amotinados, que arrollados á cañonazos hasta las calles inmediatas, reaparecian detrás de sus barricadas, y dirigian un vivo tiroteo contra las tropas á quienes sus balas rasas, su metralla y su fuego graneado no protegian contra los proyectiles de sus invisibles adversarios. Habíase visto á una partida de hombres del pueblo mandada por anti-

guos oficiales del imperio marchar en órden de batalla y con gritos de ¡*Viva la Carta!* para oponerse al paso de la guardia real; dispersados por la metralla, se rehicieron y lograron apoderarse de una pieza de á ocho, que dirigieron contra la plaza de Greve. La resistencia popular empezaba á regularizarse; aparecian jefes, los alumnos de la escuela politécnica habian abrazado la causa popular, y veíanse entre los sublevados muchos uniformes del imperio.

Mientras que en distintos cuarteles de París la poblacion casi entera se mezclaba en un combate cuyo resultado no preveía, un reducido número de diputados deliberaban como la víspera, agitados por iguales sentimientos, y fluctuando entre iguales vacilaciones. La tercera parte de los que habian asistido á la reunion anterior en la casa de Casimiro Perier, faltaron á la que Audry de Puyraveau no temió convocar para mediodía en su casa de transportes del arrabal Poissonniere. El general Lafayette y Lafitte habian sido los primeros en llegar á la cita, y á pesar de haberse abierto la sesion al estrépito del tiroteo y al toque de rebato, los partidarios de la legalidad renovaron sus argumentos pacíficos. Dupin mayor se hallaba ausente, pero su sistema de sumision legal fué sostenido vivamente por Casimiro Perier, Sebastiani y Gerard, quienes hicieron adoptar su opinion por la mayoría de los asistentes; en vano lanza Mauguin un grito de guerra contra la perjura monarquía; en vano propone Lafayette la creacion inmediata de un gobierno provisional en nombre del pueblo francés: Lafitte imagina comprar por medio de un millon que se ofrece á hacer efectivo, la defeccion del mariscal de Ragusa, y el fin de la guerra civil. El dia anterior habia recibido Guizot de algunos de sus colegas el encargo de redactar una exposicion al rey, suplicándole que retirase las ordenanzas y cambiase su ministerio; leído dicho documento, es adoptado por mayoría de votos, pero se difiere acerca de la oportunidad de su publicacion, y luego que Sebastiani dijo: «Esperemos los acontecimientos,» suspéndese la sesion para continuarla á las cuatro de la tarde en casa del diputado Berard, en tanto que una comision compuesta de Casimiro Perier, Lafitte, Mauguin, y los generales Gerard y Lobau se dirigia á las Tullerías, para conferenciar con Marmont. A las cuatro solo quince diputados se hallaron en la

casa de Berard, situada en la calle de Bondy. «Las noticias son desfavorables para la causa del pueblo, dijo uno de los presentes; la guardia real es dueña de las Casas Consistoriales; los suizos han recibido refuerzos en el mercado de los Inocentes, y toman otra vez la ofensiva; esto no obstante los cañonazos no cesan, y el tiroteo es tan vivo como antes: los sublevados combaten con igual energía, su número aumenta á cada instante, y no desesperan de volver como vencedores á las Casas Consistoriales, pues tienen ahora artillería que responde con vigor á la de la guardia real. La tropa de línea se ha negado en todas partes á verter la sangre de los ciudadanos: en unos puntos ha disparado al aire, en otros ha entregado sus armas al pueblo.» Los diputados pasan sucesivamente de la esperanza al temor y al desaliento, y el general Lafayette anunció de repente, en medio del general estupor, que su nombre había sido colocado con su consentimiento al frente de la insurrección, y que luego de ser reconquistadas por el pueblo las Casas Consistoriales, establecerá en ellas su cuartel general. La comisión enviada cerca del duque de Ragusa refirió entonces lo que había ocurrido: el mariscal la recibió con cierta turbación, pues Polignac y Peyronnet, ocultos en un gabinete inmediato, habían querido oír cuanto se dijese en la conversación; el mariscal manifestó su pesar por no serle dable poner fin á la efusión de sangre, y se fundó en *órdenes positivas* para no aceptar la conciliadora intervención de los diputados; mas prometió dirigir inmediatamente un mensaje al rey solicitando nuevas órdenes menos rigurosas que las que le impedían negociar con la sedición. Lafitte declaró con tono resuelto que sus amigos y él se lanzarían á la insurrección con su persona y bienes, si la respuesta de Carlos X no producía una suspensión de armas; Lafayette movía en silencio la cabeza, y en aquel momento fueron introducidos varios periodistas, redactores del *Tiempo*, quienes traían una prueba de la protesta de los diputados redactada por Guizot, y adoptada en la reunión de la mañana. Los recién llegados piden que los diputados presentes firmen aquella protesta, que deberá ser fijada en las esquinas de París ó impresa en los periódicos patrióticos del día siguiente, y entre la agitación que domina los ánimos de todos, nadie observa que el texto del documento ha sufrido enmiendas que le despojan de

su carácter respetuoso. «Firmad, señores! dijo uno de los periodistas; el tiempo vuela y la sangre corre á torrentes.—Quereis pues que caiga mi cabeza! exclama palideciendo Casimiro Perier á quien Berard presenta la pluma.—Tan expuesta se halla la mia como la vuestra, contesta Berard con tranquilidad.—Cada uno sabe lo que le toca hacer, murmura Sebastiani, y á nadie reconozco el derecho de mezclarse en mi conducta.—Somos muy poco numerosos para firmar semejante protesta, dice Villemain; esperemos tres ó cuatro dias hasta que se encuentren mas diputados en París.» Sebastiani se dirigia ya hácia la puerta; el general Gerard y Bertin de Vaux habian salido de la sala, cuando Guizot propuso inscribir al pié de la protesta los nombres de todos los diputados pertenecientes á la oposicion liberal. Lafitte apoyó aquella astucia de guerra: «Si somos vencidos nos desmentirán, y probarán que solo estábamos reunidos en número de ocho; si alcanzamos el triunfo, todos querrán haber firmado.» Sesenta y tres nombres fueron escritos al pié de la protesta, pero los de Casimiro Perier, de Sebastiani y de Gerard no figuraron en aquella lista, que merced á los acontecimientos nadie quiso desmentir mas tarde. La protesta fué entregada á los redactores del *Tiempo*, cuando alguien hizo observar que habiéndose expedido mandatos de prision contra muchos diputados, podian ser ejecutados de un momento á otro en virtud del estado de sitio; juzgóse pues del caso separarse dándose cita empero para aquella misma noche en la casa de Audry de Puyraveau.

Solo doce fueron exactos á la reunion fijada para las ocho; pero durante aquel corto espacio de tiempo, los acontecimientos habian dado un gran paso, si bien las cosas conservaban el mismo aspecto, si bien el combate continuaba en todos los puntos con igual encarnizamiento por una y otra parte. A las cuatro, la guardia real que ocupaba la plaza de Greve y que recibia en descubierto bajo un sol ardiente el fuego de los tiradores abrigados detrás de los parapetos del Sena, se instaló en las Casas Consistoriales como en una fortaleza; la llegada de un regimiento de línea, de un escuadron de coraceros y de un batallon de suizos habia reparado sus pérdidas y aumentado sus fuerzas materiales, mas no tardó en verse sitiada por el pueblo á quien aquella aparente retirada habia comunicado nuevo ardor. El nutrido

fuego que salió de todas las ventanas del edificio barrió la plaza dejándola cubierta de cuerpos mutilados, mientras que dos piezas colocadas en batería contra las barricadas de las calles del Carnero y de Arcés, protegían á los suizos que se apoderaron de ella por distintas veces sin poderlas conservar. Todas las avenidas de la plaza de Greve se hallaban obstruidas por destacamentos de la guardia, que no dejaban acercar á combatiente alguno, pero esto no obstante el pueblo se atrevía á veces á tomar la ofensiva, y á precipitarse en confusas masas fuera de sus parapetos y barricadas; apenas habia penetrado en la plaza cuando mortíferas descargas le obligaban á retroceder en desórden, aunque sin desalentarse por la superioridad militar que tenían sobre él tropas regulares bien disciplinadas y perfectamente mandadas. Su artillería, mal apuntada y peor servida, se limitaba á hacer ruido y á gastar pólvora, sin que ninguno de sus proyectiles llegase al punto de su destino; no podia pues el pueblo abrigar la esperanza de volver á las Casas Consistoriales por la brecha que abriesen sus cañones, y sin embargo los jefes que le dirigian con una especie de táctica tenían empeño en recobrar aquel punto para establecer en él un gobierno provisional. A lo que se aseguraba este gobierno se hallaba ya nombrado; algunos papeles manuscritos y fijados en las calles anunciaba que el general Lafayette habia aceptado el mando de las fuerzas militares, y nombrado por jefe de estado mayor á Alejandro de Laborde y por primer ayudante de campo á Audry de Puyraveau; otros anuncios designaban como miembros del gobierno provisional á Lafayette, al general Gerard y al duque de Choiseul, y estas noticias, propaladas de boca en boca y de calle en calle aumentaron la confianza de los insurrectos que no se sintieron ya privados de apoyo y direccion. La noche fué causa de una especie de tregua entre los combatientes; el cañon solo rugía á grandes intervalos, y el tiroteo que de cuando en cuando se oía no daba otro resultado que probar la vigilancia de los dos partidos, acabando por cesar del todo. Los adversarios quedaron uno delante de otro y tan cerca que sus centinelas habrían podido estrecharse la mano; la fachada de las Casas Consistoriales se hallaba sombría y silenciosa como si el edificio hubiese estado desierto. El general Talon, que allí mandaba, habia recibido órden de aban-

donar aquella posicion para cubrir el Louvre, é igual mandato habia sido trasmitido al general Quinsonnas, que se hallaba en situacion no muy agradable en el mercado de los Inocentes. El jefe suizo abandonó una posicion insostenible luego que cerró la noche, y logró llegar á la plaza del Chatelet á través de una lluvia de balas y de mortíferos proyectiles; continuó luego tranquilamente su marcha á lo largo de los muelles, y al encontrarse delante del puente de las Artes acallaron sus cañones el tiroteo que le habia seguido sin causarle grandes daños. La retirada que el general Talon debia practicar tambien hácia las Tullerías era mas difícil y peligrosa, en cuanto todas las fuerzas vivas de la insurreccion se concentraban al rededor de las Casas Consistoriales y cerraban todas sus salidas; el general esperó que el sueño de los insurrectos y la oscuridad de la noche favoreciesen el movimiento de su columna, y despues de retirar sin que el enemigo lo observára los centinelas y destacamentos que defendian las cercanías de la plaza, púsose en marcha la tropa en medio del mas profundo silencio, desfilando por el muelle Pelletier, sin contestar á los fusilazos que partian de la orilla opuesta; creyóse que eran aquellas fuerzas una simple patrulla enviada á un reconocimiento por los alrededores de la plaza, y nadie sospechó la evacuacion de las Casas Consistoriales. La columna del general Talon atravesó sin obstáculo el puente de Nuestra Señora, y encontró en el muelle del Reloj al 15º ligero que habia conservado desde la mañana la misma posicion sin querer tomar parte en el combate; la tropa de línea y la guardia real se dirigieron al encontrarse no pocas injurias, y los esforzados defensores de las Casas Consistoriales, extenuados de hambre y de cansancio, encontraron por fin en las Tullerías algunas horas de reposo y algunos bocados de pan. Al tomar tales disposiciones el mariscal de Ragusa no habia hecho mas que obedecer las órdenes expresas del rey, quien sin contestar á su mensaje relativo al paso de los diputados para contener la efusion de sangre, le encargaba «mantenerse firme, reunir sus fuerzas en el Carrousel y en la plaza de Luis XV, y operar con grandes masas.»

Marmont no trasmitió á los diputados la terrible contestacion de Carlos X, pero esto no impidió que fuese sabida y que inspirase grande indignacion entre los asistentes al conciliábulo que se

celebraba en casa de Audry de Puyraveau. Aquella reunion asemejábase ya á una junta de insurreccion: en una sala baja que servía de almacén y que alumbraban dos velas de sebo, los diputados habian empezado otra vez entre los fardos de mercancías la discusion que duraba hacia dos dias, y que se encontraba tan poco adelantada como al principio. Los generales Sebastiani y Gerard se obstinaban en su teoría de la legalidad; el primero sostenía con calor el sistema de Dupin, y si bien deploraba la publicacion de las ordenanzas, sometíase á ellas conjurando á sus colegas que no se expusieran á ser tratados como rebeldes y conspiradores. «Declaro, gritó Mauguin, que yo conspiro como conspira el pueblo!» La Fayette, Lafitte, Alejandro de Laborde, Bavoux, Chardel y Audry de Puyraveau declaran á la vez participar de iguales sentimientos: «Es preciso tomar las armas! Es preciso enarbolar la bandera tricolor! dice otro.—Es preciso que desde mañana nos constituyamos en las Casas Consistoriales! dice un tercero.—Cómo! replicó Sebastiani; deliberar sobre un cambio de bandera! Ni reconocer la del gobierno! esto es agravar nuestra posición, y desde este momento me retiro.» El general Gerard, Mechin, Guizot y otros dos ó tres parecen aprobar con su silencio la protesta de Sebastiani, que sale arrastrando en pos de sí á la mitad de los diputados presentes; siete únicamente se quedaron, y á ellos se unieron en breve algunas notabilidades del partido liberal. La sesión toma desde entonces un carácter del todo rebelde: «Nuestro honor y nuestra dignidad, dijo Lafayette, nos mandan asociarnos á los heroicos esfuerzos del pueblo para la conquista de la libertad; despleguemos mañana nuestra bandera tricolor, ó muramos con nuestros valientes conciudadanos!» En aquel momento un general desconocido llamado Dubourg se habia colocado ya espontáneamente al frente de las masas populares, y su uniforme, que compró á un preñero, le dió sin contradiccion alguna la autoridad del mando; despues de establecer en la plaza de la Bolsa su cuartel general, firmó una proclama obra de Evaristo Dumoulin que esparció la confianza y el vigor en los barrios donde pudo ser fijada. «Combatimos por nuestras leyes y por la libertad, decia, y el triunfo es cierto.» Y en efecto, podíase ya prever la victoria de la causa popular, y las ambiciones empezaban á agitarse para

aprovechase de la misma. La casa de Audry de Puyraveau era entonces el centro de la faccion republicana, y desde allí parten armas, municiones, consejos y palabras de abnegacion y entusiasmo. El tiroteo que disminuia gradualmente desde el oscurecer habia cesado por completo, mas las campanas advertian á los combatientes que se hallasen prontos para nuevas batallas. Sabíase que al día siguiente serian quizás dobladas las tropas de que disponia el mariscal de Ragusa; que las guarniciones de las ciudades inmediatas debian llegar á París á marchas forzadas; que se habian enviado órdenes al campamento de Luneville para que marchase contra la capital, y sabíase por fin que el rey y los ministros antes sacrificarian París que las famosas ordenanzas. La necesidad de la defensa personal impulsó á la insurreccion á muchos ciudadanos que habian permanecido hasta entonces neutrales sino indiferentes, y todos se creyeron interesados en contribuir individualmente, no á la conquista de la libertad, pero sí á la conservacion de la cosa pública; cada uno se ocupó mas de París que de la Francia, y si solo habian tomado parte en la resistencia armada algunos miles de hombres, hubo trescientos mil que se excitaron mutuamente á poner en seguridad sus personas y propiedades, ayudando á la construccion de barricadas. Al asomar el día cada calle era una plaza de guerra, cada casa una fortaleza, y al despertarse hallóse París protegido por seis mil barricadas construidas las mas importantes bajo la direccion de antiguos oficiales de ingenieros y de los alumnos de la escuela politécnica. Muchos diputados, entre otros Dumas, Labbey de Pompières y Alejandro de Laborde, visitaron los puntos ocupados por los insurrectos y los hospitales de sangre, y fueron por todas partes acogidos con grande entusiasmo; los combatientes se sentian mas fuertes con el apoyo moral de los mandatarios del pueblo, y veian aumentar su número á cada momento á medida que el sentimiento del peligro comun hacia solidarios á los habitantes todos de la capital, á medida que enardecia los corazones el olor de la pólvora y la vista de la sangre. La insurreccion no fué verdaderamente unánime hasta el jueves 29 de julio.

Aquella noche la casa de Lafitte, situada en la calle de Artois, abrió sus puertas á los jefes y á los soldados de la insurreccion,

y mientras los diputados, los periodistas y los agitadores políticos deliberaban á puerta cerrada á cerca del uso que debía hacerse de la victoria del pueblo, llenaba las habitaciones una multitud armada, á la que se entregaban, no solo municiones y víveres, sino tambien dinero. Las sumas que salieron entonces de la caja de Lafitte ascendieron á muchos centenares de miles de francos, y aun que probablemente no fué él quien las pagó, el nombre del generoso banquero fué ensalzado hasta las nubes, y ejerció mas tarde entre el público una influencia decisiva. Los tres partidos que se habian revelado desde la primera reunion de los diputados, continuaban disputándose el porvenir sin contrariarse empero en sus movimientos ni en sus intrigas y esperanzas: el partido republicano, teniendo á su frente al general Lafayette, parecia ser entonces el mas poderoso, si bien se hallaba únicamente preocupado todavía con la idea de combatir y de vencer; el partido orleanista, cuya alma era Lafitte, solo pensaba en un cambio de persona y dinastía en la monarquía constitucional; y el partido liberal, al que Casimiro Perier creía bastante fuerte para dominar la situacion, no llevaba sus miras mas allá de un cambio de ministerio, fundado en la retirada de las ordenanzas. En su consecuencia, Casimiro Perier se habia puesto en relacion con los realistas y tambien con los ministros; Lafitte con los agentes y los consejeros del duque de Orleans, y Lafayette con sus colegas del carbonarismo y con sus antiguos amigos de 1789. Los diputados que debian reunirse á las seis de la mañana en la casa de Lafitte, no fueron exactos á la cita que se aplazó sucesivamente hasta medio dia; pero en aquel intervalo de tiempo, el general Lafayette, con uniforme de comandante de la guardia nacional, acompañado del duque de Choiseul y de Alejandro de Laborde vistiendo igual uniforme, habia tomado posesion de las Casas Consistoriales, donde el general Dubourg, y su estado mayor improvisado le recibieron entre las aclamaciones de una multitud entusiasmada. La bandera tricolor habia reemplazado á la bandera negra en la cúpula del edificio; la plaza de Greve se hallaba atestada de ciudadanos armados que repetian á voz en grito. ¡Viva la carta! ¡Viva la libertad! y republicanos y liberales (estos mucho mas numerosos que aquellos) esperaban los actos por los cuales se daría á conocer el nuevo

gobierno salido de las barricadas. Apenas instalado Lafayette en el gran salón de las Casas Consistoriales, cuando vió agitarse á su alrededor las ambiciones de la república, cuyas bases habían de fundarse, y de la monarquía constitucional que debía ser regenerada; mas en la proclama que firmó y que mandó publicar bajo su responsabilidad personal, evitó decidir la cuestión política: aceptaba «de buen grado y con gozo los *poderes*» que le confiara el pueblo de París: «La libertad triunfará, decía, ó moriremos juntos.» El triunfo que se prometía el general no parecía aun muy fácil de obtener; el combate había empezado otra vez en distintos puntos desde las siete de la mañana, pero consistía en un tiroteo recíproco, en el cual cada combatiente, así ciudadano como soldado, parapetado en las casas ó detrás de las barricadas, atisbaba á su adversario y á su víctima, especie de caza al acecho sin valor y sin gloria. La guardia real y los suizos ocupaban el Louvre, las Tullerías y algunas calles inmediatas al Palacio Real; el resto de la ciudad se hallaba en poder de la insurrección, y el arrabal de San German, que la víspera había permanecido como olvidado en la lucha del pueblo contra la tropa, convertíase á su vez en teatro de algunos encuentros parciales, sin objeto y sin resultado, y de algunos ataques insignificantes contra cuarteles medio abandonados. El de la calle de Babilonia, donde se habían encerrado ciento cincuenta suizos mandados por el mayor Dufay, sostuvo un verdadero sitio, y solo entregó cadáveres á los sitiadores; el cuartel de los guardias de corps en el muelle de Orsay, fué invadido con menos carnicería, y saqueado con igual frenesí. El robo parecía el móvil de ciertas expediciones, no sospechando el pueblo honrado, que en ellas tomaba parte, ser instrumento de los malhechores que sus cómplices habían hecho salir de la conciergería y de las demás cárceles; así fué como ocurrió la catástrofe del Arzobispado, donde nada se salvó del furor de los invasores, ni la biblioteca, ni los archivos, ni la caja, y solo la enérgica actitud de la guardia nacional logró preservar de igual suerte al Banco y al Tesoro.

El mariscal de Ragusa ejecutaba con disgusto las órdenes del rey y de los ministros, y sentía ya el peso enorme de las maldiciones del pueblo que caían sobre su cabeza; la noticia de su muerte se había propalado por la ciudad, saludada con gritos de

odio satisfecho; y en efecto, estuvo en poco el que no fuera muerto en la calle, en medio de sus oficiales. Dos pares de Francia, el gran refrendario Semonville y el conde de Argout habian ido á conjurarle en nombre de la comprometida monarquía, que sin tener en cuenta las órdenes del rey, pusiera fin por su autoridad privada á la funesta lucha, reduciendo á prision al mismo Polignac. Marmont no se hallaba muy léjos de ejecutar aquel acto de vigor, cuya responsabilidad para con Carlos X aceptaban los dos pares, cuando Polignac partió á Saint Cloud para colocarse bajo la proteccion real; Argout y Semonville le siguieron, mas no pudieron llegar hasta Carlos X, sino despues de una conversacion secreta, en la que Polignac les habia preparado en el ánimo del rey una invencible resistencia. Los dos pares suplicaron por mucho tiempo de rodillas, mas sus ruegos, sus observaciones, sus obstinados esfuerzos, se habrian estrellado contra resoluciones antiguas, profundas, meditadas, resultado de un sistema político y religioso á la vez, si el gran refrendario no hubiese sabido conmover el corazon del rey, diciendo que la noticia de los acontecimientos de París podia ser una sentencia de muerte para la delfina que viajaba entonces por las provincias del centro de Francia: los párpados de Carlos X se humedecieron, y prometió reunir un consejo. Sin embargo, antes de que el consejo pudiese reunirse y de que consintiese el rey en retirar sus fatales ordenanzas cambiando su ministerio, trascurrieron siete horas, y durante aquella inaccion ó aquella incertidumbre la insurreccion habia triunfado. El mariscal que esperaba nuevas órdenes del rey que Peyronnet habia prometido trasmitirle para poner fin á la efusion de sangre, limitábase á defender el Louvre y las Tullerías, posiciones inexpugnables, fortalezas que habrian resistido á un sitio regular cuanto mas á un tiroteo de balas perdidas. El Louvre se hallaba custodiado por dos batallones suizos, uno diseminado por las galerías del Museo y la Columnata, y concentrado el otro en el patio de honor; la guardia real, escalonada desde el Carrousel hasta Chaillot, cubria por todas partes el palacio de las Tullerías, y lo ponía al abrigo de un ataque inmediato. Los cuatro regimientos de línea que asistieron con el arma al brazo á la batalla de la víspera, habíanse replegado al rededor de las Tullerías, sin querer tomar una parte activa en

aquella horrible lucha: el 5º y el 53º se hallaban formados en masa en la plaza de Vendome, y cerraban el paso al pueblo que se agitaba hacia treinta y seis horas delante de sus filas inmóviles; en la entrada de la calle de la Paz, el 50º, halagado por el pueblo, podía á duras penas contener á la multitud que acudia á los alrededores de las Tullerías; el 15º ligero por fin que se habia retirado al jardin por la verja del estanque, no se mostraba dispuesto á emplear sus armas contra el pueblo, próximo á penetrar allí por el Puente Real, y desde aquel momento la tropa de línea fluctuó entre la neutralidad y la defeccion. La guardia real se hallaba consternada apesar de la gratificacion de mes y medio de sueldo que el rey mandara distribuirle en *muestra de satisfaccion*, y solo los suizos estaban resueltos á no faltar á su honor. Desde la mañana sostenian el nutrido fuego de los insurrectos, que parapetados en las ventanas, en los tejados y en las esquinas de las calles, acribillaban á balazos las columnas del Louvre, mientras que el parapeto de la orilla izquierda del Sena enviaba continuos proyectiles á las ventanas del Museo de pinturas y á las de la opuesta fachada del Instituto, y aquel mútuo tiroteo habria durado hasta la noche, si la Columnata no hubiese sido de repente privada de sus defensores, cesando de contestar á las descargas de los amotinados. Uno de los dos batallones que ocupaban el Louvre, acababa de ser llamado por órden de Marmont para suplir á la tropa de línea que se habia pasado al pueblo y fraternizado con él, despues de levantar al aire las culatas, y como las cercanías del palacio y del jardin quedaban en descubierto, á consecuencia de aquella defeccion, mandó el mariscal al general Salis, jefe de los suizos, que enviase un batallon á la calle de Rívoli para contener la irrupcion del pueblo. Semejante órden, mal comprendida y peor ejecutada, dejó la Columnata sin un solo defensor, y entonces algunos jóvenes escalan las verjas, derriban las puertas de la galería baja, penetran en los aposentos del primer piso, y desde todas las ventanas que dan al patio, dirigen un mortífero fuego contra los suizos que no tienen tiempo para formarse en compañías. Ante aquella agresion inesperada, los suizos no intentaban siquiera resistir; refranse en desórden hácia las Tullerías, y su pánico se comunica á los destacamentos de la guardia real y á la caballería formada en batalla en la plaza

del Carrousel, las filas se confunden, y jinetes, infantes, y artilleros, oficiales y soldados, por el irresistible movimiento de retirada á través del jardín de las Tullerías, creyendo tener detrás de sí á todo el pueblo vencedor, cuando solo aparecen en las ventanas, disparando al azar entre la confusion, algunos hombres mal armados, dirigidos por los jóvenes de las escuelas. La multitud empero que ha seguido los pasos de aquellos temerarios, se precipita con furiosos clamores en pos de los fugitivos, é inundando la galería de Pinturas, invade en tumulto el Palacio que su guarnicion abandona sin hacer uso de sus armas. El jardín se llena de una confusa masa de tropas de todas armas que se empujan y atropellan, y el mariscal arrastrado por el torrente se encuentra solo, á pié y con la cabeza descubierta en medio de aquella derrota general; manda entonces dirigir una pieza de artillería contra el Palacio, y con una sola bala rasa detiene á los vencedores que cesan en su persecucion para apoderarse de las desiertas Tullerías y devastarlas con feroz alegría. Marmont, puede entonces, sin ser inquietado, reunir sus dispersas tropas bajo los corpulentos árboles que protejen su retirada; fórmanse otra vez las filas, reorganizanse los cuerpos, pero no intenta tomar de nuevo la ofensiva, y se encamina lentamente hácia Saint-Cloud por la avenida de los Campos Elíseos. En tanto, el pueblo es dueño del Louvre y de las Tullerías donde reina un cadáver desconocido y cubierto de andrajos en el trono de Carlos X; la bandera tricolor reemplaza á la bandera blanca en el pabellon del Reloj; las galerías del Louvre y los aposentos de las Tullerías se hallan atestados de una turbulenta multitud de combatientes, de curiosos y de malhechores. Los cuadros y las estátuas del antiguo museo son respetados, pero del museo de Carlos X, se sus-traen joyas por valor de un millon; el populacho saquea con furor la residencia de los reyes: destroza los muebles, rasga las colgaduras, rompe los espejos y arroja por las ventanas los papeles, los libros y cuantos objetos no seducen su codicia. Los presos salidos de la Concerjería, se apoderaron en tanto de sumas considerables en metálico y en billetes de banco, de joyas inestimables, de objetos preciosos, de cuanto pueden llevar consigo. De repente se oye una voz que grita: *Aquí se roba!* sucédele otra de *Mueran los ladrones!* y al momento se improvisa en el interior

del palacio una policía severa que vigila todas las salidas: los individuos sospechosos son interrogados; los que conservan en su poder objetos robados, son fusilados al momento, y se escribe en las paredes con gruesos caracteres la disposición tomada por el pueblo: *Mueran los ladrones!*

Los diputados se habían reunido aquel mediodía en la casa de Lafitte; la inesperada marcha de los acontecimientos había obrado sobre los mas tímidos, y empezábase á considerar sin espanto una insurrección que tomaba el carácter unánime y solemne de una revolución. Nadie se habría atrevido ya á declararse despojado del título y mandato de diputado, á justificar ni siquiera á excusar el principio de las ordenanzas, y al estrépito del tiroteo circunscrito entonces al rededor del Louvre, no se agita ninguna de las cuestiones que habían dividido á los diputados en las reuniones anteriores. El general Lafayette se hallaba en la Casa de la Ciudad, y la asamblea le confirmó por aclamación el mando superior de las fuerzas parisienses; la aparición de su ayudante de campo provisional Alejandro de Laborde, vestido con el uniforme de guardia nacional, arrastra á los diputados que aun vacilaban, y el general Gerard da el ejemplo de aquel impulso universal, ofreciendo reunirse con el *veterano de la libertad* para dirigir las operaciones activas del ejército del pueblo. Créese que le dictó estas palabras el partido orleanista, á fin de que, colocado junto á Lafayette con una autoridad militar, pudiese refrenar las tendencias republicanas del anciano general, á quien rodeaban jóvenes ardientes y activos jefes del carbonarismo. La asamblea aplaudió la proposición de Gerard, y le dió los poderes que solicitaba, apresurándose el general á vestir su uniforme, á reclutar una especie de estado mayor, y á dirigirse á las Casas Consistoriales, organizando antes en cuerpo de tropas á cuantos soldados encontró en su camino, y á los restos de los regimientos que se habían desbandado para abrazar la causa popular. En todos los cuarteles que atravesó acogióle con gritos de *Viva la libertad!* Nadie pensaba ya en las ordenanzas y en los ministros, en Polignac, ni en los Borbones, y el pueblo de París se sentía poseído del espíritu de 1789. El general Lafayette aceptó sin desconfianza los servicios del general Gerard, quien no tardó, junto con el general Pajol, en ser los únicos que diesen órdenes en las

Casas Consistoriales. Lafayette habia decretado el restablecimiento de la guardia nacional parisiense, y aquel primer acto de su dictadura le trasladaba á los bellos tiempos de su carrera política: habia probado el derecho de la insurreccion y restablecido la guardia nacional; el resto le parecia, sino secundario, muy poco urgente á lo menos, y no se apresuraba á decidir acerca de la forma de gobierno mas conveniente para la Francia, si bien se complacia en invocar en todas ocasiones los recuerdos de la *gloriosa revolucion* francesa, y de la república americana. Cuantos le rodeaban, antiguos patriotas de 1789, abogados jóvenes, ex-carbonarios, alumnos de las escuelas, deseaban con impaciencia la república; pero no se atrevían á pronunciar su nombre, que habria quizás dividido á los combatientes llamados á las armas al grito de *Viva la Carta!* Conspirábase pues en las Casas Consistoriales en favor de la república, mientras que se combatía aun en el Louvre, y que otros conspiradores, pertenecientes todos á la época imperial, pensaban en levantar el trono de Napoleon II sobre las ruinas de la monarquía constitucional. Esta era la situacion crítica del momento, cuando advertida la reunion de diputados de la doble conspiracion bonapartista y republicana que se tramaba á la vista de Lafayette, y casi sin que él la observara, imaginó equilibrar su omnipotencia, dándole por contrapeso una comision municipal, encargada de los negocios públicos en nombre de la cámara y del país, especie de gobierno provisional, destinado á neutralizar la autoridad dictatorial de Lafayette. Los miembros de dicha comision, nombrados en votacion secreta, fueron en un principio Lafitte, Casimiro Perier, Lobau, Odier, Gerard y Mauguin, pero como Odier no aceptó el cargo, y Gerard desempeñaba ya otro no menos importante, reemplazáronles Schonen y Audry de Puyraveau. Lafayette recibió con placer á la comision que pasó á instalarse en las Casas Consistoriales, y consintió de buen grado en dividir con ella un poder que veía ya disputado por los ambiciosos que le rodeaban. La comision se ocupó sin pérdida de momento de las medidas mas urgentes, y publicó varios decretos para invitar á las tropas de línea y de la guardia real á dirigirse dentro cuarenta y ocho horas al campamento que habia de establecerse en Vaugirard; para declarar que el pueblo de París no conservaba rencor algu-

no contra los militares que se habian mostrado fieles á la disciplina, con tal que consagrasen en adelante sus armas al servicio de la patria y de la libertad; para poner bajo la salvaguardia de los buenos ciudadanos los monumentos y los establecimientos públicos; para rogar á los habitantes que abriesen de dia sus puertas é iluminasen de noche sus ventanas, etc. Aquella noche, París, cuyos reverberos todos se hallaban rotos, fué guardada como una plaza de guerra á la viva luz de una iluminacion general, que no le comunicaba sin embargo el menor aspecto festivo, completóse el sistema defensivo de las barricadas, cada calle se convirtió en un campamento, cada casa tenia un centinela, y pasaban sin interrupcion numerosas patrullas singularmente equipadas. El pueblo era dueño de la ciudad y de los arrabales, pero se esperaba por momentos un ataque, un sitio, un bombardeo: el mariscal de Ragusa habia concentrado sus fuerzas al rededor de Saint-Cloud, y por todas partes marchaban hácia París grandes refuerzos de tropas.

A media noche, mientras deliberaba en la Casa de la Ciudad la comision municipal, y Lafayette celebraba consejo con los repúblicos en una sala inmediata, solicitaron ser introducidos los enviados de Carlos X. Eran estos Semonville y Argout, llegados de Saint-Cloud á través de mil peligros, y anuncian que el rey ha retirado sus ordenanzas y cambiado su ministerio. «Es demasiado tarde!» exclama Schonen con una impetuosidad que arrastra á unos y contiene á otros.—«Es demasiado tarde!» repiten Manguin y Audry de Puyraveau. Lafitte, Lobau, Gerard y Casimiro Perier se turban; el último intenta reducir á sus colegas á una transaccion, pero él es á quien Carlos X ha nombrado ministro de hacienda, confiándose al general Gerard la cartera de guerra. La mayoría de la comision municipal decide no poder admitir proposiciones de reconciliacion que no descansan en documentos oficiales, pues Semonville y Argout habian partido de Saint-Cloud antes de que el nuevo gabinete, cuya formacion estaba terminando el duque de Mortemart como presidente del consejo de ministros, hubiese sido constituido definitivamente por medio de un real decreto. Además, el baron de Vitrolles que les acompaña como mandatario particular del rey, acaba de desprestigiarles con su presencia y sus palabras, y los

embajadores de la vencida monarquía se retiran consternados, mientras que la comisión municipal, en la que triunfa la opinión de la mayoría bajo la influencia de Lafayette, redacta una proclama al pueblo que empezaba con estas palabras: *Carlos X ha cesado de reinar!* Esta proclama á la que Casimiro Perier se niega á poner su nombre, el cual fué reemplazado por el del secretario de la comisión Odilon Barrot, se fijó al día siguiente en todas las esquinas de la capital, entre los aplausos de la muchedumbre; mas el viernes 30, al asomar el día, envía Saint-Cloud nuevos negociadores. El duque de Mortemart, que no parece y que anuncia constantemente su próxima llegada, ha encargado al conde de Sussy que presente á la comisión municipal las ordenanzas del rey fechadas el 29 *por la noche*, aboliendo las del 25 y nombrando un ministerio en el que figuran los nombres de Casimiro Perier y del general Gerard. Lafayette lee en alta voz el documento en medio de murmullos y clamores que sin cesar le interrumpen: «¿Qué contestaremos?» preguntó dirigiéndose al tumultuoso auditorio.—No haya transacción! gritan de todas partes.—Ya lo oís, dijo el general al enviado; es demasiado tarde!» El duque de Mortemart no pierde aun toda esperanza, y manda presentar las ordenanzas del rey á la conferencia de diputados que Lafitte ha reunido en su casa, y que no admiten muchos de los actos de la comisión municipal; la mayoría de los asistentes opinan por favorecer la negociación de que se ha hecho intermediario el duque de Mortemart, y creen que la abolición de las ordenanzas contrarias á la Carta y la retirada del ministerio son prendas suficientes ofrecidas á la paz y á la concordia. Esto no obstante, la ausencia del nuevo presidente del consejo impide adoptar resolución alguna, y la discusión cambia de objeto; háblase con inquietud de los proyectos republicanos y bonapartistas que se forman en la Casa de la Ciudad, y cuya esplosión contiene el general Lafayette; háblase allí de proclamar la república, se dice que el pueblo está muy irritado contra Carlos X para que sea fácil hacerle aceptar una transacción, y alguno entonces, Lafitte, á lo que se cree, pronuncia por primera vez el nombre del duque de Orleans, proponiendo elevarle al trono para evitar la república y la guerra civil. El nombre del duque que no suscita la menor oposición, habia sido pronunciado muchas

veces en voz baja durante los tres días, y aun aquella misma mañana sus amigos le habían rogado que se presentase cuanto antes; Thiers, director del *Nacional*, encargado de aquel paso oficioso, se dirigió en vano á Neuilly; el duque de Orleans no apareció aun, y creíanle en Rainci desde que uno de sus partidarios le habia advertido de que se mantuviera oculto, pues no faltó quien aconsejara su prision al rey. Los diputados, preparados de antemano, aprobaron la idea de confiar al duque de Orleans el cetro caído de las manos de Carlos X; pero era necesario apresurarse: de hora en hora ganaban terreno en las Casas Consistoriales los republicanos y los afiliados en las sociedades secretas, y Lafayette se manifestaba dispuesto á dejarse arrastrar por el torrente. Los dos diputados que habian apoyado con mayor energía la candidatura real del duque de Orleans, su abogado ordinario Dupin mayor, y Persil, otro abogado, fueron los embajadores de la reunion Lafitte y de la comision municipal que marchaba de acuerdo con ella; partieron pues á pié y de incógnito á fin de no excitar sospechas, y les costó no poco trabajo el ver al príncipe y sobre todo el persuadirle de tomar un papel activo en la revolucion, hasta que por fin el duque de Orleans, que tenia emisarios así en Saint-Cloud como en París, se decidió en virtud de las noticias que de la córte recibia, á separarse abiertamente de una causa perdida, prometiendo ir aquella misma noche al Palacio Real. En aquel momento todo era confusion en la residencia de Saint-Cloud; aunque la etiqueta conservaba como una sombra de poder al rededor de Carlos X, conocíase ya que no era rey mas que de nombre; sus órdenes no atravesaban el recinto del palacio en el que se encontraba en cierto modo prisionero. Luego que se supo el mal éxito de la negociacion entablada por Semonville y Argout continuada por Sussy y personajes oficiosos, los cortesanos habian desaparecido; las antecámaras quedaron desiertas, y si bien la guardia real acampada en el parque y en los alrededores defendia por todos lados el palacio, parecia poco deseosa de vengar su derrota empezando de nuevo una lucha fratricida, y se limitaba á rechazar á los campesinos que insultaban sus puestos avanzados. Las tropas de línea que el mariscal de Ragusa habia podido conservar á sus órdenes, abandonaron sucesivamente sus armas y banderas.

Díjose distintas veces que el Delfín se pondría al frente del ejército y lo conduciría en batalla delante de París, mas no tardó el mariscal en publicar una orden del día anunciando la suspensión de las hostilidades á consecuencia de la abolicion de las ordenanzas y del cambio de gabinete. Los soldados acogieron la noticia con repetidos gritos de *viva el rey!* y celoso el Delfín de su autoridad gerárquica de jefe supremo del ejército, ofendióse de que no se le hubiese comunicado aquella orden del día; fuera de sí, llamó á Marmont, dirigióle severos cargos, le mandó entregar su espada, y habiéndosela arrancado de la vaina, hirióse los dedos al forcejear para romperla: «Jamás habria creído, dijo el mariscal con amargura, que debiese teñirse mi espada con la sangre de un Borbon!» El duque de Angulema pidió á grandes gritos castigo para un rebelde y un traidor, y el mismo rey debió intervenir para calmar á su hijo y reconciliarle con el mariscal, quien disgustado de su adhesion á los Berbones, ejerció desde aquel momento solo una accion secundaria en el mando de las tropas.

En tanto el pueblo de París inundaba las cercanías de las Casas Consistoriales, donde Lafayette y la comision municipal celebraban consejo con los principales representantes del partido liberal y los jefes populares de la insurreccion. El nombre del duque de Orleans circulaba de grupo en grupo; decíase que habia abrazado la causa del pueblo, y que cuanto antes llegaria de Neuilly; esperábasele pues con ansiedad y su elogio estaba en todos los labios: elogiábase su patriotismo, sus opiniones, su carácter político, sus costumbres privadas, y el grito de *viva el duque de Orleans*; débil y tímido al principio, luchaba ya con los gritos rivales de *viva la libertad!* y *viva Napoleon III!* Los curiosos visitaban con admiracion y respeto el teatro del combate, y examinaban las barricadas amenazadoras todavia, los estragos de las balas, la sangre que salpicaba las piedras de la calle, á los héroes y á las víctimas. Delante de la columnata del Louvre habíase abierto un foso ancho y profundo que iba llenándose de cadáveres cubiertos de cal; el vicario de San German l'Auxerrois, rodeado de un gentío piadosamente enternecido, rezaba por los difuntos las oraciones de la Iglesia, mientras que eran llevados por el Sena al Campo de Marte cuántos cuerpos se suponía per-

tenecer á la guardia real. El Hotel-Dieu estaba lleno de heridos que sucumbían mas que por la gravedad de sus heridas por su exaltacion moral y por el calor extraordinario del verano; el aspecto de los hospitales hizo pensar al principio que el número de víctimas se elevaba á quince mil, suponiéndose que la tropa habia experimentado pérdidas considerables; pero supóse luego con admiracion que dichas pérdidas se limitaban á doscientos cincuenta muertos y á seiscientos heridos. Por parte del pueblo hubo cuatro mil quinientos heridos y setecientos ochenta y ocho muertos, número enorme si se compara con el de los insurrectos que solo eran dos ó tres mil el primer dia, y que el tercero contaban apenas doce mil hombres armados. Referíanse los inumerables episodios de valor, de intrepidez, de generosidad y de grandeza de alma que ocurrieran durante la lucha, y la exageracion aumentaba el entusiasmo. El pueblo se admiraba de su victoria, tanto mas sorprendente cuanto que era menos creíble, y ni siquiera pensaba en aprovecharse de ella. Los tenderos, la gente pacífica se apresuraba á distribuir vino, víveres y ropa á los héroes de las barricadas, diciendo entre sí con terror y en voz baja que la capital se hallaba á merced del pueblo, y que este podia cansarse de su magnanimidad, temores é inquietudes que favorecian no poco á los autores de combinaciones monárquicas y republicanas. Chateaubriand, á quien las ordenanzas habian sorprendido en los baños de mar, habia vuelto á París, y procuraba ya formar en la cámara de los pares un partido realista de derecho divino para oponerse al partido de los realistas constitucionales que ofrecian la corona al duque de Orleans; su plan era proclamar al duque de Burdeos despues de haber abdicado Carlos X y el Delfin, y su nombre popular, puesto al frente del partido defensor de la legitimidad, habria podido ser muy provechoso al jóven heredero del trono. Chateaubriand, reconocido en la calle, fué saludado con grandes aclamaciones, y llevado en triunfo hasta el palacio del Luxemburgo, mas los pares y los hombres de Estado se hicieron sordos á su voz, y el nuevo presidente del consejo que debia dar impulso á aquella obra de adhesion monárquica, no se mostró en parte alguna cuando tan indispensable parecia su presencia. Los diputados de la reunion Lafitte continuaban en sesion espe-

rando noticias de Neuilly, mas habian trasladado su residencia á la misma cámara como á un terreno mas legal, y allí fueron á encontrarles sus embajadores Dupin y Persil. La contestacion semievasiva del duque de Orleans fué comunicada á la asamblea, que se habia aumentado con treinta nuevos miembros, y veía llegar sucesivamente á los tímidos ó indecisos. Despues de dar cuenta de su mision, propuso Dupin conferir espontáneamente al duque de Orleans la tenencia general del reino, y redactado un mensaje en este sentido, nombróse una diputacion presidida por Sebastiani para presentarlo al príncipe. La comision se dirigió aquella tarde al Palacio Real, pero el duque no habia llegado aun y no lo verificó hasta la noche, al tiempo que las alocuciones redactadas en las oficinas del *Nacional* eran fijadas en todas las esquinas, preparando á la opinion pública para los acontecimientos del dia siguiente, é invitando á la Francia á arrojarle en brazos del duque de Orleans. La comision municipal, aunque en sesion permanente en las Casas Consistoriales, se hallaba representada en la cámara por algunos de sus miembros, y si se exceptua á Audry de Puyraveau manifestábase unánimemente favorable á la entronizacion del duque de Orleans. Mientras se resolvía la cuestion, habia atendido con urgencia á la administracion de los asuntos del Estado nombrando comisarios provisionales para los diferentes ministerios: Dupont de l'Eure fué llamado al departamento de justicia; Bignon, al de negocios extranjeros; el general Gerard, al de la guerra; el duque de Broglie, al del interior; el vice-almirante Rigny, al de marina; Guizot, al de instruccion pública, y el baron Louis se habia establecido desde la víspera en el ministerio de hacienda. Desde la víspera tambien, varios diputados se habian apoderado de los mas importantes empleos: Alejandro de Laborde, de la prefectura del Sena; Baron, de la de policia; Chardel, de la direccion de correos; Marschall, de la de las líneas telegráficas. La salida de los correos interrumpida hacia dos dias, y sobre todo el uso del telégrafo, puso de nuevo á París en comunicacion con la Francia, y en cada ciudad hacíase la revolucion por sí sola á la vista de la bandera tricolor que ondeaba en el carruaje. El entusiasmo se propagaba así de ciudad en ciudad, de departamento en departamento con una rapidez eléctrica, y sin embargo se ignoraba

todavía que gobierno había de reemplazar al del vencido Carlos X; el general Lafayette se hallaba asediado como nunca por los hombres que se consideraban los autores y por consiguiente los árbitros de la revolución, y si bien no se atrevía á contradecirles abiertamente en cuanto aquellos jóvenes republicanos, llenos de ardor y de fe, habían creado de acuerdo con él las sociedades secretas de la Restauración, tampoco podía resolverse á dejar libre campo á sus ideas y proyectos. Espantado quizás de su obra y de la responsabilidad que había contraído, luchaba y vacilaba hacia veinte y cuatro horas, cuando la lucha se hizo mas viva y la resistencia mas difícil al oponer el nombre del duque de Orleans otra nueva solución á las que se agitaban en los conciliábulos de las Casas Consistoriales. Lafayette conservaba aun cierta influencia sobre los partidarios de la república, pero los del imperio, que no esperaban ganar terreno por medio de la discusión y que eran mas soldados que oradores, habrían acabado por intentar algo contra la Casa de la Ciudad al grito de *viva Napoleon II*, á no haber sido reducidos á prisión sus principales jefes. Desde entonces los republicanos no contaron con mas adversarios que el general Lafayette, convertido de repente en abogado, y auxiliar del duque de Orleans como si mediara entre ellos un tácito pacto desde 1789; la comision municipal, y sobre todo uno de los comisarios, el baron de Schonen, habían convencido á Lafayette, quien creyó no renunciar á la república sirviendo los intereses de un príncipe patriota, formado en la escuela de la libertad y de la desgracia, ex-ayudante de campo de Dumouriez y héroe de las batallas de Jemmapes y de Valmy.

El príncipe celebraba tambien consejo en el Palacio Real, mientras que sus partidarios se hallaban todos en movimiento; asegúrase que Talleyrand fué su guia misterioso, y que no dió un solo paso en la nueva senda que para él se abria sin consultarlo con su hermana, la princesa Adelaida; de modo que apoyándose á la vez en los combinados consejos de la mujer de mas talento y del mas astuto de los hombres, avanzó confiado y animoso hácia el objeto que siempre se propusiera, y que tantas veces estuvo próximo á alcanzar. Esto no obstante, aun con sus mejores amigos fingió resistir y no ceder sino á repetidas instancias, á razones de fuerza mayor; con los miembros todos

della comision municipal, con varios jefes del partido liberal renovó la escena de vacilacion y de resistencia, y de negativa en negativa acabó por resignarse, por sacrificarse, segun él decia. *Una corona ó un pasaporte*, le habian dicho sus partidarios, y llegada la mañana del sábado 31 de julio, mostróse por fin más decidido al presentarle la diputacion de la cámara el título de teniente general del reino; entonces aceptó, no sin manifestarse todavía indeciso, la «elevada y peligrosa mision que la cámara le confiaba», y entregó la copia de una proclama preparada de antemano y dirigida á los habitantes de París, en la cual declaraba no haber vacilado en compartir sus peligros y en colocarse en medio de su heróica poblacion bajo los gloriosos colores que por mucho tiempo había usado: «Las cámaras van á reunirse, decia, y sus miembros dispondrán lo necesario para afianzar el reinado de las leyes y los derechos de la nacion. Una Carta será en adelante una verdad.» El día trajo consejo, y en virtud de las observaciones de Talleyrand, el *Monitor* del día siguiente publicó una rectificacion que cambiaba totalmente el sentido de la frase, diciendo *la Carta* en vez de *una Carta*; en aquella errata se hallaba comprendido todo un programa de gobierno. La proclama en que se hablaba de una Carta nueva y no de la Carta de Luis XVIII, fué presentada á la Cámara junto con la relacion de los delegados á quienes enviara cerca del duque de Orleans, y fué recibida con unánimes aclamaciones. Los diputados, reunidos entonces en número de noventa y cuatro en el lugar ordinario de sus sesiones, habian nombrado á Lafayette para la presidencia, y secretarios á Guizot, Villemain, Berard y Benjamin Constant, y una proclama, redactada por estos en nombre de la asamblea, anunció haber aceptado el príncipe el cargo de teniente general del reino á invitacion de los diputados presentes en París: «Este ha sido á sus ojos el medio más eficaz para asegurar prontamente por medio de la paz el triunfo de la mas legítima defensa,» y esta frase vaga y pomposa ocultaba el papel que se destinaba al príncipe «consagrado á la causa nacional y constitucional.» Las garantías que Benjamin Constant habia formulado como «necesarias para hacer á la libertad fuerte y duradera», eran las siguientes: «El restablecimiento de la guardia nacional con intervencion de sus indivi-

duos en el nombramiento de los oficiales; intervencion de los ciudadanos en la formacion de las administraciones departamentales y municipales; el jurado para los delitos de imprenta; la responsabilidad de los ministros y de los agentes secundarios de la administracion legalmente organizada; el estado de los militares legalmente asegurado; la reeleccion de los diputados promovidos á funciones públicas.» Salvete, Corcelles y otros diputados habian pedido garantías mas latas, pero la discusion fué precipitada, y votóse la proclama en que se despojaba del trono á Carlos X sin nombrarle, proclamándose rey al duque de Orleans con el título de teniente general del reino. «El príncipe respetará nuestros derechos, decíase, en cuanto los suyos tendrán su origen en nosotros.» Propúsose entonces dirigirse en masa al Palacio Real, y todos los diputados presentes que habian firmado el manifiesto, marcharon á presentarlo al príncipe, quien despues de enterarse de él, contestó en estos términos: «Como francés deploro el daño causado al país y la sangre derramada; como príncipe me complazco en contribuir á la felicidad de la nacion. Señores, vamos á la Casa de la Ciudad!» El duque de Orleans se puso al frente de la imponente escolta que las circunstancias le ofrecian, y partió para las Casas Consistoriales, rodeado, seguido y precedido por una multitud de guardias nacionales y de hombres del pueblo, que gritaban: «¡Viva el duque de Orleans! ¡viva el teniente general! ¡vivan nuestros diputados! viva Lafayette!» gritos que repetidos por el gentío que se agolpaba al paso del príncipe y de su cortejo, ahogaban otros temidos y recelosos de *viva la libertad y viva la república!* Advertido el general Lafayette de la llegada del teniente general del reino, fué á recibirle á la entrada de las Casas Consistoriales, y al verles cordialmente abrazados, redoblaron las aclamaciones. Luis Felipe de Orleans, apoyado por una parte en el brazo de Lafayette, y por otra en el de Lafitte, pudo á duras penas abrirse paso á través de la multitud y llegar al salon donde se leyó entre grandes aplausos la proclama de los diputados. El príncipe pronunció dos ó tres frases expresando su emocion y [su gratitud. «Monseñor, le dijo Lafayette como para dar satisfaccion á sus amigos políticos que le acusaban de haberse dejado seducir, ya sabeis que soy republicano y que considero la constitucion

de los Estados-Unidos como la mas perfecta que ha existido.— Opino como vos, contestó el príncipe, ¿pero creéis acaso que en la situacion actual de la Francia convenga adoptar aquella constitucion?—No, repuso Lafayette, lo que necesita hoy el pueblo francés es un trono popular rodeado de instituciones republicanas.—Lo mismo pienso yo, dijo el duque.» Esta sencilla conversacion desfigurada y comentada por el espíritu de partido, tomó mas tarde las proporciones y el carácter de una convencion explícita entre Lafayette y el duque de Orleans, quien según se aseguró hizo formales promesas al pueblo, fijando desde entonces los deberes de su gobierno. Aquello fué lo que recibió luego el nombre de *programa de las Casas Consistoriales*, programa fantástico cuya ejecucion reclamó mas tarde el mismo Lafayette. Para poner término á una conversacion que no era de su agrado, el príncipe cogió al general por la mano y le llevó cerca de una ventana abierta, mostrándose junto con él á la entusiasmada multitud; en seguida cogió la bandera tricolor y al agitarla sobre su cabeza estallaron grandes aclamaciones, y solo dos ó tres voces enérgicas protestaron en nombre de la república: «Monseñor, díjole el general Dubourg, tendiendo el brazo hácia la plaza llena de armas, de cañones, de uniformes y de banderas, conoceis nuestras necesidades y nuestros derechos; si llegais á olvidarlos, os lo recordaremos!» Admirado el príncipe de aquel violento apóstrofe, contestó con aspereza ser hombre de honor, y no necesitar que se le obligase por temor á cumplir sus juramentos. El regreso del duque de Orleans al Palacio Real fué acompañado de los mismos gritos y trasportes de alegría que le siguieron antes; el príncipe se veia detenido á cada paso por ovaciones populares que le imponian la obligacion de estrechar cuantas manos se le tendian, y aquellos familiares *apretones de mano*, mezclados con benévolas palabras, le granjearon mas simpatías que las mas liberales profesiones de fe. El pueblo no sabia aun si se hallaba en monarquía ó en república, pero cantaba la *Marsellesa*, y apartándose de las mezquinas vias del interés personal, ni siquiera se ocupaba en lo que debia reportarle su victoria: los hombres políticos no imitaban tanta abnegacion, y preocupados con sus planes y combinaciones, se hallaban en contiúas conferencias con el teniente general del

reino. Aquella noche hicieronse en varios puntos de la capital tentativas para proclamar la república; la policía apoyada por la guardia nacional, intervino y se apoderó de algunos agitadores; el general Dubourg, al que se atribuía una especie de conspiracion republicana, fué preso y puesto en libertad cuando se creyó que su nombre y su voz carecerian de influencia en las masas, no tardando en volver á su oscuridad con la mayor parte de los héroes que á sus órdenes habian combatido.

El teniente general del reino habia confirmado la mayor parte de los nombramientos hechos por la comision municipal, de modo que pudo contar en adelante con los ministros y los grandes funcionarios. Guizot reemplazó en el departamento del interior al duque de Broglie, el cual rehusó en cambio el título de comisario provisional, y Girod de l'Ain, consejero en el tribunal real aceptó la prefectura de policía que Bavoux no quiso conservar. Las cámaras estaban convocadas para el 3 de agosto, y hasta esa fecha procuróse por todos los medios seducir el espíritu público en provecho del duque de Orleans; periódicos, folletos, emisarios, deshacíanse en enfáticos elogios del príncipe, de sus antecedentes, de sus costumbres, de su familia; pero la mejor propaganda fué la que verificó él mismo mostrándose continuamente en el balcon del Palacio Real, acompañado siempre del general Lafayette que le envolvía por decirlo así en su popularidad. Hablábale ya sin rodeos de convertir en rey al teniente general del reino, y nadie se oponía á ello. En tanto continuaba la capital en extraordinaria fermentacion; las calles estaban atestadas de una curiosa y furibunda muchedumbre, más el orden no habia sido turbado; la tropa de línea volvió sin oposicion á sus cuarteles; los héroes cubiertos de harapos conservaban sus armas, pero no sus barricadas, y París recobraba con la circulacion su vida y aspecto ordinarios, á medida que se reponia el empedrado de las calles y que se borraban las huellas de la insurreccion. No se temian ya combates ni sitios; Carlos X renunciaba á emplear la fuerza, aceptaba la revolucion como un hecho consumado é irrevocable, y siguiendo el consejo de ciertos hombres de Estado que habian adoptado, aunque muy tarde, la opinion de Chateaubriand, habia abdicado lo mismo que él Delfin en favor del duque de Burdeos, durante la noche del 1.º de

agosto. Carlos X no se hallaba ya en Saint-Cloud: la proximidad de la capital, los tiros disparados contra su guardia y la dificultad de alimentar á sus tropas, le habían impulsado á retirarse hacia Versailles, y luego hacia Rambouillet, donde llegó el 1.º de agosto, seguido á marchas forzadas por la guardia real que no profirió ni una sola queja por las fatigas y privaciones que experimentaba hacia tres dias. La familia real esperaba indecisa y resignada el resultado de las negociaciones confiadas á la iniciativa de sus buenos servidores; el rey habia reconocido la tenencia general conferida por la cámara al duque de Orleans, á quien nombró regente durante la minoría del nuevo rey: «Cuidad pues, escribia á su primo con una confianza digna de ser mejor justificada, de proclamar el advenimiento de Enrique V á la corona;» pero en vez de aquella proclamacion que debia participarse *lo mas pronto posible*, enviáronse desde París tres comisarios para apresurar y vigilar su marcha. Dichos comisarios, el mariscal Maison, Schonen y Odilon Barrot, precedian á seis mil guardias nacionales y á quince ó veinte mil voluntarios parisienses, que se habian puesto en marcha para combatir á la guardia real y expulsar á Carlos X de su postrer asilo. Tan odiosa y ridícula expedicion fué considerada como una diversion por la mayor parte de los que la emprendieron, y consistió en una burlona comitiva de hombres armados, pertenecientes á todas las clases, amontonados en simones, en omnibus, en carretas y en toda clase de carruajes embargados, para el *viaje de Rambouillet*; durante el camino se rió, se bebió y se cantó una nueva canción patriótica, la *Parisiense*, compuesta *ad hoc* por Casimiro Delavigne, el poeta ordinario del duque de Orleans. La tumultuosa columna aumentaba á cada parada, y el terror que los parisienses (así se les llamaba) sembraban por el camino, les precedió en Rambouillet; Carlos X preguntó á los comisarios el dia 3 de agosto si era cierto que cien mil hombres marchasen contra él, y en vista de su contestacion afirmativa, no vaciló en disponer su marcha inmediata, el licenciamiento de la guardia real, y la entrega de los diamantes de la corona. Aquella misma noche emprendió la marcha con la familia real escoltado por sus guardias de corps y por los tres comisarios del teniente general del reino, y mientras esta se hacia coronar en París, emi-

barcábase aquel en Cherburgo. El mismo día en que Carlos X y su familia se resignaron al destierro, el teniente general, rodeado también de su joven familia, abrió las sesiones legislativas en presencia de sesenta pares de Francia y de doscientos cuarenta diputados, todos en traje de paisano; el discurso de la corona no ultrajaba al rey destronado, mas recordaba la deplorable violación de la Carta y de las leyes defendidas por los parisien-ses con heroico valor: «Me he presentado, decia el duque de Orleans, firmemente resuelto á consagrarme á cuanto exijan de mí las circunstancias para restablecer el imperio de las leyes, salvar á la libertad amenazada, é imposibilitar la repetición de tan graves males afianzando para siempre el poder de la Carta.» El teniente general del reino formuló en estos términos el programa de su próxima soberanía, distinto ya del de las Casas Consistoriales: «El respeto de todos los derechos, la protección de todos los intereses, la buena fe en el gobierno, son los mejores medios para desarmar á los partidos y volver á los ánimos la confianza en las instituciones y la estabilidad, únicas garantías de la felicidad de los pueblos y de la fuerza de los estados.» Tan lisonjero cuadro de un porvenir de paz y libertad, terminaba anunciando la doble abdicación de Carlos X y del Delfín, sin hacer mención empero del advenimiento de Enrique V á la corona y si bien algunos murmullos realistas protestaron contra semejante reticencia, fueron sofocados por los aplausos de la asamblea. Los gritos de *viva el duque de Orleans! viva la familia de Orleans!* acompañaron al príncipe hasta el Palacio Real, no sin evitar algunas señales de descontento, reprimidas al instante por la mayoría de los espectadores; el pueblo gritaba con frenesí al ver pasar á caballo al duque de Orleans y al general Lafayette, mas algunas voces aisladas de *viva la república!* manifestaron sin embargo que los republicanos no se consideraban todavía vencidos. Los jefes de la trama orleanista ansiaban el momento de proclamar su rey, y así fué que el día siguiente al de la inauguración de la legislatura (4 de agosto), reuniéronse las cámaras, la de los pares á puerta cerrada, y en sesión pública la de diputados; esta se ocupó en nombrar la mesa y en examinar las actas, aquella del mensaje que debía redactarse en contestación al discurso del teniente general, pero así en una como en otra

reinaba la exclusiva idea de la creacion de un rey. El duque de Choiseul en la cámara de los pares pidió el nombramiento de una comision que informase dentro de veinte y cuatro horas «acerca de los medios prontos y eficaces para establecer de un modo permanente el órden y la tranquilidad pública. «Boissy-d'Anglas dejó comprender mejor la idea de los orleanistas diciendo: «Dictad al teniente general el pacto en que se hallen consignados sus derechos y nuestros deberes.» En la cámara de diputados, Pavée de Vandauvre dijo sin rodeos: «Lo primero que debemos hacer es proclamar la deposicion. . . .» Y no pudo continuar. El palacio legislativo se hallaba rodeado de grupos que la conocida voz de Lafayette, de Benjamin Constant y de los diputados mas influyentes del partido liberal podia apenas contener; pedíanse nuevas elecciones en virtud de la constitucion republicana de 1791, y durante el dia 5 tomó la multitud un carácter mas amenazador y mas hostil. La reunion de los diputados en las secciones y la sesion pública se prolongaron hasta las once de la noche, y nombráronse candidatos á la presidencia á Casimiro Perier, Lafitte, Benjamin, Delessert, Dupin mayor y Royer-Collard, eligiendo el teniente general al primero, que habia obtenido mayor número de votos. Casimiro Perier, que habia pasado del partido de Carlos X al del duque de Orleans, no asistió á la sesion del 6 de agosto, bajo pretexto de una indisposicion que le permitió, en una carta dirigida á Lafitte y comunicada á la asamblea, enunciar un proyecto concertado en los conciliábulos del Palacio Real. «La cámara, decia en aquella carta que desmentia todas sus palabras y toda su conducta desde la publicacion de las ordenanzas, se halla con justicia impaciente, lo mismo que la Francia entera por legar á nuestra gloriosa patria un porvenir de dicha y una libertad fuerte y estable, satisfaciendo las verdaderas aspiraciones y necesidades públicas, y consolidando un poder nacional en manos del príncipe ciudadano á quien las aclamaciones del país han llamado para afianzar el reinado de las leyes y el mantenimiento de los derechos nacionales.» Lafitte habia reemplazado á Casimiro Perier en el sillón presidencial, y favoreció una comedia cuyos papeles habian sido distribuidos de antemano. Berard subió á la tribuna y leyó una proposicion formal para que se modificasen algunos artículos de

la Carta, y para que esta, luego de alterada, fuese jurada por el teniente general, quien se convertiría entonces en *rey de los franceses* bajo los auspicios de la cámara de diputados: «Carlos X y su hijo, dice, pretenden en vano transmitir un poder que no poseen ya; pues se extinguió en la sangre de muchos miles de víctimas;» Berard hace en seguida el panegírico del duque de Orleans «amigo sincero de las instituciones constitucionales;» invoca la ley de la necesidad que exige que la cámara nombre *sin dilacion* al jefe *definitivo* de un gobierno *estable y justo*, e indica las modificaciones que pueden ser introducidas útilmente en la Carta, y las leyes fundamentales que deberán añadirse al pacto constitucional. Tan audaz proposición no causa la menor sorpresa, y solo los realistas la escuchan con estupor; previsto y convenido todo entre los partidarios del duque de Orleans, la comisión encargada de examinar la proposición Berard ha de dar su informe dentro de breve plazo, y la cámara suspende la sesión hasta las ocho de la noche. Lo que sucedía, lo que se preparaba había llegado á conocimiento de los grupos que se agitaban al rededor de la cámara; los antiguos conspiradores, los miembros de las sociedades secretas, los jóvenes de las escuelas, se esforzaban en propagar entre el pueblo sus opiniones republicanas: acusaban á los diputados de hacer traición á la Francia excediéndose de su mandato, pedían que el país fuese consultado acerca de la forma de gobierno que había de establecerse, y deshacíanse en injurias contra la cámara de los pares, siendo así que los realistas, á quienes la elocuencia de Chateaubriand había despertado apenas de su letargo, eran del todo inocentes de la intriga orleanista ó liberal que se tramaba hacia muchos dias en la cámara de diputados.

A las ocho de la noche, al reunirse los diputados para discutir la proposición Berard, hallaron obstruidas las avenidas de la cámara por una multitud amenazadora que aumentaba á cada instante y que gritaba: *¡Muera la cámara de los pares! ¡Abajo los privilegios!* Mauguin y Benjamin Constant procuraron calmar la efervescencia de aquella indignada juventud que acusaba á Lafayette de debilidad y á los diputados de traición, y restablecióse por fin el orden, cuando el pueblo, airado contra los pares, se habia convencido de que aquella cámara se hallaba to-

talmente postergada y no reivindicaba la menor iniciativa política. La sesión de los diputados empezó con la presentación del acta de abdicación de Carlos X y del Delfín; pero el teniente general del reino, que remitía aquel documento á los archivos de la cámara, no hizo mención del heredero legítimo que designaran los dos jefes de la rama primogénita de los Borbones, colocándole bajo la salvaguardia del *regente*. Votáronse luego acciones de gracias á los habitantes de París por su conducta durante las *gloriosas jornadas*, y presentóse al fin en la tribuna Dupin mayor encargado de informar sobre la proposición Berard. Empezó por establecer en principio que la vacancia del trono probada como hecho debía ser declarada «como un derecho resultante de la violación de la Carta y de la legítima resistencia opuesta por el pueblo á aquella violación;» y después de examinar las principales modificaciones que la Carta podía sufrir, opinó por conferir la corona al duque de Orleans, haciéndole jurar la Carta de aquel modo modificada: «Ese príncipe es un hombre honrado, dijo el abogado ordinario de la casa de Orleans; y si acepta, si con su aceptación se formaliza el contrato, podremos confiar en su palabra: (Ya os lo he dicho: La Carta, tal como la acepte, será en adelante una verdad.» La discusión del dictámen se aplazó para el día siguiente, día que había de ser decisivo. Los orleanistas, que eran los antiguos Doseientos veinte y uno, pusieronse de acuerdo para apresurar la solución convenida de antemano, solución que muchos no aprobaron sino «bajo el imperio de la necesidad;» los realistas, desalentados, protestaban con su retraimiento contra lo que llamaban la usurpación; las calles estaban silenciosas, y la intervención de los miembros influyentes del lado izquierdo había frustrado las tentativas de los republicanos, que si bien celebraban todavía algunos conciliábulos, veían aclararse sus filas á cada momento, mientras que el Palacio Real se hacia el centro de todas las ambiciones. Un orador realista, el ardiente Conny, fué el primero en tomar la palabra para recordar á los diputados sus juramentos é intimarles que reconociesen los *sagrados derechos del niño real* á quien la usurpación pretendía apartar del trono: «En presencia de aquellos sagrados derechos, exclamó, el acto de elevar al trono al duque de Orleans sería la violación de todas las leyes

humanas.» Benjamin Constant, á quien el duque de Orleans atrajera á su causa, elogió al *príncipe-ciudadano* y le representó como «dispuesto á todo para merecer el insigne honor que la Francia le destinaba.» Dijo que *todos los franceses* querían una *monarquía* limitada; combatía la doctrina de la legitimidad del derecho divino oponiéndola otra legitimidad, «la que emana del voto del pueblo confirmando el poder á otra familia», en cambio de ciertas condiciones por esta consentidas. Alejandro de Laborde no estuvo acertado imaginando á su vez otra especie de legitimidad: «El príncipe á quien llamamos al trono, dijo, desciende de Enrique IV en línea mas directa que la rama despojada,» mas sus amigos le interrumpieron en tan delicada cuestion diciendo: «¡No, no, basta de legitimidad!» El singular dogma de la casi-legitimidad, invocado mas tarde, habia sido proclamado en aquella sesion. Algunos fieles servidores de la monarquía, como Hyde de Neuville, Lezardiere, La Bourdonnaie, Pas de Beaulieu etc., intentaron en vano desviar el golpe que iba á dar muerte al trono hereditario, y declararon todos que «su mision no consistia en romper una corona y en hacer un rey.» Villemain cerró la discusion general invitando á sus colegas á «reconstruir las barreras del órden público y las garantías de las libertades.» Antes de ofrecer el trono al duque de Orleans, la mayoría habia decretado la vacancia del trono *de hecho y de derecho*, y solo restaba votar acerca de las modificaciones de la Carta propuestas por Berard y completadas por la comision. Impaciente la cámara por acabar con la refundicion del código fundamental á fin de que nada se opusiera á la entronizacion del duque de Orleans, discutió rápidamente los cambios, las correcciones, las supresiones y adiciones que parecieron mas convenientes para perfeccionar la obra de Luis XVIII, y las votó casi por unanimidad; el preámbulo fué suprimido como atentatorio á la dignidad nacional, «*otorgando* á los franceses derechos que esencialmente les pertenecen;» suprimiósese tambien el artículo 6 que reconocia una *religion del Estado*; quitáronse algunas palabras del 8 que contenian en germen todas las leyes de censura, y tambien la terrible frase del 14 en que hallara Carlos X el pretexto de un golpe de Estado, expresando el nuevo artículo que «el rey da los decretos necesarios para la ejecucion de las leyes

sin poder jamás suspenderlas ni dispensar de su ejecucion.» Nuevos artículos reglamentaron la cámara de los pares, cuyas sesiones debian ser públicas, y la cámara de diputados, cuyos miembros podian ser elegidos á la edad de treinta años; las condiciones de edad y contribucion para los electores fueron tambien modificadas, y finalmente, si se respetó por entonces el principio de sucesion en la cámara de los pares, anuláronse cuantas creaciones de pares se habian hecho bajo el reinado de Carlos X. Un diputado de la derecha, Fleury (de l'Orne), intentó un supremo esfuerzo para que se aplazase para tiempos mas tranquilos la votacion del párrafo en que la cámara declaraba «que el interés universal del pueblo francés llamaba al trono á Luis Felipe de Orleans y á sus descendientes perpetuamente, de varon en varon, y por orden de primogenitura, con exclusion de las hembras y de su descendencia.» Fleury pidió que se convocasen los colegios electorales y nombrasen diputados con mandato especial para elegir á un rey. «¡Vaya una formalidad inútil!» exclamó con desprecio Casimiro Perier, que apresuraba con todo su poder la votacion definitiva de la cámara; la votacion nominal se verificó con mas impaciencia que solemnidad, y doscientos diez y nueve vótables entre doscientos cincuenta y dos adoptaron la *Declaracion* de la asamblea que nombraba *rey de los franceses* al duque de Orleans.

Proclamado el resultado de la votacion, la cámara entera se dirigió en corporacion al Palacio Real, precedida por su presidente y sus secretarios, escoltada por muchos guardias nacionales, y acompañada de una multitud que se entusiasmaba con sus propias aclamaciones; el regocijo parecia tan general que nadie se atrevió á turbarlo con murmullos ni silbidos. Los diputados fueron recibidos por el príncipe rodeado de su familia; Lafitte leyó la declaracion que modificaba la Carta y llamaba al trono al duque de Orleans, y conmovido éste hasta prorumpir en lágrimas, dijo estrechando entre las suyas las manos de Lafitte: «Exento de ambicion y acostumbrado á la vida tranquila de la familia, no puedo ocultaros los sentimientos que agitan mi corazon; pero hay en él uno que los domina á todos, el amor á mi país.» La emocion del duque se comunicaba á todos los asistentes, y el pueblo que se habia aglomerado en la plaza del

Palacio Real, esperando la salida de los diputados, aplaudia y pedía ver á su nuevo rey. El duque de Orleans arrastró á Lafayette hasta el balcon, y le abrazó repetidas veces entre el estrépito de las aclamaciones, entre las cuales ofanse algunos gritos obstinados de: *¡Viva la república!* Lafayette se acercó entonces á la balaustrada, y mostrando al duque, dijo con voz solemne: «¡Esta es la mejor de las repúblicas!» palabras memorables que pocos oyeron, pero que repetidas al momento de boca en boca, consagró entre el pueblo la monarquía del duque de Orleans. La cámara de los pares no se habia asociado aun á la especie de golpe de Estado que la cámara de diputados se habia permitido con la excusa de la necesidad, y la Declaracion, que los diputados acababan de presentar al teniente general del reino, fué remitida junto con un mensaje á la cámara de los pares, que se declaró en sesion á las nueve de la noche. Hallábanse presentes ciento catorce miembros, unos de acuerdo con los diputados orleanistas, otros inciertos de lo que debian hacer, algunos indignados; pero todos mudos. Chateaubriand, profundamente entristecido por las infamias y traiciones que en vano combatiera por espacio de muchos dias, fué el único en hablar contra la Declaracion de los diputados, y conjuró á sus colegas que no se atreviesen á la corona de Enrique V: «No creo en el derecho divino de la monarquía, dijo, y sí en el poder de las revoluciones y de los hechos; tampoco invocaré la Carta; mis ideas tienen un origen mas elevado; nacen de la esfera filosófica en la época en que mi vida se acaba, y propongo al duque de Burdeos, solo como una necesidad de mejor ley que la que se nos ofrece.» Aquel admirable discurso fué como la oracion fúnebre de la monarquía de derecho divino; en vano Chateaubriand invocaba con arrebatadora elocuencia la fidelidad, el honor, la gratitud de los naturales sostenes de la monarquía hereditaria: su voz no tuvo eco, y la Declaracion de la cámara de diputados fué aprobada por ochenta y nueve votantes. En quanto al artículo que anulaba las creaciones de pares hechas bajo el reinado de Carlos X, declaró la asamblea someterlo á la elevada prudencia del duque de Orleans. Una diputacion, nombrada por suerte, marchó inmediatamente á ofrecer al príncipe la sumision de la cámara de los pares: «Vuestra clara razón, dijo Pasquier en nombre de los pares,

vuestras inclinaciones, el recuerdo de vuestra vida entera, nos prometen un rey ciudadano, y aseguran que respetareis nuestras garantías que son también las vuestras. La noble familia que os rodea, educada en el amor á la patria, á la justicia y á la verdad, asegurará á nuestros hijos el pacífico goce de la Carta que vais á jurar, y los beneficios de un gobierno estable y libre.» Todos usaban el mismo lenguaje, é indignado Chateaubriand se separó de sus colegas, cesando de ser par antes que hacerse cómplice de una usurpacion. Luis Felipe de Orleans era ya rey de hecho, pero no debía tomar el título de tal hasta haber prestado juramento en presencia de las cámaras, ceremonia que se verificó el día 9 de agosto; á ella asistieron noventa pares y los diputados todos excepto los del extremo derecho. El teniente general del reino, acompañado de sus dos hijos, los duques de Chartres y de Nemours, fué recibido á su entrada en la sala con el grito de: *Viva el duque de Orleans!* Sentóse en un taburete delante del trono vacío, en medio de sus dos hijos, y escuchó, sin descubrirse, la lectura de la Declaracion del 7 de agosto: «Acepto sin restriccion ni reserva, dijo con voz firme, las cláusulas y los compromisos que esa Declaracion contiene y el título de rey de los franceses que la misma me confiere.» La asamblea se levantó entonces conmovida, y el príncipe, descubierto y tendiendo la mano, pronunció con solemnidad el siguiente juramento, cuya fórmula le presentó el guarda sellos: «Delante de Dios, juro observar fielmente la Carta constitucional con las modificaciones que expresa la Declaracion; no gobernar sino por las leyes y segun las leyes; hacer administrar buena y exacta justicia á cada uno segun su derecho, y obrar en todo teniendo por único propósito el interés, la felicidad y la gloria del pueblo francés.» La sala resonó con unánimes aclamaciones, en las que se confundian los gritos de: *Viva el rey!* *viva el rey de los franceses!* *viva Felipe VII!* *viva Felipe I!* El *Monitor* habia proclamado al nuevo rey bajo el nombre de *Luis Felipe I*, como jefe de una nueva dinastía. El juramento prestado por Luis Felipe á la constitucion, fué seguido de una especie de consagracion civil; cuatro mariscales de Francia presentaron al duque de Orleans las insignias de la monarquía: el duque de Tarento, la corona; el duque de Reggio, el cetro; el duque de Treviso, la espada; y el

conde Molitor, la mano de justicia. Despues de aquella ceremonia friamente emblemática, firmó el rey la declaracion de 7 de agosto así como la fórmula del juramento que habia prestado, y subiendo con paso firme y rápido las gradas del trono en medio de repetidas aclamaciones, dijo con majestad: «Acabo de consumir un grande acto; comprendo la extension de los deberes que me impone, pero mi conciencia me dice que sabré llenarlos.» Una salva de trescientos cañonazos anunció á la capital que la cámara de diputados acababa de crear un rey, y Luis Felipe volvió al Palacio Real, escoltado por la guardia nacional, á través de las oleadas del pueblo que se precipitaba á su paso gritando: ¡*Viva el rey!* No se gritaba ya *viva la Carta*; apenas se oian voces de *viva Lafayette*, y los republicanos consternados se ocultaban en silencio en la sombra de las sociedades secretas.

LUIS FELIPE I.

Cuando esto sucedia, Carlos X no habia abandonado aun la Francia, y continuaba lentamente el camino hácia el destierro por entre poblaciones sometidas ya al nuevo gobierno; la bandera tricolor que veia ondear á su paso, decíale claramente que su reinado habia concluido, si bien se conservaba á su alrededor el ceremonial de la monarquía, cuyas insignias llevaba tambien en su persona. Desde que la duquesa de Angulema habia logrado reunirse con él en traje de camarera el dia 2 de agosto, veia á su familia reunida á su lado y partcipe de su suerte, excepto el duque de Borbon, que no pensaba todavía en tomar el camino de la emigracion. El triste cortejo de los desterados salió del palacio de Maintenon el dia 4 de agosto, y se encaminó á cortas jornadas hácia el puerto de Cherburgo; el rey, el duque y la duquesa de Angulema, con el mariscal Maison, uno de los comisarios, ocupaban uno de los carruajes; en el otro, tirado como el primero por ocho caballos, se hallaba la duquesa de Berry, vestida de hombre, y sus dos hijos, vestidos con extremada sencillez. Los otros dos comisarios, Schonen y Odilon Barrot, iban solos en un coche que precedia á los demás. Los guardias de corps, á las órdenes del mariscal de Ragusa, sirvieron de escolta

á la familia real hasta Cherburgo, donde llegó el día 16 para embarcarse sin pérdida de momento en el *Great-Britain*; el día anterior habian entregado sus estandartes al rey quien les dijo con voz ahogada por los sollozos: «Recibo vuestros estandartes sin mancha, y espero que el duque de Burdeos os los devolverá así mismo,» palabras que aludian á la restauracion esperada de la lealtad de su primo de Orleans. Es de observar sin embargo que en todo el viaje no sedió ni una sola vez el título de rey al duque de Burdeos que se entregaba con su hermana á los juegos propios de su edad, corriendo tras las mariposas al apearse en alguna granja para tomar descanso. El navío inglés que llevaba consigo á tres generaciones de reyes, hízose á la vela acompañado de dos buques de guerra franceses, y se alejó del puerto sin ser saludado por grito alguno de despedida; Carlos X permanecia tranquilo y silencioso en medio de su familia, que lloraba al perder de vista las costas de Francia. La Inglaterra no le negó la hospitalidad que le diera ya en otra época: los augustos desterrados residieron primeramente en el castillo de Lulworth, cerca de Plymouth que les habia sido ofrecido por un rico caballero inglés, y no abandonaron aquella especie de soledad sino para ir á habitar el castillo de Holyrood, en Edimburgo, antigua residencia de los Estuardos, puesta por el rey de Inglaterra á disposicion de los Borbones. Carlos X no era ya mas que un simple particular bajo el nombre de *conde de Pontkieu*, y su sucesor Luis Felipe no se creyó realmente rey de los franceses hasta que el telégrafo le hubo anunciado la marcha de los Borbones de la rama primogénita; hasta entonces podia temer que la obra de la cámara de diputados no fuese sancionada por el país, en cuyo nombre habia obrado sin consultarle; pero como Carlos X y su familia parecian ser los primeros en sufrir la usurpacion, sus mas adictos partidarios no se atrevieron á dar la menor señal de resistencia. El general Despinois, que quiso insurreccionar la Vendée, fué expulsado vergonzosamente antes de que hubiese podido reunir una banda de campesinos; en Nimes y en varias ciudades del Mediodía, el realismo de 1816 intentó en vano reanimar la guerra civil entre católicos y protestantes; en Strasburgo, en Metz y en otras plazas militares hubo un simulacro de lucha entre el pueblo y la tropa, pero aquellas

pasajeras, turbulencias se calmaron por sí mismas, luego que se conoció que la resistencia carecía de jefes sino de soldados. La revolución fué aceptada por los departamentos como un hecho consumado é irrevocable; la monarquía de Luis Felipe no encontró en parte alguna oposicion formal, y los mas atrevidos se limitaron á murmurar. La entusiasta admiracion, la viva simpatía que el teniente general del reino habia sabido inspirar por su persona á los habitantes de París, se habia rápidamente propagado de un extremo á otro de Francia, y la municipalidad mas oscura quiso enviar una diputacion de su guardia nacional para cumplimentar al nuevo rey. Ni una voz amenazadora se elevaba entre aquel concierto de felicitaciones municipales, y el grito de *viva el rey!* resonaba sin cesar en el interior y en las inmediaciones del Palacio Real. Luis Felipe era accesible á todo el mundo; mostrábase al pueblo que no se cansaba de verle; mezclábase con la multitud que le rodeaba con amor, y prodigaba con irresistible seducción sus palabras, sus sonrisas y sus apretones de mano. Por espacio de quince dias, el rey y Lafayette parecian dividir la misma popularidad; el Palacio Real se hallaba siempre atestado de guardias nacionales, de oficiales del ejército, de magistrados, de jóvenes de las escuelas, de delegados de los departamentos, y todos comian á la mesa del rey. Luis Felipe tuvo gran trabajo en librarse de tan impertinentes familiaridades, y luego que su reputacion de *rey ciudadano* le pareció bastantemente establecida en la opinion pública, cerró su puerta á los intrigantes y á los indiscretos subalternos; evitó salir á pié, solo ó con la reina, y con el paraguas debajo el brazo; mostróse mas raras veces en público, y buscó menos las oraciones populares. Habia tomado con mano enérgica la direccion de los asuntos del Estado, y bajo la inspiracion de Talleyrand, á quien escuchaba como un oráculo, aseguró ante todo la duracion de su gobierno, empezando una correspondencia personal con todos los soberanos de Europa; dotado de habilidad y astucia, logró que sus correspondencias secretas, sin comprometerle jamás, diesen por resultado el hacerle aceptar como rey por los soberanos absolutos del Austria, de la Prusia y de la Rusia. Aquel fué el triunfo de Luis Felipe, y puede creerse que el príncipe de Benevento, que habia obrado dos restauraciones en nom-

bre de la legitimidad, contribuyó mucho á fundar sobre las bases de la casi legitimidad la nueva monarquía, á pesar del vicio de su origen insurreccional y usurpador.

Luis Felipe habia constituido definitivamente su ministerio compuesto de los hombres que con mas actividad habian contribuido á hacerle rey: Casimiro Perier, Lafitte, Dupin mayor y Bignon fueron nombrados ministros sin cartera; el general Gerard conservó el departamento de la guerra; Guizot, el del interior; el baron Louis, el de hacienda; Dupont de l'Eure, el de justicia; el duque de Broglie, el de instruccion pública; el conde Molé, el de negocios extranjeros, y Sebastiani, el de marina. Solo uno de los ministros, Dupont de l'Eure, pertenecia á la opinion radical, que no habia apoyado ó mejor tolerado la monarquía constitucional de la segunda rama de los borbones sino como una transaccion con la república; los demás ministros eran todos exclusivamente realistas de distintos matices. El rey se reservó la presidencia efectiva del consejo de ministros, y Lafayette, á quien se apartó del gabinete donde sus ideas se hallaban harto representadas por su amigo Dupont, contentóse con el título de comandante general de los guardias nacionales del reino, cargo que equivalia á un segundo poder real. La mayor parte de los diputados y pares que habian contribuido de cerca ó de lejos á la elevacion del duque de Orleans, fueron los grandes dignatarios de la nueva dinastía, y los mas interesados en su conservacion: Dupin mayor, Bernardo de Rennes, Barthe, y Schonen hicieronse procuradores generales cerca del tribunal de cuentas, el de primera instancia, el real y el de casacion; Odilon Barrot se encargó de la prefectura del Sena; el mariscal Jourdan tomó su retiro de ministro pasando al gobierno de los Inválidos; Daunon se apoderó de los archivos del reino, y Benjamin Constant se dejó colocar en el consejo de Estado con el título de presidente de la seccion legislativa y un sueldo de treinta mil francos. Luis Felipe se apresuró á usar de su prerrogativa de rey para devolver la dignidad de par al mariscal Soult y al vice presidente Duperre, que se veian excludidos de la cámara como pares nombrados por Carlos X; promovió al segundo al grado de almirante, y al general Gerard al grado de mariscal, manifestándose en los primeros actos del soberano la gratitud del

duque de Orleans; numerosas destituciones y dimisiones mas numerosas aun, crearon infinitas vacantes en el órden administrativo y judicial, y los prefectos y sub-prefectos fueron reclutados entre los periodistas y los jóvenes abogados, que habian desempeñado un papel activo ó nominal al menos en la insurreccion, en sus preludios ó en sus consecuencias. Los servicios prestados á la causa liberal, bonapartista ó republicana, desde 1814, eran derechos muy productivos; el favor del nuevo gobierno recaia con preferencia en los enemigos del gobierno caido, sin exigirles otra garantía que sus actos de oposicion durante diez y siete años, y así fué como Luis Felipe, que tomó bajo su proteccion á cuantas facciones habian atacado el trono de Luis XVIII y de Carlos X, creóse en poco tiempo un partido considerable. De este modo debilitó en su cuna una oposicion republicana que habia escrito ya en su bandera: *Programa de las Casas Consistoriales*, y que reclamaba en sus *clubs* las consecuencias de la *revolucion de julio*, oposicion que al principio no tuvo otros jefes que agitadores desconocidos, sin que ejerciese la menor influencia en el pueblo que silbaba é injuriaba á los oradores demagogos de aquel naciente jacobinismo, y la monarquía de Luis Felipe se consolidó muy pronto, haciendo causa comun con los innumerables empleados en la administracion que removió completamente. En este estado, y mientras el rey de los franceses se apresuraba á afianzar su trono y su corona, mientras distribuía fusiles á los guardias nacionales y empleos á los pretendientes salidos de las barricadas, el anciano duque de Borbon, á quien retenia en el reino como una viva justificacion de su conducta, se le escapó del modo mas imprevisto. El desgraciado príncipe fué hallado difunto en su aposento en el palacio de San Leu el día 27 de agosto; el cadáver suspendido por medio de su corbata al hierro de la ventana, presentaba todas las señales de la estrangulacion; pero la posicion del cuerpo no permitia abrigar la idea de un suicidio, y la impresion general del momento denunció un asesinato. La baronesa de Feucheres, querida del príncipe, fué la primera persona acusada por la opinion pública; supóse que el duque de Borbon, obedeciendo aunque tarde á su conciencia que mientras permanecia en Francia como á cómplice de la usurpacion, habia resuelto partir para Inglaterra el mismo

dia en que se le halló ahorcado; súpose tambien que en su testamento ológrafo de 29 de agosto de 1829, instituía heredero universal al duque de Aumale, cuarto hijo del duque de Orleans, exceptuando un legado de doce ó quince millones hecho á la baronesa de Feucheres, y no se dudó de que su inesperada muerte hubiese sido un medio de impedir su partida y la anulacion de su testamento. Los mas rígidos amigos del rey se mostraron pesarosos de ver enriquecido á un príncipe de Orleans por un hecho en el que mediaban una mujer de mala reputacion é infames asesinos; la calumnia se apoderó de la singularidad y escándalo de aquellas coincidencias del azar, é hizo subir sus acusaciones hasta el mismo rey, mayormente cuando los tribunales resonaron con los secretos detalles de tan deplorable suceso. Desde aquel momento el partido legitimista hizose un arma emponzoñada del testamento que una causa célebre habia revalidado, declarando que la muerte del testador no ofrecia indicios bastantes para autorizar la formacion de diligencias criminales. El último Condé fué tambien el último Borbon que descansó en el panteon de San Dionisio, junto á Luis XVIII.

Los realistas fieles no se atrevian aun á levantar la voz en las cámaras ni en los periódicos; los mas animosos se limitaban á protestas vagas, y si algunos se retiraron con dignidad antes que prestar juramento á Luis Felipe, otros lo prestaron á media voz, transigiendo con su conciencia. No hay duda de que habria sido mas generoso evitar el tormento de una mentira pública á antiguos servidores de la monarquía caida; pero el partido que entonces dominaba en ambas cámaras pareció encontrar un placer malicioso en la prueba cruel á que sometia la prohibicion política de los realistas de la rama primogénita, fundándose la razon principal que moviera al ministerio á pedir el juramento en la necesidad de anular por completo en las cámaras la oposicion legitimista en el momento en que una nueva eleccion debia llenar los vacíos que dejaran numerosas dimisiones en los bancos de la asamblea legislativa. «Tenemos lo que tanto hemos deseado, dijo Benjamin Constant, lo único que nos parecia justo y razonable, un rey ciudadano, un rey por la voluntad del pueblo, que acepta las condiciones que los representantes del pueblo han declarado ser la base de su poder, y es preciso

que el juramento que nos obligue exprese nuestra adhesión á ese régimen de justicia y de derecho; es preciso que ese juramento obligue lo mismo á los pares que á los diputados.» Al hablar así Benjamin Constant no había aun indicios en la cámara de diputados de aquel partido del *movimiento* que empezaba á manifestarse en la redacción del *Nacional* y de algunos periódicos de distintos colores, y el juramento exigido no encontró el número de negativas que se esperaba; el duque de Fitz-James, en la cámara de los pares, y Martignac en la de diputados, triunfaron de la vacilación de la mayor parte de sus amigos, y en virtud de sus consejos y de su ejemplo, prestóse el juramento con mas ó menos reticencia. El experimento habia producido hartos buenos resultados para que no se hiciera extensiva la exigencia del juramento á todos los empleados públicos, y el ingenioso expediente sobrepujó todas las esperanzas provocando infinitas dimisiones, en especial en la magistratura, y dando empleos á hombres nuevos que solo pedían jurar fidelidad al rey y obediencia á la Carta constitucional para llegar á los honores y á la fortuna. Aquellos á quienes su interés personal unia con el poder naciente, y cuya ambición hacia ya causa común con él, formaron al rededor de la monarquía de julio un partido reclutado al principio por el egoismo y organizado luego por la habilidad política: tal fué el partido de la *resistencia* que oponía una especie de barrera á los arranques de la libertad, y que encerraba las tendencias del espíritu revolucionario dentro de los límites de la Carta modificada. La mayoría del ministerio debia, como era natural, pronunciarse en favor de aquel partido, segun el cual nada habia cambiado en Francia excepto algunos artículos de la Carta y la persona del rey; pero no tardó un partido contrario en reunir los diversos elementos de una oposicion amenazadora, que reclamaba á la vez las *consecuencias* de la revolución y las *promesas* de las Casas Consistoriales, partido que, engrosado por los descontentos de todas las banderas, se llamó *del movimiento*, y justificó su título estableciendo su centro de acción en las sociedades populares. La cámara de diputados no permaneció por mucho tiempo unida en sus actos, y viéronse aparecer gradualmente los matices de opiniones contrarias que se habian confundido y como borrado un

momento ante la unánime idea de protesta y de lucha contra Carlos X y sus ministros. La buena inteligencia entre los que habian desempeñado un papel activo en la insurreccion y los que se habian asociado á su victoria para aprovecharse de ella, no fué de larga duracion, y en 30 de agosto dió Mauguin por decirlo así la voz de alarma á la oposicion nueva, colocándola en el terreno del progreso político: «Qué entendéis por una opinion harto ardiente? decia á los ministros de Luis Felipe; dais acaso ese nombre á una opinion mas adelantada que la vuestra? Mirad que debéis gobernar segun la opinion nacional, y que si esta va mas léjos que vosotros, vosotros sois á quienes toca cambiar, pues no es posible que la nacion cambie.» El movimiento declaraba la guerra á la resistencia, y Dupin mayor recogió el guante en nombre de sus colegas del gabinete: «Puesto que se nos han abierto los tesoros de la libertad, dijo, sepamos apropiarnos lo que nos es necesario, pero no mas, por miedo de comprometer á la libertad misma.» El partido de la resistencia contaba en su favor el número y la fuerza, y decidió que los diputados que no habian presentado su dimision, conservarían su mandato sin someterse á los azares de una reeleccion general, como pretendian Mauguin, Salverte, Podenas y Demarsay, quienes solicitaron en vano la reforma completa del sistema electoral, la rebaja del tipo de contribucion, y la extension de los derechos electorales. La cámara se limitó á abolir la doble votacion para las elecciones parciales que la dimision espontánea de los diputados legitimistas habia hecho necesarias, elecciones que, verificadas bajo la impresion apasionada de los últimos acontecimientos, introdujeron en la escena legislativa á algunos hombres puestos recientemente en evidencia, entre otros al periodista Thiers, á quien Lafitte, su Mecenas político, se encargó de hacer elegible, y que fué aceptado por el gabinete á pesar de los transportes republicanos de su *Historia de la Revolucion francesa*.

El ministerio y la cámara se hallaban igualmente indecisos acerca de las reformas que habian de introducir en la legislacion existente; comprendian que la revolucion que acababa de verificarse les imponia nuevos deberes, y los que de ella se habian aprovechado reconocian el principio de que el pueblo tenia de-

recho para aprovecharla tambien; mas la iniciativa no partia de la cámara ni del ministerio, limitándose todo por una y otra parte á proyectos vagos, á proposiciones mas ó menos acertadas. Salverte propuso acusar de alta traicion á los ministros de Carlos X (13 de agosto); Tracy, apoyado por Lafayette, habló de la supresion de la pena de muerte; Benjamin Constant pidió que la imprenta fuese libertada de las trabas que impedian su ejercicio; Bavoux que se redujese á una cuarta parte la caucion de los periódicos, y Alejandro de Laborde que los delitos de imprenta se sometiesen al veredicto del jurado. El ministerio por su parte presentó varios proyectos que satisfacian los votos nacionales y que fueron adoptados casi sin oposicion: destináronse tres millones á recompensar y pensionar á los combatientes y heridos durante los Tres Dias; los proletarios sin trabajo fueron auxiliados con ocho millones, y derogóse la ley de proscripcion de 15 de enero de 1816, pudiendo volver á Francia los bonapartistas y tambien los regicidas, si bien no se hizo extensiva la amnistía á los miembros de la familia Bonaparte, quienes quedaron proscritos lo mismo que los Borbones de la rama primogénita. La cámara de los pares quiso imitar á la de diputados y popularizarse por sus primeros actos, derogando para ello la famosa ley del sacrilegio, como para indicar que habia repudiado por completo el absolutismo religioso y político de la Restauracion, mas todo se limitó á insignificantes medidas para distraer al público. La causa de los ministros de Carlos X que la cámara de diputados habia diferido á la de los pares constituida en supremo tribunal de justicia, no fué para aquellos que la dispusieron sino un medio para concentrar en aquel punto la atencion del país, y desviarla de las grandes cuestiones políticas que el gobierno no habia resuelto aun. La situacion de la Francia era muy grave así respecto de la Europa como respecto de sí misma; en el exterior, todos los gobiernos se hallaban de acuerdo para condenar la revolucion de París; la Santa Alianza, cuyos principios fundamentales conculcaba, meditaba su pérdida, y allá á lo léjos, en el horizonte diplomático, podia distinguirse ya una nueva coalicion de los reyes contra la Francia de Julio. En el interior, el gobierno de Luis Felipe, á pesar de su popularidad, tenia que temer, no solo los efectos de aquella formidable liga de los sobe-

ranos extranjeros, si que tambien y sobre todo la liga de los partidos extremos, la constante conspiracion de los republicanos organizados en sociedades secretas, las atrevidas maquinaciones de los bonapartistas, la sorda oposicion de los legitimistas, y por fin la impaciencia agresiva de los ultra-liberales. El gobierno, amenazado y atacado por todas partes á la vez, veíase sin ejército, sin material de guerra y sin hacienda en medio de la ruina de todos los intereses particulares; la revolucion habia descargado un terrible golpe á la industria y al comercio; la Bolsa, donde la especulacion sostenia los valores, intentaba en vano protestar contra la crisis mercantil, y las quiebras se sucedian una á otra siendo llevadas por el torrente las casas mas reputadas. El ministerio, á imitacion de los que le precedieran, no parecia inquietarse mucho por el aumento anual del presupuesto que habia pasado por fin de mil millones, y que se encaminaba á llegar á mil ciento, lo cual no impidió que el ministro de hacienda dijese á la cámara en 18 de setiembre: «Nuestra situacion es buena y será cada dia mejor.» En tanto, la percepcion de los impuestos, suspendida en muchos departamentos, no se habia restablecido aun en todas partes; el ministerio dejaba que el rey, de acuerdo con Talleyrand, dirigiese la política exterior y defendiera la causa de su monarquía en el tribunal secreto de la Santa Alianza, mientras que él desplegaba un celo inteligente y laudable en poner á la Francia en estado de defender sus fronteras, y de oponer un ejército de un millon ochocientos mil hombres á la coalicion de los reyes; distribuyéronse quinientos mil fusiles á los guardias nacionales, de los cuales era Lafayette el genio organizador, adquiriéronse armas en Inglaterra por no bastar las fábricas nacionales á aquella necesidad de armamento general; diéronse enormes proporciones á los cuadros del ejército regular, y hubiérase dicho que la Francia guerrera iba á pasar de nuevo el Rhin y á lanzarse contra la Europa. La prevision de grandes acontecimientos no impidió empero al gabinete comprimir la propaganda de las sociedades populares, y aunque no ignoraba que la guardia nacional y la clase media, en las que se apoyaba el trono de Julio, no tenian simpatía alguna hácia las ideas republicanas, cometió el error de robustecerlas persiguiéndolas; mandó por lo tanto cerrar los *clubs*, y el presidente de la socie-

dad de los Amigos del Pueblo, el atrevido Huber, no vaciló en decir á los jueces que le condenaron: «Singular espectáculo es ver comparecer delante de vosotros, dos meses despues de la revolucion del 29 de julio, á personas que no han sido extrañas al triunfo de nuestras grandes jornadas!» El eco de las sociedades populares empezaba á resonar en la cámara de diputados: Benjamin Constant, Demarsay, Corcelles y Salverte, reconviniéron á los ministros por desplegar tanto *furo* contra hombres que *podian abrigar opiniones exaltadas, pero cuyas intenciones eran puras, no habiendo nadie que pusiera en duda su desinterés*. El ministro del interior, Guizot, que demostró el peligro de las sociedades populares á las que acusaba de «prolongar el estado de turbacion y violencia que acompaña siempre á las revoluciones,» halló entonces ocasion de expresar con franqueza sus principios políticos: «Amamos el progreso, dijo, el movimiento progresivo; á nadie son mas caros que á nosotros los progresos de la humanidad; pero el desórden no es el movimiento, la turbacion no es el progreso, el estado revolucionario no es el estado ascendente de la sociedad.» Por desgracia el ministerio no se hallaba unido ni en principios ni en voluntad; sus elementos heterogéneos, siempre dispuestos á entrar en lucha, no se hubieran sometido á una marcha uniforme á no ser la diestra mano del rey que era el verdadero presidente del consejo; Dupont de l'Eure equilibraba él solo la accion de todo el gabinete, y se estrellaba sin cesar en la prerogativa real de que Luis Felipe se mostraba muy celoso; de aquí mil contradicciones, mil choques y mil obstáculos que se dejaban sentir á cada momento en los actos del ministerio, y que autorizaron á Benjamin Constant para acusarle de debilidad, de vacilacion y de lentitud (30 de setiembre); lentitud, vacilacion y aparente debilidad que eran los caracteres distintivos de la política personal del rey, el único que gobernaba con el nombre y bajo la responsabilidad de sus ministros.

Las circunstancias habian secundado aquella política espec-tante, pues mientras Luis Felipe en su correspondencia autó-grafa se excusaba cerca de los reyes de la Santa Alianza de haber aceptado la corona accediendo á los votos populares; mientras sus agentes extraordinarios recibian una acogida fria y casi insultante en las córtes de Berlin, de Viena y de San Peters-

burgo, la revolución, inaugurada en París con la victoria del pueblo, púsose en marcha para visitar uno en pos de otro todos los estados de Europa, y si no encontró en todas partes igual triunfo, conmovió profundamente en todas partes los gobiernos establecidos. Cada nación, cada ciudad, quiso tener á imitación de París su movimiento popular, y el que primero estalló, á instigación sin duda de emisarios enviados de Francia, empezó en Bruselas durante la noche del 25 de agosto, después de una representación de la ópera la *Muette* que hizo vibrar en el corazón de los espectadores el amor á la libertad y á la patria. El populacho tomó parte en la agitación, y al grito de *Imitemos á los parisienses*, incendió el palacio del ministro de justicia, Van Maanen, que había hecho condenar poco antes á ocho años de destierro á un publicista distinguido, Potter, en castigo de haber provocado la separación de la Bélgica y de la Holanda. El incendio y el saqueo de muchas casas obligaron á la tropa á hacer uso de sus armas; el pueblo combatió con intrepidez, y fué preciso que la clase media se interpusiera en la lucha para detener la efusión de sangre. La formación de una guardia ciudadana á los gritos de *viva la libertad*, y la adopción de la bandera del Brabante, roja, amarilla y negra, consagraron la independencia de la capital belga; las principales ciudades como Gante, Lovayna y Lieja, contestaron con entusiasmo al grito de Bruselas, y la Bélgica casi por completo se encontró en poder de sus habitantes. Entabladas negociaciones en La Haya con el rey de Holanda que pareció al principio bastante dispuesto á acceder á las condiciones que se le proponían por la ciudad de Bruselas, la separación de ambos países estaba ya casi convenida; pero esto no impidió que el príncipe de Orange y su hermano, el príncipe Federico, se pusiesen al frente de las tropas holandesas para tomar otra vez posesión de la capital. Bruselas se había colocado en disposición de sostener un sitio: sus puertas, sus bulevares, sus calles eran defendidas por barricadas y sólidas fortificaciones, y la población, orgullosa con su bandera nacional, se armó en masa para rechazar al enemigo. El príncipe de Orange intentó reconciliar á los belgas con su padre, mas el príncipe Federico había recibido orden de penetrar en Bruselas á viva fuerza y de restablecer allí la autoridad del rey de Holan-

da; su ejército, compuesto de diez mil hombres y de veinte y seis piezas de artillería, atacó la ciudad el día 23, y llegó hasta el Parque sin poder forzar las barricadas, defendidas por el pueblo y la guardia ciudadana. El combate duró tres días y tres noches, durante los cuales no cesaron ni un momento el tiroteo y el toque de rebato, resultando por ambas partes mas de doscientos muertos y de trescientos heridos. El entusiasmo aumentaba entre los belgas á medida que se introducía el desaliento en los holandeses, y temerosos estos de verse envueltos por la multitud de enemigos que acudían de todos los puntos en auxilio de Bruselas, desprovistos de víveres y de municiones, verificaron su retirada á favor de la noche, retrocediendo gradualmente hasta las fronteras de la Bélgica, perseguidos por las poblaciones sublevadas. La Bélgica quedaba libre; durante la batalla de Bruselas se había creado un gobierno provisional compuesto de los mas experimentados patriotas, y Potter, autor moral de la revolucion, había vuelto de su destierro para encargarse de la direccion de los negocios. Cuatro partidos se disputaron entonces el terreno de la revolucion como para imitar tambien á los parisienses: el uno queria la república; el otro, la reunion á la Francia; el tercero, el gobierno del príncipe de Orange en calidad de virey, y el cuarto, una monarquía constitucional con una carta y un príncipe extranjero, elegido rey por la nacion. Este último, apoyado por las clases ricas y explotando el orgullo de la nacionalidad belga, no tardó en dominar á los demás, y en adquirir entre el público grandes probabilidades de triunfo. El rey de Holanda había llamado á sus súbditos á las armas, mientras reclamaba la intervencion de las potencias que firmaron los tratados de París y de Viena, constitutivos del reino de los Países Bajos; su demanda de intervencion fué examinada en la conferencia que se abrió en Lóndres entre los plenipotenciarios de las cinco potencias, y el principio de la no intervencion acabó por obtener el triunfo á pesar de la voluntad coaligada de la Rusia, del Austria y de la Prusia. Pocos dias despues de haberse emancipado de la dominacion holandesa la ciudad de Amberes bajo el fuego de la ciudadela y de la escuadra, la conferencia de Lóndres (4 de noviembre) dispuso la suspension de las hostilidades, y trazó los límites dentro de los cuales cada una

de las partes beligerantes debía esperar la definitiva separacion de ambos estados; esto no impidió que los dos países se preparasen para una guerra que amenazaba propagarse por la Europa entera, y en tales circunstancias el congreso nacional belga, instalado solemnemente el dia 10 de noviembre, dió principio á la solemne discusion acerca de la forma de gobierno que habia de establecerse en el país: ciento ochenta y siete votantes se pronunciaron por la monarquía, y solo trece por la república; ciento sesenta y un votos contra veinte y ocho *excluyeron perpetuamente de todo poder en Bélgica* á la familia de Orange-Nassau. Antes habia ya proclamado por unanimidad la independencia del pueblo belga, y no quedaba mas que hacer sino elegir al príncipe á quien habia de ofrecerse la corona, grave y delicada cuestion que otra vez excitó la lucha de los partidos y de las ambiciones: los republicanos proponian al duque de Leuchtemberg, hijo del príncipe Eugenio; el partido belga ó nacional habia puesto los ojos en el conde Felix de Merode; el partido orangista, favorecido por la Inglaterra, clamaba por el príncipe Leopoldo de Sajonia Coburgo, y el partido francés, muy numeroso é influyente, cifraba sus esperanzas en el duque de Nemours, hijo segundo de Luis Felipe. «La reunion de la Bélgica á la Francia, dijo lord Wellington á un enviado del gobierno provisional belga, daria la señal de una guerra europea.—Si alguien teme la guerra, contestó con altívez el embajador de la insurreccion, no son los pueblos sino los reyes.» El partido de la reunion no se hallaba menos impaciente en Francia que en Bélgica, y como para establecer la fraternidad de ambos pueblos, una legion francesa, mandada por el general Duvivier, hizo ondear la bandera tricolor junto con la del Brabante.

La revolucion belga no era la única barrera que oponia la Providencia á las hostilidades de la Santa Alianza contra la monarquía de Julio. El espíritu revolucionario, desencadenado por la insurreccion de París, rugía sordamente en toda Europa, y esto no obstante el emperador de Rusia, inflexible en sus resoluciones, levantaba tropas, ordenaba grandes aprestos de guerra, y ponía en movimiento la vanguardia de su ejército que debía hallarse en las márgenes del Rhin al llegar la primavera. En tanto continuaba Luis Felipe sus obsequios epistolares cerca

de los soberanos, pero al mismo tiempo favorecía en secreto la propaganda en el extranjero de las ideas liberales, á fin de obligar á los reyes á fijar toda su atencion en sus propios asuntos, prestándose de buen grado á semejante táctica los republicanos franceses. La policia entregaba pasaportes, dinero y armas á todos los aventureros políticos, y de este modo se libraba de muchos hombres turbulentos á quien las gloriosas jornadas habian fanatizado, y que no pedian mas que precipitarse en la senda abierta de las revoluciones. Las sociedades secretas proporcionaron soldados y jefes á las legiones que se formaban bajo los auspicios del Palacio Real y de una fraccion del ministerio, para revolucionar la España, la Italia y la Alemania, y París vió partir sin cesar á sus *héroes* mas terribles. En 7 de setiembre el duque de Brunswick se veia sitiado en su palacio por el pueblo y se refugiaba en Lóndres, encargándose su hermano de la regencia del senado; pocos dias despues estallaba en Dresde un sangriento motin al grito de *¡Viva la libertad!* y á los acentos de la *Marsellesa*; la Alemania entera se agitaba, y solo la prudencia y moderacion de los gobiernos logró calmar aquella fiebre revolucionaria. Mientras esto sucedia, los republicanos franceses, alistados, armados y pagados por el gobierno, se reunian en la frontera de España á los refugiados españoles que iban á ponerse á la disposicion de sus generales Valdés y Mina; mas las enérgicas representaciones del gabinete de Madrid obligaron al gobierno francés á oponerse á la expedicion que al principio fomentara y protegiera, y cuando Valdés y Mina penetraron con algunos centenares de hombres en territorio español para proclamar la constitucion, fueron tan friamente recibidos por las poblaciones, y con tanta impetuosidad por las milicias provinciales, que desistiendo de una tentativa por la cual no encontraban la menor simpatía, regresaron á Francia despues de una campaña de quince dias, notable por los reveses y las traiciones. Fernando VII habia establecido muy sólidamente su poder desde 1823 para no temer en su reino á los liberales ni á los constitucionales, y pudo amenazar á su vez con una invasion legitimista á los departamentos del mediodía de la Francia, y aun cuando no tuviese el menor deseo de realizar la amenaza, cambió con ella por completo la política de Luis Felipe respecto de la Espa-

ña, siendo internados y vigilados los emigrados españoles. El gobierno, empero, había conseguido ya el principal de sus objetos, que era la dispersión de los voluntarios parisienses; estos, formando un excelente cuerpo de tropas, pasaron en su mayor parte á Argelia, donde el general Clausel había tomado el mando en jefe en reemplazo del mariscal Bourmont. La hermosa colonia que la Francia debía á sus armas habria sido probablemente evacuada durante los primeros dias de la ocupacion, si los graves acontecimientos que se produjeron en Europa no hubiesen hecho olvidar una conquista que codiciaban á la vez la Inglaterra, la Cerdeña y la Turquía. La guerra general era la universal preocupacion, y el gobierno francés no se vió obligado á retirar el ejército expedicionario, el cual, no solo se fortificó en Argel, sino que se apoderó de Blidah, de Medeah, de Bona, de Oran y de los mas importantes puntos de la Regencia, pasando desapercibidos estos hechos de armas en medio de la emocion profunda que habia causado la noticia de la revolucion de Polonia. Esa revolucion, preparada desde mucho tiempo entre el misterio de las sociedades secretas, estalló el dia 29 de setiembre en la escuela militar de Varsovia, tomando por pretexto el poner en libertad á algunos alumnos arrestados por órden del gran duque Constantino, á causa de haber brindado á la memoria de Kosciusko. Los estudiantes penetraron en el palacio del gran duque y arrollaron á la guardia y á los oficiales de servicio; Constantino tuvo apenas tiempo para tomar la fuga, y cuando logró ponerse al frente de ocho ó diez mil rusos ó polacos que le habian permanecido fieles, la insurreccion habia invadido ya los barrios todos de la ciudad á los gritos de *viva la libertad! viva la patria!* Al dia siguiente abandonó el príncipe á Varsovia y se retiró á pequeñas jornadas fuera de Polonia que se sublevaba en masa á ejemplo de la capital. Desde el primer momento habíase formado una administracion provisional polaca bajo la presidencia del príncipe Adam Czartorynski, designado por su popularidad á la confianza de sus ciudadanos; el general Clopicki, uno de los miembros de la junta, recibió el mando en jefe de las tropas, y se apoderó de la dictadura que le fué confirmada por el sufragio unánime de la dieta. Dicho general, formado en la escuela de Napoleon, improvisó un ejército y un go-

bierno polacos ; pero como su plan era únicamente resucitar un reino de Polonia medio ruso , trató de negociar con Constantino primero , y despues con el emperador Alejandro. Enemigo irreconciliable éste de toda revolucion , se negó á aceptar transaccion alguna, y reuniendo sus ejércitos, marchó contra la Polonia que se preparaba para una desesperada resistencia.

Antes de saberse en París la noticia de la revolucion polaca hallábanse agitados los ánimos con la cuestion bélga; la reunion de la Bélgica á la Francia tenia las simpatías del país, y varias veces en la tribuna de la cámara de diputados habia sido reclamada con ardor por los mas populares oradores de la izquierda. Luis Felipe no la deseaba menos desde que entreveia la posibilidad de colocar á uno de sus hijos en el trono de nueva creacion, mas presentia de parte de la Inglaterra una posicion tanto mas viva, cuanto que lord Vellington habia exigido que fuesen mantenidos los tratados de 1815 respecto del territorio Belga. Esos tratados de 1815 que el rey de los franceses habia prometido en secreto á las grandes potencias respetar en cuanto le fuese posible, eran con frecuencia discutidos en consejo de ministros: unos habrían querido pisotearlos, y el temor de una guerra general no bastaba para contener aquel sentimiento patriótico; otros insistian en la necesidad de no tocar á ellos bajo pena de incendiar la Europa; mas el rey no se decidia, y los debates en el seno del ministerio, así sobre éste como sobre otros puntos, hacíanse cada dia mas reñidos y menos conciliables. El gabinete de *coalicion* no podia tener larga duracion ; los continuos obstáculos que se suscitaban en cada sesion del consejo, comunicaban á la administracion un inevitable desórden, hasta que por fin consintió el rey en la separacion de los miembros heterogéneos de aquel ministerio, dividido en dos partidos como la misma cámara, el de la *resistencia* y el del *movimiento*. El partido de la *resistencia*, aunque apoyado por Luis Felipe, cedió el poder al partido del *movimiento*, suponiéndose que la division nació de una contienda entre el ministro del interior y el prefecto del Sena; éste, secundado por Dupont de l'Eure en el consejo y por Lafayette entre el público, triunfó de su superior, y Guizot que no quiso tolerar que la autoridad sufriese una ofensa estando en sus manos, envió su dimision al rey. Tres ministros con cartera

Broglié, Molé y Louis y tres sin ella, Casimiro Perier, Dupin y Bignon, se asociaron á la política de *resistencia*, personificada en Guizot, y se retiraron con él; Dupont de l' Eure y Lafitte, dueños de la situación, reconstituyeron el ministerio, con intención de hacerle mas bien quisto del extremo izquierdo: Dupont de l' Eure conservó el departamento de justicia; Sebastiani se encargó del de marina, y Gerard del de la guerra; Lafitte, nombrado presidente del consejo, se reservó la hacienda y dió la cartera de instruccion pública y de cultos á Merilhou, la del interior al conde de Montalivet, y la de negocios extranjeros al mariscal Maison. Este ministerio, formado en 2 de noviembre, carecia sin duda de equilibrio y de armonía, y diez dias despues fué modificado á consecuencia de la retirada del general Gerard y del mariscal Maison: Sebastiani pasó de la marina á los negocios extranjeros; el conde de Argout le sucedió en aquel departamento, y el mariscal Soult fué nombrado ministro de la guerra. No se verificaron esas modificaciones ministeriales sin producir vivo sacudimiento en la cámara de diputados (5 de noviembre), y formáronse en ella dos oposiciones, la del extremo izquierdo, republicana ó ultraliberal, y la de la izquierda constitucional. El jefe de esta última, Guizot, explicó en estos términos su salida del ministerio: «Quisimos continuar la revolucion tal como era en su origen; quisimos permanecer fieles á aquella especie de conciliación y de moderación, á aquel respeto hácia los intereses todos, á aquel equilibrio imparcial entre el pasado y el presente, que presidieran á nuestros primeros actos.» En vista de esta manifestacion y de otras del mismo género, debía suponerse que el nuevo ministerio satisfaria al partido del movimiento, y esto no obstante este partido revelaba su desconfianza y su inquietud por órgano de Mauguin y del general Lamarque, que parecia haber heredado el talento oratorio y la popularidad del general Foy.

La muerte de Benjamin Constant, del ilustre defensor de la libertad, acaecida en 8 de diciembre, produjo en Francia mas sensacion que la del rey de Nápoles Francisco I (8 de noviembre), y la del papa Pio VIII (30 de noviembre), quienes abandonaron el mundo político sin imprimir en él el menor sacudimiento, y empezábase ya á entrever el dia en que la revolucion de julio faltaria á sus promesas todas. El ministerio que con tanto trabajo se

habia formado con una idea de *movimiento* ó de progreso, carecia de una base sólida en la mayoría de la cámara electiva; en vano su elevacion amenazadora para el partido de la resistencia habia producido su efecto en Lóndres, derribando al ministerio tory de Wellington, y haciendo aparecer un ministerio wigh, bajo la presidencia de lord Grey; el partido de la *resistencia* parecia crecer y robustecerse en la cámara de diputados, y dos de los ministros dimisionarios, Casimiro Perier y Dupin, habian sido nombrados presidente y vice-presidente de la misma. Crefase por lo tanto que el ministerio, que tenia la pretension de representar el extremo izquierdo, no podria vivir mas allá de la causa instruida contra los ministros de Carlos X, causa que no era por cierto la dificultad menos grave del momento. Así en el caso de una condena como en el de una absolucion, su resultado ofrecia no pocos peligros, pues al mismo tiempo que era un contrasentido aplicar la pena de muerte en materia política, cuando la cámara habia votado al rey una exposicion para la abolicion de aquella pena, y mayormente cuando Carlos X habia sufrido la responsabilidad de los actos de sus ministros; el pueblo, cuyas pasiones se hallaban vivamente excitadas, confiaba vengar la muerte de sus hermanos en el cadalso de Polignac y de sus colegas; tenia sed de la sangre que se le disputaba, y en 18 de octubre rodeó el castillo de Vincennes, pidiendo con furiosos gritos la cabeza de los presos. La entereza del general Daumesnil que mandaba en la fortaleza, salvó la vida á los infelices ministros, mas la demostracion popular no dejó de causar cierto espanto y de probar los peligros á que se exponian los jueces que no secundasen las pasiones de la multitud. La vista pública de la causa empezó el dia 15 de diciembre, despues de leerse el dictámen de los comisarios que habian entendido en su instruccion; en dicho documento se opinaba por la acusacion de los ministros: «1.º por haber abusado de su poder á fin de falsear las elecciones y de privar á los ciudadanos del libre ejercicio de sus derechos civiles; 2.º por haber alterado arbitraria y violentamente las instituciones del reino; 3.º por haberse hecho reos de una conspiracion atentatoria á la seguridad interior del Estado; por haber provocado la guerra civil, armando á unos ciudadanos contra otros, y por haber sido causa de la devastacion y de la matanza, ocurri-

das en la capital.» Los acusados habian sido trasladados desde Vincennes al Pequeño Luxemburgo, trasformado en carcel y rodeado por una formidable masa de tropas y de guardia nacional. Ciento sesenta y tres pares componian el supremo tribunal, pues unos veinte se habian excusado de asistir á la sesion; los ex-ministros contestaron con gran precision y claridad á las preguntas que se les dirigieron, y de su interrogatorio resultó que Carlos X habia creido salvar su corona y la monarquia proponiendo á su ministerio las ordenanzas de julio, fundadas en el artículo 14 de la Carta; que el príncipe de Polignac habia aceptado las ordenanzas, participando de las ideas y de las miras del rey; que los demás ministros habian firmado las ordenanzas á pesar suyo; que no habian tomado parte alguna en los actos militares mientras París estuvo en estado de sitio, y que habian intervenido de un modo conciliador, pidiendo ellos mismos al rey la abolición de las ordenanzas. Los testigos citados á petición de los comisarios, pusieron en evidencia los hechos referidos, y estuvieron acordes, con diez testigos de descargo, designados por los reos, en manifestar que Carlos X jamás habia dudado de su derecho de suspender la Carta en virtud del artículo 14 que consideraba como el áncora salvadora de la legitimidad. Probóse además que los primeros tiros fueron disparados contra la tropa, y que el mariscal de Ragusa habia cumplido muy á pesar suyo las órdenes que le mandaban defender las ordenanzas; en una palabra en todos los episodios de aquel fatal golpe de Estado, aparecia la ceguedad de Carlos X y de su primer ministro, y sin embargo, los acusados se empeñaban en ocultar las faltas del rey á quien cubrian con su responsabilidad. Martignac que se habia constituido en abogado de su predecesor en el ministerio, intentó probar que la acusacion era *inadmisible*, y que el príncipe de Polignac no habia de responder como ministro de los actos de la real prerogativa. «Qué necesidad puede tener la Francia, dijo de la muerte de un hombre que se ofrece á vosotros como el roto instrumento de un poder que ya no existe?» El abogado de Peyronnet, Hannequin, no vaciló en sentar que su cliente merecia una corona cívica por haber honrado su administracion con infinitas medidas útiles y benéficas; Cremieux, abogado de Guérnon de Ranville, le representó como haciendo el sacrificio de

firmar las ordenanzas solo por fidelidad al rey, y finalmente Sauzet, abogado de Chantelauze, llegado de Lyon, para defender á su amigo dió con rara maestría sus primeros pasos en la carrera oratoria. Sin embargo, nada igualó la elocuencia de Peyronnet al defenderse á sí mismo; las lágrimas asomaron á todos los ojos, todos los corazones se sintieron conmovidos, todos los presentes quedaron admirados. La absolucion de los acusados parecia indudable, y en tanto fermentaba la agitacion en las masas y en la guardia nacional. Los debates públicos terminaron el dia 21, y el tribunal se retiró para deliberar, permaneciendo ocho horas en sesion secreta, y sin duda habria absuelto á los acusados á no recibir aviso de las hostiles disposiciones del pueblo, que protestaba de antemano contra todo fallo de indulgencia ó de piedad. Esto no obstante la noche pasó sin desorden, merced á los esfuerzos del general Lafayette que excitaba á los guardias nacionales á cumplir su deber. A las cuatro de la mañana propalóse el rumor de que se habia dado el fallo y de que los ministros, condenados á prision perpétua, acababan de ser trasladados á Vincennes, mientras se esperaba que lo fuesen al fuerte de Ham para sufrir su condena. Al saber el pueblo la sentencia del tribunal y la partida de los condenados, prorumpe en gritos de ira y de venganza; corre al Palacio Real, óyense voces de *viva la república!* cuando los alumnos de la Escuela Politécnica y de las Escuelas de derecho y de medicina, inspirados por el general Lafayette, aceptaron la delicada mision de restablecer el orden, y en número de tres ó cuatro mil recorrieron las calles atestadas de pueblo, invitando á los buenos ciudadanos á respetar la ley. Aquella imponente demostracion produjo un efecto mágico; los conspiradores se ocultaron, y las masas recobraron la calma. La cámara de diputados dió al dia siguiente un voto de gracias á la tropa de línea, á la guardia nacional y á las escuelas, protectoras del orden público; mas los alumnos de las escuelas rechazaron aquella demostracion, en una protesta donde se quejaban de que se les escaseasen las libertades que reconquistaran con su valor, y pagaran con su sangre.» Lafayette pareció asociarse á tales sentimientos en una orden del dia que dirigió el 24 á la guardia nacional de París. «Todo se ha hecho para el orden público, decia; nuestra recompensa es la esperanza de que se hará

todo para la libertad.» Semejante orden del día no era el único acto de oposicion que se hubiese permitido el general respecto del gobierno y de la política personal del rey; pocos días antes, en un banquete de los artilleros de la guardia nacional parisienne, donde se había recibido con trasportes de entusiasmo la noticia de la revolucion de Varsovia, Lafayette pronunció este brindis singular: «A los artilleros de Francia, de Bélgica y de Polonia! Ojalá que la gran batería de los derechos del género humano lance sus proyectiles á todos los puntos en que son desconocidos!» Desde el 9 de agosto, habíase comprendido que la monarquía de Luis Felipe se hallaba á merced de Lafayette, quien disponía él solo de la guardia nacional de París, como jefe que era de toda la guardia nacional de Francia, y fundador de la milicia ciudadana que se había en cierto modo identificado con él. Discutióse entonces en la cámara de diputados la ley sobre la organizacion de la guardia nacional, y era aquella ocasion propicia para mezclar en el debate la cuestion del mando general atribuido á Lafayette. Dupin se encargó de hacer comprender á la asamblea que aquel cargo solo podia pertenecer al rey, quien lo delegaba al ministro del interior; el mismo Lafitte contribuyó con sus palabras á obtener la supresion de un mando que parecia peligroso en manos de Lafayette, y éste presentó al momento su dimision al rey, rechazando con obstinacion el título de comandante general *honorario* que Luis Felipe queria conservar. El general Lobau le sucedió en calidad de comandante de la guardia nacional de París. Dupont de l'Eure, indignado por la conducta de sus colegas en aquella circunstancia, separóse de ellos siguiendo al retiro á su ilustre compañero, y si bien el gabinete no se hizo mas homogéneo por la instalacion de Merilhou en reemplazo de Dupont de l'Eure, y por la adquisicion de un nuevo abogado, Barthe, como ministro de instruccion pública y de cultos, opuso desde entonces menos contradicciones á la voluntad personal del rey, y pareció ponerse de acuerdo acerca de la línea política que debia seguir, declarando que su sistema no seria *modificado*. «En el exterior, dijo el presidente del consejo, el gobierno quiere que la Francia sea respetada; en el interior quiere la libertad pero quiere tambien las leyes; hasta ahora las ha hecho respetar, y asimismo sucederá en adelante.» Desde aquel momento, Lafa-

yette se había separado de la política ministerial que se desviaba de los principios que todavía proclamaba: «Mi conciencia de orden público, decía, se halla plenamente satisfecha, pero confieso que no sucede lo mismo con mi conciencia de libertad. Todos conocemos el programa de las Casas Consistoriales. Un trono popular rodeado de instituciones republicanas; así lo aceptamos pero no todos lo entendimos del mismo modo.» Nadie entonces el partido de la resistencia elevó la voz para protestar contra aquel programa que inscribía en su bandera el partido del movimiento. Este era sin duda menos numeroso en las cámaras que en el país, donde se componía de imaginaciones ardientes y de pechos generosos; pero contaba entre los diputados con algunos hombres de experiencia y patriotismo, tales como el general Lamarque, Bignon, Mauguin, Alejandro de Laborde, Salvette y algunos otros agrupados al rededor de Lafayette. «La Francia no quiere la república, decía Bignon; pero quiere, y nosotros lo queremos como ella, que cuanto hay bueno en el sistema republicano sea trasplantado, en cuanto pueda hacerse sin peligro, á la monarquía constitucional.» Por el contrario, el partido de la resistencia, mucho mas numeroso en las cámaras que en la nación, se apoyaba en la clase media personificada en la monarquía de Luis Felipe, muy envanecida con su elevación al poder, y el antagonismo que empezaba entre los dos partidos, nacidos ambos de la misma revolución, debía empujarles hácia extremos muy opuestos: el movimiento debía tender á la república, la resistencia á la monarquía arbitraria. Librándose de la tutela de Lafayette y arrebatándole el mando de la guardia nacional, Luis Felipe se había afirmado en su trono, y no pensaba ni remotamente en rodearlo de instituciones republicanas; había adoptado la divisa formulada por Dupin en nombre de la clase media: *Cada uno en su casa, cada uno para sí* (*Chacun chez soi, chacun pour soi*), y comprendía todo su sistema de gobierno en esas tres elásticas palabras que Lafayette había sido el primero en proclamar: *Libertad, orden público*. El nuevo rey de los franceses no se creyó verdaderamente soberano hasta que las cámaras le hubieron otorgado un crédito de doce millones para sus gastos *extraordinarios* durante los últimos cinco meses del año 1830, y hasta que su ministro Lafitte propuso concederle, además de la dota-

cion de la corona, una lista civil de diez y ocho millones, libre de cuantas cargas pesaban sobre la de Carlos X. Luis Felipe habia tenido la precaucion de no aceptar la corona hasta despues de dividir entre sus hijos todos los bienes muebles é inmuebles de la casa de Orleans, en vez de reunirlos á los bienes del Estado á ejemplo de los reyes de Francia sus predecesores. Este fué el preludio de lo que se llamó el *gobierno barato*.

Apenas habian trascurrido cinco meses desde que Luis Felipe saliera coronado de la revolucion de julio, y podia ya contar en la buena inteligencia de la Francia con la Europa, merced á la habilidad de su política personal, y á la mediacion de Talleyrand, su embajador en Lóndres; habia prometido formalmente á los soberanos de la Santa Alianza reprimir en su reino el espíritu revolucionario, y en efecto, mientras en sus discursos de primero de año fingia proclamar los *derechos del pueblo y de la libertad*, poníase secretamente de acuerdo con el emperador de Rusia para abandonarle atada de piés y manos la insurreccionada Polonia; con la Prusia, para advertirla de cuantas conspiraciones trama-se la *jóven Alemania*; con el Austria, para permitirle dominar en Italia, donde Menotti iba á lanzar el grito de independenciam; con la España, para prevenirla contra nuevas tentativas por parte de los refugiados españoles, y esto explica porque se frustraron mas ó menos desastrosamente en el extranjero los esfuerzos todos de la revolucion, á pesar de la simpatía, de la cooperacion, podríamos decir, que el *rey de las barricadas* aparentaba prestarles. Así fué como los infelices compañeros del general Torrijos que intentaron por tres distintas veces (28 de enero, 3 de marzo y 2 de diciembre de 1831) sublevar la España al grito de *viva la libertad!* fueron vendidos y ajusticiados; como los republicanos que desplegaron la bandera de la insurreccion en Gotinga (8 de enero) y en Basilea (15 de enero), no lograron conmover los estados de la Confederacion germánica ni constituir una república; como los liberales de Italia, que creian haber asegurado la emancipacion de su patria y el triunfo de la unidad italiana, vieron romperse uno tras otro los eslabones de su vasta conspiracion, á pesar de haber dado Bolonia la señal de la sublevacion (4 de febrero); como en fin la Polonia, que se atrevia á arrostrar la cólera del autócrata ruso, veíase de antemano condenada á quedar vencida bajo el

yugo que sacudiera. Luis Felipe hubiera sido pues el árbitro de los destinos de Europa á querer marchar al frente de la revolucion, mas su único deseo era la paz; á este amor, á este miedo á la guerra sacrificó, no solo la Polonia y la Italia que no le ofrecian compensacion alguna en cambio de su auxilio armado ó diplomático, si que tambien la Bélgica que consentia en darse á él y á la Francia. La reunion de la Bélgica á la Francia era el voto unánime de todos los hombres inteligentes en ambos países; su mútuo interés les aconsejaba derribar las fronteras que les separaban, y Luis Felipe codiciaba para su segundo hijo aquella nueva corona que debia ser conferida por un voto legislativo como lo habia sido la de Francia. La Inglaterra, empero, se habia pronunciado contra la reunion de los dos estados limítrofes, imponiendo al rey de los franceses la condicion de rehusar el título de rey de los belgas que el congreso de Bruselas ofrecia al jóven duque de Nemours; el ministro de negocios extranjeros no lo habia ocultado á los enviados belgas, y les dijo ó dió á entender que la Inglaterra no consentiria jamás en que la Francia se engrandeciese por la parte de la Bélgica en territorio ó en preponderancia, si bien Luis Felipe, léjos de usar igual lenguaje que su ministro, vacilaba, favorecia en secreto la eleccion del duque de Nemours, y prometia indirectamente defenderla union de la Bélgica con la Francia. Las negociaciones continuaban en Lóndres, y el gabinete de San James ponía como un caso de guerra, como un ataque á los tratados de 1815, la elevacion de un príncipe francés al trono de Bélgica. El partido del movimiento intimó entonces al ministerio hollar los odiosos tratados que la Francia habia ya desgarrado en julio de 1830; pidió que se volvieran á la Francia sus fronteras naturales, las fortalezas de la Bélgica y las márgenes del Rhin; solicitó que se aceptase la oferta del congreso belga y que se socorriera á la Polonia: «Excitemos á los ministros á no olvidar el principio de nuestra revolucion, exclamó el general Lamarque, y digámosles que su fuerza es la de toda la Francia, dispuesta á todos los sacrificios para asegurar su libertad y su independendencia, y recobrar el rango que debe ocupar entre las naciones.» Este fué el texto que la oposicion comentó sin cesar durante aquel año de 1831, en que se hizo sentir el efecto de la revolucion de París en todos los go-

biernos de Europa. Guizot, que habia salido del ministerio, fué el defensor del principio de no intervencion que habia introducido en la política. «Queremos propagar la libertad, dijo, pero no las revoluciones. Las revoluciones, la insurreccion son un mal estado para un país, y si es preciso pasar algunas veces por ellas para llegar á la libertad, no son la libertad misma.... Queremos que la revolucion de julio se presente ante la Europa con la emancipacion, la libertad y la paz en la mano, en vez de llevar la insurreccion y la guerra!» El principio de la no intervencion que Luis Felipe y sus ministros habian adoptado, no era mas que la forma indecisa aun del egoismo de la clase media, y por esto la opinion general se le mostró muy favorable. Dupin mayor que podia reputarse con justicia el inventor de la no intervencion, explicó varias veces su teoría en la tribuna de los diputados, y en la solemne discusion en que se trataron las cuestiones palpitantes de la política exterior (28 y 29 de enero), el ministerio se aferró mas y mas á aquel sistema con motivo de la Bélgica que no se atrevia á reunir á la Francia, y de la Polonia á la que no osaba á prestar socorro alguno. «Quereis la paz! exclamó el general Lamarque; hasta creo que la quereis á toda costa!» Desde aquel dia la no intervencion fué llamada *la paz á toda costa*, y el mariscal Soult no borró aquella mancha procurando realzar el papel de la Francia en la política europea: «Durante quince años, dijo, la influencia del extranjero ha pesado sobre nuestra hermosa patria; entonces la Francia disfrutaba de paz! En adelante, toca á la Francia el exigirla!» Los oradores de la paz, Dupin, Guizot, Sebastiani y Cunin-Gridaine opusieronse á los bélicos propósitos de Mauguin, Corcelles, Lafayette, Schonen, Bignon y Alejandro de Laborde, decidiéndose por fin que la Bélgica no seria reunida á la Francia, [y que la Polonia, pereceria abandonada. En tal ocasion el rey de los franceses creyó deber manifestar su política personal, y oponer en cierto modo el programa del Palacio Real al de las Casas Consistoriales: «No solo debemos amar la paz, dijo contestando á una felicitacion de la guardia nacional de Gaillac (Tarn), sino que debemos tambien evitar cuanto puede provocar la guerra; solo el honor nacional, solo los intereses nacionales, podrian obligarnos á ella; mas seguro estoy de que lograremos evitarla y de que la Francia

podrá gozar en paz de las ventajas que con tanta gloria ha conquistado. Sin embargo, es fuerza comprender bien lo que ha de entenderse por tales ventajas; no se crea que consistan en una extension de todas las libertades mas allá de los límites prefijados por el orden público y el espíritu de nuestras instituciones. Es indudable que la revelucion de julio debe dar sus frutos, mas esta expresion se emplea muchas veces en un sentido que se opone al espíritu nacional, á las necesidades del siglo, y á la conservacion del orden público. Esto empero, es lo que ha de trazar nuestra senda, procurando mantenernos en un *justo medio*, tan distante de los excesos del poder popular como de los abusos del poder real.» Desde esas palabras memorables, en las que Luis Felipe anunciaba todo su reinado, la expresion de *justo medio* sirvió para calificar al partido de la *resistencia* y la política del gobierno.

Esta política moderada, tímida, vacilante reanimó las esperanzas de los legitimistas que, apoyados por el clero que no podía avenirse con un rey volteriano y con un gobierno ateo, maquinaban la restauracion de Enrique V en sus periódicos y reuniones; la policía sin embargo cerraba los ojos sobre las intrigas, los proyectos y las conspiraciones de los partidarios de la legitimidad, conocidos con el nombre de *carlistas*, mientras que redoblabá su rigor para con los bonapartistas y republicanos. Ningun obstáculo opuso á la celebracion de una ceremonia fúnebre en aniversario de la muerte del duque de Berry. Las notabilidades todas del partido legitimista se dirigieron de luto riguroso á la iglesia de San German l'Auxerrois el 14 de febrero á mediodía; el párroco oficiaba; un túmulo sin insignias no revelaba el carácter de aquel oficio de difuntos; mas la emocion de los asistentes, la cuestacion hecha en favor de los guardias reales heridos en 1830, los murmullos de entusiasmo realista, acabaron por exasperar á los grupos estacionados en la puerta de la iglesia. Invádela el pueblo, la profana, la saquea, y la autoridad no se presenta. «Es fuerza dejar su parte al fuego», habia dicho Luis Felipe al prefecto de policía, y llevóse la complacencia hasta mandar quitar la cruz con flores de lis que remataba la fachada de la iglesia. Al dia siguiente corre el pueblo al arzobispado, y en el espacio de pocas horas solo quedaron las paredes del edifi-

cio; todo lo demás había sido arrojado al Sena. El prefecto del Sena, Odilon Barrot y el ministro del interior, en vez de obrar con energía contra los amotinados, fingían confundirlos con las máscaras que llenaban los bulevares; la guardia nacional asistía impasible á la caída de las cruces exteriores que conservaban el emblema de las flores de lis, y sin duda para *dejar su parte al fuego* renunció el rey á sus armas de familia, é hizo borrar las flores de lis de las portezuelas de sus coches, al mismo tiempo que mandó reponer los bajo-relieves de las victorias imperiales en el arco del Carrousel. Finalmente para acallar el enojo del pueblo, indignado por la ceremonia de San German-l'Auxerrois, decretóse la prision de muchas personas que en ella habían figurado, y formóse causa al arzobispo de París que la había autorizado, mientras que la escandalosa orgía del pueblo, la culpable ausencia de la autoridad tenían triste eco en la tribuna de la cámara. Los dos jefes de la edilidad parisiense, el prefecto del Sena y el de policía fueron acusados de haberse asociado en cierto modo al motin, mandando quitar las cruces de las iglesias, y los debates que se agriaban á cada momento, revelaron la falta de armonía que existía entre los ministros y sus subordinados. La discusión de la cámara no se limitó á estériles recriminaciones entre el ministro y sus inferiores, sino que llegó al fondo de la cuestion política del momento, manifestándose en desacuerdo y casi en hostilidad abierta la mayoría de la cámara y la presidencia del consejo. Guizot y Dupin unieron sus esfuerzos para atacar al gabinete imputando á su debilidad, á sus tendencias ultra-liberales, el mal estar de la situación, y Lafitte, sin negar aquel mal estar, atribuíalo mas que á los hombres del gobierno á la misma fuerza de los acontecimientos: «Si viene el mal del poder, dijo, es preciso buscar inmediatamente el remedio en un cambio de personas; pero si solo dimana de la situación, es preciso resignarse, unirse para conjurar las dificultades, y sobre todo no exagerar el peligro por no desalentar á los buenos ciudadanos.» En aquella violenta discusión, que minaba á la vez á la cámara y al ministerio, Dupin y Guizot se presentaron como los enérgicos jefes de la *resistencia* que había elevado la bandera del *justo medio*; Lafitte, por el contrario, por el mero hecho de la viva agresión de que era objeto, probaba que sus simpatías y convicciones no

habian desertado del partido del *movimiento* ó del progreso de las libertades públicas.

El resultado que la política personal del rey podia esperar de aquella discusion y de las singulares circunstancias que la habian producido, se habia alcanzado por completo: el espíritu público habia sido distraido y desviado de la cuestion belga que sin aquella hábil diversion habria originado elementos de desórdenes mas graves aun que la devastacion de San German-l'Auxerrois y del Arzobispado. El congreso de Bruselas, en su sesion del 3 de febrero, habia proclamado rey de los belgas al duque de Nemours, elegido por noventa y siete votos contra veinte y uno dados al archiduque Carlos, y setenta y cuatro al duque de Leuchtemberg, el cual sin duda habria alcanzado mayoría á poderse creer que seria rechazada la eleccion del duque de Nemours. Luis Felipe, inquieto por la probable elevacion de un miembro de la familia imperial, se habia apresurado á hacer desmentir en Bélgica las indiscretas palabras de su ministro de negocios extranjeros, pronunciadas en la tribuna contra la reunion de aquel país á la Francia, y esto fué causa de que el duque de Nemours triunfase del de Leuchtemberg. Habia prometido al mismo tiempo al gabinete inglés por medio de Talleyrand, director de estas intrigas diplomáticas, que se opondria á la reunion de la Bélgica á la Francia y á la eleccion de su hijo; el gabinete británico exigía el cumplimiento de aquella promesa, y mientras la Bélgica celebraba la eleccion de un rey y le enviaba una solemne embajada á París, Luis Felipe vacilaba aun en decidirse á pesar de haber obtenido una declaracion de la conferencia de Lóndres, que privaba absolutamente del trono de Bélgica al duque de Leuchtemberg. Sus dudas cesaron cuando creyó que el efecto producido por el suceso de San German-l'Auxerrois y del Arzobispado habia absorbido por completo la opinion pública, y en 17 de febrero manifestó á la diputacion no poder aceptar la corona para su hijo: «Mi primer deber, dijo, es consultar ante todo los intereses de la Francia, y no comprometer por lo tanto la paz que deseo conservar para su felicidad, para la de la Bélgica, y para la de todos los Estados europeos.» Semejante negativa, semejante concesion á la Inglaterra, hirieron profundamente la dignidad nacional, pero tuvieron poco eco

entre el tumulto de los partidos que se amenazaban y parecían prontos á llegar á las manos. La Bélgica prorumpió en un unánime grito de reprobacion contra Luis Felipe, á quien acusaba de haberla engañado solemnemente, y fuéle preciso buscar otro rey, sin poder elegir al duque de Leuchtemberg, rechazado por las cinco potencias protectoras de su independencia, nombrando en tanto regente al venerable Surllet de Chokier, presidente del congreso. La candidatura al trono parecia deber dividirse entre el príncipe Othon de Baviera y el príncipe de Sajonia-Coburgo, el primero recomendado por la diplomacia y el segundo por la Inglaterra: el partido orangista creyó el momento favorable para dar otra vez principio á sus esfuerzos, mas la opinion del país se pronunció contra él con tanta violencia y energía, que el rey de Holanda pudo convencerse de que todos los medios de conciliacion se estrellarian en la obstinacion belga, y solo esperaba el tácito consentimiento de la conferencia de Lóndres para hacer entrar en Bélgica sesenta mil holandeses. La conferencia se manifestaba cada dia mas desfavorable á los belgas, y podíase prever el momento en que cesaria de garantir su independencia; pero el gobierno del rey de los franceses, tranquilo ya acerca de la eleccion del duque de Leuchtemberg, mostrábase dispuesto á apoyar la del príncipe de Sajonia-Coburgo, quien podia convertirse en yerno de Luis Felipe y producir así la única reunion posible de la Bélgica á la Francia. El principio de no intervencion proclamado por el anterior ministerio y sostenido con buena fe por Lafitte, bastaba para contrarrestar los actos de la conferencia de Lóndres, para combatir la diplomacia de la Santa Alianza, y para suspender todas las hostilidades por parte de la Holanda, pues un ejército francés debia en caso necesario apoyar en Bélgica el principio que la Francia había opuesto como un dique á la guerra general.

El gabinete que presidia Lafitte sin lograr comunicarle un reflejo de su popularidad personal, creia con los egoistas conservadores de la paz á toda costa, que la Francia no podia intervenir ni aun por la via de las negociaciones entre el emperador de Rusia y la desgraciada Polonia, y resignábase á no mirar hácia el lado de Varsovia, donde un pueblo héroeico, armado en defensa de su nacionalidad, tendia los brazos á la Francia. El resultado

de aquella lucha desigual era inevitable; el emperador Nicolás no había querido prestarse á la concesion alguna (con los rebeldes, y la dieta polaca, al proclamar la independencia nacional, habíase visto obligada á anunciar la deposición de la dinastía rusa en Polonia (25 de enero). Un admirable movimiento de resistencia hizo sublevar á la población en masa que confiaba en el auxilio de la Francia y de los estados constitucionales de Europa; un ejército de setenta mil hombres, mandado por los generales Chlopicki y Skrzynecki hacia frente á mas de doscientos mil rusos que á las órdenes del mariscal Diebitsch habian penetrado hasta Varsovia, y á aquel enemigo, tan superior en número y sin cesar aumentado con nuevos refuerzos, experimentó dos sangrientas derrotas en Grocków y en Praga (19 y 25 de febrero), intentando en vano recobrar la ofensiva durante dos meses de campaña que fueron un continuo combate. Por último á fines de mayo los intrépidos polacos habian rechazado á las masas rusas fuera del territorio de Polonia, donde habian importado el azote del cólera.

Los patriotas italianos habian sublevado las Legaciones con la formal promesa, de ir encontrar á la Francia entre ellos y el Austria, pero esta promesa hecha, por el presidente del consejo, no sólo en las correspondencias diplomáticas, sino tambien desde lo alto de la tribuna legislativa, no fué ratificada por el rey. Algo que se asegura no tuvo éste mas objeto al alentar á los revolucionarios italianos que vengarse del duque de Módena, que habia insultado á la monarquía de Julio, y en efecto, dicho príncipe fué la primera víctima de la revolucion, que partiendo de su ducado recorrió la Península toda formando una confederacion italiana. El Austria, empero, no esperó á que la insurreccion de Módena, de Parma y de Bolonia se hubiese propagado á la Lombardia, y á despecho de la no intervencion anunció hallarse resuelta á intervenir sin pérdida de momento en los países sublevados; cien mil austriacos pasaron el Pó durante los primeros dias de marzo sin retroceder ni vacilar ante las apremiantes notas de la diplomacia francesa, quedando Lafitte no poco sorprendido al ver que no entendian como él la no intervencion. Triste, desalentado, reconoció su impotencia, y ofreció su dimision al rey; Luis Felipe le manifestó el pesar que expe-

rimentaba al separarse de él, mas no rehusó una dimision que hacia mucho tiempo esperaba, pidiéndole únicamente que emplease los últimos suspiros de su ministerio en hacer aprobar por la cámara de diputados una combinacion rentística ideada para hacer frente á los gastos extraordinarios de una guerra con el Austria en Italia y con la Holanda y la Prusia en Bélgica. El ministerio, atacado sin piedad por la mayoría, desmoronábase por todas partes, cuando Lafitte reclamó de la cámara un voto de confianza, «no como ministro, dijo, sino porque así lo exigía el interés del estado, no reclamándolo probablemente para él» (2 de marzo).» El proyecto de ley relativo á la creacion de doscientos millones de obligaciones del tesoro y á la enajenacion de trescientas mil hectáreas de bosque, fué votado con gran disgusto por los diputados, á quienes amenazaba una próxima disolucion, y dos dias despues salia Lafitte del ministerio, junto con Merilhou que le habia introducido en él. Hubo entonces entre sus colegas un simple cambio de carteras, exceptuando á Soult y á Sebastiani que conservaron las suyas; Montalivet pasó del departamento del interior al de instruccion pública y de cultos; Barthe, que le cedió este departamento, encargóse del de justicia, y Argout abandonó la marina por el comercio y las obras públicas, que fueron convertidas en administración especial. Casimiro Perier fué el jefe del gabinete, reservándose la cartera del interior; el almirante Rigny tomó la de marina; el baron Louis, la de hacienda, y desde aquel momento no se habló ya de no intervencion; Casimiro Perier declaró haber formado un ministerio «amante de la paz, pero de la paz honrosa», y pocos dias despues supose que los austriacos habian ocupado las Legaciones casi sin disparar un tiro, y restablecido los gobiernos de los ducados de Parma y de Módena, sin que el ministerio ni las cámaras tomasen por ello el menor interés. El gobierno habia anunciado lo que llamaba su sistema: «El sistema parlamentario, decia el *Diaria de las Debates*, órgano oficial del presidente del consejo, es gobernar con las cámaras, tomarlas por la expresion legal de las costumbres é ideas de la Francia, no ver sino en las cámaras la opinion pública.» Uno de los primeros actos de semejante sistema fué la suspension de las sesiones hasta el 15 de junio, y la disolucion de la cámara de diputados (31 de mayo).»

La cámara se había preparado en cierto modo á la disolucion, presentida mucho tiempo antes, por medio de la reforma de la ley electoral y de la adopcion de una ley municipal, demostrando hasta la evidencia la discusion de ambas leyes cuan tímido se había hecho el partido liberal desde su subida al poder, y cuan mezquinas serian en manos de la clase media las consecuencias de la revolucion de julio. El proyecto de ley municipal era casi el mismo por el cual no pudo Martignac obtener la aprobacion en 1829, siendo causa de la caida de aquel ministerio realista constitucional; entonces empero, recibió el proyecto mejor acogida (29 de enero), sin lograr la oposicion darle bases mas populares. Como todas las leyes de aquel tiempo, el proyecto consagraba el derecho del dinero, y constituia, como dijo Daunou, una verdadera *plutocracia*; Lamarque, Salverte, Tracy, Corcelles y Marschal intentaron en vano ensanchar el círculo de la eleccion municipal, asimilándola en lo posible al sufragio universal: «Los habitantes de las ciudades y de las aldeas, dijo Lamarque, para los cuales reclamo el derecho de votar, son jefes de familia interesados en la conservacion del orden, y tienen derecho á los beneficios de la sociedad, puesto que sufren todas sus cargas.» Dupin, el violento orador de la clase media reinante, no dejó pasar sin correctivo aquel radicalismo: «¿No habeis oido, exclamó, la defensa de los derechos de los mendigos, al tratarse de capacidad electoral? ¿No os han hablado de la aristocracia de los que pagan mayores cuotas? ¿No estais viendo que se quiere excitar sentimientos de odio contra los poseedores de la riqueza pública?» La política militante cambiaba en efecto de terreno, y veíase aparecer un declarado antagonismo entre los que poseian y los que no poseian. La discusion de la ley electoral no fué mas que la continuacion del debate sobre las cuotas y sobre las garantías pecuniarias de los derechos políticos, y en virtud de ella procedióse á las elecciones generales (4 de julio), las cuales se verificaron en buen orden, y produjeron una mayoría favorable al principio de la clase media, á la monarquía de julio y al ministerio del sistema parlamentario. Dociientos diputados de la cámara disuelta, pertenecientes en su mayor parte á la derecha legitimista, no fueron reelegidos, y desde aquel momento la voz de este partido, á quien el go-

bierno fingia desprecio, enmudeció en la cámara; esto no impidió empero que se armase el ministerio con una ley de destierro perpetuo contra «el ex-rey Carlos X, sus descendientes y los aliados de sus descendientes», así como, temeroso de la influencia que podia tener el duque de Reischadt, no abolió la ley de 1816 que pronunciaba la pena de muerte contra los miembros de la familia Bonaparte que penetrasen en territorio francés. Sin embargo, el peligro mas inmediato procedia de los republicanos, quienes arrastraban al partido del movimiento compuesto de liberales descontentos; no es esto decir que tuviese aquel partido fuerza alguna en el seno de las cámaras, donde la voz de sus oradores se perdía entre los murmullos y la distraccion general; pero fuera de ellas, podia contar entre el pueblo con un ejército numeroso, siempre dispuesto á marchar bajo la bandera del motin, y con jefes resueltos, audaces é incansables, salidos en su mayor parte de la revolucion de julio. Las sociedades secretas se habian reorganizado, y la de los *Amigos del pueblo*, que se habia atribuido una existencia legal y que publicaba periódicos para suplir sus sesiones públicas, se componia de jóvenes fanáticos, entusiastas de las doctrinas de la Convencion, é impacientes por resucitar en Francia los principios del año 93. El hálito de aquellas sociedades era sin duda el que alteraba sin cesar la tranquilidad pública y el que reunía á los tumultuosos grupos que salian de los arrabales de París á cada vaiven de la política de resistencia, á pesar de haber obtenido Casimiro Perrier una severísima ley contra los sediciosos (31 de marzo), y de manifestarse dispuesto á aplicarla con rigor. El mes de marzo vióse turbada por asonadas casi diarias; ya se reunian los proletarios al rededor del Palacio Real gritando: *¡Trabajo ó pan!* ya, al recibirse la falsa noticia de la toma de Varsovia, paseábase la bandera negra con gritos de *Vivan los polacos! Mueran los rusos!* ya desfilaban en procesion los alumnos de las escuelas bajo un pretexto cualquiera; ya los condecorados de julio, renegando de la divisa de su cruz: *dada por el rey*, se apoderaban de la plaza de Vendome cantando la *Marsellesa*: la muchedumbre se agrupaba, los mal intencionados excitaban á los curiosos, á los gritos sucedian las piedras, y el arrancar algunas baldosas de la calle; la guardia nacional acudia, dispersaba los grupos y se

restablecía el orden. El motin del 16 de abril, consecuencia de la absolución de algunos conspiradores republicanos, empleó las fuerzas todas del partido de la república, el cual empero no juzgó prudente trabar una lucha harto desigual. En las jornadas del 14, 15 y 16 de junio, el boulevard de San Dionisio fué teatro de nuevas turbulencias nacidas del mas frívolo pretexto; oyóse entonces gritar por primera vez: *Muera la guardia nacional!* como para enseñar al pueblo á rebelarse contra la única fuerza que impedía á la asonada el trocarse en revolución. Otros desórdenes mas graves, provocados por las mismas personas, estallaron el día 14 de julio, aniversario de la toma de la Bastilla con motivo de haberse intentado plantar árboles de la libertad en varios puntos de la capital; el grito de *Viva la república!* revelaba los proyectos de los agitadores, mas lízolos impotentes el unánime acuerdo de la guardia nacional y de la tropa de línea. Semejantes excesos solo servían para indignar á los buenos ciudadanos, y para separarles de la oposicion que habia imaginado una confederacion nacional contra el restablecimiento de Carlos X y contra la invasion extranjera, á pesar de que la una no fuese mas de temer que la otra. Esta confederacion, que solo era una simple demostracion, hizo bastantes progresos en los departamentos; mas pareció muy lenta y harto moderada á los republicanos de París, quienes señalaban en su impaciencia un término muy próximo al estado de cosas fundado despues de las jornadas de julio; veían el porvenir de la Francia en lo que llamaban la *resurreccion del pueblo*, y lo esperaban de un día á otro formando planes de insurreccion, extendiendo listas de conspiradores, discutiendo la forma de las instituciones republicanas, y fabricando cartuchos. La policia se hallaba instruida de todo, y sin duda el gobierno no veía en ello un gran peligro pues Luis Felipe aprovechó la ausencia de las cámaras para visitar los departamentos del norte y del este, siendo acogido en todas partes con el mismo entusiasmo que saludara á Carlos X poco antes de la revolucion. Esto no obstante, el rey de los franceses encontró en medio de las felicitaciones algunas palabras enérgicas expresando los votos del patriotismo y de la libertad, y sin experimentar la menor turbacion para contestar á ellas cerró los labios á muchos oradores que quisieron interesarle en fa-

vor de la causa de los polacos, ó protestar contra el derecho de herencia unido á la dignidad de par, «privilegio, decíase, incompatible con las costumbres nacionales.—Basta ya, dijo interrumpiendo á un capitán de la guardia nacional que le leía un discurso; la guardia nacional no debe ocuparse de cuestiones políticas; esto no la interesa, y no ha de manifestar su opinión sobre ello.»

La Polonia, cuya suerte era por todos prevista, continuaba excitando profundamente las simpatías de la nación francesa, si bien no había intentado aun el gobierno la más insignificante protección diplomática; el principio de la no intervención no era mas que un miraje engañoso, y el ministro de negocios extranjeros le había quitado su último prestigio; atreviéndose á decir en la tribuna, que el gobierno francés jamás consentiría en la entrada de los austriacos en Italia, pero que no haría la guerra para oponerse á ella (18 de marzo). La Italia había caído de nuevo bajo el yugo del Austria, y lloraba á muchos de sus hijos desterrados, mientras que la Bélgica experimentaba por sí misma la elasticidad del sistema de la no intervención, que la colocaba en la alternativa de obedecer los tiránicos mandatos de la conferencia de Londres ó de ponerse á merced de la Holanda. Para salir de semejante apuro decidióse el congreso de Bruselas á nombrar un nuevo rey, siendo elegido por ciento cincuenta y dos votos entre ciento noventa y seis votantes el príncipe Leopoldo de Sajonia-Coburgo (4 de junio), quien aceptó la corona bajo los auspicios de la Inglaterra y con el consentimiento de la Francia. Sin embargo, no todas las dificultades de la situación se habían allanado con la elección de un soberano: la separación territorial de la Holanda y de la Bélgica daba lugar á interminables contestaciones, y el rey Guillermo tomaba pie de los primeros protocolos de la conferencia para poner en litigio cuanto se había practicado y apelar al derecho del más fuerte. Entonces el ministerio francés, acusado por la oposición de haber sacrificado la dignidad y el honor de la Francia á las exigencias de la paz á toda costa, quiso demostrar que aceptaría *con gusto* la guerra, luego que la considerase útil para el país, y anunció que enviaría un ejército á la Bélgica si el rey de Holanda se decidía á apoyar sus pretensiones en la fuerza de las

armas. Portugal experimentó también el belicoso humor del ministerio: á ejemplo del duque de Módena, D. Miguel había ultrajado distintas veces la monarquía de julio, vengándose así personalmente de Luis Felipe, el cual no ocultaba sus buenas disposiciones en favor de D. Pedro y de la joven reina doña María. D. Miguel ejercía crueles represalias en los franceses establecidos en Lisboa, y Sauvinet, respetable negociante, fué víctima de las mas odiosas vejaciones. Una escuadra, mandada por el contra almirante Roussin, forzó la entrada del Tajo (11 de julio), y echó el ancla delante del palacio del rey, quien temeroso de que Lisboa se sublevara en favor de doña María á la vista de la bandera tricolor, se apresuró á conceder las reparaciones exigidas por el gobierno francés, brillante hecho de armas de la marina militar que Luis Felipe mencionó con no poco encarecimiento al abrir la legislatura el dia 23 de julio. El discurso de la corona, si bien dejaba «entrever la posibilidad de un desarme general,» usaba un lenguaje altivo y casi amenazador respecto de la Italia, de la Bélgica, de Portugal y de la Polonia: «He querido, decia el rey, asegurar á la Polonia cuyo valor ha despertado el antiguo afecto de la Francia, la nacionalidad que ha resistido á los tiempos y á sus vicisitudes,» solemnes palabras que hicieron creer en la salvacion de la Polonia, tanto mas cuanto que el embajador de Rusia no asistió á la sesion real. Luis Felipe, en su discurso, notable por la claridad y energía de su redaccion, negó indirectamente el programa de las Casas Consistoriales reduciéndolo á la simple ejecucion de la Carta «que es, decia, la monarquía constitucional con todas sus condiciones lealmente mantenidas, con todas sus consecuencias francamente aceptadas,» y concluía encerrando todas sus promesas en la frase histórica: *La Carta será en adelante una verdad*. Este discurso no satisfizo á los varios matices de la oposicion agrupados al rededor de Lafitte, á quien presentaron como candidato para la presidencia, y Girod de l'Ain, candidato ministerial, solo pudo alcanzar el triunfo por una mayoría de cinco votos. En vista de semejante resultado el gabinete aparentó retirarse, mas Luis Felipe no aceptó su dimision, y los acontecimientos se encargaron de hacer necesaria su permanencia en el poder hasta la solucion de los negocios de Bélgica y de Polonia. El dia 4 de

agosto anunció el rey de Holanda la apertura de las hostilidades contra los belgas, y al momento pasó la frontera un ejército francés á las órdenes del mariscal Gerard. «La paz de Europa turbada por la Holanda, leíase en el *Monitor*, será consolidada,» y en efecto, el príncipe de Orange, que se había apoderado ya de muchas ciudades y que marchaba contra Bruselas después de haber derrotado al ejército belga, empezó su retirada luego que supo la marcha de los franceses, pudiendo creerse con toda apariencia de verdad que la conferencia de Londres había permitido á la Holanda aquel simulacro de campaña para satisfacer su honor nacional, y que el papel de la Francia había sido convenido de antemano entre las partes interesadas. Aquella guerra de intervencion ó de no intervencion en la cual el ejército francés no llegó á disparar un tiro, dió por resultado inmediato hacer recobrar al ministerio la mayoría que se apartaba de él, y la cámara no vaciló en adoptar el sistema de política interior y exterior que formulára Casimiro Perier con estas palabras: *La Carta y la paz* (9 de agosto). Sin embargo, la cuestion de Polonia, tan popular en toda la Francia, se avenia muy mal con semejante sistema; en vano Casimiro Perier sostuvo que solo la actitud de la Francia había impedido la destruccion de la Polonia por los esfuerzos reunidos de las tres potencias que la rodean; en vano Sebastiani con el mapa en la mano demostró la imposibilidad de socórrer materialmente á la revolucion polaca; en vano Thiers, que se había constituido en elocuente campeón del gabinete, proclamó que aquel sistema había *granjeado* cuatro meses de paz á la patria; las almas generosas no podian olvidar que la Polonia estaba perdida. La Francia solo le había enviado médicos para cuidar sus coléricos, mientras que el emperador de Rusia, irritado por las derrotas de su feld-mariscal Diebitsch, precipitaba nuevos ejércitos contra el territorio polaco; y que la batalla de Ostrolenka (25 de mayo) empezaba para los intrépidos defensores de Polonia una série de sangrientos y gloriosos desastres, que debian dar por resultado la toma de Varsovia. Diebitsch había muerto repentinamente, y el mariscal Paskevitch, que fué su sucesor, encontró sus mejores auxiliares entre los miembros de la dieta y en el seno del gobierno polaco. La incertidumbre y vacilacion de Chlopicki habían dado sus fru-

tos; el generalísimo Skrzynécki fué destituido, y la anarquía reinaba entre el ejército y los poderes del Estado cuando los rusos pusieron sitio á Varsovia. La resistencia no se prolongó por mucho tiempo, pero fué digna de todos los actos de aquella guerra heroica; la capitulación de Varsovia, firmada por el general Krukowiecki, á quien la dieta acababa de investir con la autoridad dictatorial, puso fin á la revolucion de Polonia (7 de setiembre). Un mes antes la cámara de diputados habia adoptado un mensaje al rey, en el cual habia introducido Bignon esta explícita enmienda: «En las palabras de V. M. sobre las desgracias de la Polonia, la cámara se complace en ver una promesa que le es muy querida: la nacionalidad polaca vivirá.» Cuando llegó á París la noticia de la toma de Varsovia, Mauguin interpeló al ministerio acerca de la fatal catástrofe, pero Sebastiani, fiel á las costumbres de vacilacion que le hiciera tomar una política indecisa, contestó que el gobierno nada sabia, y que á la fecha de las últimas correspondencias el *orden reinaba en Varsovia*.

La destruccion de la Polonia era ya un hecho consumado, y el sentimiento nacional se indignaba de una paz á tanta costa conservada; la poblacion parisiense, conmovida por los infortunios de aquella noble nacion abandonada por el gobierno, dió á su dolor una voz amenazadora, y hubo grupos y demostraciones, á las cuales se mezcló un espíritu de desorden al que denunciaban sus gritos y provocaciones. La guardia nacional fué otra vez la conservadora de la tranquilidad pública, y mientras el motin se hacia un arma de la consternacion general, el ministerio tenia que defender de nuevo delante de la cámara el sistema de la paz á toda costa. Los debates que se empeñaron durante muchas sesiones en el terreno de la política extranjera, sirvieron para consolidar á los ministros y para asegurarles una suficiente mayoría; Thiers, cuyas palabras habian adquirido grande influencia en la asamblea, continuó apoyando al ministerio, procurando establecer que su sistema habia merecido bien del país; Guizot, cuya elocuencia aumentaba á cada nueva discusion, dijo que no pretendia defender al ministerio sino «atacar la política, las ideas, las intenciones y los actos de sus adversarios.» Desde aquel momento se hizo la lucha mas viva é implacable que nunca entre los dos partidos, el del *orden de cosas*

existente, y el de la oposicion carlista, bonapartista, liberal y republicano; este último solicitaba una sumaria acerca de la política extranjera, al paso que el otro rechazaba semejante medida como inútil é injuriosa, y doscientos veinte y un votos contra ciento treinta y seis decidieron que la cámara «satisfecha de las explicaciones dadas por los ministros y confiada en su solicitud en pro de la dignidad exterior de la Francia,» pasaba á la órden del dia. Tal fué la oracion fúnebre de la Polonia en la cámara de diputados, pudiendo desde entonces contar el ministerio con una mayoría que hacia de él, según expresion de Thiers, «un gobierno fuerte.» Esta mayoría no se estrelló contra el escollo del presupuesto, á pesar de que la promesa de un gobierno barato fuese singularmente sacrificada ante la triste realidad de los números: el presupuesto de 1831 ofrecia un total de mil ciento setenta y dos millones quinientos veinte y dos mil cuatrocientos setenta y cinco francos, viéndose obligado á confesar el ministro de hacienda que presentaba una cuenta mas que un presupuesto, pues dijo ser imposible hacerlo para 1831. Así pues el reinado de Luis Felipe se inauguraba con la agravacion de las cargas del Estado, y con un aumento de miseria pública.

Esta calamidad que hacia diaros progresos en proporcion á la decadencia de la agricultura y á los desastres del comercio, era atribuida por los economistas del poder á la agitacion política mantenida por las clases todas de la sociedad; reinaba generalmente una inquietud vaga, una falta de confianza que impedian el restablecimiento del crédito y de la prosperidad, y procurando el ministerio darse cuenta de las causas de la ansiedad pública, imaginó que procedia principalmente del temor de un cambio fundamental en la constitucion con motivo de la revision del artículo 23 de la Carta, relativo á la dignidad de par. La clase media veia con envidia el privilegio de sucesion de que gozaba la cámara de los pares, y aunque Casimiro Perier fuese incitado por su vanidad y su egoismo personales á desear un cargo de par hereditario, no vaciló en proponer la abolicion de la perpetuidad que consideraba sin embargo como elemento *esencial* de aquella dignidad. La ley que así lo disponia fué votada por una inmensa mayoría el dia 18 de octubre, y pasó luego á la cámara de los pares, donde fué tambien aprobada mer-

ced á una pr via creacion de treinta y seis nuevos miembros. Catorce antiguos pares protestaron con su dimision motivada contra una ley, que segun expresion del duque de Coigny habia sido inventada para *republicanizar el presente y despotizar el porvenir*. Los legitimistas perdian cada dia terreno en ambas cámaras; sus oradores se atrevian apenas   levantar la voz y   proclamar sus convicciones, y cuando se discutió de nuevo la proposicion del coronel Briqueville sobre el destierro perpétuo de los miembros de la rama primogénita de los Borbones (15 de noviembre), solo Martignac se levantó para combatirla: «Como! exclamó, despues de cuarenta años de revoluciones, de acciones y de reacciones contrarias, despues de tantos tronos rotos y otra vez levantados, despues de tantas restauraciones y usurpaciones, se nos habla aun de medidas eternas de destierro perpétuo!» Su noble discurso terminó con un desmayo, preludio de su próxima agonía; pero sus palabras no impidieron que se votase la ley de destierro, no solo contra los Borbones de la rama caida, sino tambien contra los miembros de la familia imperial. El gobierno no ignoraba que la duquesa de Berry anunciaba abiertamente su intencion de volver   Francia para reivindicar los derechos de su hijo   la corona, y sabia tambien las maquinaciones del partido carlista para agitar y conmover al pueblo. París se mantenia tranquilo en su superficie   lo menos despues de muchas conspiraciones frustradas, cuando el telégrafo participó la noticia de la insurreccion lionesa. El origen del formidable levantamiento de la clase proletaria limitábase al principio   una mera cuestion de salario; los trabajadores de seda pedian un aumento de jornal que los fabricantes les negaban. El prefecto intervino en la cuestion, hizo que ambas partes nombrasen delegados para tratar de los precios, y falló en favor de los trabajadores; su autoridad empero no logró que los fabricantes admitiesen la nueva tarifa, y entonces fué cuando los agentes carlistas y republicanos excitaron simultáneamente   los proletarios   apelar   la fuerza. El dia 21 de noviembre los habitantes del arrabal fabril de la Cruz Roja formaron una siniestra procesion,   la que precedia una bandera negra con el siguiente lema: *Vivir trabajando á morir combatiendo*; la guardia nacional disparó los primeros tiros contra la amenazadora columna;

suenan el toque de rebato en todas las iglesias; levántanse barricadas en todas las calles, y de las casas convertidas en ciudades cae una lluvia de proyectiles que hace retroceder á la guardia nacional y á la tropa de línea. El prefecto y el general Oudonnet han caído en manos del pueblo que los conserva en rehenes; los trabajadores combaten con desesperacion gritando: *Trabajo ó muerte!* y luego que se hubo dispersado la guardia nacional, el teniente general Roguet se ve obligado á abandonar la ciudad con las fuerzas de su mando. Dueño el pueblo de la poblacion, no acierta el empleo que ha de hacer de su victoria; el prefecto conserva entre los sublevados bastante autoridad para oponerse y contrarestar las maquinaciones carlistas y republicanas, y logra ganar tiempo hasta que el ministro de la guerra Soult y el duque de Orleans se presentan al frente de un ejército numeroso para restablecer en Lyon el gobierno del rey (28 de noviembre). El ministerio no tomó medida alguna para evitar la repetición de aquellos excesos populares, síntomas de un mal profundo, y resultado natural de los sufrimientos de la clase pobre; Casimiro Perier proclamó con aire triunfante que aquella insurrección no era *política*, y no halló para ella remedio mejor que la *rigurosa represion legal*.

En tanto una oposicion formidable atacaba al gobierno, y al paso que le reconvenia por ser infiel á su origen, por desconocer su verdadero carácter, y por impedir que diese sus frutos la revolucion de julio, el partido de la clase media consideraba por el contrario que las promesas de julio habian sido sobrepujadas, que importaba contener el torrente de la democracia, y que la Francia pecaba antes por exceso que por falta de libertad. En el exterior, la guerra parecia únicamente aplazada; en las principales plazas de Europa experimentaban los fondos repentinas variaciones efecto de la inestabilidad de las cosas; el comercio languidecia, y las discusiones que iban á abrirse en ambas cámaras acerca del presupuesto y de la dotacion real, no eran muy propias para restablecer la confianza.

La lista civil pedida no se hallaba sin duda en proporcion con las cargas que á la misma se imponian, y sin embargo intentaron reducirla los economistas de la cámara: Corcelles sostuvo que una renta decente junto con el goce de los dos palacios mas her-

mosos de la capital y de tres ó cuatro residencias reales en el campo, bastaban para asegurar á la corona una situacion honrosa superior á todas las fortunas privadas, y tambien al estado de la mayor parte de príncipes extranjeros. Marschal manifestó los inconvenientes reales del derecho de propiedad privada en los reyes; Thouvenel, exagerando los números, pretendió que la lista civil era en realidad de treinta y un millones, suma igual al producto de trescientos mil contribuyentes, pagando cada uno una cuota de veinte francos, al impuesto de diez ó doce departamentos, á la trigésima parte del presupuesto total de ingresos, y treinta y cuatro veces mas considerable que el presupuesto anual de instruccion primaria de la Francia entera; Dupont de l'Eure consideraba los palacios de recreo, tales como Saint-Cloud, Meudon, Fontainebleau etc., como un contrasentido bajo una monarquía popular, como un reflejo de falsa grandeza tomado de los tiempos del feudalismo; á estas objeciones mas pueriles y apasionadas que sólidas, contestó Montalivet considerando la cuestion bajo el punto de vista de la dignidad y del porvenir dinásticos: «Es preciso, dijo al concluir, que el lujo que constituye la prosperidad de los pueblos civilizados no sea desterrado de la habitacion del *rey de Francia*, pues lo sería en breve de la de sus *súbditos*...» A estas palabras estalló una de las mas violentas tempestades de interrupciones de que ofrezcan ejemplo las sesiones legislativas; en la izquierda, en la derecha y en el centro solo se oían estas palabras: *Al órden! al órden el ministro! Que se retracte! Desde la revolucion de julio no existen súbditos en Francia: no hay en ella sino ciudadanos!* El tumulto iba en aumento siéndole preciso suspender la sesion, y cuando Montalivet quiso continuar su discurso empezaron de nuevo los gritos y las interrupciones: «Somos *súbditos* de la ley y no de voluntad alguna individual.—Los ingleses son tan constitucionales como nosotros, y esto no obstante los miembros de la cámara de los comunes se titulan fieles *súbditos* del rey.—La palabra *súbdito* no se encuentra en la Carta.—Los *súbditos* quedaron sepultados bajo las barricadas de julio!» Por respeto al rey, Montalivet se negó no obstante á retirar las expresiones de que se habia servido, y al dia siguiente los diputados mas animados, teniendo á su frente á Odilon Barrot, redactaron contra las palabras *rey de Francia* y

súbditos del rey, una solemne protesta, que fué firmada por unos ciento sesenta miembros. Al verificarse tan frívola lucha, una tentativa concebida y realizada por la demencia conducía el día 4 de enero á las cinco de la tarde á un puñado de individuos oscuros á las puertas de Nuestra Señora; parapetados en los campanarios intentaron poner fuego á la iglesia y tocar á rebato, imaginando que á esta señal la población de París proclamaría en masa la república. La policía reprimió sin trabajo tan insensata empresa que sabía de antemano, y los debates de la cámara sobre la lista civil, agriados por Maignin, Salverte y Odilon Barrot, y restablecidos por el presidente del consejo en el terreno de la oportunidad y del honor, dieron al fin por resultado la cantidad de doce millones, sin perjuicio del millón concedido al príncipe real.

Durante aquellos debates, Luis Felipe, que tenía empeño en desmentir la reputacion de avaricia que iba unida á su nombre, daba bailes y festines donde las charreterías de lana de la guardia nacional figuraban junto á los uniformes del ejército, donde la simple tendera del Marais podia sentarse al lado de las princesas. El del 11 de enero fué brillante entre todos, asistiendo á él el emperador y la emperatriz del Brasil, su hija doña María, el enviado de Túnez, vestido á la oriental, y los hijos del conde de Appony con traje húngaro.

En aquel entonces organizaron los legitimistas una conspiracion, cuyo éxito fué tan desgraciado como el de todas las anteriores; durante la noche del 1.º al 2.º de febrero reuniéronse en tres partidas: la una en la plaza del Observatorio; la otra en la plaza de la Bastilla; y la tercera en la calle de Prouvaires, debiendo las tres reunirse cerca del Louvre, invadir las Tullerías por una verja del jardín que habia de serles franqueada, apoderarse de la familia real, y proclamar á Enrique V. Sin embargo, á las dos de la madrugada, la policía que se hallaba advertida hacia mucho tiempo, rodeó la casa de la calle de Prouvaires donde los jefes celebraban consejo, y se apoderó de sus personas á pesar de alguna resistencia, mientras que la fuerza armada dispersaba á los grupos reunidos ya en la Bastilla y en el Observatorio. Los legitimistas quedaron asombrados por el vigor del gobierno, los republicanos no sabian que decidir en vista de su firmeza, las

oposiciones todas le acusaban de arbitrariedad, y Casimiro Perier quiso distinguirse en el extranjero por uno de aquellos golpes que conmueven profundamente los ánimos é imprimen muchas veces á la política una direccion distinta. Los austriacos acababan de entrar por segunda vez en las Legaciones (28 de enero) para apoyar al gobierno pontificio, cuyas tropas habían dado una dura leccion á la guardia cívica de las ciudades de la Romanía; despues del combate de Cesena, aquella intervencion austriaca no podia tener importancia alguna, mas súpose de repente que mil quinientos soldados franceses, desembarcados durante la noche bajo los muros de Ancona, habíanse apoderado por sorpresa de aquella ciudad, y clavado en la ciudadela la bandera tricolor. Casimiro Perier habia hallado propicia ocasion para hacer que la Francia interviniera en Italia sin peligro, y aquella expedicion aprobada por las potencias aliadas, no dejó de producir algun efecto en la opinion pública; pero como no conducia ni podia conducir á nada, olvidóse en breve que estuviese Ancona ocupada por una guarnicion francesa, y la atencion del pueblo siguió la corriente de los acontecimientos diarios. La orden que mandó cerrar el templo San-Simoniano de la calle de Taibout; el incendio del arsenal de Brest; el suicidio filosófico de dos jóvenes escritores, Victor Escosse y Augusto Lebras; la sentencia dada sobre el testamento del duque de Borbon, objeto de tantos folletos, de tantos artículos y de tantas caricaturas contra Luis Felipe; las tentativas débiles y aisladas aun de los chuanes; las tumultuosas escenas del mediodía entre la guardia nacional, el populacho y el ejército, completan la crónica de los primeros meses del año. El terreno político vacila; por todas partes donde los pasos se dirigen tèmese pasar adelante, y el orden moral ofrece en Francia la triste imágen del orden físico en Italia, donde los temblores de tierra difunden el espanto y dispersan las poblaciones. En Carcasona, en Alais, en Pezenas, en Lunel, en Nimes, y sobre todo en Grenoble en medio de las fiestas del carnaval, suscitéronse riñas y sangrientas colisiones, prueba de una ardiente lucha de opiniones entre los ciudadanos.

Graves atenciones absorbian entonces los cuidados del gobierno; el cólera cuya aparicion era inminente, amenazaba de sarrollarse en París, y la administracion organizaba juntas

de socorros, aumentaba el número de hospitales, enseñaba los preservativos que habian de emplearse, y preparaba á la beneficencia pública para los sacrificios que imponen las grandes calamidades. El pueblo, en su fatal indiferencia, cuidábase muy poco de la epidemia y bailaba aun en las orgías de la *media cuaresma* cuando la mortandad habia ya triplicado. De repente cesa la obcecacion, y el azote aparece tanto mas terrible cuanto que se le vé de mas cerca y ha sido por mas tiempo desconocido. El día 1.º de abril, los traperos, perjudicados en el ejercicio de su industria por las medidas extraordinarias de limpieza prescritas por la autoridad, rechazan á los barrenderos, é imposibilitan durante dos ó tres dias la ejecucion de las disposiciones de higiene pública. Calmada aquella agitacion, la efervescencia de la multitud cambió de objeto, y circularon los mas absurdos rumores; afirmóse que algunos hombres infames habian formado el proyecto de arrojar sustancias venenosas en las mesas de los carniceros, en los toneles de los taberneros, en las vasijas de las lecheras, y hasta en los cubos de los aguadores; una imprudente proclama del prefecto de policia pareció confirmar aquellos rumores que el miedo aumentaba, que la ignorancia acogia como verdades, y creyendo el pueblo en una vasta conspiracion de envenenamiento tramada por la riqueza contra la miseria, no puso límites á su cólera y á su desconfianza. París presenció entonces sangrientas escenas que, coincidiendo con los crueles estragos de la epidemia, con el luto de las familias y con la consternacion universal, aniquilaron la industria, destruyeron el comercio, é hicieron el temor de la enfermedad tan terrible como la enfermedad misma. París se asemejaba á una ciudad de Oriente desolada por la peste; la mitad de la poblacion habia huido, y hubo hasta mil ochocientas víctimas en un solo dia. Los diputados, temerosos de los progresos del cólera que les dieztaba, precipitaron el término de la legislatura, y las cámaras se cerraron el día 21 de abril despues de aprobar el presupuesto.

La cámara llevaba consigo el pesar de haber perdido en digresiones políticas un tiempo precioso, de haber visto nacer y morir muchas proposiciones y proyectos mal estudiados, y de dejar al país agitarse en una larga crisis de incertidumbre. La Francia deseaba otra cámara, otro ministerio, otra ley electoral;

crefase que bastaba cambiar algunos hombres de Estado para restablecer á la revolucion de julio en sus vias naturales, y la idea del obstáculo que debia superarse no habia llegado aun hasta la persona del rey. El cólera, que en su marcha desastrosa heria diariamente á nuevas é ilustres víctimas, acababa de sentarse á la cabecera del conde de Argout, ministro de comercio, y de Casimiro Perier, presidente del consejo, y cansado Luis Felipe de las ideas de independenciam que manifestaba Perier, muchas veces con una franqueza poco cortesana, aprovechó el pretexto de su enfermedad para llamar á Dupin y ofrecerle la herencia del moribundo. Dupin se negó á aceptarla, y no pudiendo el rey verificar mas que una modificacion ministerial, dejó á Casimiro Perier el título de presidente, y dió á Montalivet la cartera del interior, y á Girod de l' Ain la de instruccion pública: esto equivalia á monopolizar en su favor la accion toda del gobierno absolviendo la responsabilidad del poder.

En toda la Francia, lo mismo que en París, reinaba entonces una tendencia casi general á la agitacion, á las luchas políticas, á las empresas aventureras. El dia 24 de abril la duquesa de Berry y muchos personajes de la antigua córte, entre los cuales se hallaba el mariscal Bourmont, embarcáronse secretamente en el vapor sardo *Carlos Alberto*, siguieron el Golfo de Génova, y esperaron en alta mar que una señal, dada desde Marsella, les anunciase que podian acercarse á la ciudad; mas la insurreccion preparada mucho tiempo antes, se frustró ante la imprevista resistencia del subteniente Chazal, quien hallándose de guardia en el palacio de justicia el dia 30 de abril, se apoderó de los principales conjuradores. El *Esfluge*, buque del Estado, enviado en persecucion del *Carlos Alberto*, lo remoleó hasta el puerto de Tolon, pero la duquesa y Bourmont no se encontraban ya en él. La duquesa que habia desembarcado la víspera en la costa accidental de Marsella, á donde la condujera una lancha pescadora, atravesó tranquilamente la Francia, acompañada del mariscal, y llegó á los departamentos del oeste mientras se la creia á bordo del *Carlos Alberto*; una de sus camaristas, Matilde de Besu, que tomaba el nombre de *Rosa Stagliano viuda de Ferrari*, y que se empeñaba en ocultar su rostro, engañó á la policia, y habiase ya conducido al *Carlos Alberto* al puerto de Ajaccio con intencion de trasladar

á Escocia á la ilustre prisionera, cuando el error fué conocido: el *Carlos Alberto* volvió á Tolon llevando á la supuesta viuda de Ferrari, al marqués de Saint-Priest, á Bourmont, hijo, á Kergolay hijo, á Sala, oficial de la guardia real y á otros ardientes legitimistas, cuya causa debia instruirse ante el tribunal del Loire. Casi al mismo tiempo manifestáronse en distintos puntos del reino otros movimientos tumultuosos, nacidos de la política, del malestar general, de la carestía de los víveres y del cólera, y si París permanecía tranquilo, la calma que allí reinaba era la de la consternacion y de la muerte: el cólera no cesaba en sus estragos, y Casimiro Perier habia sucumbido dejando viuda á la Francia de una de sus mas elevadas inteligencias políticas, y privando al trono de uno de sus mas sólidos apoyos. La oposicion creyó llegado el momento de manifestarse unida y fuerte, y en 22 de mayo treinta y nueve diputados, reunidos en la casa de Lafitte, nombraron una comision para que redactase una memoria acerca de la conducta que ellos y sus colegas habian observado durante la última legislatura, junto con un programa explicativo de sus deseos, de sus quejas y de sus principios. «La restauracion y la revolucion, decia, se hallan una delante de otra; otra vez empieza la antigua lucha que creimos terminada, y ha llegado el tiempo en que el gobierno ha de tomar un partido: la equívoca posicion que ha tomado no puede conservarse, pues no le da ni las fuerzas de la restauracion, que es irreconciliable ni las de la revolucion que se irrita y desconfia.» El palacio no pareció prestar grande atencion á semejante acto por su naturaleza muy grave, y mientras el príncipe Real, con sus afables modales y sus palabras llenas de buen sentido, procuraba en el mediodía conciliar los ánimos y enterarse de los votos de los pueblos, Luis Felipe, únicamente ocupado en intereses personales, negociaba el matrimonio de su hija primogénita, Luisa, con Leopoldo rey de los belgas. Aquella alianza que era la de las dos coronas, pero no la de los dos países, fué resuelta en el viaje que hizo Leopoldo al palacio de Compiègne, donde se halló reunida la familia real desde el 29 de mayo al 1.º de junio, dia en que Luis Felipe volvió apresuradamente á Saint-Cloud, no tanto para calmar á la oposicion irritada como para hacer frente á las tramas legitimistas, objeto entonces de

sus principales inquietudes. Sabíase que el mariscal Bourmont y el general Clouet se hallaban en la Vendée; habíanse encontrado proclamas firmadas por *María Carolina, regente de Francia*, que prometían á los campesinos una disminución de contribuciones en caso de tomar las armas para defender los derechos de Enrique V; cuatro departamentos, el del Maine y Loire, el de la Vendée, el del Loire inferior, y el Dos Sevres formaban el teatro de la guerra civil que la duquesa alentaba con su presencia. «Allí importa cercarla y prenderla,» decía el ministro del interior en su dictámen al rey, y en 3 de junio, un real decreto declaraba en estado de sitio aquellos departamentos.

Los funerales del general Lamarque, muerto en 1.º de junio, dieron lugar á una imponente demostración que no tardó en convertirse en asonada. Oyense numerosos gritos de *viva la república!* *¡muera Felipe!* *¡muera los Borbones!* El general Lafayette es llevado en triunfo por una turba desenfrenada; la tropa es provocada á pedradas, y algunos miembros de las sociedades secretas disparan contra ella sus fusiles. El terror se hace universal; ciérranse las tiendas; los amotinados rompen los faróles, levantan las piedras de las calles, desarman á algunas guardias, y procuran tomar posiciones estratégicas á lo largo del Sena. En pocas horas la insurrección se había apoderado del polvorin de Deux Moulins; habíase extendido hasta el banco de Francia; tenía en su poder todas las barreras de la orilla derecha y dominaba en las calles del Temple, de San Martín, de San Dionisio, de Montmartre, de Fossés-Montmartre y de Petit-Reposoir, erizadas de barricadas. En la orilla izquierda, los insurrectos victoriosos por un momento, retrocedían ante las cargas de dos escuadrones de carabineros que barrieron los alrededores del Panteón, la calle de Santiago, las cercanías del Jardín de Plantas y el puente de Austerlitz, donde la guardia nacional no había podido sostenerse. El rey salió aquella noche de Saint-Cloud para las Tullerías, siendo acogido con grande entusiasmo; ofase sin cesar el toque de llamada, la guardia nacional corría á reunirse, las guarniciones inmediatas enviaban considerables refuerzos de tropas; la autoridad empezaba á rehacerse y á recobrar el terreno que perdiera; los bulevares se hallaban libres, los facciosos se veían lanzados sucesivamente de Santa Pelagia, de

la Prefectura de policía, del Banco, de la Casa de Correos y de las Casas Consistoriales; pero no sin trabajo pudo triunfarse de su obstinada resistencia en la plaza de la Bastilla. Durante la noche fueron destruidas las barricadas que cerraban las grandes calles centrales, y encerróse al motin en el arrabal de San Antonio; á las siete de la mañana el general Schramm tomó á la bayoneta las últimas barricadas de la plaza de la Bastilla, mientras que la caballería del general Lawestine acuchillaba cuanto se oponia á su paso desde la puerta de San Martin al puente de Austerlitz. Los insurrectos solo contaban con la posicion de Saint-Mery, especie de campo atrincherado, formado por las calles de San Martin, de Aubry-le-Boucher, de Arcis y de Planché-Mibray, fortificadas de un modo formidable y defendidas con heroico valor por un reducido número de combatientes, que sostuvieron durante todo el dia un verdadero sitio. La tropa se abrió paso á cañonazos, y la rebelion fué ahogada en su postrer asilo; los defensores del órden público tuvieron cuatrocientos hombres fuera de combate entre muertos y heridos, y no fueron menores las pérdidas de los sublevados. La autoridad civil no permanecía inactiva mientras la militar combatia: embargaba las prensas del *Cuotidiano*, del *Correo de Europa*, de la *Tribuna*; suspendia la publicacion del *Nacional*, del *Correo francés*, del *Corsario* y del *Diario de comercio*, y encarcelaba á mil doscientas ó mil quinientas personas, entre ellas á Armando Carrel, á Cabet, á Laboissiere y á Garnier Pagés. Al llegar á Saint-Cloud, Luis Felipe habia firmado la disolucion de la escuela politécnica, de la escuela veterinaria de Alfort, y del cuerpo de artillería de la guardia nacional, y decretó el estado de sitio de la capital. El gobierno, no solo se hacia con armas prontas y terribles contra la demagogia, sino que queria tenerlas para herir mejor al partido legitimista, en una época en que los insurrectos de la Vendée, á las órdenes de Charette, Cathelineau y Larochejaquelein, nombres célebres en los fastos de la guerra civil, recibian las instrucciones de una junta directiva que parecia tener en París su principal centro. Berryer, Hyde de Neuville, Chateaubriand y Fitzjames fueron encarcelados, mas debieron ser puestos luego en libertad al no encontrar contra ellos cargo alguno que pudiese ser objeto de una acusacion criminal. Los pe-

riódicos, oponiendo la misma Carta á las confusas leyes de la república, del consulado y del imperio acerca del estado de sitio, defendían la absoluta incompatibilidad de dichas leyes con el claro y preciso artículo de la constitucion de 1830: *Nadie puede ser juzgado sino por sus jueces naturales*, y atacaban la competencia de la jurisdiccion excepcional de los consejos de guerra, cuyos fallos no fueron confirmados por el tribunal de Casacion; el gobierno, obligado á inclinarse ante la jurisprudencia de un tribunal soberano, depuso en 30 de junio los extraordinarios poderes de que se habia investido al declarar á París en estado de sitio, pero se los reservó para servirse de ellos en la guerra civil del oeste, que podia considerarse ya como terminada, merced á la energía de los generales Solignac, Oudinot y Darmancourt. Los incendios, los robos, los asesinatos eran, empero, consecuencia natural de la dispersion de las bandas, y durante mucho tiempo aun fué teatro la Vendée, aunque pacificada, de las mas dolorosas escenas. La duquesa de Berry se hallaba todavía oculta en las provincias que su presencia fanatizaba, pero la policia la acosaba de cortijo en cortijo, y Luis Felipe solo esperaba el momento de destruir con un solo golpe la legitimidad de Enrique V perdiendo á su madre. Todo sucedia segun los votos de la casa de Orleans, y la Providencia parecia hacerse su cómplice: el duque de Reischadt murió en Viena en 24 de julio de una enfermedad de consuncion.

Varios meses trascurrieron sin que los tribunales del reino cesasen de resonar con los debates relativos á insurrecciones legitimistas y republicanas. Para asegurar á la justicia su plena libertad de accion, evocábase la causa ante un tribunal apartado del lugar en que se habia cometido el crimen; así la causa de los desórdenes de Grenoble fué juzgada en Bourg, y la referente á los sucesos de la Vendée en Blois. Las diligencias formadas en París contra la prensa con motivo de las jornadas del 5 y del 6 de junio, habian sido separadas de las demás instruidas sobre los hechos materiales de la insurreccion, medida muy favorable para los periódicos, pues todos excepto el *Corsario* fueron absueltos por el jurado. Entonces, el San-Simonismo, fantasma filosófico que crecia diariamente sin echar raíces en la sociedad, caia herido de muerte bajo el golpe de una con-

dena correccional, que dejaba subsistir algunas dudas de inmoralidad sobre sus principales apóstoles, y privábase el derecho de asociacion á la reunion de *Amigos del pueblo*, representada por Raspail, su presidente, y por Trelat, Godofredo Cavaignac, Roche y sus miembros mas influyentes. Las diligencias judiciales ponian en relieve la existencia de un vasto sistema de propaganda legitimista, y la accion profunda de las sociedades secretas republicanas, si bien en cada causa solo aparecian nombres oscuros, detrás de los cuales se ocultaban sagazmente los jefes de las conspiraciones. En medio de tantas y tan diversas agitaciones, y á pesar de la recrudescencia del cólera que, despues de disminuir en junio, habia cobrado nueva intensidad á mediados de julio, observábase en todos los ramos una sensible mejora en los intereses materiales del país; la crisis mercantil parecia tocar á su término; la industria fabril se reanimaba; los derechos de aduana habian aumentado de un modo considerable; la exportacion aumentaba en iguales proporciones; la navegacion mercante tomaba un satisfactorio vuelo; cobrábanse sin obstáculo las contribuciones; la agricultura contaba con una abundante cosecha y el crédito público se robustecia. Así fué como la casa de Rotschild aceptó á noventa y ocho francos cincuenta céntimos un empréstito de ciento cincuenta millones, al tiempo que se hacian los preparativos de boda entre la hija primogénita de Luis Felipe, Luisa Maria de Orleans, y Leopoldo, rey de los Belgas. La ceremonia religiosa verificóse en el palacio de Compiègne el dia 9 de agosto, siendo celebrada segun el rito católico por el obispo de Meaux, y por el pastor Goëpp, segun el rito de la religion reformada. Aquella alianza, al hacer mas íntimas las relaciones de la Francia con la Bélgica, dió á las negociaciones en favor de la independenciam belga una nueva actividad, mayormente cuando eran apoyadas por una escuadra francesa en Cherburgo, por una escuadra inglesa en Spithead y por un ejército de cincuenta mil hombres dispuesto á pasar la frontera á la primera señal. La Holanda no parecia pronta á retroceder: creíase que serviria de vanguardia á una secreta coalicion de las potencias del norte, pero esto no obstante reinaba una confianza general desde el momento en que se sabia el acuerdo de la Francia y de la Inglaterra. Una lucha de

otra clase, una lucha de carteras ministeriales, absorbía entonces la atención pública casi tanto como la lucha de protocolos y de armas; el ministerio no podía vivir por más tiempo; presentábase su próximo fin, y veinte veces intentó Luis Felipe resucitarle por medio de modificaciones; su deseo habría sido nombrar á Dupin mayor presidente del consejo, pero Dupin solo quería á colegas de su elección, y fué preciso ceder ante su resistencia y confiar al mariscal Soult la presidencia de su nuevo gabinete, llamando al duque de Broglie á los negocios extranjeros, Ahumaun á la hacienda, á Thiers al interior, y á Guizot á la instrucción pública. Barthe conservó los sellos, Rigmy la marina, Argout el comercio y las obras públicas, y en cuanto á los tres ministros dimisionarios, contentóse Montalivet con la intendencia general de la lista civil, y el baron Louis y Girod de l'Ain con el ingreso en la cámara de los pares, que se aumentó aquel mismo día con sesenta nuevos miembros, entre los cuales solo dos, el mariscal Gerard y Bertin de Vaux, pertenecían á la cámara de diputados. Tal fué el ministerio de 11 de octubre, llamado una *segunda edicion revisada pero no corregida del ministerio de 13 de marzo*, contra el cual los periódicos de la oposición se habían pronunciado antes con tanta violencia. Una polémica, no menos viva y pasando de las cosas á las personas, trabóse de nuevo entonces entre los periódicos adictos al poder y los de oposición legitimista ó republicana; Broglie y Guizot, calificados de *doctrinarios*, eran reputados imposibles en aquellas circunstancias, y buscábanse en su pasado actos, escritos ó palabras en contradicción con el papel político que habían aceptado. Por primera contestación, á aquellas ofensivas insinuaciones, estableció el gabinete la cátedra de ciencias morales y políticas del Instituto, creó una comisión encargada de elaborar el trabajo de organización de las colonias y de los comicios agrícolas, instó la conclusión de los negocios belgo-holandeses, y esperó á pié firme la legislatura que debía abrirse en 19 de noviembre. Sin embargo, antes de su apertura dos graves acontecimientos pusieron al gabinete en la necesidad de una doble iniciativa: por una parte la duquesa de Berry, vendida por un miserable israelita llamado Dutz á quien colmara de favores, era presa en Nantes, siendo luego trasladada á la ciudadela de Bla-

ye; por otra negábase el rey Guillermo á retirar sus tropas de las plazas que ocupaba, y que habria debido restituir al rey de los belgas conforme á un tratado firmado en Lóndres por Tallyrand y lord Palmerston, y esto hizo que se confiscaran los buques holandeses en los puertos de Inglaterra y Francia mientras que bloqueaba la Holanda una escuadra anglo-francesa, y que el ejército francés, á las órdenes del mariscal Gerard, penetraba en Bélgica el día 15 de noviembre y dirigíase á poner sitio á la ciudadela de Amberes. Dos hijos del rey, los duques de Orleans y de Nemours, asistían personalmente á aquella expedición autorizada por la diplomacia europea.

La apertura de las cámaras, verificada por decirlo así entre el estrépito de la artillería que bombardeaba á la plaza enemiga, fué acompañada de emociones tanto mas vivas cuanto que al dirigirse al palacio de Borbon, Luis Felipe acababa de librarse de una tentativa de asesinato. Un desconocido, colocado al pié del Puente Real, cerca de la calle de Bac, disparó contra el rey un pistoletazo que no le alcanzó, si bien pretendióse por la oposicion que aquel simulacro de atentado emanaba de la policia, y habia sido concertado de antemano entre Luis Felipe y su ministerio. La presidencia de la cámara, conferida á Dupin por doscientos treinta y cuatro votos entre trescientos setenta y seis votantes, manifestó la impotencia de la oposicion que confirmaron luego los debates del mensaje. Justo es decir empero que se prestaba muy poca atencion á las discusiones legislativas, pues la cuestion capital del momento se debatía á cañonazos en las orillas del Escalda. En el territorio comprendido entre el Rhin, el Mosella y el mar del Norte, hallábanse reunidos cuatrocientos mil hombres armados pertenecientes á cuatro naciones distintas y deseosos de llegar á las manos, á saber: ciento veinte mil holandeses, cien mil belgas y ochenta mil prusianos acampados á lo largo del Mosa; setenta mil franceses delante de la ciudadela de Amberes, y cuarenta mil soldados de la misma nacion escalonados en el Mosella. En 29 de noviembre habian terminado los preparativos del sitio bajo la direccion del general de ingenieros Haxo y del de artillería Neigre; el día 30 abrióse la trinchera, y el día 4 ochenta y dos piezas de grueso calibre empezaron á batir las murallas de la ciudadela, defendida por baterías for-

midables y por cinco mil hombres de excelentes tropas bajo el mando del general Chassé. Fué aquel un bombardeo sin igual en la historia por la prodigiosa actividad que desplegaron los sitiadores en las obras de trinchera y en el servicio de las piezas á pesar de las dificultades del terreno, convertido por las lluvias en una inmensa laguna. El día 23 el general Chassé no podía ya sostenerse en medio de las ruinas de sus baluartes, y capituló sin esperar el asalto, mientras que la escuadra holandesa operaba en su socorro una diversion en el Escalda, é intentaba contra la ciudad un vigoroso aunque inútil ataque. Durante aquel sitio memorable todas las armas habian rivalizado en valor, en abnegacion y en destreza: en veinte y cuatro dias y veinte y cinco noches abriéronse catorce mil metros de trinchera, é hizo la artillería sesenta y tres mil disparos. En Argelia los soldados franceses se mostraban dignos émulos de los vencedores de la ciudadela de Amberes; dos simples capitanes Armandy y Joussouf se habian apoderado de la importante plaza de Bona (25 de marzo), que el general Uzer tuvo que defender enseguida contra los impetuosos ataques del antiguo dey; el general Boyer contuvo en Orán las hostiles disposiciones de las tribus vecinas; el general Faudos habia aterrorizado á las nómadas poblaciones de los alrededores de Argel, y en tanto la capital se poblaba y embellecia bajo el gobierno del duque de Rovigo que era una especie de virey en aquella ciudad turca y árabe trasformada en francesa. Así pues la gloria de las armas, las esperanzas de la paz, un bienestar desconocido desde Julio, señalaran el término del año 1832; Luis Felipe podia hallarse satisfecho de sus ministros, y solo para experimentar y utilizar mejor las cualidades especiales de cada uno, sacó al conde de Argout del departamento del comercio para confiarle la cartera del interior, haciendo pasar á Thiers desde el interior al comercio.

En medio de los elementos de discordia que agitaban todavía á la Europa, la calma renacia en Francia; con la calma, la industria; con la industria, el comercio; y con el comercio la prosperidad general. El día 5 de enero, el rey, acompañado de los duques de Orleans y de Nemours y del príncipe de Joinville, salió al encuentro del victorioso ejército vencedor de Amberes, para

distribuirle las recompensas que habia merecido; visitó luego Copiegne, San Quintin, Maubeuge, Valenciennes, Lilla, Douai, Arras, Peronne, y las poblaciones le recibieron con regocijo como el símbolo viviente de un régimen de orden y de conciliación. No se vieron empero los trasportes de entusiasmo que cinco años antes habian acompañado el viaje triunfal de Carlos X pues desde Julio la monarquía habia perdido mucho en la opinion al perder su prestigio de legitimidad y de religion social. La cámara de diputados obró por lo tanto cuerdamente pronunciando la órden del dia sobre las peticiones relativas á la duquesa de Berry, la que á pesar de la ley de destierro, permanecía colocada fuera del derecho público y del derecho de gentes; Sapey, secretario de la comision, y los ministros Broglie y Thiers invocaron en favor de la princesa el privilegio de un régimen excepcional, no queriendo hacer incurrir al gobierno en la odiosidad de una sentencia ni en el desaire de una absolucion judicial: «Para una familia que ha reinado, dijo Thiers, no puede existir juicio; en los tiempos de barbarie ó de pasiones políticas no se juzga á los príncipes, se les inmola; en los tiempos de generosidad y de civilizaci6n como el nuestro, se les reduce á la imposibilidad de dudar.» Cincuenta ó sesenta diputados, teniendo por órgano á Odilon Barrot, fueron los únicos en combatir la órden del dia; el ministerio se mostraba sagaz al aparentar ser generoso, y la cámara le dejó libre de disponer á su arbitrio de la augusta encarcelada. Los ministros no fueron menos felices en el luto conmemorativo del 21 de enero consagrado por una ley, cuya derogacion fué votada por la cámara de diputados; este punto habia sido causa de una diferencia entre ambas cámaras, pues si bien las dos reclamaban en la nueva ley la expresion de un doloroso sentimiento contra la sentencia de Luis XVI, diferian de parecer acerca de la expresion misma; Villemain propuso por fin la redacci6n siguiente que fué adoptada: «La ley de 19 de enero de 1816, relativa al dia funesto y para siempre deplorable del 21 de enero, queda derogada.» Así terminó el mismo dia del cuadragésimo aniversario de la muerte de Luis XVI una discusion que avivaba pasiones mal extinguidas, que amenazaba hacerse insoluble, y de la cual se aprovechaban los partidos para eternizar la discordia. En me-

dio de los debates de la cámara exhaláronse nobles y generosos sentimientos respecto de la duquesa de Berty; algunos diputados reclamaron su libertad, pero casi al mismo tiempo corrió el rumor de su embarazo, noticia que, rechazada como infame por los legitimistas, preocupó los ánimos y agitó la prensa. El *Noticiero*, periódico ministerial que con pérvida intencion había anunciado la marcha de los doctores Orfila y Auvity, encargados de examinar en Blaye *una importante cuestion de medicina legal*, acreditó las harto fundadas sospechas, y como en la edad media, vióse un cambio de provocaciones entre los legitimistas y los republicanos. Armando Carrel escribió en el *Nacional*: «Ha llegado el momento de probar la famosa alianza carlo-republicana. Digan los *caballeros-sirvientes* cuantos son, veámonos una vez, y no se hable ya mas de ella. Seguros pueden estar de que reclamemos el auxilio de los hombres del *justo medio*.» A estas palabras escuelas, sociedades populares, todo se conmovió y quiso echar mano á la espada; doce legitimistas retaron á doce adversarios salidos espontáneamente de las redacciones del *Nacional* y de la *Tribuna*, siendo Armando Carrel y Roux-Laborie los primeros que bajaron á aquel palenque singular único en la historia moderna. En él corrió una sangre generosa sirviendo de expiacion inútil á las injurias de los partidos y de advertencia saludable al poder; por fin dejóse oír la voz de la razon; las espadas, desnudas ya, volvieron á la vaina, y las masas lanzadas como una máquina de guerra contra las prensas legitimistas se replegaron á sus arrabales. Luis Felipe de regreso á París desde el 20 de enero dirigía por sí mismo el proyecto de un escándalo que debía comprometer profundamente la causa de la rama primogénita, deshonorando tambien á la rama segunda, y en 29 de febrero leíanse en el *Monitor* las siguientes palabras: «El viernes 22 de febrero á las cinco y media, la señora duquesa de Berry entregó al general Bugeaud, gobernador de la ciudadela de Blaye, la declaracion siguiente: «Obligada por las circunstancias y por las medidas ordenadas por el gobierno, creo deberme á mí misma igualmente que á mis hijos, á pesar de los graves motivos que me asistian para conservar oculto mi enlace, el manifestar que me casé secretamente durante mi permanencia en Italia. MARÍA CAROLINA.» La infortunada víctima

de aquella real tortura dirigió al mismo tiempo á su caballero de honor, el conde de Mesnars, esta dolorosa revelacion, en la cual se traslucen los crueles sufrimientos de su alma. «Paréceme que voy á morir al deciros lo que sigue, pero es preciso: Infinitas vejaciones, la órden de dejarme sola con espías, la certeza de no salir de aquí hasta el mes de setiembre me han decidido á declarar mi matrimonio secreto.»

Así pues, las temeridades de la guerra civil, respetables quizás en una madre, reivindicando la corona para su hijo, perdió en su carácter bajo el oscuro velo de un enlace clandestino; la mujer habia reemplazado á la heroína. Mas conmovida que admirada, la Francia mostró una respetuosa piedad hácia la encarcelada de Blaye, é hizo caer sobre Luis Felipe la imprudencia de un escándalo de familia, que si podia ser favorable á una mezquina política de circunstancias, comprometía gravemente para el porvenir á la majestad real; nadie pudo considerar sin compasión los tormentos morales impuestos á una enemiga vencida; para los hombres de corazon de todos los partidos nada justificó las extraordinarias precauciones tomadas por el ministerio para hacer mas evidente á los ojos de la Europa la especie de degradacion que iba á sufrir la madre de Enrique V, y si el rey echó en olvido que la duquesa de Berry era su sobrina, la Europa no podia olvidarlo. Los debates de las cámaras perdian mucho de su interés ante un hecho tan capital bajo cuya presion debia humillarse el partido legitimista; la atencion pública no abandonaba las murallas de Blaye sino para enterarse de las decisiones de los tribunales en la infatigable cruzada que sostenia la prensa contra las leyes de opresion. Una *memoria* de Chateaubriand *sobre el cautiverio de la duquesa de Berry*, y un *discurso* pronunciado con motivo de aquel escrito ante el ilustre publicista por el jóven Thomas en nombre de las Escuelas, habian tomado en manos del procurador Gacerol los caracteres de un atentado contra el gobierno, y en 27 de febrero el vizconde de Chateaubriand, acompañado del jóven Thomas, se sentaba en el banco del tribunal de *Assises* protegido por su inocencia y por su gloria. Toda la aristocracia parisiense se encontraba allí como para participar de su suerte, y no debia buscarse la verdadera justicia en los sillones de los jueces, sino entre

el entusiasta auditorio que aceptaba la solidaridad de una causa individual, elevada á las proporciones de una causa nacional. Berryer invocó con elocuencia la libertad de las opiniones, y levantándose luego Chateaubriand añadió á los discursos de los defensores unas palabras que produjeron profunda sensacion. «Me encuentro aquí, dijo, para protestar con mi presencia en favor de la libertad que en mí se ha violado... En nadie reconozco el derecho de impedirme usar de la libertad de imprenta como hombre de corazon y de valor que sustenta los principios que toda su vida ha defendido!» Despues de dos horas de deliberacion, el jurado pronunció un veredicto de no culpabilidad, la muchedumbre se dispersó con reprimida emocion, que se convirtió en aclamaciones á su salida del palacio. Esta derrota no fué la única del mismo género experimentada por el ministerio público: dos estudiantes, acusados de haber atentado contra la persona del rey y comprometidos en la causa del pistoletazo del Puente Real, fueron absueltos (11 de marzo); una conspiracion legitimista tramada en Provenza por el vizconde de Saint-Priest, por los condes de Kergorlay y de Mesnars y por otros personajes de la antigua nobleza, fué declarada imaginaria por el jurado de Montbrison á pesar de ser tan positiva como la insurreccion del Oeste que el jurado de Orleans habia antes absuelto contra todas las reglas de la evidencia, en la persona del marqués de Bibrac. Tambien fué una absolucion el resultado de las causas entabladas contra las sociedades ilegales de los *Amigos del pueblo* y de los *San Simonianos*; mas los jurados se mostraron algo mas severos con otra asociacion política, la *de los derechos del hombre*, que tomaba una extension amenazadora.

La legislatura continuaba en medio de aquellos episodios judiciales. El presupuesto de 1833 ofrecia un total de mil ciento treinta y dos millones seiscientos veinte y seis mil seiscientos diez y ocho francos, y como el total de las contribuciones y de las rentas accesorias no excedia de novecientos sesenta y seis millones seiscientos treinta mil francos, quedaban en descubier- to ciento sesenta y siete millones realizables por medio de ventas de bosques ó de negociaciones de rentas. Esto no impidió que Lafitte presentase el crédito público bajo un aspecto muy favorable, y despues de defender á la caja de amortizacion de los ataques de

que era objeto, anunció un proyecto de ley orgánico sobre esa institución de prevision rentística. Tratábase entonces de modificar el ministerio, mas el rey se limitó á nombrar al conde Sebastiani ministro sin cartera, lo que era consecuencia de los asuntos de Oriente y de la confianza personal del rey en su ex-ministro de relaciones extranjeras mas que resultado de un cálculo dirigido á robustecer á la mayoría de la cámara, mayoría dócil que marchaba siempre unida y compacta. La legislatura terminaba; pero antes de satisfacer la impaciencia de reposo manifestada por los diputados, abrióse en 26 de abril sin discurso de inauguración una nueva legislatura bajo la presidencia de Dupin mayor; dos leyes fundamentales, la una sobre instruccion primaria, y sobre las atribuciones municipales la otra fueron las primeras en ser colocadas en la órden del dia, mientras se discutian en la cámara de los pares la ley de expropiacion por causa de utilidad pública y la ley sobre la organizacion de los consejos de departamento y de distrito. El empréstito griego, la ley de amortizacion, la votacion de un crédito de cien millones pedido por Thiers para ser aplicado á obras de utilidad pública, y otros proyectos rentísticos que granjearon á aquella corta legislatura el nombre de *pecuniaria*, dejaron apenas tiempo para la discusion del presupuesto, el cual, reducido por la cámara de diez y siete millones, fué adoptado por doscientos treinta y siete votos contra noventa y cuatro. Algunos penosos incidentes habian entorpecido por desgracia el curso de las discusiones, mezclando con ellas ciertas personalidades extraparlamentarias: Bignon se encerró á lo menos en los verdaderos límites de la polémica oratoria cuando dijo á los ministros: «Ha de ser para vosotros una triste celebridad el haber estado al frente de nuestros negocios en el momento en que Constantinopla habrá visto á los rusos por la primera vez!» frase acusadora que tuvo mas eco y causó mayor sensacion que el violento discurso del coronel Briqueville contra los manejos administrativos del mariscal Soult. La cámara exigió que se insertase textualmente en el acta la refutacion de aquellas difamatorias palabras hecha por el mariscal Lobau, pero esto no pudo impedir el duelo obligado entre el ofensor y el marqués de Dalmacia hijo del ofendido. Algunos dias despues cerrábase la legislatura (26 de junio), de-

jando en suspenso varios trabajos importantes que no habian podido sufrir todas las pruebas legislativas; y eran: el presupuesto definitivo de 1831, un crédito de veinte y cinco millones destinado al pago de la deuda pública, la ley sobre el desagüe de los pantanos propuesta dos veces por Lafitte etc. Por fin se salia del estado provisional, habíanse evitado los peligros de la política militante sin ninguno de los vivos trastornos que llevan consigo un cambio de sistema, y la mayor parte de los diputados se retiraban con la conciencia de haber cumplido lealmente su mandato.

Hemos dejado á la infeliz duquesa de Berry bajo el manto conyugal del conde Hector Lucchesi Palli, gentil-hombre de cámara del rey de las Dos Sicilias, dando á luz una hija (10 de mayo) en presencia de sus carcéleros, y salir de una prision arbitraria donde vivia hacia seis meses sin mas compañeras que la vergüenza y la amargura. El interés nacional empero ha abandonado el lecho de tormento de la prisionera de Blaye para agitarse al rededor de las fortificaciones que se levantan en torno de París á los que ha dado el pueblo el nombre de *Bastillas*; aquellos fuertes destacados, cuya construccion se háce á despecho de un voto de la cámara que la aplaza, son respetados por la oposicion como resultado de una idea de desconfianza y hostilidad contra los habitantes de la capital, y no de una idea de patriotismo contra los enemigos exteriores. Amenazadoras protestas dirigidas á los parisienses desde diferentes puntos de Francia les excitan á la resistencia y á la rebelion; la guardia nacional se divide en dos campos; las sociedades secretas se liberan; la prensa hace presagiar la tempestad; el pueblo murmura y habla de bajar armado á la calle, y la proximidad del aniversario de julio agrava mas que la situacion. El ministerio tuvo miedo, y el dia 23 leíase en el *Monitor* «que la administracion, aceptando las consecuencias del aplazamiento votado por la cámara, habia mandado suspender los trabajos de los fuertes destacados,» y que para continuarlos ó cesar en ellos de un modo definitivo esperaria una nueva decision de las cámaras. Estas promesas ocultaban un lazo: queríase atravesar los aniversarios de Julio que París veia acercarse con creciente ansiedad, y fueron tales las precauciones de la policía que pasaron aquellos tres

días sin desórdenes graves, á pesar de los gritos de alarma proferridos por los adversarios del gobiernó. Una ovacion imperial distrajo muy oportunamente al pueblo; Napoleon recobró su lugar en la columna de Vendome, y cuando cayó el velo que cubria á la estátua, ejecutada por Seurre, salió de todos los labios un murmullo universal de satisfaccion, y la mágia de un gran recuerdo reproducido en bronce borró por un instante el sentimiento de penosas realidades. Al mismo tiempo los triunfos del ejército francés en Africa, la toma de Mostaganem, la ocupacion de todos los puntos militares desde Argel hasta Oran, y la conquista del puerto de Bugía parecian ser el lejano eco de las aclamaciones guerreras que se habian dejado oír al pié de la columna; los generales Desmichels y Frezer, lo mismo que el almirante Parceval-Deschenes se habian distinguido en aquellas expediciones, y habian encontrado un adversario digno de ellos en el emir de Mascára, Abd-el-Kader, el cual secundado por el dei de Constantina predicaba la guerra santa á los beduinos de la Argelia.

En tanto que los ministros se dedicaban con laudable actividad á la aplicacion de las medidas generales de órden administrativo, decretadas en la última legislatura, y daban á la instruccion primaria, á la organizacion de los consulados y al sistema electivo la existencia práctica de que tales instituciones carecian, Luis Felipe, acompañado de su familia, visitaba Dieppe, Evreux, Lisieux, Falaise, Granville, Saint-Lo, Cherburgo, Bayeux, Caen, Ruan, Louviers, El Havre, etc. ciudades mercantiles que rivalizaron en entusiasmo y celo para festejar la permanencia de la familia real en sus muros. Las palabras del jefe del Estado eran acogidas con tanto mayor favor cuanto que respiraban la paz, halagaban los intereses materiales y dejaban entrever mil promesas á través de su reserva transparente; las contestaciones del rey á los discursos que le fueron dirigidos, contestaciones apoloéticas ó explicativas de un sistema fijo é inmutable, debian dar origen á la famosa máxima constitucional: *El rey reina y no gobierna*. Tras esta fórmula se parapetaron los periódicos de la oposicion para atacar lo que llamaban el *gobierno personal*, y sus golpes iban dirigidos de un modo terrible contra el jefe del gobierno que contradecia él mismo, las condiciones de inviolabilidad,

dejando entrever en sus actos la personalidad y la prerogativa real. En la guerra abierta contra la monarquía, continuaron revelando antiguos y recientes escándalos, sorprendieron al poder el secreto de sus actos mas ocultos, y la causa formada contra la *Tribuna*, el *Nacional*, el *Renovador* y el *Cuotidiano*, dieron á la oposicion una unidad y un ardor que jamás habia tenido. El *Buen Sentido*, periódico redactado por Cauchois-Lemaire y Rodde, abrió sus columnas á obras salidas de la pluma de los obreros, fundando de este modo una *tribuna de los proletarios*, á la cual los expendedores públicos prestaban el auxilio de sus pulmones; en vano el prefecto de policía quiso imponerles silencio mandándoles prender; Rodde, fuerte con su derecho, arrojó sin vacilar el guante á la policía, y anunció por medio de los periódicos que el segundo-domingo de octubre á las dos de la tarde se hallaria en persona en la plaza de la Bolsa para distribuir sus periódicos. Rodde llevaba una blusa encarnada, un sombrero de hule, en cuyo alrededor se leia: *publicaciones patrióticas*, y una caja que contenia dos pistolas cargadas además de los papeles que vendia. A su vista elévanse mil gritos de *Viva Rodde! viva la libertad! respeto á la ley!* Agitanse los sombreros, y Rodde, protegido por su valor, dá fin sin el menor tropiezo al peligroso papel que se habia impuesto; arrastrado luego por la multitud, se sustrae á aquella ovacion para reaparecer en una ventana, y encomendar la calma á las cien mil cabezas á quienes acababa de entusiasmar, y la multitud se separa sin que se hubiese mostrado ni un solo agente de policía. Tres horas despues reinaba en París la mas completa tranquilidad, pero esto no impidió que fuese aquel suceso una derrota para el ministerio y un camino abierto para el pueblo á las tumultuosas protestas de la plaza pública. Formábanse entonces, no solo en París, sino tambien en varios puntos de Francia coaliciones de trabajadores, verdadero ejército de observacion, cuyos primeros movimientos sembraron la alarma en algunos centros populosos, en Lyon los carreteros; en Caen los carpinteros; en Mans los sastres; en Limoges los porcelanistas; en Macon los zapateros; en París los plateros, tahoneros y sastres pedian á grandes gritos ya ciertos privilegios de corporacion, ya la limitacion del trabajo, ya una escala invariable de salario. Era aquella la eterna lucha del proletariado y de la plutocracia; era la

fuerza del número y de los brazos contra la fuerza de la inteligencia, síntomas de necesidades nuevas que buscaban una salida; rebelion social que era preciso ilustrar, contener y dirigir, y á cuyos desórdenes con imprevision culpable, solo se oponian medidas represivas. Del seno de aquella insurreccion permanente de la miseria y del trabajo, elevábase la *Sociedad de los Derechos del Hombre*, confederacion poderosa que tenia á su frente una junta central compuesta por Boyer de Argenson, Guinard, Berrier-Fontaine, Lebon, Godofredo Cavaignac, Audry de Puyraveau, etc., hombres todos de accion, y ocupados incesantemente en reclutar y disciplinar á los soldados del motin. Dicha sociedad tenia por objeto el triunfo de los principios contenidos en la *Declaracion de los Derechos del hombre y del ciudadano* de 1793, y habia sido recientemente disuelta por una sentencia del tribunal del Sena (12 de abril); mas no por ello habia dejado de existir, desapareciendo por el contrario los dos partidos que la dividian; un solemne manifiesto dirigido á los periódicos patrióticos, á las sociedades, y á los refugiados, restablecia los principios primordiales que á la sociedad guiaban: Poder central, electivo, temporal, responsable y uno; soberanía del pueblo puesta en accion por medio del sufragio universal, libertad de las municipalidades, sin mas cortapisa que de un derecho de inspeccion; educacion pública, generalizada y gratuita; reorganizacion del crédito público; aplicacion del jurado á la mayor parte de las causas; emancipacion de la clase trabajadora; confederacion europea, fundada en la soberanía del pueblo, en la libertad absoluta de comercio, y en una completa igualdad de relaciones.» Al aparecer semejante programa la Francia se conmovió, y dos opuestas fuerzas parecidas á dos corrientes eléctricas agitaron simultáneamente el cuerpo social; de todos los puntos del reino llegaron adhesiones á la *Sociedad de los derechos del Hombre*, mientras que por el contrario los agentes, los auxiliares y los amigos todos del poder, vertian á manos llenas el desprecio y el ultraje sobre los republicanos. Las palabras *reparticion, igualdad absoluta y ley agraria* resonaban en aquellas acusaciones, llenando de espanto á la clase media, y en un discurso pronunciado en la audiencia inaugural del tribunal de Casacion, afirmó Dupin que la república se proponia «reducir la congrua á cada propietario.» Poco tiempo después vein-

te y siete miembros de la *Sociedad de los Derechos del Hombre* comparecieron ante el tribunal de *Assises*, acusados de haber conspirado para destruir ó cambiar el gobierno, para excitar á los ciudadanos á armarse contra la autoridad real, y para provocar la guerra civil; empezada en 11 de diciembre y terminada el 22 del mismo mes, con un veredicto de absolucion en favor de todos los acusados, excitó aquella causa el mas vivo interés por la exaltacion llevada hasta la audacia que manifestaron los reos, los defensores y los testigos, deplorables escenas que eran por desgracia indicio de una fermentacion casi general, de un conflicto inminente, de una amenaza contra el órden de cosas establecido.

La situacion de los negocios exteriores, sobre todo en lo que se referia á Oriente y á España, inspiraba asimismo graves inquietudes. Habíase humillado al sultan Mahmoud sin contentar al Bajá de Egipto Mehemet-Ali, y habíase abierto un abismo entre Alejandría, Constantinopla y la Francia. Apesar de unánimes reclamaciones, el ministerio acababa de humillarse otra vez delante de la Inglaterra, dando una nueva sancion al *derecho de visita* tan injurioso para la Francia; habíase limitado también á estériles votos en favor de D. Pedro que equipaba una escuadra para reconquistar la corona de su hija doña María, mientras que el capitán Napier y el duque de Palmella hacian triunfar la expedicion contra el gobierno de D. Miguel, y finalmente apartábase de la política de Luis XIV respecto de la monarquía española, por cuanto cincuenta mil hombres, escalonados á lo largo de los Pirineos, apoyaban con el arma al brazo la ruina de la ley sálicapor España. En medio de tantos errores aconsejados al jefe del Estado por el temor de la guerra, parecia comprometida la existencia de su ministerio y el mismo trono parecia vacilante, reuniéndose las camaras en 23 de diciembre bajo el imperio de profundas preocupaciones: «Es necesaria todavía una vigilancia asídua, decia el discurso de la corona; insensatas pasiones, maquinaciones culpables se esfuerzan en destruir el órden social, mas cuento oponerles vuestro leal auxilio, la firmeza de los magistrados, la actividad de la administracion, el valor y el patriotismo de la guardia nacional y del ejército, la cordura de la nacion ilustrada ya sobre el peligro de las ilusiones que intentan propagar los que atacan la libertad, pretendiendo defenderla, y aseguraremos

el triunfo del orden constitucional y nuestros progresos en la civilizacion.» Dupin fué conservado en la presidencia por doscientos veinte votos entre doscientos noventa y nueve votantes, y la votacion verificada entre Persil y Berenger terminada en favor del último nombrado vice-presidente por ciento sesenta y cinco votos contra noventa y ocho, dejó presentir la actitud de moderacion imparcial y de firmeza contenida que la cámara pretendia tomar. Discutido el mensaje, y no sin experimentar rudos ataques el sistema ministerial, la Polonia y el emperador de Rusia, el Oriente y Mehemet-Alí, Portugal y doña María, España é Isabel II, llamaron sucesivamente á la tribuna á Bignon, Lamartine, Mauguin y Odilon Barrot, suportando el ministro de negocios extranjeros todo el peso de una polémica que abrazó la diplomacia entera. Finalmente, en el acto de cerrar los debates, abandonó Dupin su sillón de presidente para subir á la tribuna y rechazar como abogado ordinario del rey las máximas emitidas por algunos miembros de la oposicion: «*Las legítimas pretensiones de los partidos, dijo, son una lucha colectiva para destruir lo existente sin porvenir para el país, ó por mejor decir con el porvenir mas espantoso.... La Francia no quiere la legitimidad de la rama primogénita como tampoco quiere la república, y ha hecho rey á Luis Felipe, no porque fuese Borbon, sino porque la Restauracion era contraria á la Revolucion.*» Tal fué la tésis que demostró Dupin en medio de los aplausos y de los murmullos. La cámara de diputados entró luego en el exámen de varios proyectos de interés secundario, sin que sus discusiones ofreciesen grande interés hasta que se produjo en ellas un doloroso episodio. Una directa alusion hecha por Dulong al papel que desempeñara en Blaye el general Bugeaud, fué causa de un duelo entre ambos, recibiendo el primero un balazo en la cabeza que le causó la muerte (29 de enero de 1834). Las opiniones diametralmente opuestas de los dos adversarios, varias circunstancias del combate, los motivos que lo hacian inevitable, la injuriosa frase que lo habia provocado, todas estas causas reunidas al dar al hecho el deplorable carácter de un duelo político, produjeron una profunda sensacion, y la autoridad que recordaba los funerales del general Lamarque, temió que los de Dulong fuesen tambien pretexto para sangrientas escenas. Sin embargo

no sucedió así, y solo hubo lágrimas para la pobre víctima. La autorizacion pedida por el ministerio para encausar á Cabet, redactor del *Popular*, y una ley sobre los vendedores públicos, manifestaron que el gobierno no se hallaba dispuesto á retroceder en la via de la represion. Votadas estas medidas, su aplicacion inmediata coincidió por desgracia con una vaga ansiedad de los ánimos, mantenida por la agitacion que se manifestaba en varios puntos de la Francia. Tumultuosos grupos y deplorables escenas turbaron el órden de la capital, y en 25 de febrero presentó el gabinete un nuevo proyecto de ley contra las asociaciones que fué defendido por Thiers y Guizot como una medida necesaria. Así tambien lo consideró, la cámara á pesar de los esfuerzos de la oposicion, y aprobada por doscientos cuarenta y seis votos entre cuatrocientos votantes. El gabinete contaba con mayoría en las cámaras, y sin embargo parecia inminente una crisis ministerial; á pesar de los recientes triunfos de su política, jamás los ministros se habian hallado tan divididos entre sí. Luis Felipe atizaba en secreto aquel foco de antipatías individuales, y conocíase que gustaba muy poco del duque de Broglie, cuya inflexibilidad y espíritu de independenciam contrariaban muchas veces sus miras. Cuando Broglie, Thiers y Guizot se hallaban en buena inteligencia, no podia ya contar con la dominacion del consejo; por esto habia procurado dividirles y habíalo logrado tan completamente que todos solicitaban retirarse. La eleccion de la víctima no fué dudosa: el duque de Broglie habia hecho del asunto de la indemnizacion de veinte y cinco millones, reclamada por la América, una cuestion personal de cartera, y si bien el rey deseaba la aceptacion del tratado, deseaba mas aun librarse de su ministro de negocios extranjeros. Los diputados familiares de palacio, dóciles á la consigna, votaron contra el proyecto que no fué aprobado, y aquel mismo dia envió Broglie su dimision; el almirante Rigny, ministro de marina, se encargó al momento de la cartera vacante, y Humann fué destinado á la marina, conservando Soult la presidencia del consejo. Modificado el ministerio de este modo, no parecia empero definitivamente constituido: Argout, hombre especialmente de números, no se encontraba en su centro en el departamento del interior; Bertin de Vaux, tan poderoso en palacio por la influencia de su *Diario de los Debates*, queria que

Argout fuese reemplazado por Thiers, y al mismo tiempo Barthe el guardasellos, maquinaba la caída de su colega Argout. Sin embargo Thiers y Guizot habian resuelto sacrificar á Barthe, y este se halló de repente reemplazado por Persil, al tiempo que Thiers pasaba del departamento de comercio al del interior. Durante esta intriga de gabinete la cámara procedia detenidamente al exámen y á la discusion de un presupuesto de gastos, que ofrecia un total de mil treinta millones noventa mil quinientos cuarenta y siete francos, sin perjuicio de los gastos extraordinarios que se habia tomado la costumbre de ocultar bajo el velo ingenioso de créditos supletorios. El presupuesto de ingresos solo alcanzaba á novecientos noventa y seis millones quinientos cincuenta y siete mil cuatrocientos quince francos, y el ministerio, contando con las necesidades eventuales, calculaba en setenta millones aproximadamente un déficit imposible de cubrir á no ser por el crédito ó por el aumento de contribuciones. La cámara por el contrario intentó reducir el presupuesto de 1835 á la cantidad fijada para el de 1834, y en su vivo deseo de realizar economías, habia formado la comision del presupuesto de hombres especiales elegidos en todos los bancos y en todas las opiniones. Esto no obstante solo se redujo de treinta y ocho millones el presupuesto de los gastos ordinarios, de modo que fué aun superior de veinte y cuatro millones al del año precedente, pudiendo preverse que se elevaria aun mas.

Próxima estaba la hora de la insurreccion, pero variaba por decirlo así en cada reloj, y aquel desacuerdo en la eleccion del momento comprometia el buen éxito de la empresa. En París la junta directora se reunia ya en casa de Lafayette, ya en la de Voyer de Argenson; la *Sociedad de los Derechos del Hombre* tenia advertidas á sus ciento sesenta y tres secciones que solo esperaban una palabra para precipitarse con armas á las barricadas; la *Asociacion para la defensa de la libertad de imprenta*, presidida nominalmente por Lafayette, pero dirigida en realidad por Estéban Arago y Marchais, obraba por su parte con igual ardor, y mantenianse relaciones con las guarniciones de Versalles y de Vicennes, con las juntas de Perpignan, de Arbois, de Dijon, de Clermont-Ferrand, de Chalons en el Saona, de San Esteban, de Besanzon, de Grenoble, de Epinal, de Metz y de Estrasburgo. La

Sociedad del Progreso en Lyon, y la *Junta invisible*, sucursal de la *Sociedad de los Derechos del Hombre*, habian formado una inmensa red de conspiraciones republicanas que comprendia á muchos departamentos inmediatos, favorecidos por la alarma que reinaba en aquella ciudad opulenta y mercantil, á consecuencia de las cuestiones suscitadas entre fabricantes y operarios, sobre todo desde la tentativa de invasion verificada en Saboya por los refugiados italianos á las órdenes del idéologo Mazzini y del general Ramorino. Comprendíase que una chispa podia causar el incendio, y así fué que al acercarse la vista de la causa intentada á los jefes de la coalicion de febrero, redobló la autoridad sus precauciones y energía. Sin embargo, los republicanos se habian preparado para la batalla, y el 9 de abril, dia fijado para la apertura de los debates, estalló la conspiracion con una sublevacion general. Fijáronse en todas partes proclamas anunciando la deposicion de Luis Felipe y el nombramiento de Luciano Bonaparte como primer cónsul; flotaban banderas rojas y negras con la siniestra divisa de 1831: *Vivir trabajando ó morir combatiendo*, y al toque de rebato que resonaba en todas las iglesias, el pueblo extraviado luchaba y moria con la conciencia de un deber, con el valor de la desesperacion. La metralla barria las plazas y las calles; las balas rasas penetraban en los edificios ocupados por los insurrectos; las granadas los incendiaban, las minas derribaban sus paredes. La lucha se prolongó así durante cinco dias consecutivos; el primero la insurreccion no salió de los arrabales, pero al dia siguiente invadió cuarteles que habian permanecido la víspera tranquilos ó neutrales. En aquella segunda jornada mas sangrienta que la anterior, la victoria pareció indecisa, y los operarios creyeron haberla conseguido; mas llegado el tercer dia, empezaron á faltarles las municiones, y como se encontraban cercados sin poder reclutar refuerzos, no pudieron hacer nuevos progresos ni apoderarse de la Casa Consistorial. Esto no obstante necesitáronse todavía cuarenta y ocho horas de encarnizado combate antes de que el general Aymard fuese completamente dueño de la ciudad y de los arrabales. Marsella, Perpignan, Vienne, Auxerre, Chalons, Poitiers, Grenoble, Arbois y San Estéban se agitaban como para lanzarse á imitar la gran batalla de Lyon, y en poco estuvo que el motin tomase

en el último punto las formidables proporciones de la insurrección lionesa. París recibió con estupor la noticia de aquellos sucesos; los buenos ciudadanos deploraron la sangre derramada y los trastornos sufridos, pero la oposición exaltada vió en ellos un motivo de esperanza para las reformas liberales que reclamaba, mientras que los republicanos, considerándose solidarios de sus hermanos de Lyon, se disponían á imitarles. La *Sociedad de los Derechos del Hombre* redacta una proclama al pueblo que debe ser publicada en las columnas de la *Tribuna*, pero Thiers mas pronto que el motín suprime el periódico antes de que hubiese impreso la proclama, retira á su impresor el privilegio, expide contra su director Marrast un mandato de prision, ahuyenta y dispersa á los miembros de la junta directora de la *Sociedad de los Derechos del Hombre*, y concentra fuerzas imponentes para la defensa de la capital. Esto no impidió empero que durante la noche del 12 de abril se formasen tumultuosos grupos en las calles de San Martín y de Juan Jacobo Rouseau, y que veinte y cuatro horas despues invadiese una multitud amenazadora la puerta de San Dionisio, los Mercados y la plaza de la Bastilla. Levántanse las piedras de varias calles, constrúyense barricadas, y los *seccionarios* de las sociedades secretas, emboscados en las casas, dirigen algunos fusilazos contra la guardia nacional y la tropa de línea. Al día siguiente, á las primeras horas de la madrugada, el motín se habia establecido al rededor de la iglesia de San Mery, convertida por segunda vez en cuartel general de la insurrección; la tropa se apoderó casi sin disparar un tiro de las últimas posiciones de los insurrectos que arrojaban las armas en su fuga, y á las diez de la mañana habia cesado el combate en todas partes, no sin que numerosas víctimas hubiesen pagado con su sangre aquellas deplorables escenas de guerra civil. El día 14 de abril, antes de que se hubiese calmado la agitación de la calle, Guizot se presentó en la tribuna para anunciar el fin de la insurrección lionesa y condenar los atentados de que acababa de ser París sangriento teatro, declarando que el gobierno deliberaba acerca de los medios eficaces para impedir en adelante la renovacion de semejantes catástrofes, y que la madurez de sus resoluciones en nada debilitaria su energía. La cámara decidió espontáneamente dirigirse en cuerpo á las Tullerías á fin de expresar al rey los

sentimientos de que se hallaba animada, é insertó además en su acta acciones de gracias á la guardia nacional y al ejército. Persil presentó al día siguiente una ley de urgencia contra los detentadores de armas al mismo tiempo el tribunal real de París avocó la causa de las últimas turbulencias; pero un decreto del rey, trasformando la cámara de los pares en tribunal de justicia, le confió el juicio de la vasta conspiracion que amenazára cambiar la forma de gobierno. En una solemne revista de las tropas de la guarnicion y de la guardia nacional del Sena, la poblacion pareció protestar con sus gritos de *Viva el rey!* contra las criminales tentativas de los conspiradores, mientras que se abrian numerosas suscripciones para las víctimas de la guerra civil. El ejército acababa de restablecer el orden profundamente alterado, y en nombre del orden pidió el ministerio que fuese aquel aumentado hasta el número de trescientos sesenta mil hombres y sesenta y cinco mil caballos, lo cual dió lugar á un animado debate en la cámara de diputados: «El orden decia Garnier-Pages, es la consecuencia del bienestar moral y material; y hasta que los pueblos sean felices no vereis jamás establecido el orden real al abrigo de cualquier atentado para destruirlo.» Duchatel contestó que en aquellos momentos solo la fuerza de las bayonetas podia contener la rebellion y privarla de sus culpables esperanzas; la cámara fué de igual opinion, y destinó catorce millones mas al aumento del ejército. Las minuciosas pesquisas continuaban en tanto contra los autores de la insurreccion del 13 de abril, mas el poder no traspasó los límites que le prescribia una prudente política: evitó encausar á ciertos hombres influyentes que con su solo nombre habrian rehabilitado entre el público el objeto y el carácter de una tentativa que se deseaba desacreditar en su principio y en su fin, y ningun cargo dirigió á Audry de Puyraveau, á Voyer de Argenson, á Marchais, á Estéban Aragoni á los demás jefes de la trama, en cuanto detrás de ellos se levantaban familias poderosas, sin contar que habria sido preciso conducir junto con ellos al banquillo de los acusados á su cómplice, el general Lafayette, cuya hora postrera se acercaba, llena de amargura, de angustia y de pesar. El general murió el día 20 de mayo; fué su pérdida para el partido republicano mucho mas grave que la de la batalla de abril, pues

el nombre de Lafayette era una bandera que el pueblo seguía siempre, y Luis Felipe se sintió afirmado en su trono al extinguirse la antorcha de la república. Los funerales del *héroe de ambos mundos*, del *veterano de la libertad*, imponentes por el grande aparato militar en ellos desplegado, fueron sobre todo magníficos por el luto de los corazones y de los semblantes; es cierto que se mezclaba alguna inquietud, pero las masas se hallaban hartas de las desastrosas consecuencias de la revolución, y los jefes, desalentados por su reciente derrota, estaban sumidos en el abatimiento ó en la indiferencia. En 24 de mayo cerráronse sin estrépito las sesiones de las cámaras despues de irritantes discusiones sobre la prohibicion de armas y la petición de muchos créditos suplementarios; dos meses debían trascurrir hasta su nueva convocacion, y ocupóse este tiempo en las reelecciones de oficiales de la guardia nacional y en las nuevas elecciones de diputados, pudiendo de este modo la mayoría de los ciudadanos manifestar implícitamente su manera de ver acerca de la marcha del gobierno. El orden mas perfecto reinó en todos aquellos actos, y vióse entonces al partido legitimista salir de su abatimiento para volver á la liza, llegando á aliarse en algunos puntos con las facciones mas avanzadas de la oposicion. Las elecciones, en las que aparecieron muchos hombres nuevos, fueron consideradas al principio favorables al gobierno, si bien no podia apreciarse todavía en qué proporciones le fortalecían sus reclutas legislativos, y hallábase fijada ya para el 31 de julio la convocacion de las cámaras; el poder disponia ya las baterías de la próxima campaña parlamentaria, cuando se supo no sin sorpresa la dimision del mariscal Soult y su reemplazo por el mariscal Gerard. En apariencia era aquello un mero cambio de ministro semejante al que habia reemplazado á Humann con el almirante Jacob, no variándose en lo mas mínimo el fondo del sistema. Dupin mayor fué elevado á la presidencia, y así el discurso que pronunció al ocupar su sillón como las expresiones vagas y ambiguas del mensaje, parecían contener gérmenes de oposicion contra el ministerio, el cual, suspendiendo la legislatura (16 de agosto) hasta el 29 de diciembre, quiso reconstituir y consolidar la mayoría que tanto necesitaba. La permanencia que hizo en Fontainebleau la familia real con una pompa que recordaba la

del pasado imperio, llenó el mes de setiembre con el estrépito de deslumbrantes fiestas, á las cuales fué invitado el cuerpo diplomático, y la conmocion por ellas producida duraba aun cuando sobrevino sin causa alguna exterior una de las crisis ministeriales mas largas y de mas difícil solucion. La insistencia con que el mariscal Gerard sostenia en el consejo la oportunidad de una amnistía, fué el motivo de su retirada en 29 de octubre, quedando encargado interinamente del ministerio de la guerra el almirante Rigny; el gabinete se agitó en vano para completarse, y Humann, Guizot, Thiers, Rigny y Duchatel dieron colectivamente su dimision en 4 de noviembre, viendo la imposibilidad de plantear una combinacion duradera. Luis Felipe queria que el conde Molé se pusiese de acuerdo con los ministros dimisionarios, mas reconocida imposible semejante combinacion pensóse en 8 de noviembre en llamar otra vez al mariscal Gerard, haciéndole algunas concesiones de amnistía, en asociarle el duque de Broglie para los negocios extranjeros y al conde de Rigny para la marina, y en devolver sus carteras á los demás ministros. Sin embargo el duque de Broglie y el mariscal Gerard exigian que el rey reinase sin gobernar, y Luis Felipe, que persistia en no alterar en lo mas mínimo sus hábitos de gobierno, aceptó definitivamente en 10 de noviembre la dimision de sus ministros. El *Monitor* que así lo anunció, publicaba acto continuo una serie de decretos, por los cuales se nombraba ministro de negocios extranjeros á Bresson, embajador en Berlin; ministro de la guerra al general Bernard; ministro de marina á Carlos Dupin; ministro de comercio á Teste; ministro de hacienda á Passy, y ministro del interior y presidente del consejo al duque de Bassano. Persil era el único ministro del pasado gabinete que conservaba su cartera; Teste debia encargarse interinamente del ministerio de instruccion pública, y las cámaras eran convocadas para el 1.º de diciembre como si los nuevos ministros experimentasen el deseo de entrar cuanto antes en relacion con ellas. No sucedia así empero; el gabinete sentia gran temor por hallarse delante de las cámaras, pues su política sin homogeneidad, su carencia de sólidos apoyos aun en palacio, la imposibilidad de adoptar un sistema uniforme y preciso, eran evidente consecuencia de los diferentes elementos que por un instante acercára una ma-

niobra del gobierno personal. Aquellos insociables elementos no tardaron pues en separarse por sí mismos, y luego de haberse retirado en 13 de noviembre, el ministerio de efusion exceptuando á Carlos Dupin, el antiguo gabinete, compuesto de Rigny, Thiers, Guizot, Duchatel, Humann y Persil, volvió triunfalmente á los negocios el dia 19, teniendo á su frente al mariscal Mortier como presidente del consejo. El almirante Duperré reemplazó á Carlos Dupin en la marina, y acabóse de cimentar así la unión del gabinete. Abierta la legislatura, declaró el ministerio no querer desgarrar ni una sola página ni borrar una sola línea de la historia de la monarquía de 1830; aceptó la responsabilidad de cuanto se habia practicado, y ofreció manifestar el sistema que haria prevalecer al tomar sobre sí la pesada carga de los negocios públicos. Esto equivalia á la glorificacion del gobierno personal del rey, y algunos dias despues, partiendo Thiers del principio de que las revoluciones todas han sucumbido solo por haberse excedido á sí mismas, declaró formar con sus colegas un *ministerio de resistencia*. «Resistencia ante todo á la Restauracion, añadió el guarda-sellos; resistencia á la exageracion de los principios democráticos, pues queda demostrado que esa exageracion causa la ruina de las naciones.» Despues de una curiosa discusion en la cual Dupin, ofendido personalmente por la denominacion de *tercer partido* dada á una fraccion de la cámara á la que representaba, expuso sus ideas políticas, y justificó su negativa de aceptar la presidencia del consejo; ciento ochenta y cuatro votantes entre trescientos uno, adoptaron la siguiente resolucion: «Satisfecha la cámara por las explicaciones que se le han dado acerca de la política seguida por el gobierno, y no viendo en ellas nada que no sea conforme con los principios expuestos en su mensaje, pasa á la órden del dia.»

Despues de siete meses de trabajos preparatorios, el voluminoso procedimiento sobre los sucesos de abril habia llegado á su término; la cámara de los pares oyó el extenso dictámen de la comision instructora y la acusacion del procurador general en medio de los violentos ataques de los periódicos de la oposicion contra la jurisdiccion excepcional que se le habia atribuido. Los tribunales ordinarios no se encontraban tampoco ociosos, y llovian las causas formadas á la prensa lo mismo que las senten-

días contra los periodistas, sin que aquel rigor, sin que aquella coalición del poder contra los periódicos produjesen otro resultado que aumentar la influencia de la prensa aumentando su audacia y su energía. Armando Carrel le daba el ejemplo de la resistencia, y hubiérase dicho que á fuerza de temeridad y de amenazadoras protestas pretendía el director del *Nacional* sincerarse de los cargos que se le dirigian por haberse negado á aceptar un papel directo y activo en las últimas insurrecciones. El gobierno, tan resuelto contra todo el mundo, vacilaba y retrocedía delante de Carrel, tributando homenaje en cierto modo á la grandeza de su talento, á la nobleza de su carácter, y en semejante conflicto la cámara de los pares, cuya competencia era puesta cada día en tela de juicio, creyó deber usar por fin del derecho que le confería la Carta para vengar ella misma sus ultrajes. Uno de sus miembros, el conde Felipe de Segur, pidió la comparecencia en la barra del gerente del *Nacional*, y citado en efecto para el día 12 de diciembre, solicitó un plazo de algunos días y anunció elegir por su defensor á Armando Carrel. La cámara consintió en ello como si hubiese querido generalizar y solemnizar el debate, y la Francia entera esperó con impaciencia aquel importante juicio. En 16 de diciembre abrióse la sesión con la lista nominal que manifestó la presencia de ciento cincuenta y cinco miembros, entre los cuales se hallaban únicamente dos ministros á título de pares, Mortier y Duperré, y también el denunciador del *Nacional*, Felipe de Segur. El gerente, asistido de Armando Carrel, habló sobre la competencia de la cámara de los pares, calificó de parodia judicial la sentencia que iba á pronunciar, y asumió sobre su cabeza la responsabilidad del artículo denunciado y de las doctrinas que contenía. Carrel toma la palabra; apostrofa á la cámara con increíble audacia; declara que las provocaciones del periódico que dirige «eran leyes escritas bajo el dictado de una revolución victoriosa;» pregúntase si ha habido en efecto una revolución de Julio, y despuesde enumerar las iniquidades del gobierno de la *legalidad*, no se admira ya al verse «en presencia de hombres que son á la vez ofendidos, acusadores y jueces.» Tratando y justificando luego el desprecio del *Nacional* hácia la cámara *aristocrática*, desprecio fundado en la condena del mariscal Ney, añade: «Los

tiempos han pronunciado, y hoy necesita el juez mas rehabilitacion [que la víctima.] Interrumpido por el presidente, Carrel replica: «Si entre los miembros que votaron la muerte del mariscal Ney y que se sientan en este recinto se encuentra alguno á quien hayan ofendido mis palabras, formule una proposicion contra mí y denúncieme ante esa barra; yo compareceré á ella, satisfecho por ser el primer hombre de la generacion de 1830 que habrá protestado en nombre de la Francia indignada contra tan abominable asesinato.» Estas palabras producen en las salas y en las tribunas una agitacion extremada, y el presidente advierte á Carrel que le privará de la palabra si vuelve á apartarse de los límites de la defensa. Ciento veinte y dos votos entre ciento cincuenta y dos declaran al *Nacional* culpable, y dos años de cárcel y diez mil francos de multa advierten á la prensa de las severas intenciones de la cámara de los pares antes de dar principio á los debates sobre los sucesos de abril. Echemos ahora una mirada retrospectiva á nuestras colonias que á pesar de vivir fuera de la existencia política de la Francia, experimentan empero el efecto de sus agitaciones. La ley de 24 de abril de 1833 sobre la organizacion de los consejos coloniales; habia dado lugar á algunas turbulencias, á causa de rechazarse la asimilacion de los blancos á los hombres de color, y si despues de la rebelion de diciembre del expresado año consentia la Martinica en que fuese su milicia licenciada y reorganizada, abrigábanse todavía graves inquietudes acerca de los proyectos hostiles y vengativos de los negros. Las posesiones francesas de la Argelia confiadas á un gobernador general y á un intendente civil, recibian un principio de organizacion administrativa y judicial; las provincias de Argel y de Oran habian visto aumentar su prosperidad, y Abd-el-Kader, dey de Mascara, amenazado por los franceses en el centro de sus estados desde la ocupacion de los puertos de Arzew y de Mostaganem, sometióse momentáneamente al general Desmichels, gobernador de Oran, mientras que al este derrotaba la division de Bona al dey de Constantina. Durante el mes de octubre, Bugía, sitiada por una innumerable multitud de beduinos, estuvo próxima á sucumbir; la sangre fría y valerosa actividad del coronel Duvivier la salvaron, y vióse á veinte y cinco hombres de la guar-

nicion encerrados en un aislado blockhaus resistir heroicamente durante seis horas consecutivas á los ataques de un ejército entero.

Despues de animados debates sobre una ley de amnistía á favor de los presos políticos que fue rechazada por una mayoría considerable, y despues de la adopcion de un crédito de trescientos sesenta mil francos destinado á cubrir los gastos extraordinarios del proceso de abril, la cámara de diputados cayó en una languidez de la que lograron despertarla apenas las discusiones sobre la supresion de los mayorezgos. Tambien el ministerio sin haber sufrido derrota alguna positiva iba debilitándose de dia en dia, y el mariscal Mortier que solo era ministro por deferencia á las órdenes del rey, y que no hallaba en la mayoría la solícita cooperacion que de ella habia esperado, presentó su dimision el dia 20 de febrero. Un correo extraordinario llamó á Soult á la capital para recibir de Luis Felipe el encargo de componer un nuevo gabinete; los miembros del antiguo se negaban empero á aceptar su presidencia, y las cosas permanecian estacionarias, reapareciendo con iguales dificultades la cuestion de la amnistía que habia obrado ya como disolvente en la crisis ministerial del mes de noviembre. Reputábase imposible hacer consentir á la cámara en la expresada amnistía, y esto no obstante los ministros creian deber inaugurar su entrada en los negocios con un acto solemne de la clemencia real; Sade, Mauguin y Odilon Barrot interpelaron en 11 de marzo al ministerio sobre la singularidad de semejante situacion, y como aquella misma noche decidiesen ciento ochenta diputados que fuese una diputacion á prometer á los ministros futuros el apoyo de la mayoría, el duque de Broglie aceptó al momento la presidencia del consejo y la cartera de negocios extranjeros; Guizot consintió en conservar la suya, y lo mismo hicieron Humann, Thiers, Duperré, Persil y Duchatel Rigny, ministro sin cartera, se encargó del departamento de la guerra mientras esperaba la llegada del mariscal Maison embajador en Rusia. La sancion del tratado de veinte y cinco millones con los Estados-Unidos presentábase con las colosales proporciones de una cuestion de gabinete, pues por mucha que fuese la importancia intrínseca del litigio, era mayor aun la gravedad de los intereses políticos que del mismo

dependian: la dignidad nacional ultrajada por el presidente de los Estados-Unidos Jackson y la paz europea se hallaban tan interesadas en la cuestión como el mismo ministerio. En 28 de marzo, después de dos meses y medio de minuciosas investigaciones, presentó su dictámen la comisión encargada de examinar la validez de los créditos americanos, resolviendo todas las dificultades en un sentido favorable al proyecto, que acabó por ser adoptado á pesar de muchos y elocuentes discursos pronunciados en su impugnación. El presupuesto para 1836, fijado en mil y un millones novecientos cuatro mil novecientos treinta y cinco francos, ofrecía comparado con el presupuesto de ingresos, un excedente de gastos de seis millones novecientos diez y nueve mil treinta y ocho francos que el ministro de hacienda proponía cubrir atribuyendo á aquel año una suma de diez millones sacados del excedente de veinte y cinco millones disponibles todavía en las cuentas de 1833. El ministro trazó un cuadro muy satisfactorio, pero algo ilusorio, de la situación general del tesoro; envaneciéndose de haber presentado por fin un presupuesto normal, inferior de diez y nueve millones al de 1829, á pesar de que desde dicha época el ejército se hubiese aumentado de cincuenta y cuatro mil hombres y de diez mil caballos, de que las dotaciones de diferentes servicios públicos, como la instrucción primaria, la administración rural, de correos y los puentes y calzadas, se hubiesen aumentado de veinte y cinco millones, y de que la supresión de la lotería hubiese disminuido de seis millones el presupuesto de ingresos. «Así, pues, decía el ministro, bajo el doble aspecto de las entradas y de las salidas, la comparación redundaba en nuestro favor, y es de esperar que la claridad de esta leal manifestación quitará á la maledicencia los medios de sembrar la inquietud y oponerse á la prosperidad pública, alegando el indefinido aumento del déficit.» Sin embargo, el déficit á que aludía el ministro era por desgracia harto real, y la habilidad del ministro de hacienda consistía en ocultarlo bajo el aparato de los números, logrando con sus aparentes esfuerzos para equilibrar los gastos con los ingresos que la comisión se mostrase confiada hasta el punto de que no hubo jamás presupuesto alguno que fuese discutido con menos aspereza. La cámara solo verificó en el total del presupuesto una reducción de diez millones que no compensaban de mu-

cho los créditos supletorios, y el ministerio aprovechó las buenas disposiciones de los diputados para plantear muchas medidas de utilidad práctica relativas á las vías de comunicacion, á las aduanas, etc., de modo que si la legislatura fué estéril en vastos proyectos de organizacion, satisfizo á lo menos gran número de intereses locales ó secundarios. El gobierno y las cámaras marchaban de comun acuerdo.

La cámara de los pares iba á constituirse en tribunal de justicia; Girod de l'Ain, en su dictámen sobre la gran conspiracion de abril, habia presentado todas las tentativas insurreccionales de la época como emanadas de una sola conjuracion, tramada en el seno de la *Sociedad de los derechos del Hombre*; trazó la historia de aquella asociacion, expuso su organizacion, indicó sus principios, sus doctrinas, discutió sus actos, y deduciendo de varios hechos dispersos y correlativos que en las turbulencias del mes de abril habia recibido un principio de ejecucion un «sistema subversivo de las bases de la sociedad,» dirigió la acusacion contra cuatrocientos cuarenta individuos, de los cuales se encontraban presos trescientos nueve. Martin del Norte, que desempeñaba el cargo de procurador general cerca del tribunal de los pares, pidió en un extenso discurso que fuesen encausados trescientos diez y ocho acusados, como «autores de un atentado preparado, concertado, decidido y puesto en ejecucion en diversos puntos del reino, con objeto, 1.º de destruir ó de modificar el gobierno; 2.º de excitar á los ciudadanos á armarse contra la autoridad real; 3.º de promover la guerra civil armando á los ciudadanos unos contra otros....» El tribunal, al declararse competente, limitó la acusacion á ciento sesenta y cuatro reos, entre ellos cuarenta ausentes, y trascurrieron muchos meses antes de que se hallase pronta la sala de audiencia y terminado el procedimiento. En 5 de mayo empezaron los debates; el baron Pasquier ocupaba el sillón de la presidencia, asistido por los vice-presidentes Seguir, Bastard, Portalis y Girod de l'Ain; unos doce abogados nombrados de oficio representaban la defensa, y los acusados en número de ciento veinte llevaban todos insignias republicanas. Desde la primera sesion trabóse la lucha entre los acusados y sus jueces, viéndose obligado el tribunal á disponer la encarcelacion inmediata de todo reo que tur-

base el orden con obligación empero de comparecer otra vez á la audiencia durante el exámen de los testigos. La agitacion promovida por las violentas escenas de que la cámara era teatro fué fomentada con la *Carta á los presos de abril*, publicada por los defensores de los mismos en el *Reformador* y en la *Tribuna*: «Perseverad, ciudadanos, decian, mostraos como siempre tranquilos, altivos y enérgicos. Sois los defensores del derecho comun, y lo que vosotros quereis la Francia, los partidos todos, todas las opiniones generosas lo quieren. ¡La Francia no verá jamás jueces donde la defensa no es posible!» Terminado el interrogatorio de los veinte y cinco reos únicos que quedaban sentados en el banco, mandó el presidente comparecer uno despues de otro á todos los acusados, y entonces tomó el tumulto proporciones considerables; los acusados arrastrados por fuerza ante la cámara, se obstinaban en querer volver á su cárcel é interrumpian sin cesar las declaraciones con protestas, profesiones de fe y rabiosos gritos. Uno de ellos, llamado Riberehou, escribano en Lyon, atreviése á decir: «Si nuestras cabezas caen, caerán con orgullo y altivez, caerán repitiendo el grito de nuestras conciencias, el grito que expresa nuestra fe política y nuestras aspiraciones: ¡*Viva la república!*—Si los acusados tuviesen graves inquietudes respecto de su cabeza de que tanto nos hablan, replicó muy oportunamente el procurador general, la defenderian mejor, y les veríamos en su banco en actitud conveniente. No se envanezcan pues con peligros en los que ellos mismos no creen; no ultrajen como cruel una justicia magnánima hasta en sus represiones.» Habíase llegado entonces al 24 de julio; el procurador general habia formulado su acusacion, y antes de pronunciar la sentencia queria el tribunal deliberar durante algunos dias.

En aquel intervalo de descanso llegó el quinto aniversario de la revolucion de Julio. Sordos rumores de trastornos corrian de boca en boca; la idea de una inmensa catástrofe se agitaba entre el público, y habian sido presos muchos individuos acusados de atentado contra la persona del rey; justo es decir empero que nadie daba grande importancia á tales voces, reproducidas cada año y cada año desmentidas por la experiencia. Habíase anunciado para el 28 de julio una revista general de la guarni-

ción de París y de la guardia nacional del Sena, y las legiones y los regimientos se escalonaron desde la Bastilla hasta la Magdalena á ambos lados del bulevard; Luis Felipe, acompañado de los príncipes, seguido de un numeroso estado mayor, y rodeado de una multitud considerable, se hallaba entre doce y una delante de la 8.^a legion, en el bulevard del Temple y á la altura del Jardín Turco; su escolta le precedía de muy pocos pasos cuando estalló de repente una terrible explosion por sucesivas detonaciones como un fuego graneado mal ejecutado. Hubo por un momento un pánico universal, y formóse un gran vacío al rededor del rey; el mariscal duque de Trevisa, seis generales, dos coroneles, diez oficiales, varios guardias nacionales, curiosos, mujeres y niños, cayeron á su lado muertos ó heridos; su caballo y los del duque de Nemours y del príncipe de Joinville fueron heridos; un proyectil llegó á rozar su frente, pero la máquina infernal no había cumplido su objeto. En el tercer piso de la casa n.º 50 frente al Jardín Turco, véanse salir torbellinos de humo de una ventana cuya celosía se había cerrado; agentes de policía, guardias nacionales, oficiales de estado mayor, invaden la casa para apoderarse del asesino, el cual, despues de haber atrancado fuertemente la puerta, había bajado por medio de una cuerda á un patio interior, habiendo llegado ya cuando le prendieron á la calle de Fosses du-Temple. Era un mancebo maquinista conocido en el barrio con el nombre de Gerardo, y la sangre corría en abundancia de las heridas que recibiera en la frente, en el cuello y en la mano derecha. La máquina infernal hallada en el aposento se componía de veinte y cuatro cañones de fusil dispuestos como tubos de órganos sobre una mesa de encina, y apuntados delante de la ventana; cinco cañones habían reventado; las paredes y el techo conservaban visibles señales de aquel fracaso, y el suelo se hallaba cubierto de sangre. París quedó consternado al tener noticia del suceso, y el dolor y la indignación generales se traducían en amargas quejas contra la incuria de la policía, que si bien había sido advertida del golpe que se preparaba, había mostrado aquella vez poco sospechosa y vigilante por las muchas advertencias análogas que sin cesar se renovaban para ser luego reconocido falsas. El rey de Inglaterra escribió á Luis Felipe felicitándole por haberse librado de tan

odiosa tentativa, y los soberanos todos, sin exceptuar al sultan Mahmoud, le dirigieron tambien felicitaciones por medio de cartas ó de embajadores. Los consejos municipales, la guardia nacional de todo el reino enviáronle exposiciones; los grandes cuerpos del Estado se presentaron á deponer al pié del trono la expresion de sus sentimientos, y la cámara de diputados, convocada extraordinariamente por el *Monitor*, reunióse el dia 30 de julio. Jamás desde 1830 habian apoyado al gobierno tan vivas simpatías, jamás se habia manifestado en favor del rey tan unánime protesta. Los órganos de todos los partidos rechazaban la monstruosa complicidad en tan grande atentado, y Luis Felipe pudo creerse si no amado, apreciado á lo menos como necesario al reposo de la Francia y á la paz de la Europa. Temíase que el poder tomase excepcionales medidas de rigor, y que aprovechando las circunstancias afianzase el órden á expensas de la libertad; en efecto, la prensa fué inquietada, algunos periodistas sufrieron una detencion preventiva, las prisiones se multiplicaron, y el tribunal de los pares, al avocar aquella nueva causa criminal, pareció proclamar la sospecha de una inmensa conspiracion. A medida empero que el procedimiento adelantaba se confirmábase la idea de un crimen individual, idea que justificaba además el carácter del asesino. Fieschi, conocido por Gerardo, sucesivamente soldado, vagamundo, mal trabajador, ladrón, ratero, falsario y libertino, sin pasiones políticas; pero dotado de instintos feroces y deseoso de adquirir á toda costa una celebridad cualquiera, parecia no haberse convertido en regicida sino para hacer hablar de su persona. La Francia, que deploraba la suerte de tantas víctimas, creia no deber llorar á lo menos el crimen de un partido. Preparábase en tanto los funerales de las víctimas, habiéndose resuelto reunir sin distincion de rango en una sola solemnidad de luto nacional á los que un mismo crimen confundiera en un igual destino, y que debian descansar juntos en el panteon de los Inválidos. La ceremonia se verificó el dia 5 de agosto: salido de la iglesia de San Pablo el cortejo recorrió lentamente entre los lúgubres redobles de los tambores, cubiertos con un velo y al son de una música fúnebre, los bulevares, la calle Real, la plaza de la Concordia y el muelle de Orsay. Abrian la marcha cuatro escuadrones de caballería,

cinco legiones de la guardia nacional y un batallón de línea; y después de los coches ocupados por el clero, seguían entre dos largas filas de guardias nacionales y de soldados con un crespon en el brazo y el arma á la funerals, catorce ataúdes, ricamente adornados con distintos atributos; los dos primeros eran los de una jóven de diez y seis años y de una mujer del pueblo; los cinco últimos, cubiertos con banderas é insignias militares, eran los del conde Villatte, oficial de estado mayor, del coronel Raffé, del general Lachasse de Verigny, del teniente coronel de la guardia nacional Rieussec, y del mariscal Mortier, duque de Trevisa. El último carro, mas magnífico aun que los precedentes, iba acompañado de cuatro mariscales de Francia á caballo. Venían luego con sus uniformes oficiales, los ministros, los miembros del consejo de Estado, las diputaciones de ambas cámaras, el tribunal de casacion, el tribunal de cuentas, la universidad, el instituto, el tribunal real, la municipalidad de París, los tribunales de primera instancia y comercio, la escuela, y por fin los operarios con banderas cargadas de divisas y emblemas, cerrando la marcha cinco legiones de la guardia nacional, muchas tropas de á pié, y de á caballo, y algunas baterías de artillería. Formados á las órdenes del mariscal Moncey, su gobernador, los Inválidos recibieron á las víctimas en el patio de honor; el rey, los duques de Orleans y de Nemours y el príncipe de Joinville, seguidos de los grandes dignatarios del reino, salieron de la iglesia y rociaron los ataúdes con agua bendita, celebrándose luego con gran pompa el oficio de difuntos por el arzobispo de París. Terminada la misa revistó el rey á sesenta mil hombres de tropa y de guardias nacionales formados en masa en la explanada de los Inválidos y en el jardín de las Tullerías, siendo tanto mas notables las entusiastas aclamaciones que le saludaron, cuanto que la víspera habia presentado el ministerio á las cámaras varios proyectos de ley de represion, proyectos meditados hacia mucho tiempo en el consejo de ministros, y cuyo pretexto era el atentado del 28. Tales medidas, cuya idea pertenecia á Thiers mas que á sus colegas, y que modificaban esencialmente la legislacion de la imprenta, de el jurado y de los tribunales de *assises*, fueron impugnadas por los oradores todos de la oposicion: Schöenen encontró otra

vez sus nobles inspiraciones de otro tiempo; Lamartine dejó oír elocuentes palabras; Salverte sentó muy austeros principios; «La Restauracion, dijo Bignon, se atrevió á todo, pero exceptuando las ordenanzas de 26 de julio de 1830 el ministerio actual se atreve todavía á mas.» Para defender al jurado amenazado y ultrajado, Dupin mayor abandonó su sillón de presidente y Royer-Collard rompió el silencio que guardaba hacia tanto tiempo, siendo necesario todo el talento del ministro del interior para conjurar el efecto que sus palabras produjeran. Odilon Barrot, Dufaure, Mauguin y Vivien abogaron en vano por las libertades nacionales, mientras que Sauret, Hebert, Parant, Madier de Montjaud, y Duvergier de Hauranne hablaban en favor de los proyectos ministeriales; fué aquella una lucha oratoria memorable sostenida por una y otra parte con tanta buena fe como energía, deseando los unos el orden por medio del rigor de las leyes y los otros el orden por medio de la libertad. La oposicion no se dejó tampoco vencer sin combate en la cámara de los pares; el vizconde Dubouchage y el marqués de Deux-Breze pronunciaron enérgicas palabras en favor de la prensa, y Villemain defendió con talento la institucion á la que debia su elevada posieion política y su gloria literaria. Tales fueron los principales trabajos de la legislatura cerrada en 11 de setiembre; aquel mismo dia nombrábanse treinta nuevos pares, y el ministerio se apresuraba á usar de la especie de dictadura que acababan de conferirle las dos cámaras. Las *leyes de setiembre*, desacreditadas y odiosas, fueron publicadas en el *Monitor* junto con una circular explicativa del ministro guarda-sellos, que no bastó á neutralizar el mal efecto que habian producido; á ellas se debió en efecto la reaccion general de desconfianza que se pronunció contra el gobierno, de la que dieron el ejemplo muchos consejos generales. El tribunal de los pares continuó en noviembre los debates del proceso de abril, que no terminaron hasta el mes de enero; los acusados se portaron en general con mayor moderacion que antes, y la cámara pareció agradecerles aquella muestra de deferencia, tardía no pronunciando ni una sola pena de muerte. Unos treinta acusados fueron condenados á deportacion, esto es, á prision perpetua; para los demás varió la pena desde uno á veinte años de cárcel, y algunos fueron puestos en libertad.

La importancia de los sucesos políticos, ha desviado nuestros ojos de la Argelia y de los departamentos franceses asolados por el cólera. El cruel azote había invadido sucesivamente el Var, los Altos y Bajos Alpes, el Drome, el Gard, el Herault, el Aude, las márgenes del Ródano, y amenazaba diezmar á la Francia toda, mientras que Abd-el-Kader en Argelia, despues de frecuentes hostilidades, procuraba burlar la vigilancia de los franceses por medio de actos de sumision, y disponíase en secreto á principiar otra vez la guerra. Durante el mes de junio, los Douairs y los Zemela se quejaron de sus vejaciones, al general Trezel, quien intimó al emir que respetase los aliados de la Francia; el emir no tuvo en cuenta semejante intimacion, y el general Trezel debió apoyarla con la fuerza. En 26 de junio, encontró al ejército enemigo en las riberas del Sig, y dos mil franceses sostuvieron el choque de doce mil árabes mandados por Abd-el-Kader en persona; la victoria no abandonó á la bandera francesa, pero quedó muerto el coronel Oudinot, y fueron puestos fuera de combate doscientos treinta hombres. Deseoso el emir de ganar tiempo, hizo al dia siguiente proposiciones de paz al general Trezel, quien se apresuró á admitirlas y á verificar su retirada por las pantanosas orillas del Macta. Pocas horas despues, precipitóse contra la columna expedicionaria una innumerable multitud de árabes, é hicieronla experimentar la mas grave derrota que hubiesen sufrido en Africa las armas francesas; hubo doscientos sesenta y dos hombres muertos y trescientos heridos, perdiéndose todos los bagajes, un cañon y varios cajones de municiones. Los árabes habían comprado tambien muy caro su triunfo, pero los resultados de aquel hecho podian ser incalculables, inspirando nuevo valor á las poblaciones africanas, y en aquel estado de cosas fué cuando un real decreto de 8 de julio reemplazó al conde Druet de Erlon con el mariscal Clausel, como gobernador de las posesiones francesas en Africa. Antes de emplear las armas, Clausel acudió á la política; suscitó por todas partes rivales al emir, sembró gérmenes de division en las tribus; estableciendo en ellas autoridades indígenas, concilióse la amistad de la raza turca, de ordinario hostil á la raza árabe, y preparó en cierto modo una nueva era para la colonia. En entonces asolaba el cólera la Argelia, y luego que disminuyeron sus estragos, ordenó el ma-

riscal diferentes expediciones. Los Hadjoutas, que desde el mes de enero no cesaban en sus correrías, á pesar de las lecciones que les diera el general Rapatel, fueron obligados á pedir el aman y á someterse. Despues de tres mortíferos encuentros, los franceses victoriosos penetraron sin obstáculo en Blidah, mientras que en el territorio de Oran, el general de Arlaujes contenia á Abd-el-Kader, cuyo poderío iba á recibir en breve un terrible golpe; para vengar la derrota del Macta, habia decidido el mariscal atacar al emir en su capital de Mascara. El príncipe real quiso unirse á la expedicion, y en 10 de noviembre desembarcó en Argel, al tiempo que se reunian en el campamento de la Higuera, á pocas leguas de Oran, diez mil hombres de todas armas, sin contar los auxiliares turcos y árabes, mandados por Ibrahim, dey de Oran. El día 29, el ejército, precedido del cuerpo de vanguardia á las órdenes del general Oudinot, llegó á las orillas del Sig; Abd-el-Kader disputó con grande empeño el paso del rio, y replegóse luego para defender el del Habrah. En un combate muy vivo, trabado en aquel punto, el general Oudinot fué herido de un balazo en un muslo, y el príncipe recibió una contusion; y finalmente, el día 6 de diciembre, despues de varios encuentros parciales en las vértientes del Atlas, Clausel entró en Mascara, cuya poblacion árabe y musulmana se habia fugado. Las tropas descansaron allí tres dias, durante los cuales fueron desmantelados los fuertes, las murallas y el palacio de Abd-el-Kader, y luego que la retaguardia hubo abandonado la ciudad, púsose fuego en ella, llegando el ejército á Mostagánem, despues de una penosa marcha á través de horribles caminos y en medio de una deshecha tempestad. Aunque herido en el corazon de su imperio, Abd-el-Kader no dejaba de ser muy temible, y el dey de Constantina que habia adquirido cierta importancia asociándose á los resentimientos de la Puerta contra el dey de Túnez, amenazaba de acuerdo con el emir de Mascara, el porvenir de nuestra colonia de Africa. Por lo que hace al porvenir de las colonias francesas en las Antillas, su situacion parecia mejorarse, si bien una horrible conspiracion, tramada en diciembre por los negros y los hombres de color, amenazó ensangrentar la isla de Borbon. Las relaciones de la Francia con los Estados-Unidos tomaban un carácter de acritud que hacia indispensable la oficiosa interven-

ción de la Gran Bretaña; el gobierno habíase creado además dificultades diplomáticas con la Suiza y la España, cuando un real decreto convocó las cámaras para el 29 de diciembre. El año 1835 había sido, por decirlo así, un largo procedimiento, cuyo interés dramático se había desenvuelto en los bancos del alto tribunal de justicia, del tribunal de *assises* y de la policía correccional; hubiérase dicho que la gran causa de abril daba nueva actividad á las diligencias contra la prensa: dos veces justificó una absolución la audacia del *Nacional*; menos feliz la *Tribuna* sucumbía en la centésima tercera denuncia formulada contra ella; el *Cotidiano* sufría dos condenas; la *Gaceta de Francia* y el *Charivari* incurrian en considerables multas, y tres veces hería al *Reformador* el veredicto del jurado.

Al abrirse la legislatura, la situación interior ofrecía un simulacro de prosperidad material; el espíritu de rebelion se reconocía vencido; las pasiones parecían momentáneamente calmadas; el ministerio se inclinaba á la clemencia, y así era que el partido del gobierno en la cámara de diputados se creía bastante fuerte para olvidar las caprichosas excursiones de Dupin mayor por el campo de la oposicion, y llamarle de nuevo á la presidencia de la cámara, presidencia que le convenia mas que la del consejo de ministros. El discurso del rey fué casi insignificante; el mensaje tímido indeciso, podia alentar todas las esperanzas sin satisfacer ninguna, si bien se resolvió por la firmeza templada, por la conciliacion. Este era tambien el carácter político que el gabinete queria adoptar en adelante; armado con sus terribles leyes de setiembre, perdonaba á los periódicos la violencia de su lenguaje; durante el primer semestre del año, solo se vió una condena por delito de imprenta, la del periódico la *Francia*; y el jurado, usando de indulgencia, solo castigó con ligeras penas á los autores de la ridícula conspiracion de Neuilly, dirigida contra la persona del rey. Ante aquella tregua de los partidos, el ministro de hacienda Humann, penetrado de la confianza que el gobierno inspiraba á los capitalistas, no vaciló en proponer á las cámaras la reduccion de la renta; mas semejante proposicion, cuyo principio y oportunidad no admitian los demás ministros, produjo la dimision de Humann, el cual fué reemplazado por Argout. Este pedia que la cámara de diputados aplazase

el proyecto de reduccion, y el ministerio entero hizo del aplazamiento una cuestion de gabinete, dimitiendo sus cargos e iba en que ciento noventa y cuatro votos entre trescientos ochenta y seis votantes resolvieron tomar en consideracion el proyecto de Humann. La retirada de los ministros no era resultado de una lucha entre dos partidos rivales, teniendo cada uno sus opiniones, sus miras determinadas y sus hombres ya dispuestos; así es que iban á verse nacer cinco ó seis combinaciones distintas, segun los intereses de las facciones y de las ambiciones individuales, sin poder crearse en las cámaras una verdadera mayoría. Dupin, Sauzet y Passy fueron llamados por el rey en 9 de febrero para organizar un ministerio, pero sus diligencias encontraron obstáculos casi insuperables al proponer carteras al mariscal Gerard y al conde Molé, y fué preciso, pues, en vez de un gabinete completamente nuevo, desmembrar y completar el antiguo, y en 22 de febrero, Thiers, en cuyo favor se habia verificado la crisis ministerial, fué nombrado presidente del consejo y ministro de negocios extranjeros; Sauzet, guarda sellos, ministro de justicia y de cultos; el conde de Montalivet, ministro del interior; Passy, ministro de comercio y de obras públicas, y Pelet de la Lozere, ministro de instruccion pública. El mariscal Maison conservó la cartera de la guerra; el almirante Duperré la de marina, y el conde de Argout la de hacienda. Durante la trabajosa creacion de un ministerio que no diferia mucho de los anteriores, la atencion pública se hallaba fija en el tribunal de los pares, donde Fieschi parecia aspirar por decirlo así al heroísmo del crimen, tanto por sus revelaciones explícitas como por sus absolutas denegaciones. Por fin habia nombrado á sus cómplices Pepin, Morey y Boireau, pero, reivindicaba exclusivamente para él solo la empresa y la ejecucion del atentado, dejando para sus cómplices la idea primera, la vileza, la cobardía de la conspiracion, haciendo resaltar el valor, la sangre fria, el desinterés y la experiencia que habia necesitado para realizar su horrible mision, y declarando que el gobierno iba á cimentar su poder con la sangre derramada por sus manos. Fieschi se arrepentia con orgullo y saboreaba con delicia la abominable celebridad que acababa de adquirir, y las increíbles atenciones de que era objeto de parte de sus jueces habian contribuido no poco á exaltar su in-

solente y asquerosa vanidad. Escribía en singular lenguaje cartas sentenciosas que la gente recogía con avidez, tendía á unos y á otros su mano de asesino, que el público no rechazaba, y aprovechando la extraña tolerancia del presidente del tribunal, la muda impasibilidad de los pares, la reserva y las denegaciones de sus cómplices, dirigía en cierto modo los debates de la causa: ya preguntaba á los testigos ó á sus coacusados á quienes impulsaba hácia el cadalso; ya hacia observar con tono burlon la debilidad y la timidez de Pepin; ya excitaba al ministerio público ó al presidente á perseverar en el descubrimiento de la verdad, acompañando aquellos discursos, aquellas interrupciones repetidas con triunfantes miradas á los asistentes, con sonrisas dirigidas á todo el mundo, con afectuosas señas á su concubina Nina Lassave. Hubiérase dicho que hablaba al universo, á la posteridad desde lo alto de una tribuna, y que de antemano invitaba al pueblo, ávido de emociones, al espectáculo de su suplicio: el miserable esperaba su gracia en cuanto le había sido prometida en premio de sus confesiones. Los debates manifestaron haber sido un instrumento ciego é ignorante, empleado para igual objeto por los carlistas y los republicanos: Pepin era un agente legitimista, y Morey, tipo áustero y feroz de los hombres del año 93, *trabajaba* por cuenta de las sociedades secretas. Nada mas se supo acerca de tan misteriosa conspiracion, y en 19 de febrero á las ocho de la mañana, las cabezas de Fleschi, de Pepin y de Morey cayeron en presencia de una innumerable multitud de espectadores. Boireau había sido condenado á veinte años de prision.

Desde que entrara en los negocios el nuevo gabinete, las dos cámaras, que continuaban con calma sus trabajos legislativos, no habian presenciado aun ninguna de aquellas luchas que dividen á los partidos y revelan la mayoría, cuando en 9 de marzo con motivo de un crédito extraordinario para gastos secretos, el numeroso partido á quien affigia la retirada de Guizot, quiso arrojarse el guante al ministerio. En un discurso admirable, esforzóse Guizot en sentar que desde 1830 la política no habia variado; que el gobierno debia perseverar en la aplicacion de los principios antes proclamados y de las teorías consagradas; que él jamás se habia propuesto otro objeto cuando participaba en los actos del po-

der, y que sus sucesores no se desviaban en nada de la línea política que él mismo habia seguido. Rechazando al momento semejante solidaridad, Sauzet habló del espíritu eminentemente conciliador que habia de dirigir, segun él, los actos del gabinete: «El gobierno, dijo, atraerá á sí á los hombres hostiles con el espectáculo del orden y de la prosperidad de la Francia, con la proteccion de todos los derechos y de los intereses todos. Vigilará siempre, pero no prohibirá esperanza alguna, no cerrará porvenir alguno, ni se mostrará inexorable hácia ninguna aspiracion. Apaciguará los disentimientos y constituirá una poderosa mayoría borrando el recuerdo de irritaciones personales.» Esta profesion de fe, expuesta en un brillante discurso, sirvió de programa al gabinete, al mismo tiempo que proporcionaba un plan de ataque al tercer partido, al que no habian desconcertado ciento cincuenta y dos votos de mayoría ministerial. La discusion del presupuesto no fué turbada por incidente alguno importante: el ministro de hacienda habia calculado los ingresos eventuales en mil catorce millones seiscientos mil francos, y los gastos ordinarios en mil doce millones ciento setenta mil novecientos diez francos; mas, á pesar de aquel excedente ficticio de un millon cuatrocientos treinta y tres mil noventa francos, la cámara juzgó prudente aumentar con doce ó quince millones la cantidad de los ingresos. Para llenar el déficit que se presentaba sin declararse, propuso Humann la conversion de las rentas; mas el ministerio, igualmente que su predecesor, no quiso admitir el principio de la conversion, y todo se limitó á añadir algunos céntimos facultativos á las contribuciones directas, á fin de aumentar de trece millones el presupuesto de ingresos.

Aquel aumento de contribucion, del cual habia tomado la iniciativa la complacencia de la cámara, no fué, empero, votado para cubrir el presupuesto de la Argelia, considerado por el ministerio como una carga inútil y onerosa para la Francia. Una brillante expedicion contra Tlemcen, que abrió sus puertas al mariscal Clausel, muchas victorias alcanzadas contra el infatigable Abd-el-Kader, y la pacificacion de los alrededores de Oran y de Medeah, habian permitido al gobierno llamar algunas tropas á Francia, y al mariscal presentarse en la cámara para dirigir la batalla oratoria que era preciso sostener cada año para conquistar

los recursos necesarios á la existencia de la colonia. En ausencia del gobernador, confi6se el mando de las tropas al general Rapatel, mas apenas supo Abd-el-Kader la marcha del mariscal y la disminucion del ejército, cuando reapareció con fuerzas considerables, y atacó al cuerpo del general Arlanges, que se habia puesto en movimiento para establecer un campamento atrincherado en las márgenes del Tafna. Mientras que en los alrededores de Me-deah, el dey Mohamed, aliado de la Francia, luchaba contra las tribus vecinas, y que algunas bandas enemigas inquietaban la provincia de Oran, sostenidas por el emperador de Marruecos, Abd-el-Kader parecia haber recobrado todo su poderío. Entonces fué cuando, destinado al mando en jefe del campamento de Tafna, ocupado por una division de ocho mil hombres, el general Bugeaud racionó á Tlemcen, expulsó de la provincia á las hordas que la devastaban, y corrió al encuentro del emir que se creyó bastante fuerte para esperarle, encontrándose ambos ejércitos el dia 4 de julio en una vasta llanura de unas tres leguas de extension entre el Sickack, el Isser y el Tafna. El emir fué derrotado perdiendo mil doscientos ó mil quinientos hombres, y Bugeaud volvió á Francia despues de haber pacificado una comarca vasta y fértil, intimidado á los árabes que no reaparecieron durante muchos meses, y dejado al general Letang, su sucesor, el cuidado de continuar sus brillantes hazañas.

El viaje que en aquel entonces hicieron á Alemania el príncipe real y el duque de Nemours adquirió grandísima importancia á causa de la espléndida acogida que recibieron en las córtes de Viena y de Berlín, que parecian haber absuelto de su origen al gobierno de Julio. Los príncipes se hallaban en Milan, cuando la noticia de un atentado que amenazara otra vez los dias de su padre, les llamó á toda prisa á Paris. En 25 de junio, un emisario de las sociedades secretas, Luis Alibaud, disparó contra el rey á quema-ropa con un fusil-baston en el momento en que Luis Felipe y la reina atravesaban en carruaje la verja del Puente Real; la bala se hundió en los almohadones del coche á dos pulgadas de la cabeza del rey. Preso al momento é interrogado por el procurador general, el asesino contestó con altivez: «He querido matar al rey á quien considero como el enemigo del pueblo; soy desgraciado, el gobierno es la causa de mi

desgracia, el rey es el jefe del gobierno, y por esto he querido matarle. Lo único que siento es no haberlo conseguido.» Con motivo de aquel atentado frustrado por la Providencia, la familia real recibió infinitos testimonios de afecto y de respeto, y el mismo Quelen, arzobispo de París, abandonando su sistema de permanente hostilidad, se dirigió por fin á Neuilly; pero se observó que en su pastoral no se daba el nombre de *rey* á Luis Felipe y que la tentativa de Alibaud no era calificada de *regicidio*. El emperador de Rusia y el duque de Módena fueron los únicos príncipes reinantes que se abstuvieron de felicitar á Luis Felipe por haberse librado otra vez de un asesinato. Alibaud no pidió ni quiso gracia; el día 11 de julio fué conducido al cadalso con el fúnebre aparato de los parricidas, y recibió la muerte sin palidecer. Al día siguiente cerróse la legislatura entre rumores de conspiraciones que inspiraban más duda que temor; crefase generalmente que, temeroso el rey de disgustar al cuerpo diplomático procediendo á la inauguración del Arco de Triunfo de la Estrella con la pompa que exigían los recuerdos por aquel monumento consagrados, buscaba un pretexto para no asistir á la ceremonia, ni revistar á la guardia nacional con motivo de las fiestas de julio, y en efecto, el Arco de Triunfo fué descubierto á las siete de la mañana sin ceremonia oficial en presencia del presidente del consejo, y la revista no tuvo lugar. Estos hechos pasaron casi desapercibidos en cuanto la trágica é inesperada muerte de un hombre ilustre, de un escritor eminente, afligía aun á la población parisiense; Armando Carrel acababa de sucumbir á consecuencia de un duelo originado por una miserable polémica periodística, en la que había chocado con el inflexible carácter del director de la *Prensa*, Emilio de Girardin, y su entierro, verificado en Saint-Mandé en 25 de julio, tomó las proporciones de un luto nacional al que se asociaron los partidos todos. La palabra amnistía fué pronunciada en altas regiones, y aquella buena idea fué recogida con tanta mayor confianza cuanto que Felix Real, Baude y Dufaure, miembros del centro izquierdo, acababan de ser llamados á elevadas funciones públicas, y el ministerio parecía en todos sus actos inclinarse á la indulgencia, cuando la cuestión española, en la que Thiers difería de opinión con sus colegas y sobre todo con el rey, pues sostenía la oportunidad de

una intervencion armada en España, produjo una nueva crisis ministerial. El gabinete se retiró en 25 de agosto, y en 6 de setiembre supose por el *Monitor* que el conde Molé era presidente del consejo y ministro de negocios extranjeros; Persil guarda sellos, ministro de justicia y de cultos; Gasparin, ministro del interior; el vice-almirante Rosamel, ministro de marina; Guizot, ministro de instruccion pública, y Duchatel, ministro de hacienda. Dos carteras quedaban disponibles, y hasta en 19 de setiembre no recibió el general Bernard la de la guerra, y Martin del Norte la de obras públicas. El nuevo ministerio inauguró su administracion con actos de clemencia y resolucion: hizo oír á la Suiza enérgicas palabras; envió una escuadra á las costas de Portugal; obtuvo del rey amnistías ó conmutaciones de pena en favor de cincuenta y dos condenados políticos; abrió á los ex-ministros de Carlos X, Peyronnet, Chantelauze, Polignac y Guernon-Ranville, las puertas de su prision perpetua, y el gobierno creía haber acabado ya con los conspiradores, en el mismo momento en que dos conspiraciones militares, que parecian corresponder entre sí, aunque no quedasen muy claramente establecidas las relaciones entre ambas, estallaban de repente y á la vez como dos distintos ecos, poniendo en peligro el trono de Luis Felipe. En Vendome algunos sargentos de húsares quisieron arrastrar á su cuerpo al grito de *Viva la república*, y marchar con él hácia París, aumentándolo con un ejército de descontentos. En Strasburgo, los conspiradores habian tomado por bandera el nombre de Napoleon, y eran dirigidos por un sobrino del emperador, único heredero de su corona. Luis Napoleon Bonaparte, hijo de Hortensia de Beauharnais y de Luis Bonaparte, rey de Holanda, habia recibido una brillante educacion clásica, al mismo tiempo que una sólida instruccion militar y política; su madre parecia haberle preparado desde su mas tierna juventud para recoger la herencia imperial, mas por desgracia para él, habia vivido siempre en Suiza y en Italia, de modo que apenas era conocido de nombre en Francia, cuando se presentó para reclamar con las armas en la mano la corona de su tio, de la cual era heredero por la muerte del duque de Richstadt. El dia 30 de octubre, Strasburgo se despertó á los gritos de *Viva el Emperador! Viva Napoleon II*, el 4.º regimiento de artillería se habia sublevado á la voz de su coronel

Vaudrey, y habia aclamado como emperador al príncipe Luis Napoleón. Los conspiradores se apoderaron de la persona del prefecto y encerraron en sus casas al coronel del 3.^{er} regimiento de artillería y al general comandante del departamento, Luis Napoleón corrió á presentarse al 46 de línea, pero los soldados no escucharon mas voz que la de sus jefes, y el pretendiente, el coronel Vaudrey, el comandante Parquin y los demás conspiradores fueron presos. El tribunal de Colmar conoció de la causa, pero una vez empezado el sumario, el rey, mas por política que por humanidad, sustrajo el principal acusado de la jurisdiccion del tribunal, y en el *Monitor* del 13 de noviembre, lefase lo siguiente: «En virtud de las órdenes del rey, Napoleón Luis Bonaparte ha sido extraido de la cárcel de Strasburgo, donde se hallaba detenido, para ser trasladado á los Estados-Unidos, en un buque del Estado.» Pocos dias antes que el heredero de Napoleón intentase reclamarlos derechos que pretendia asistirle, un rey que habia ocupado el trono de Francia por derecho de sucesion, Carlos X, habia muerto en el destierro, en Goritz, el 6 de noviembre, con la resignacion y la tranquilidad de un cristiano; todas las córtes de Europa vistieron de luto, excepto la de las Tullerías, á la cual no habia podido comunicarse oficialmente la muerte del rey por los Borbones de la rama primogénita, y la imposibilidad de una notificacion oficial á las córtes que habian reconocido á Luis Felipe como rey de los franceses, impidió igualmente á la reducida córte de Goritz el proclamar rey al Delfin ó al duque de Burdeos, que tomaron el primero, el nombre de conde de Marnes, y el segundo, el de conde de Chambord. Sin embargo, los ojos de la Francia no se dirigian entonces á Goritz; prestaba oido á los rumores de la pelea que se habia encendido en el deylick de Constantina: el dey Achmet-Bey volviendo á tomar la ofensiva, llegó hasta los muros de Bona, donde se habia retirado Joussouf, creado dey de Constantina por el gobernador de la Argelia en reemplazo de Achmet, que no parecia dispuesto á ceder su ciudad y su título. Dudoso por mucho tiempo acerca del partido que con la Argelia adoptaria, el ministerio no podia ya vacilar, y autorizó una expedicion contra Constantina. El mariscal Clausel, que debia mandarla, marchó desde Argel á Bona á fines de octubre, en compañía del duque de Nemours, y en 13 de noviembre poníase

en movimiento siete mil hombres, y atravesaban á pesar de mil obstáculos el desfiladero de Monara, el Seybouse, el puerto de Raz-el-Akba, reputado inaccesible aun por los mismos árabes, y el Bon-Mezroug, torrente impetuoso. Finalmente, despues de inauditas fatigas á través de espantosos caminos cubiertos de nieve, en medio de toda clase de privaciones, llegó el ejército delante de Constantina, la antigua Cirtha de los nómidas y de los romanos. Confiábase en el auxilio de las tropas aliadas, y no se presentaba ni un solo auxiliar; habíase creído encontrar una ciudad abierta ó fácil al menos de ser tomada por asalto, y vióse que debía atravesarse el profundo lecho del Oued-Rammel, escalar un peñasco casi inaccesible, y sitiar sin material para ello una plaza importante, fortificada á la europea, y defendida por mil quinientos turcos ó kabylas, á las órdenes de un jefe intrépido, Ben-Haissa. Esto no obstante, se intentó el ataque; el ejército, reducido á tres mil hombres válidos, desplegó durante tres dias un valor heroico, hasta que Clausel decidió volver á tomar el camino de Bona. La retirada, empezada el 24 al rayar el dia, hizose en breve casi impracticable; un comandante del 2.º ligero salvó al ejército sosteniendo la retaguardia sin cesar hostigada por un enjambre de kabylas; aquel comandante se llamaba Changarnier. El 28, llegaron las tropas á Ghelma, donde dejaron los heridos, y en 1.º de diciembre Clausel entraba de nuevo en Bona con su artillería y sus bagajes, habiendo perdido cuatrocientos cincuenta hombres entre muertos y extraviados. La noticia de semejante desastre precedió de muy pocos dias la apertura de las cámaras, fijada para el 27 de diciembre. A la una de la tarde, Luis Felipe, acompañado del príncipe real, del duque de Nemours y del príncipe de Joinville, subió á su coche para dirigirse al palacio de Borbon; al pasar por delante del terrapien á orillas del agua, como á cien pasos de la verja de las Tullerías, inclina la cabeza y saluda, y en aquel momento déjase oír un pistoletazo; una bala rompe los cristales del carruaje sin herir al rey ni á sus hijos, quienes prosiguen su camino hácia la cámara. La reina, las princesas, el duque de Aumale y el duque de Montpensier se encontraban ya reunidos allí; al rumor de un atentado, la asamblea se conmueve, y cuando se presenta el rey con sus tres hijos heridos en el rostro por los fragmentos de

cristal, llenan la sala redoblados aplausos y entusiastas clamores. Con voz clara, firme y sonora pronuncia Luis Felipe el discurso de apertura, y las aclamaciones aumentan al decir estas palabras que parecen inspiradas por las circunstancias: «Los testimonios de afecto que me ha dado la Francia, y que acabais de renovarme, son para mis trabajos la mas preciosa recompensa.» El asesino, preso en aquel mismo momento, contestó haber concebido como Alibaud, del cual era admirador, un odio mortal contra los Orleans, á quienes acusaba de ser causa de las desgracias de la Francia; negábase á manifestar su nombre, su profesion y su origen, pero reconocido como sobrino de un honrado negociante, declaró llamarse Pedro Francisco Meunier, nacido en 1814 en la Chapelle-Saint-Denis. El crimen de Meunier parecia ser como el de Alibaud un atentado aislado, aunque inspirado por las sociedades secretas; pero esto no obstante, daba indirectamente nueva fuerza á la política de resistencia que se habia personificado en Guizot, y perjudicaba no poco á la política de movimiento que se personificaba en Thiers, debiéndose sin duda á él la escasa mayoría que por un momento adquirió en las cámaras el nuevo ministerio. Sin embargo, el país parecia hallarse en próspero camino; á pesar de una sorda fermentacion de pasiones aviesas, á pesar de un desenfrenado amor á los gozes materiales, á pesar de un deseo febril de dinero y de poder que impulsaban á muchos individuos á especulaciones atrevidas y no siempre leales, ó á teorías de realizacion imposible, podíase decir en vista de ciertos indicios que una reforma realmente progresiva llevaba á la sociedad hácia destinos mejores. Las contribuciones se cobraban sin esfuerzo; los mas onerosos, los que pesan sobre el consumo ó las transacciones, excedian desde algunos años á los cálculos del presupuesto de ingresos, y el crédito público se robustecia por grados. El interés del dinero habia bajado así en las transacciones privadas como en los efectos del banco de Francia; el valor de las propiedades territoriales aumentaba aun cuando se hallase muy bajo el precio de los cereales, y el tesoro veíase sobrecargado de improductivos capitales. Con todo, una crisis mercantil acababa de estallar en América, de conmover la bolsa de Lóndres y de dejar sentir sus efectos en la de París; el comercio alarmado te-

mia tambien ya por parte de España , ya por parte del Oriente, alguna complicacion política que supendiera la marcha industrial; y luego á cada nueva tentativa contra la vida del rey, mirábase con espanto la perturbacion incalculable que causaria no solo en Francia , sino tambien en Europa la muerte de Luis Felipe, apellidado el *héroe de la paz*. Tales eran las preocupaciones bajo las cuales fué discutido el mensaje, discusion irritante, en la que los partidos parecian probar sus fuerzas y contar sus soldados antes de llegar á las manos. Thiers , obligado á sufrir la alianza de una oposicion á la que pretendia dominar , encontrábase sin cesar en la alternativa de verse abandonado por ella ó de ser arrastrado mas léjos de lo que queria, si bien ha de convenirse en que el ministerio no podia abrigar ilusion alguna acerca de la adhesion de una mayoría que debia á sus temores mas que á sus convicciones. La absolucion de las personas comprometidas en la conspiracion napoleónica de Strasburgo aterró al gabinete; aquel acto equivalía á un germen de insubordinacion introducido en el ejército, y las fiestas celebradas en Alsacia con aquel motivo, fiestas á las que asistió el jurado que habia absuelto á los acusados, dispensaban, por decirlo así, un triunfo á la rebelion. Inquieto por las consecuencias de la causa de Colmar, advertido por el nuevo vigor desplegado por las sociedades secretas, é indignado por tan viles tentativas contra la vida del rey, el ministerio propuso á las cámaras varias medidas represivas, y haciéndose eco en seguida del afecto interesado que Luis Felipe profesaba á su familia, incurrió en la debilidad de solicitar un nuevo patrimonio para el duque de Nemours, que no inspiraba grandes simpatías, y una dotacion para la reina de los belgas que no excitaba interés alguno. Esto fué un grave motivo de perturbacion en la máquina parlamentaria, y el origen de discusiones acerbadas y apasionadas, muy perjudiciales para la dignidad real, que desde los periódicos pasaron á la tribuna, acabando por producir la caída del gabinete. Mientras las sesiones legislativas (enero y febrero) solo pusieron á la órden del dia las atribuciones municipales, las cajas de ahorros y la guardia nacional del Sena, apoyó al gabinete una mayoría considerable; pero cuando se atrevió á solicitar la separacion de jurisdiccion en las causas políticas en que se halla-

sen comprometidos militares y paisanos, empezó á rugir la tempestad. Dupin, que elevado de nuevo al sillón de la presidencia, conservaba gran crédito y autoridad, mas por sus profundos conocimientos en legislación y en derecho público que á causa de su carácter quisquilloso y de sus ínfulas de independencia, sentó la indivisibilidad del procedimiento en materia criminal como un principio absoluto y fundamental, declarando que el jurado era el único competente para conocer de los delitos que atentan contra la seguridad del Estado. Dupin agotó la materia; Berryer solo pudo añadir algunos brillantes rasgos, y los esfuerzos de Parant, Moreau de la Meurthe, Persil, Magnoncourt, Martin del Norte, etc., no lograron salvar el proyecto que se estrelló ante una mayoría de dos votos. El resultado de la votacion fué acogido con gritos de *viva el rey! viva la Carlota!* y aunque los periódicos del ministerio se atrevieron á sostener al dia siguiente que semejante mayoría no podia obligarle á retirarse, debiósele considerar como mortalmente herido en su existencia; desde entonces un sentimiento de indiferencia é incertidumbre dominó en las deliberaciones de ambas cámaras, y todo el mundo se hallaba menos atento á los proyectos puestos á la orden del dia que á las intrigas exteriores que tenían por objeto una modificación ministerial. La prision del maquinista Champion, autor de una nueva máquina infernal, destinada á dar muerte á la familia de Orleans, excitó tan poca sorpresa como emocion, y algunos hombres incrédulos por sistema creyeron reconocer en aquel hecho la mano de la policía, preparando un ardid de guerra á fin de interesar al público en favor de una familia que tantos peligros corría por causa de la Francia, y convertir la dotacion que Luis Felipe se obstinaba en reclamar en una cuestion de gratitud nacional. El proyecto de Champion, era empero, muy real, mas habiendo el reo puesto fin á sus dias en su misma cárcel, la causa no pasó adelante. Meunier habia sido condenado por los pares á la pena de los parricidas, pero conmovido Luis Felipe por su arrepentimiento, conmutó su pena y trasladóse á los Estados- Unidos, donde no cesó de enviarle socorros la beneficencia real. Algunos dias antes las cámaras habian salido por fin de su letargo legislativo, y despues de un mes trascurrido en negociaciones secretas y en combinaciones ya rechazadas, ya acepta-

das; despues de una noble y franca reconciliacion ofrecida por Guizot á Thiers, quien no pudo, sin faltar á otros compromisos contraidos, aceptar la alianza que se le proponia, el rey, cansado de aquellas oscilaciones ministeriales, de aquellas luchas de amor propio, dejó al conde Molé el departamento de negocios extranjeros con la presidencia del consejo, é hizo firmar los decretos que nombraron ministro de justicia y de cultos á Barthe, ministro del interior al conde de Montalivet, ministro de instruccion pública á Salvandy, y ministro de hacienda á Lacave Laplague. Era evidente que ese ministerio, nacido en 15 de abril, era consecuencia de un sistema de celoso ostracismo respecto de hombres eminentes que poseian, los unos la confianza de la mayoría de la cámara, y la del país los otros; Barthe, Montalivet y Lacave Laplague representaban una política de adhesion dinástica. Salvandy, animado de las mas nobles intenciones, se habia comprometido de antemano á los ojos de la cámara, sosteniendo la ley divisoria de la jurisdiccion, y ninguno de los nuevos ministros podia lisonjearse de compensar el poder parlamentario de Guizot y el talento administrativo de Duchatel. En 18 de abril, para inauguracion del gabinete, el conde Molé anunció oficialmente á la cámara de diputados la próxima union del príncipe real con la duquesa Elena de Mecklemburgo-Schwerin; solicitó para el príncipe un suplemento de dotacion, y para la princesa una pension de trescientos mil francos en caso de extinguirse la dotacion antes de ceñir su marido la corona, y declaró quedar aplazado el proyecto de patrimonio para el duque de Nemours. Tratábase, pues, de elevar á dos millones la dotacion del príncipe real, de fijar en trescientos mil francos la viudedad eventual de la duquesa de Orleans, y de fijar en un millon los gastos de boda y de establecimiento, cantidades que fueron aceptadas por la cámara. La dote de la reina de los belgas, discutida acto continuo, suscitó mucha mayor oposicion; Montalivet se esforzó en demostrar la insuficiencia de la *lista civil*, atendidas las inmensas obras artísticas que mandaba ejecutar el rey en Versalles y en los palacios reales; segun los cálculos del ministro, la lista civil, inclusa la renta del patrimonio privado, se elevaba á veinte y un millones doscientos setenta y un mil seiscientos cuarenta y seis francos, siendo

el total de las cargas once millones doscientos treinta y dos mil ochocientos francos; quedaban, pues, diez millones treinta y ocho mil ochocientos cuarenta y seis francos de renta limpia, y sin embargo tenía la corona mas de diez y ocho millones de deudas. La cámara, convencida ó fingiendo estarlo, accedió muy á pesar suyo, á los deseos del rey, pues las cuestiones de dinero eran siempre las que con mas ardor la dividia. Dos dictámenes, uno sobre una demanda de cinco millones seiscientos cuarenta y siete mil francos destinados á la Argelia, y otro sobre un destino de fondos secretos, habian sido legados por el antiguo gabinete al nuevo, el cual reclamaba igualmente un doble voto de confianza, viéndose producir entonces, por órgano del presidente del consejo, una justificacion de su conducta, una revista retrospectiva de sistemas, en la que el rey hablaba siempre por boca de sus ministros. Atacado en su antigua gloria, Clausel se disculpó sin trabajo del desastre de Constantina; Guizot defendió á su vez palmo á palmo la política de resistencia de la que se habia constituido en elocuente protector, y un acto de iniciativa real, la amnistía otorgada en 8 de mayo á los sentenciados y presos políticos, habria abreviado sin duda la discusion de los fondos secretos si hubiesen querido suscribir á ella los ministros todos. Promulgada la amnistía, viose á la dureza de corazón rechazar el arrepentimiento y despreciar el perdon; viose á la injuria aceptar el beneficio, pero el público y las cámaras no dejaron de acoger aquella gran medida de clemencia con la esperanza de una próxima reconciliacion entre los partidos y las opiniones, lo cual era dar con magnanimidad la señal de los festejos que iban á conmover la capital. Por su parte, el príncipe real con motivo de su enlace fundaba bolsas en Saint-Cyr para los hijos de militares, hacia distribuir á los proletarios necesitados socorros en dinero ó libretas de la caja de ahorros, mientras que el consejo municipal de París dotaba á algunas niñas pobres y preparaba á los nuevos esposos una recepcion magnífica. La princesa Elena, salida de Lwidsglust, residencia de su familia, pasó la frontera en 24 de mayo, yendo acompañada de la gran duquesa viuda, Augusta Federica, á quien el gran duque habia confiado sus poderes; desde Forbach hasta Fontainebleau fué su viaje una especie de marcha triunfal, y la princesa corres-

pondió á aquella acogida con actos de generosidad y con benévolas palabras. El rey y la familia real, los dignatarios civiles y militares de la Francia, y diferentes diputaciones, representando las cámaras, la justicia, la guardia nacional y la industria, esperaban su llegada en el palacio de Fontainebleau, y en 29 de mayo á las siete de la tarde, entró en el gran patio el coche de la princesa en medio de las aclamaciones y del estrépito de las músicas militares. El príncipe real y el duque de Nemours salieron al encuentro de las princesas hasta el pié de la escalera, y al inclinarse la princesa para besar la mano al rey, detúvola este con suavidad, la abrazó con efusion, y la presentó luego á los miembros de la familia real. Las joyas y las ropas de la novia llenaban por completo tres salones, y constituian una verdadera exposicion de la elevada industria francesa. El dia siguiente á las ocho y media de la noche celebróse el matrimonio en la galería de Enrique II, dándose principio por la ceremonia civil; el barón Estéban Dionisio Pasquier, elevado recientemente á la dignidad de canciller de Francia, desempeñó el cargo de oficial del estado civil, y el duque Decazes el de escribano; entre los testigos de ambos esposos veíase al anciano Talleyrand como un espectro de mal agüero. Procedióse acto continuo á la ceremonia religiosa, primeramente, segun el rito católico por el obispo de Meaux en la capilla de Enrique II, y luego segun el rito luterano por el pastor Cuvier, en la sala llamada de Luis Felipe. El dia 4 de junio á las tres y media de la tarde, hicieron los esposos su solemne entrada en París; el rey, rodeado de los príncipes y seguido de los ministros, de los mariscales y de un brillante cortejo, precedia á caballo y trasportado de gozo, la carroza de las princesas, terminando tan espléndida jornada un banquete de doscientos cubiertos que el rey abandonó muchas veces para presentar su nuera á la entusiasmada multitud que llenaba el jardín de las Tullerías. El dia 11, otra fiesta de un carácter grandioso y nacional debia proyectar sobre aquel himeneo como un glorioso reflejo del reinado de Luis XIV; abríanse por primera vez las vastas galerías de Versalles, trasformadas en Museo histórico por los cuidados y á expensas del rey, y despues de algunos dias pasados en familia en el palacio de Trianon, Luis Felipe, acompañado de la córte y de numerosos invitados represen-

tando todos los cuerpos, todas las ideas y todas las opiniones, recorrió rápidamente las galerías de pintura, como si hiciese los honores de ellas al país que le rodeaba. Ocho mesas de sesenta cubiertos habian sido servidas en la galería de Luis XIV, y veinte mesas de cuarenta en las diez salas laterales, yendo seguido el banquete de un segundo paseo con antorchas por las galerías y de una brillante funcion en el teatro del palacio. El día 14 empezaron las fiestas dadas por la ciudad de París, y trasladóse al campo de Marte una multitud inmensa para presenciar el ataque simulado de la ciudadela de Amberes; por desgracia aquel espectáculo militar fué acompañado de una catástrofe semejante á la que cubrió con un fúnebre velo la corona nupcial de María Antonieta, y veinte y cuatro personas perecieron ahogadas. Estos sucesos hicieron aplazar para el 19 el banquete y el baile que debian tener lugar el día siguiente en las Casas Consistoriales; un baile ofrecido por la guardia nacional en el salon de la Opera sucedió al festin municipal, y en él cantóse por los primeros artistas una loa compuesta por los primeros poetas y por los primeros músicos de la época. En una palabra, la acogida dispensada á la princesa Elena fué de las mas afectuosas, pues los parisienses, que amaban sinceramente al príncipe real, veian con satisfaccion consolidarse la monarquía que estaba destinada á continuar.

Acercábase el término de la legislatura, y el presupuesto de 1838, elevado á mil treinta y siete millones doscientos ochenta y ocho mil cincuenta francos, excedia de unos diez millones al del año anterior; es cierto que el presupuesto de ingresos se habia calculado en mil cincuenta y tres millones trescientos cuarenta mil setenta y ocho francos, lo que ofrecia un excedente de diez y seis millones cincuenta y dos mil veinte y ocho francos; mas estas cantidades habian sufrido algunas modificaciones desde el cambio de gabinete, á consecuencia de lo observado por la comision de hacienda, la que habia respetado, empero, el trabajo económico del ministro Duchatel. Los gastos para mil ochocientos treinta y ocho presentaban pues, un total de mil treinta y nueve millones, trescientos diez y ocho mil, nuevecientos treinta y un francos, y los ingresos un total de mil cincuenta y seis millones, trescientos dos mil, cuatrocientos sesenta y

un francos, lo que constituía en favor de los ingresos una diferencia de diez y seis millones, novecientos ochenta y tres mil quinientos treinta francos. Era aquel presupuesto, en apariencia á lo menos, un presupuesto normal, y sin embargo las cámaras, disueltas en 15 de julio, separáronse descontentas del gobierno y descontentas de sí mismas. Dejaban los negocios comerciales vacilantes bajo una prosperidad mas ficticia que real, las creencias políticas destruidas, y la prensa de la oposición robustecida á pesar de varias denuncias entabladas en virtud de las leyes de setiembre contra el *Correo Francés*, el *Siglo*, la *Gaceta de Francia*, el *Cuotidiano* y el *Charivari*; veían la insurrección erigida casi en derecho desde el veredicto de absolución pronunciado por el jurado de Colmar contra los autores de la conspiración bonapartista de Strasburgo, y un combate renovado sin cesar contra la cabeza de los ministros, habia puesto en descubierto las mezquinas intrigas de córte, el precio dado á las preeminencias individuales, las sordas y sagaces usurpaciones de la autoridad real, la culpable condescendencia y el rápido descrédito de los hombres del poder. El gabinete, que no pudo sostener con sus débiles manos el peso de ciertos proyectos dinásticos, y que tampoco se atrevia á rechazarlos, parecia legar su defensa á sucesores mas hábiles ó mas fuertes, y presentábase generalmente un nuevo ministerio con una nueva cámara. Proscrito el espíritu de conciliación y de armonía del recinto de los poderes legislativos, refugiábase entonces cerca del príncipe real, quien, para mostrar á los pueblos su jóven esposa, recorria la Normandía, visitaba á Ruan, al Havre y á San Quintin, dirigia las maniobras del campamento de Compiègne, y cedia por razones políticas al duque de Nemours la gloria de vengar bajo los muros de Constantina el honor del pabellon nacional. Al mismo tiempo que el duque de Nemours recibia aquella misión con el título de mariscal de campo, el príncipe de Joinville, que habia hecho ya tres largos viajes, embarcábase en Tolon (5 de agosto), á bordo del *Hércules*, navío de cien cañones, para un viaje trasatlántico. Era natural que Clausel, vencido por los elementos mas que por los árabes en la retirada de Constantina, deseara tomar un solemne desquite; pero, como además de alejarle de los ministros un disentiimiento harto profundo, la absolución del general

Rigny, injustamente acusado de cobardía en una orden del día del mariscal gobernador, había enajenado á este último las simpatías de gran parte del ejército de Africa, el teniente general Damremont, nombrado desde 12 de febrero gobernador general de la Argelia, recibió el mando en jefe de la expedición. Hombre resuelto y valeroso, Damremont había recibido de manos del general Rapatel, gobernador interino, aquella Francia africana, conmovida aun por la affictiva catástrofe de Bona, donde trescientos militares fueron víctimas de la esplosion de un polvorin, mientras que el general Bugeaud, enviado á la provincia de Oran con una autoridad casi absoluta, quiso obligar á Abd-el-Kader á reconciliarse con la Francia. Al firmar el tratado del Tafna (30 de mayo), Bugeaud reconstituyó el poderío del emir; devolvióle Tlemcen, Rachgoun y Michouar, y púsole en estado de llevar su dominacion hasta el Pequeño Atlas y de ser en adelante para la Francia un aliado necesario, despues de haber sido un peligroso enemigo. Pacificado el Oeste y el Sur, Damremont pudo dirigir todas sus fuerzas contra Achmet, dey de Constantina, que mostraba tanta mas insolencia quanto que confiaba con el auxilio de la Turquía, y veia cada dia aumentar su ejército; pero la escuadra otomana, observada en sus movimientos por los contra-almirantes Gallois y Lalande, no se atrevió á desembarcar las tropas que llevaba á bordo, y otra vez hizo rumbo al Archipiélago, contenta por haberse librado de un nuevo Navarino. Al empezar el mes de agosto, halláronse reunidos en Bona, en los campamentos atrincherados de Drehaú y de Ghelma, veinte mil hombres con un material considerable y municiones suficientes para una campaña de muchos meses; la llanura de Medjiz-el-Ammar, mas inmediata á Constantina y cuyos escarpados confines son bañados por el Seybouse, había sido considerada á propósito para una imponente concentracion de tropas, y desde allí púsose en marcha el ejército el dia 1.º de octubre. El duque de Nemours mandaba la primera brigada de vanguardia; el general Trezel la segunda, y el general Rulhieres las otras dos; la artillería estaba á las órdenes del general Vallée y el cuerpo de ingenieros á las del general Fleury. El dia 6 llegó el ejército delante de los muros de Constantina, defendida por sesenta cañones, por una buena guarnicion, com-

puesta de turcos y de kabylas, y por Ben-Aissa, intrépido jefe que se envanecía de haber rechazado á los franceses el año anterior; Achmed-Bey, al frente de ocho ó diez mil ginetes, recorría la campiña é inquietaba á los sitiadores. Copiosas lluvias y una temperatura glacial aumentaban las dificultades del sitio, que no lograron entorpecer las frecuentes salidas de los sitiados. Los trabajos de trincheira hallábanse casi terminados el día 12, cuando, inspeccionándolos el general en jefe Damremont junto con el duque de Nemours, fué dividido en dos partes por una bala de cañon, recibiendo el general Perregaux, que se hallaba á su lado, una bala en medio de la frente. Vallée, el mas antiguo de los generales presentes, tomó el mando en jefe de la expedicion, abrió aquel mismo dia una larga brecha, y por ella penetró al dia siguiente en la ciudad. Por desgracia, aquel hecho de armas, el mas brillante quizás de cuantos habian tenido á la Argelia por teatro, costó muy caro al ejército: el general Perregaux no sobrevivió á su herida; el valiente coronel Combe, atravesado de dos balazos, no abandonó el combate sino para anunciar al duque de Nemours su glorioso resultado: «¡ Los que no se hallan mortalmente heridos, gozarán de la victoria!» dijo con calma, y cayó muerto. El ejército volvió á Bona el dia 3 de noviembre, y el dia 9, el duque de Nemours y el príncipe de Joinville, que se habia reunido con él para ver de cerca á los árabes, se embarcaron para Argel, donde les esperaban magníficas fiestas, separándose luego el uno para volver á bordo del *Hércules*, y el otro para volver á Francia por el Océano. En aquella penosa travesía corrió el duque de Nemours los mayores peligros, y no llegó al Havre hasta el dia 8 de diciembre, tres dias despues de haberse depositado en el panteon de los Inválidos el cuerpo del general Damremont. La reina y los duques de Orleans y de Anjou salieron á su encuentro hasta Ruan para felicitarle por el buen éxito de una campaña que hizo llover sobre los jefes y los soldados los grados y las cruces: Vallée recibió el baston de mariscal de Francia; y el duque de Nemours, Trezel y Rulhieres fueron nombrados tenientes generales. Las victorias de la Argelia no bastaban, empero, para distraer los ánimos de muy distintas preocupaciones: disuelta la cámara en 3 de octubre, y convocados los colegios electorales para el 4 de noviembre, de-

bia abrirse la legislatura en 18 de diciembre. Cincuenta nuevos pares, entre los cuales habia veinte y tres diputados, quince tenientes generales ó vice-almirantes, algunos ex-ministros ó embajadores, magistrados y prefectos aseguraban al gabinete en la cámara alta una considerable mayoría, mientras se ignoraba aun cuál sería el espíritu de la nueva cámara electiva. De los cuatrocientos cincuenta y nueve antiguos diputados, habian sido reelegidos trescientos diez, cuyas dos quintas partes pertenecian á la izquierda, y podia temerse que la mayoría de los nuevos diputados fuesen contrarios á la marcha, sino al principio del gobierno; por esto se presagiaba gran dificultad en conservar el equilibrio en el gobierno, y el descubrimiento de una nueva conspiracion contra la vida del rey, el malestar de la agricultura, la reaparicion del cólera en los departamentos del Mediodía, los obstáculos que hacia nacer en Suiza la presencia de refugiados bonapartistas y republicanos, las dificultades relativas á la posesion por la Prusia del ducado de Luxemburgo, la hostilidad del clero reanimada por el frontis del panteon ejecutado por David, y mas aun la actitud de la oposicion avanzada, todo inspiraba al poder muy graves inquietudes.

Así que se trató de la eleccion de diputados, el partido radical, constituido en junta directiva, se apresuró á dirigir su voz al partido legitimista, á fin de obtener, por la combinacion de sus esfuerzos reunidos, una cámara enteramente de oposicion. Figuraban en la junta los diputados Dupont de l'Eure, Arago, Mauguin, Lafitte, el mariscal Clausel, Garnier-Pages, Cormenin, y Salverte, el banquero Goudehaux, el poeta Nepomuceno Lemercier, el profesor Rostan, los abogados Marie, Ledru-Rollin, Dupont y varios periodistas. Odilon Barrot, jefe de la oposicion dinástica, Chambolle, director del *Siglo*, Leon Faucher y algunos importantes personajes del partido legitimista, negáronse á entrar en la coalicion, y á esto se debió el que no fuese tan temible como habria podido ser; esto no obstante, Luis Felipe y sus ministros experimentaron alguna inquietud, sobre todo al ver que eran reelegidos los diputados miembros de la *Junta central*. Para tranquilizarse á sí mismos y tranquilizar á sus amigos, hicieron notar en el discurso de apertura de las cámaras la generosidad de la amnistía, la gloria de las armas francesas en Argelia, y la

fuerza y seguridad de las alianzas políticas del gobierno de Julio. La discusión del mensaje que ocupó casi todo el mes de enero, hizo aparecer en el horizonte de la cámara tantas ambiciones frustradas como convicciones hostiles; Lacave-Laplague, ministro de hacienda, propuso para 1830 un proyecto de presupuesto, en el cual los ingresos se calculaban en mil setenta y cuatro millones, ochocientos noventa y tres mil, ciento nueve francos, y los gastos en mil sesenta y dos millones, novecientos diez y siete mil novecientos treinta francos. El ministro celebraba la situación próspera de la hacienda, grosero sarcasmo ante el aumento anual de las cargas del Estado; establecía que desde 1829 á 1836 las contribuciones directas habian aumentado de treinta y ocho millones; que en cambio el derecho sobre las bebidas se habia rebajado de treinta y cinco millones, y que los derechos de timbre y de correos habian sufrido tambien una reduccion notable; en cuanto al reembolso de la renta admitida en principio, creia deber esperar circunstancias mas favorables para ocuparse de él. Los dictámenes de las comisiones de hacienda fueron explicitos y severos en ambas cámaras: Gauneron, en la de diputados, y el marqués de Audiffret, en la de los pares, quejaronse de la extrema movilidad de las cantidades administrativas, pero esto no impidió que el presupuesto, reducido á la suma de mil ochenta millones, cuatrocientos ochenta y seis mil, noventa y un francos por lo que hace á los ingresos, y á la de mil sesenta y tres millones, seiscientos setenta y nueve mil, trescientos treinta y nueve francos respecto de los gastos, acabase por ser aprobado. Véase, indicábase el mal, pero se carecia de la firme resolucion de remediarlo; las cámaras participaban de la molicie y de la indecision del ministerio, y la mayor parte de las leyes votadas durante aquella legislatura llevaban impreso el espíritu de incertidumbre que preside á los actos todos de una asamblea sin unidad y sin objeto. Una ley sobre el estado mayor sustituia el privilegio al derecho; una ley sobre los consejos generales de departamento llevaba en sí mil contradicciones nacidas del fraccionamiento político; el proyecto sobre la abolicion de la esclavitud colonial, tomado en consideracion con entusiasmo, languidecia abandonado; la conversion de las rentas, que el ministerio no habia tenido el valor de rechazar ni la voluntad de defender, habíase frustrado ante la

cámara de los pares. Timidamente bosquejado como todas las demás reformas, el sistema de caminos de hierro sufría dilaciones perjudiciales á la industria y al comercio; la cuestion de los azúcares, unida á la de la esclavitud, estaba como suspendida entre los intereses de los colonos y las sagradas leyes de la humanidad; de modo que la falta de plan, la vacilacion, la timidez del gabinete se dejaban sentir en todo, excepto en sus persecuciones contra la prensa, en su ardor de denunciar ante los tribunales á la *Moda*, al *Nacional* y á cuantos escritos legitimistas ó republicanos atacaban el gobierno de Julio. El ministerio público atizaba el encono de los partidos y les robustecía por medio de la persecucion, para no conseguir mas ganancias que multas y encarcelamientos; luego que pasaba los límites de la justicia y de la moderacion, encontraba en su camino al jurado, ingenioso siempre en hallar en las mas evidentes conspiraciones circunstancias atenuantes. Así sucedió en la conspiracion de Hubert, cuyos debates ocuparon todo el mes de mayo; la pena capital no alcanzó á ninguno de los conspiradores, y sin embargo Hubert conspiraba por segunda vez contra la vida del rey, de quien acababa de recibir la libertad. El único acto enérgico del gabinete habia sido denunciar al tribunal de los pares el folleto del jóven teniente Laity, quien adicto á las ideas napoleónicas se habia hecho el historiador y panegirista de la conspiracion de Strasburgo; condenado á cinco años de cárcel y á diez mil francos de multa, Laity sufrió solo en cierto modo la responsabilidad de una conjuracion absuelta por el jurado y por la opinion pública. Dos dias despues de aquella condena, cerrábase la legislatura, pares y diputados se dispersaban sin haber decidido, terminado ni ilustrado cosa alguna, ante la cuestion de Oriente que nacia amenazadora, ante la cuestion belga-holandesa que podía sufrir muy graves complicaciones, ante la cuestion española sin solución aparente, y el gabinete se hallaba solo sin mas guía que la necesidad del momento, sin mas idea que la de su duracion.

Humillada la Francia por el mezquino papel que su gobierno le hiciera tomar en Europa, no oyó sin emocion los aplausos que le prodigaba una nacion rival, celosa, pero digna admiradora de su pasado. La Inglaterra tributó homenaje á la Francia imperial inclinándose con respeto y admiracion ante el mariscal Soult,

que le parecia el ilustre representante de las glorias del Imperio. Enviado como embajador extraordinario á la consagracion de la reina Victoria, el vencedor de la batalla de Tolosa hallóse otra vez en presencia de lord Wellington, y el pueblo inglés le acogió con aplausos y gritos de entusiasmo. En aquel entonces un feliz acontecimiento habló de porvenir á la Francia tan fácil en desalentarse: en 24 de agosto, la duquesa de Orleans dió á luz un niño que fué llamado Luis Felipe Alberto de Orleans, y hábil el rey en aprovecharlo todo para consolidar su dinastía, nombró al real vástago *conde de Paris* para identificarle con el pueblo parisien- se, mientras que el consejo municipal del Sena votábale una espada en vez de una cuna. El nacimiento de aquel niño, las larguezas del duque de Orleans, su presencia en el campamento de Saint-Omer, donde dirigía grandes operaciones, y sus generosas y patrióticas palabras aumentaron aun mas su popularidad; tampoco se veia con indiferencia al príncipe de Joinville adquirir en su buque los conocimientos especiales de un marino consumado; agradecíansele las simpatías que excitaba por su carácter leal y verdaderamente francés, y los amigos del trono, temiendo la inmutable voluntad de Luis Felipe, subordinaban sus esperanzas á las ideas liberales de sus hijos. La llegada del príncipe de Joinville á las colonias de las Antillas proporcionó á los infelices plantadores ocasion para protestar contra el abuso de la fuerza que les imponía el consumo de los productos de la metrópoli, contra derechos exorbitantes que pesaban sobre los géneros coloniales, y contra la emancipacion de esclavos, que sin corresponder á los deseos de la filantropía europea, comprometian el cultivo, y hacian prever la próxima ruina de los establecimientos. Intimidado por la presencia de la escuadra francesa, el gobierno de Haiti pagó por fin la indemnizacion de sesenta millones debida á los colonos despojados, y la República Mejicana, insolente por demás, vióse obligada á someterse ante los cañones del contraalmirante Baudin. Los asuntos de Suiza, empero, preocupaban mas el gabinete que aquellos hechos en apartados mares: una aglomeracion de refugiados políticos y de descontentos mantenía allí un foco revolucionario, y Luis Napoleon, vuelto de los Estados-Unidos á donde le confinara Luis Felipe, persistió en permanecer cerca de su madre, reivindicando su calidad de ciudada-

no de Turgovia. A fines de setiembre, un ejército francés de treinta mil hombres á las órdenes del general Aymar, amenazó las fronteras de Suiza; los ministros plenipotenciarios de Austria, de Rusia, de Prusia, de Baden y Wurtemberg se unieron al embajador de Francia para apoyar sus reclamaciones, y la dieta helvética, si bien mandó internar á los refugiados, declaró hallarse pronta á defender la nacionalidad de Luis Napoleon, si este renunciaba sin reserva á su calidad de francés: el príncipe prefirió abandonar la Suiza, y la cuestion no tuvo mas consecuencia.

En 17 de diciembre abrióse la legislatura; el tercer partido empezó á manifestarse por el número de votos dados á su candidato para la presidencia, y el inamovible Dupin solo triunfó de cinco votos contra Hipólito Passy. La discusion del mensaje fué muy viva en ambas cámaras; el abandono de la causa constitucional en España, la destruccion de una alianza útil con la Suiza y la evacuacion de Ancona en Italia, fueron consideradas como graves imprudencias, como culpables debilidades, y la palabra *coalicion*, lanzada por Thiers, recogida y definida por Guizot, fué la divisa de los luterogéneos adversarios del gabinete. En medio de aquella primera campaña parlamentaria, perdió la monarquía de Julio uno de sus mas fuertes apoyos, el mariscal conde de Lobau, pérdida mas irreparable para el palacio que la del mariscal Mortier. Hízola olvidar empero una desgracia de familia: María de Orleans, duquesa de Wutemberg, hija de Luis Felipe y princesa tan eminente por su talento como por su virtud, murió de consuncion en Pisa el dia 2 de enero, despues de diez y ocho meses de matrimonio. Al volver de la capilla sepulcral de Dreux, donde habia ido para recibir el cuerpo de su querida hija, Luis Felipe debió ocuparse de otros funerales menos dolorosos, los de su ministro, á quien habia visto en la agonía. Los debates del Mensaje, aunque llevados con mucha habilidad por Molé y Martin del Norte, hacian imposible la marcha del gabinete, y así fué que adoptado el presupuesto rectificado de 1836, todos los ministros presentaron su dimision. El mariscal Soult aceptó el delicado encargo de reunir los esparcidos elementos de una nueva mayoría, pero en vano intentó constituir un gabinete sin hacer entrar en él á los jefes de la coalicion; entonces llamó de nuevo el rey á los ministros dimisionarios, quienes, por decreto de 31 de

enero, se atrevieron á disolver la cámara de diputados. Luis Felipe opinaba que los colegios electorales se decidirían en favor de su política, que era la de su ministerio; pero las elecciones del 2 y 6 de marzo fueron mas hostiles aun que las precedentes para el gabinete, el cual vióse obligado á retirarse por segunda vez. La formación de un ministerio hacíase muy difícil: los partidos que se habian unido para derribar al antiguo, hallábanse en presencia unos de otros, con opiniones opuestas, con intereses rivales, y preciso era contentarse con un gabinete provisional. El duque de Montebello fué nombrado ministro de negocios extranjeros; Gasparin, del interior; Girod de l'Ain, de justicia y de cultos; el general Cubieres, de la guerra; el baron Tupinier, de marina; Gauthier, de hacienda, y Parant, de instruccion pública, tratándose únicamente de abrir la legislatura, de dejar tiempo á los partidos para reconocerse y constituirse, y á la monarquía el de combinar un gabinete duradero. Abierta en 4 de abril, la cámara de diputados dió doscientos veinte y siete votos á Hipólito Passy para la presidencia, y ciento noventa y tres á Odilon Barrot, cantidades que denotaban la fuerza de los dos ejércitos compactos entre los cuales se aislaban algunos hombres vacilantes ó del todo independientes. Semejante situacion no era muy á propósito para calmar la inquietud general, y esta inquietud quedó por desgracia harto justificada en 12 de mayo, cuando numerosas bandas de insurrectos, pertenecientes á las sociedades secretas, bajaron armados hácia los muelles, arrojáronse de improviso contra las guardias del Chatelet, del Palacio de Justicia y de las Casas Consistoriales, é intentaron contra la Prefectura de Policía un ataque decidido que fué rechazado por la guardia municipal. Por espacio de algunas horas los cuarteles de San Martin, de San Dionisio y de Montmartre sirvieron de ciudadela al motin; construyéronse barricadas, organizóse una resistencia que amenazaba propagarse y robustecerse; mas los combinados esfuerzos de la guardia nacional y del ejército no le dieron tiempo para ello. Aquella misma tarde recobráronse todas las posiciones perdidas, y al dia siguiente el órden se hallaba del todo restablecido; muchos insurrectos habian muerto con las armas en la mano, otros muchos fueron presos, y el mariscal Soult, personificación de una especie de

dictadura militar que las circunstancias explicaban bastante, tomó la presidencia del consejo junto con el departamento de negocios extranjeros, teniendo por colegas: á Teste, en la justicia; á Schneider, en la guerra; á Duperré, en la marina; á Duchatel, en el interior; á Cunin-Gridaine, en el comercio; á Dufaure, en las obras públicas; á Passy, en la hacienda, y á Villemain, en la instruccion pública. El dia 13 manifestó Soult á las cámaras en muy pocas palabras el programa del gabinete: «Accion libre de un consejo responsable y solidario; la paz fundada en la dignidad nacional; el órden garantido por las leyes, y la mas activa proteccion para cuantos intereses contribuyen á la prosperidad del país.» Felicitóse sobre todo por haber reunido nombres dignos de la confianza pública, nombres que si en efecto pertenecian á los diversos matices del tercer partido, y tenia cada uno de ellos un valor intrínseco real, representaban únicamente eminencias fraccionarias sin analogía de doctrinas ni de principios. Esto explica el sentimiento de reserva que dictaba sus palabras y dirigia sus actos, y porque su política prudente y conservadora solo podia ser un indeciso equilibrio entre la resistencia y el progreso. El dia 14, nombró la cámara un presidente en reemplazo de Passy, y Sauzet obtuvo doscientos trece votos contra Thiers, que solo reunió doscientos seis. La cámara de los pares fué constituida en tribunal de justicia para juzgar á los conspiradores del 12 de mayo, y desde el 16, la presentacion de un crédito extraordinario de un millon doscientos mil francos, complemento de los *gastos secretos*, permitió al gabinete sondear el terreno parlamentario que iba á recorrer. Atacóse su origen dudoso, su formacion singular, sus elementos heterogéneos; hizose subir hasta el rey la invariabilidad sistemática que gastaba con tanta presteza á los hombres nuevos y comprometia sucesivamente el crédito de los hombres de Estado consumados; el ministerio se defendió con tanto mayor aplomo y vigor, quanto que sabia á la coaliccion muy debilitada y próxima á dividirse, y doscientos sesenta y dos votos contra sesenta y uno reveláronle el grado de confianza que habia inspirado. No fué menos feliz en la cámara de los pares, donde obtuvo la unanimidad de votos, excepto seis; su política podia, pues, marchar en plena libertad, y con tal que fuese honrosa, leal y firme,

confiar en el simpático apoyo de ambas cámaras. La causa sobre la última conspiración, designada con el nombre de su primer jefe, el intrépido Barbés, había revelado el desborde de las teorías sociales, en cuyo nombre pretendían los republicanos hacer revoluciones; los conspiradores no se proponían ya un mero cambio en la forma de gobierno, sino una transformación completa de la sociedad. La nueva utopía llamada unas veces *comunismo* y *socialismo* otras, aparecía por primera vez á los ojos de la Europa, aterrorizada con sus progresos; nadie desconocía la espantosa trascendencia de semejante sistema, y en la causa, cuyos debates se abrieron en 27 de junio ante el tribunal de los pares, púsose en cuestión la existencia del orden establecido. Barbés, cuyas ardientes convicciones habían encontrado admiradores hasta en los bancos de los jueces, fué el único condenado á muerte, si bien cediendo el rey á las instancias de la duquesa de Orleans, conmutó su pena en una reclusión perpétua. Aproximábase el mes de agosto, término de la legislatura de las cámaras, y después de haber sido por tanto tiempo distraída de su mandato legislativo, la cámara de los pares no podía hacer más que adoptar casi sin exámen la ley sobre el presupuesto. El de ingresos se elevaba á mil ciento quince millones, setecientos sesenta y cinco mil, doscientos veinte y dos francos, y el de gastos á mil noventa y nueve millones, novecientos trece mil cuatrocientos ochenta y siete francos, resultando del proyecto un presunto excedente de diez y seis millones; sin embargo, cada año veía aparecer nuevos créditos supletorios y ni con una reserva de diez y seis millones podíase subvenir á las eventualidades de la hacienda ni pasarse sin empréstitos. En la cámara de diputados aprobaron el presupuesto doscientos setenta votos contra treinta y siete, y en la de los pares solo una voz protestó contra aquellas dilapidaciones anuales.

Desde la conquista de Constantina, la Argelia, pacificada ó tranquila al menos, solo inspiraba al gobierno muy pasajeras preocupaciones. Desconfiábase de Abd-el-Kader, pero se le contenía; sabíase que protegía abiertamente á nuestros enemigos los hadjouths; que alentaba los saqueos cometidos en el Metidja; que excitaba excursiones contra nuestras fronteras; que provocaba la desercion de los árabes alistados á nuestras bande-

ras; que molestaba á las tribus aliadas de la Francia; que impedía la circulacion de víveres y de caballos, y que no cumplia ciertas condiciones estipuladas en los tratados de 1837 y 1838. Sin embargo, para emprender una expedicion, habia de aguardarse una estacion favorable, y era preciso sobre todo que hubiesen cesado los estragos de las enfermedades epidémicas que diezaban á los soldados franceses. Atacóse únicamente durante el mes de mayo el pueblo de Djidjeli en el territorio de Constantina para libertar á los náufragos del bergantin *Independiente*, y plantóse allí el pabellon francés; pusieronse luego en estado de defensa Djemilah y Setif, y las tropas esperaron el otoño para emprender nuevas operaciones. El príncipe real habíase reservado el honor de la expedicion, y despues de asistir á algunas maniobras en el campamento de Fontainebleau, reunido bajo las órdenes del duque Nemours, embarcóse para Argel, á donde llegó el 27 de setiembre. En 6 de octubre marchó á Philippeville, y en 11 del mismo mes á Constantina; los kalifahs, los scheiks de la provincia habian salido á su encuentro para tributarle homenaje, y el mufti y los ulemas precedidos de una bandera marchaban al frente de cada tribu. El príncipe se proponia reconocer militarmente todo el territorio de Constantina, y el dia 16 partió para Milah donde el mariscal Vallée habia reunido el cuerpo expedicionario; visitó sucesivamente Djemilah y Setif dirigiéndose hácia Sidi-Mbarek; atravesó numerosas y admiradas poblaciones que acudian solícitas presentando víveres, y entonces el general Galbois, con una parte del cuerpo expedicionario, penetró en Medjanah, mientras que el mariscal y el príncipe, seguidos de tres mil hombres, avanzaban hasta Biban y las Puertas de Hierro, que los romanos no se atrevieron á pasar, y que los Turcos jamás habian atravesado sin pagar tributo. Las Puertas de Hierro ó grandes peñascos calizos de doscientos cincuenta á trescientos metros de elevacion, entre los cuales puede apenas pasar un mulo, fueron atravesadas el dia 28 en medio de las aclamaciones de las tropas que grabaron en la peña estas palabras: *Ejército francés 1839*. La columna se detuvo dos leguas mas allá, en las orillas del Ouad-Biban; el objeto de aquella pacífica expedicion se habia cumplido, y el príncipe volvió á Argel el dia 2 de noviembre. En tanto,

Abd-el-Kader predicaba la guerra santa; los douairs y los zmelas, los mas antiguos aliados de la Francia, se doblegaban á su ascendiente; robaba, diezmaba y deportaba á los kou-louglis de Tlemcen, castigaba sin piedad á los medjers, impulsaba á los hadjouths hasta los muros de Blidah, y ordenaba á los dejes de Milianah y de Medeah que marcharan al Chiffa al frente de tres mil hombres. El campamento francés de Quad-el-Aleg, cercado y atacado por los kabilas, perdió intrépidos defensores; el valle del Metidja fué invadido y devastado, y fué preciso que las tropas abandonasen sus tiendas para refugiarse en Argel. Los establecimientos agrícolas, formados con tanto trabajo y en una série de años, no presentaron en pocos dias mas que un monton de ruinas; la desolacion y el espanto fueron generales en la Argelia, y alarmado el gobierno, aumentó el efectivo del ejército de Africa hasta sesenta mil hombres, y preparó contra Abd-el-Kader una venganza terrible. En 10 de diciembre, los franceses alcanzaron un señalado triunfo entre el Arba y el Arrack; en los dias 14 y 15 vencian otra vez á los árabes cerca de Blidah, y terminó el año un glorioso encuentro entre tres regimientos de línea y las fuerzas todas de los khalifahs de Medeah y de Milianah, apoyadas por la infantería regular de Abd-el-Kader en el valle de Quad-el Kebir. Seis semanas antes (27 de noviembre), en otro hemisferio, habian bastado cuatro horas de bombardeo para reducir la fortaleza de San Juan de Ulloa, una de las posiciones militares mas formidables del mundo; cuatro buques de guerra, la *Gloria*, la *Efigenia*, la *Criolla*, mandada por el príncipe de Joinville, y la *Nereida*, que llevaba el pabellon del almirante Baudin, llevaron á cabo aquel glorioso hecho de armas, y Méjico escuchó por fin las reclamaciones de la Francia. El gobierno francés, tan débil y complaciente con las grandes potencias, era soberbio é implacable con las pequeñas; tenia bloqueado á Buenos-Aires; apoderábase de la isla de Martín-García, que domina la desembocadura del Uruguay en el rio de la Plata; destruía la escuadra argentina, y el contra-almirante Leblanc (12 de octubre), despues de desembarcar en Montevideo cuatrocientos cincuenta marineros de la escuadra, llamaba bajo la bandera nacional á todos los franceses residentes capaces de empuñar las armas, y ponía á aquella ciudad al abri-

go de las sangüinarias amenazas de Rosas. La situación de las posesiones francesas en las Antillas era tan triste como la de Montevideo: en la Martinica un terremoto había destruido Puerto-Real, parte de la ciudad de San Pedro y muchas aldeas; la fiebre amarilla había asolado luego la isla y la de Guadalupé, y el malestar comercial aumentaba, á pesar de haberse rebajado los derechos de los azúcares y de haberse introducido otras modificaciones en el tiránico arancel de aduanas.

Ocupada la Francia en su industria y su comercio, se tomaba muy poco interés en lo que sucedía en tan apartadas regiones. La inauguración del camino de hierro de Versalles (orilla derecha) y la de la línea de Mulhouse fueron verdaderos acontecimientos públicos, puesto que formaban, por decirlo así, la inauguración del régimen de los caminos de hierro. En ausencia de las cámaras, la escena política se encontraba casi desierta é inanimada, y cuando se reunieron en 23 de diciembre, el gabinete se presentó á ellas con el resultado de sus trabajos y de sus estudios: había suprimido las subvenciones que cobraban ciertos periódicos ministeriales, reformado la organización interior del consejo de Estado, combatido la venalidad de los empleos, y admitido en principio la reforma electoral; mas retrocediendo siempre ante el obstáculo, no se atrevía á plantear las grandes cuestiones, evitaba la lucha, y esperábalo todo del tiempo en las cuestiones de política internacional. A todo aplicaba su sistema de conciliación y de equilibrio: en Oriente, por ejemplo, en vez del protectorado exclusivo que cualquier otro ministerio habría reivindicado para la Francia, había preferido tímidamente el protectorado colectivo de las potencias europeas que podía ser causa entre los gabinetes de Londres y de San Petersburgo de un acuerdo desfavorable y quizás hostil para los intereses franceses. El discurso de la corona proclamó el carácter pacífico y benévolo de nuestras relaciones con los principales estados de Europa; la consolidación del trono constitucional de la reina Isabel II; la actitud belicosa de la Francia en América, y por primera vez la ocupación definitiva de la Argelia: «Es preciso, dijo el rey, que la agresión de Abd-el-Kader sea castigada imposibilitando su repetición, á fin de que nada se oponga á la progresiva prosperidad que asegura la dominación francesa á una

tierra que no abandonará jamás » La discusión del mensaje, muy animada en la cámara de diputados, suscitó una cuestión de amor propio entre los últimos ministros y los nuevos; dió lugar á interesantes debates sobre política general, y evocó la cuestión de la reforma electoral, cuya idea germinaba ya en la guardia nacional parisiense; algunos de sus individuos se habían permitido una demostración en aquel sentido, y el rey aludió á tan grave hecho, cuando al recibir el mensaje de la cámara (16 de enero) dijo: «Vuestra leal y patriótica adhesión es para mí una nueva prenda del apoyo que hallará en vosotros mi gobierno para fomentar los verdaderos intereses del país, inseparable de los derechos y del ascendiente legal de la autoridad.» La última categoría de los conspiradores del 12 de mayo, entre los cuales figuraba Blanqui, el ingenioso organizador de las sociedades secretas, llamó de nuevo la atención pública hácia el palacio del Luxemburgo; sin embargo, nada extraordinario ocurrió. Blanqui, después de explicar con calma y sangre fría su programa republicano y socialista, fué condenado á muerte, pena que conmutó el rey en prisión perpétua, y sus cómplices fanáticos, temerarios ó ignorantes, sufrieron un castigo proporcional á la parte que habían tomado en la conspiración. El espectáculo ofrecido por la anarquía ante la cámara de los pares; el espectáculo de otra clase que trescientos guardias nacionales habían dado en la calle violando la ley de su instituto, revelaban las tentativas y los progresos de la democracia, mientras que en un teatro mas limitado, en los funerales del arzobispo Quelen, veíase á la antigua aristocracia estrechar sus filas y hacer una especie de demostración legitimista. No eran estos, empero, los únicos síntomas de inquietud que observaban los hombres previsores; en el peligroso terreno de las dotaciones veíase cierta conjuración dinástica, tramada entre el ministerio y el Palacio. Habíase decidido el matrimonio del duque de Nemours con la princesa Victoria de Sajonia-Coburgo-Gottha, y el gabinete pidió á las cámaras la aplicación de un principio contenido en la ley de 4 de marzo de 1832, en la que se expresaba que en caso de insuficiencia del patrimonio privado del rey, estarían á cargo del estado las dotaciones de sus hijos. El ministerio propuso, pues, señalar al duque de Nemours una renta anual de quinientos mil francos; una suma de quinientos mil

francos para los gastos de su boda, y en caso de fallecer el príncipe, una renta anual para la viuda de trescientos mil francos. La oposicion puso el grito en el cielo, y la Francia entera murmuró; algunos diputados exigieron la prueba de la insuficiencia del patrimonio privado, y si bien se presentaron números, no quiso hacerse lo mismo con los documentos justificativos. Muchas voces independientes se elevaron del seno de la cámara contra la insaciable codicia de Luis Felipe: Lafitte afirmó que los productos de la selva de Breteuil, estimados por la comision en ciento ochenta y ocho mil, ochocientos setenta francos, habíanse elevado entre sus manos á trescientos sesenta mil francos, y, á pesar de las intrigas de toda clase, de los apretones de mano prodigados por el rey y del silencio venal de veinte oradores inscritos contra la dotacion, fué esta vergonzosamente reprobada. La coalicion del tercer partido se habia servido de la dotacion para derribar al ministerio, y este, que habia prometido al rey que su dotacion seria aprobada, no pudo hacer mas que retirarse, sin que despues de tamaña derrota fuese posible gabinete alguno, á menos de personificar el principio motor de la conciliacion. Llamado Thiers como presidente del consejo para formar el nuevo ministerio, confió la cartera del interior á Remusat, la de justicia y de cultos, á Vivien, la de guerra al general Despans-Cubieres, la de marina y las colonias, al vice-almirante Roussin, la de instruccion pública, á Cousin, la de hacienda, á Pelet (de la Lozere), la de comercio á Gouin, y la de agricultura y obras públicas al conde Jaubert. De este modo se hallaba el centro izquierdo elevado al poder; el lado izquierdo se acercaba á él, y mientras una fraccion del partido conservador gestionaba los negocios, otra fraccion del mismo parecia deber convertirse en oposicion. Importaba, pues, verificar una transaccion inmediata, y el presidente del consejo tomó esta necesidad por divisa y programa. Instalado en 1.º de marzo Thiers, se inauguró por la demanda de un crédito extraordinario de un millon para complemento de los gastos secretos de 1840, y el 24 empezó la discusion general; hábil estratégico, Thiers fué el primero en tomar la palabra, como si hubiese querido trazar él mismo los límites del campo de batalla que á sus adversarios abria: «Hubo un día de graves dificultades, dijo; dos sistemas, honrosos ambos, se ha-

llaban frente á frente. Al publicarse la amnistía, transigieron, y desde entonces no han tenido motivo alguno para combatirse recíprocamente.» Según él, reducíanse todas las dificultades á la reforma electoral y á la cuestion de Oriente; en cuanto á aquella era una dificultad del tiempo venidero, no del presente, y en cuanto á la cuestion de Oriente, nadie deseaba la destruccion del imperio turco, ni la caida de su poderoso vasallo, el bajá de Egipto. Tan vasto tema político, explicado de un modo sutil y capcioso, encontró muy fuertes objeciones: no se veía en él la claridad de formas, la precision de principios que caracterizan un sistema liberal é independiente; revelaba ideas de *transicion*, pero habríase deseado que el gabinete se mostrase mas superior á las influencias del gobierno personal. «Soy lo que siempre he sido, exclamó Thiers; si sucumbo, no será por falta de corazon ni de fuerza de voluntad, sino porque las circunstancias serán superiores á mi talento. Seré á la vez ministro de la corona y ministro independiente, capaz siempre de decirle con franqueza mi pensamiento.» El presidente del consejo obtuvo los fondos secretos junto con un voto de confianza. El gabinete sentíase poseido de buena voluntad para el progreso, reconocia la necesidad del mismo, pero lo aplazaba siempre; defendió con tibieza la conversion de la renta admitida por la cámara de diputados y rechazada por la de los pares; acerca de la reforma electoral, reclamada en numerosas peticiones, dejó que se produjeran veinte teorías distintas, que por su incoherencia le autorizaron para deducir que la cuestion no le parecia bastante sazónada para ser puesta en discusion, decidiendo la cámara el envio de las peticiones á la seccion de informes. Así, pues, lo mismo las cámaras que los ministros evitaban con cuidado el resolver las grandes cuestiones políticas, al paso que planteaban con mayor solicitud los problemas de intereses materiales; en esta parte, sometieron á condiciones de justicia y de humanidad el trabajo de los niños en las fábricas, y reglamentaron los caminos de hierro bajo el triple punto de vista de la industria privada, de las garantías individuales y de la defensa nacional. El presupuesto reducido de solos dos millones por la comision, presentaba el total de mil ciento quince millones, ciento setenta y cuatro mil, setecientos noventa y ocho francos; el excedente de los ingresos parecia de-

ber ser de veinte y dos millones, setecientos trece mil, trescientos treinta y cuatro francos, mas los créditos extraordinarios iban á absorber mas de treinta y cinco millones, y por lo tanto, habia de experimentarse un nuevo déficit en 1841. Uno de aquellos créditos se referia á la traslacion á Francia de los restos de Napoleon, solemne acto de gratitud nacional, que fué votado con entusiasmo á peticion de Thiers, y que conquistó al poder cierta popularidad.

El 15 de julio cerróse la legislatura, y aquel mismo dia el Austria, la Rusia, la Inglaterra y la Prusia firmaban en Lóndres un tratado verdadero *casus belli*, por el cual, aniquilando las cuatro potencias el tratado de Unkiah-Skelessi, colocaban bajo su especial salvaguardia los estrechos del Bósforo y de los Dardanelos, y prometian mantener la integridad del territorio Otomano contra las pretensiones del bajá de Egipto, ofreciéndose á Mehemet-Alí como *ultimatum*, la administracion hereditaria del bajalato de Egipto, y durante su vida, el bajalato de Acre, la fortaleza de igual nombre y toda la parte meridional de la Siria. En su consecuencia, Mehemet debia dentro de treinta dias abandonar la isla de Candía, el distrito de Adana, la Arabia, las ciudades santas, y restituir la escuadra turca, so pena de ser enteramente despojado. La cuestion de Oriente, era resuelta á corta diferencia en los términos propuestos por la Francia, pero éralo sin contar con ella, y Thiers, con lenguaje altivo y noble, protestó contra aquel singular olvido de los usuales procedimientos diplomáticos, al mismo tiempo que tomó las medidas prontas y enérgicas que las circunstancias exigian: llamó á las armas á los soldados de las quintas de 1836 á 1839, solicitó créditos aplicables á la marina y á las fortificaciones de París, y parecia, en una palabra, que la Francia iba á desnudar la espada. Sin embargo, oculto entre bastidores mientras sus ministros representaban de buena fe los papeles que les habia señalado, Luis Felipe aprovechaba aquel humor belicoso y el sentimiento de la dignidad nacional ofendida, para obtener de las cámaras los famosos fuertes destacados, por los cuales suspiraba hacia tanto tiempo; dejábase arrastrar en apariencia á una guerra inminente, reservándose sacrificar luego á los ministros poco sagaces, que en un exceso de patriotismo hubiesen comprometido su sis-

tema de paz á toda costa. El hábito de la guerra acababa de rejuvenecer á los partidos; para hacer frente á una coalicion europea, y para vengar los desastres de 1814, la Francia tenia necesidad de un gobierno popular, y Luis Felipe, cantando la *Marseles* desde el balcon de las Tullerías, no hacia latir ya el corazon de la patria. Los republicanos intentaron un golpe de mano, pero anticipóseles el partido bonapartista, quien menos fuerte pero mas atrevido, fué el primero en desplegar la bandera de la insurreccion. Luis Napoleon Bonaparte, seguido del general Montholon, del coronel Voisin y otros fieles partidarios llevando los uniformes y las insignias militares del imperio, desembarcó el dia 6 de agosto en la playa de Bolonia á los gritos de *viva el emperador!* Engañado por falsas noticias y por sus ilusiones personales, esperaba sublevar el departamento del Paso de Calais, arrastrar las tropas en pos de sí, y marchar con ellas á París para proclamar la deposicion de Luis Felipe. Sin embargo, la policia se hallaba advertida, y en menos de una hora quedó todo terminado. Luis Napoleon y sus compañeros, perseguidos por la gendarmería, fueron presos cuando intentaban volver á nado á bordo del buque que les trajera de Inglaterra, y mientras el sobrino del emperador era encarcelado con amenaza de una acusacion capital, uno de los hijos del rey, el príncipe de Joinville, embarcábase en la *Belle-Poule* para ir á buscar á través del Océano los restos del cautivo de Santa Elena. El tribunal de los pares llamó á sí la causa de la conspiracion de Bolonia, y, como el príncipe Luis Napoleon se habia mostrado reincidente, el tribunal fué tambien muy severo: condenóle (6 de octubre) á prision perpétua en una fortaleza situada en el territorio continental del reino, y aplicáronse á sus cómplices las siguientes penas: á Aladenise, teniente en activo servicio, la de deportacion; al anciano general Montholon, á Parquin, á Lombard y á Persigny, la de veinte años de prision á cada uno; al coronel Le Duff de Mesonan á quince años; al coronel Voisin, á diez años etc. Algunos dias despues, el príncipe, acompañado de Montholon, Persigny y Conneau, fué trasladado á la ciudadela de Ham. En 7 de octubre, la cámara de los pares, que creia verse libre de sus tareas judiciales, tributaba los últimos

deberes á uno de sus miembros mas ilustres, el mariscal Macdonald; pero apenas habian pasado diez dias, cuando convocó de nuevo el rey para conocer de un atentado contra su persona, cometido la víspera á las seis de la tarde por cierto Mario Darmés, quien le habia disparado casi á quema ropa un tiro de carabina en el momento de pasar en carruaje con la reina y la princesa Adelaida por el muelle de las Tullerías cerca del puente de la Concordia. El arma cargada hasta la boca reventó, y al paso que el asesino caia gravemente herido, solo recibieron leves contusiones dos personas de la escolta del rey. El rumor del nuevo atentado se perdió en medio de las voces de guerra, mas inminente cada dia, sobre todo desde que el presidente del consejo habia comunicado á la escuadra la orden de abandonar las islas de Hyeres y de dirigirse al Archipiélago; los ánimos se hallaban tambien preocupados con las terribles inundaciones del Mediodía, con los banquetes reformistas, con las coaliciones de operarios pertenecientes á distintos oficios, con los alarmantes discursos de Lamartine y de Quinet, con un nuevo folleto de Lamennais, y con todas las aisladas protestas que realizaban la dignidad nacional puesta por el *Foreign-Office*, fuera de la ley de la diplomacia europea. Esperábase de un momento á otro la noticia de haber empezado las hostilidades entre las escuadras coaligadas y la francesa, y era necesario apresurar la convocacion de las cámaras; su apertura fué fijada para el 5 de noviembre, pero no queriendo presentarse ante ellas con un gabinete mas empeñado en la guerra que Luis Felipe, este habia firmado en 29 de octubre la disolucion del ministerio de 1.º de marzo. Los sucesores que él mismo dió, se hallaban acordes para hacer triunfar el sistema de la paz á toda costa, y fueron: el mariscal Soult, ministro de la guerra y presidente del consejo; Martin del Norte, guardaseellos, ministro de justicia y de cultos; Guizot, ministro de negocios extranjeros; el almirante Duperré, ministro de marina y de las colonias; Duchatel, ministro del interior; Cunin-Gridaine ministro de comercio; Teste, ministro de obras públicas; Villemain, ministro de instruccion pública, y Humann, ministro de hacienda. Esperábase con inquieta curiosidad el discurso de la corona y tambien la discusion del mensaje, pues la polí-

tica personal del rey, impuesta á sus embajadores fuera de la accion de sus ministros, iba á encontrarse frente á frente con la política del último gabinete, que habia sido su juguete y su instrumento sin saberlo. Las forzadas confesiones, las reticencias obligadas que surgieron en la discusion, resultó para todo el mundo el convencimiento de que Luis Felipe se aferraba á la paz cuando Thiers se preparaba para la guerra, y de que Guizot, su embajador en Lóndres, hacia muy poco caso de las guerreras disposiciones del gabinete. El mismo Guizot, que tan buenos servicios acababa de prestar durante su embajada á la política personal, no temió exponerla, justificarla y defenderla desde lo alto de la tribuna, resumiendo su sistema en los siguientes términos: «La gran política, el interés superior de la Europa y el de todas las potencias europeas, es la conservacion de la paz siempre y en todas partes, la conservacion de la seguridad en los ánimos, y de la tranquilidad en los hechos.» Dreux-Brezé y Montalembert en la cámara de los pares, y Thiers, Odilon Barrot, Dufaure, Tocqueville, Berryer, Mauguin y Garnier-Pagés en la de diputados, atacaron cada uno en un orden de ideas distinto, la tímida política del nuevo gabinete, remontándose unos á elevadas consideraciones y descendiendo otros á mezquinas personalidades. Guizot fué entonces mas diestro que elocuente, y tuvo además la buena fortuna de verse apoyado por Lamartine, que se constituyó igualmente en orador de la paz, y por la ciencia práctica del general Bugeaud, quien declaró á la Francia incapaz de entrar en liza con la Europa. Nada permaneció secreto de cuanto se referia á las negociaciones de Oriente desde 1.º de marzo hasta 29 de octubre, y habiendo prometido el ministerio mantener á la Francia bajo un pié de aislamiento digno y firme, ochenta y seis votos de mayoría pusieron á su lado contra el gabinete de 1.º de marzo. En medio de las emociones de aquella batalla parlamentaria, súpose apenas la llegada á Tolon del *Astrolabio* y de la *Celosa*, que volvían junto con el capitán Dumont-Durville de un viaje de circunnavegacion tras-atlántica; el nacimiento del duque de Chartres, hijo segundo del príncipe real, y la retirada de la reina Cristina á Francia, pasaron casi desapercibidos, pues todos los ojos, todos los corazones dirigíanse hacia el puerto de Cher-

burgo, donde en 30 de noviembre llegaba la fragata *Belle-Poule* conduciendo de Santa Elena los restos del emperador. El ataúd que los encerraba, depositado en un barco de vapor, subió por el Sena hasta Ruan, y desde Ruan hasta Courbevoie en un barco de remos, acompañado de una escuadrilla empavesada de negro. Desembarcado el féretro en 14 de diciembre, y colocado al día siguiente en un carro fúnebre monumental de quince metros de elevación, entró en París por el Arco de Triunfo de la Estrella precedido y seguido de un magnífico cortejo; á la una y media entró éste en la plaza de la Concordia, y una hora despues llegó á los Inválidos, donde el clero salió al encuentro del féretro, que llevaban en hombros algunos soldados y marineros, á cuyo frente marchaba el príncipe de Joinville. Fué aquel un instante de grandiosa solemnidad; la inmensa multitud, con la cabeza descubierta, tenía los ojos fijos en el féretro del gran capitán; veíase á inválidos ancianos arrodillarse, prosternarse llorando, creyendo saludar á su emperador. Luis Felipe, rodeado de la reina, de las princesas y de los príncipes de la familia real, se adelantó hasta la entrada de la nave; entonces Joinville, bajando su espada, dijo: «Señor, os presento el cuerpo del emperador Napoleón.—Recíbolo en nombre de la Francia, contestó el monarca.» El arzobispo celebró el oficio de difuntos, y la ceremonia no terminó hasta las cinco de la tarde. Aquella tarde, pero pomposa expiación, fortaleció al poder reconciliando con él á todos aquellos para quienes era grato el recuerdo de Napoleón, recuerdo que parecía guiar por el camino de la gloria á nuestro ejército, cuyos brillantes hechos de armas en Argelia envanecían el amor propio nacional, humillados por las pusilánimes concesiones del jefe del Estado. Citar el combate de Mazagran (febrero), en el que ciento veinte y tres hombres del primer batallón de infantería ligera rechazaron durante cuatro días detrás de una pared los ataques de doce mil árabes; recordar el encuentro del Messerguin (marzo) contra un kalifah de Abd-el-Kader; la victoria de Sclerchell, la de Selsou (provincia de Constantina), y por fin, la brillante expedición (abril y junio) contra Medeah y Milianah, que defendía el emir con un ejército de diez y nueve mil hombres, es bosquejar el quadro de las principales operaciones militares del

ejército de Africa. Los duques de Orleans y de Aumale habian tomado parte en la expedicion contra Abd-el-Kader, el cual, sin oponer mas que una débil resistencia, se retiró al desierto; el gobierno comprendió la necesidad de acabar con aquel peligroso é impalpable enemigo, y llamando al mariscal Vallée, puso en su lugar, como gobernador de Argelia, al vencedor del Tafna, el valiente general Bugeaud, dándole por mision especial la destruccion delemir.

El año terminaba, y legaba al de 1841 la discusion de un proyecto de ley sobre las fortificaciones de París, cuyo dictámen, confiado á Thiers, suscitó graves debates en el seno de ambas cámaras. En la de diputados, Golvey, Lamartine, Garnier-Pagés y Tracy atacaron el proyecto que fué defendido por Thiers con un discurso que le hubiera envidiado Vauban, y por Francisco Arago, que arrastró á gran parte de la oposicion. Guizot, despues de examinar bajo el punto de vista moral y político la necesidad de fortificar á París, rechazó la idea de un círculo de bastillas armadas contra el pueblo, y se esforzó en tranquilizar á la poblacion parisiense, á la que asustaba é indignaba la posibilidad de un bombardeo ó un bloqueo. El duque de Broglie en la cámara de los pares empleó toda su dialéctica para hacer triunfar el impopular proyecto que consideraba el rey como el indispensable apoyo de su trono, y así en una como en otra cámara, alcanzó el proyecto una imponente mayoría. El poder legislativo usó de gran reserva en lo tocante á los actos diplomáticos del gabinete; al darles razon en la cuestion de Oriente, aprobó implícitamente el sistema pacífico del rey; confirmó tambien el tratado celebrado por el almirante Mackau con la república Argentina, pero al insistir por la conservacion de nuestras colonias en Argelia, obligó al ministerio á declarar desde lo alto de la tribuna que la Francia no entendia privarse de una colonia que tanta sangre la habia costado, declaracion que tenia tanta mayor importancia, cuanto que desde la reciente publicacion que hicieron dos periódicos legitimistas, la *Gaceta de Francia* y la *Francia*, de algunos fragmentos de cartas atribuidas al rey de los franceses, sabíanse cuales eran las intenciones personales de Luis Felipe. En aquellas cartas singulares anunciaba su intencion de mantener en toda su integridad los tratados celebrados desde 1814 por las potencias europeas; decia que

al fortificar á París, no tenia mas objeto que comprimir el espíritu revolucionario de sus *amables* arrabales; que abandonaria la Polonia y que se mostraria constantemente solícito en ser agradable á la Inglaterra, etc. La *Francia*, denunciada por el ministerio público, fué absuelta por el jurado, y si bien la *Gaceta* fué menos feliz, toda duda respecto de la autoridad de aquellos documentos desaparecia comparándolos con los hechos consumados, lo que hizo que la opinion pública, elevada al diapason del motin, impulsase hácia la cámara de diputados á un numeroso grupo gritando traicion y exigiendo explicaciones categóricas. La policía dispersó á los amotinados, y algunos dias despues, negó Guizot desde la tribuna la existencia de golpes de Estado y de proyectos imaginarios, que rechazó como absurdos y calumniosos; semejante lenguaje era muy importante en aquellos labios, y aceptóse su sinceridad, si no como una justificacion del pasado, como una promesa para el porvenir. La *Francia* y la *Gaceta de Francia* no fueron los únicos periódicos denunciados, y las persecuciones del ministerio público se extendian igualmente á publicaciones de ciencia filosófica, pues si el poder hacia la guerra á la opinion legitimista, no dejaba de temer «á escritos que nuestra época no ha definido aun, decia, y que en cierto modo no podian ser previstos por la legislacion anterior.» Aludia á los primeros ensayos del *comunismo*, y sobre todo del *socialismo*, naciente doctrina que habia visto martirizados sus primeros sacerdotes. Lamennais fué condenado á un año de cárcel y á dos mil francos de multa; dos escritores socialistas, Teófilo Thore y Alfonso Esquirós, fueron tratados con igual rigor, y en otro orden de ideas, el *Nacional*, discutiendo un poder legislativo que muchas veces habia atacado, atreviase á decir (9 de enero): «Hemos salido de la cámara de los pares como de un hospital de incurables. No, jamás penetrará la vida en aquel osario; cuando no existe independendencia, no hay energía posible. Aquel espectro de cámara, que el capricho del monarca ha creado, se mueve en una atmósfera donde no penetran la luz ni el calor, y reina allí cierto olor de decrepitud que os entristece y os conmueve. Diríase ser aquello una comedia constitucional, desempeñada por cadáveres, una especie de fantasma mecánico que desea esconderse cuanto antes por miedo de que se rompan

sus resortes.» La cámara condenó al editor del *Nacional* á un mes de cárcel y á diez mil francos de multa, lo cual fué preludio de una sentencia mas terrible, de la fulminada contra el regicida Darmés, republicano feroz é implacable, cuya cabeza cayó en el cadalso, y que guardó al morir el secreto de sus cómplices (31 de mayo). El bautismo del tierno conde de París, celebrado con gran pompa en Nuestra Señora (1.º de mayo), consagró en cierto modo á la dinastía de Orleans, y hubo con este motivo en las Tullerías aristocráticas fiestas y fiestas populares en la capital, á las que se mezcló el entusiasmo de las recientes victorias conseguidas en Africa. La victoriosa espada del general Bugeaud, la ocupacion de Mascara que Abdel-Kader empezaba á levantar de sus ruinas, la fuga del emir al fondo del desierto, la sumision de nuevas tribus, daban pábulo al entusiasmo popular, el cual fué sin embargo muy pasajero. El censo, medida fiscal exigida por escandalosas injusticias, pues gran número de contribuyentes y ciento diez mil casas de París se libraban de todo pago, encontraba en la capital obstinada resistencia, y excitaba sediciones en los departamentos; espantados los pueblos, creían entrever en aquel padron general el próximo aumento de sus cargas, al paso que se trataba por el contrario de equilibrar aquellas con mas equidad, protestaban de antemano y maldecían á las cámaras, que se separaron no sin legítimos temores. Habían votado á paso de carga un presupuesto de gastos de mil doscientos setenta y seis millones, trescientos treinta y ocho mil, setenta y seis francos, y otro de presuntos ingresos de mil doscientos sesenta millones, seiscientos ochenta y tres mil, ciento cuarenta y dos francos, lo que constituía, como siempre, un déficit de muchos millones; sin embargo, como durante los seis primeros meses presentóse un excedente de veinte millones y medio, podíase esperar para 1843 un presupuesto sin déficit, aunque singularmente aumentado. La legislatura terminó en 7 de julio y algunos dias despues (13 de julio), celebrábase en Lóndres el tratado llamado *de los Estrechos*, que abrió á la firma de la Francia el tratado de la cuádruple alianza, hecho sin ella en 15 de julio de 1840, y que colocaba bajo la mútua garantía de las cinco potencias el principio de derecho europeo que cerraba indistintamente á todas las naciones el Bósforo y los Dardanelos. El buen

acuerdo renacia, pues, entre los gobiernos, la paz se consolidaba de nuevo; mas hubiérase dicho que los gérmenes de agitación diseminados en nuestras provincias meridionales, hacíanse mas vivos y fecundos bajo la influencia del censo que se verificaba en todas partes con increíbles dificultades. En Tolosa, en Clermont-Ferrand, en Burdeos, en Macon fué preciso la intervención de la fuerza armada, y las sociedades secretas llevaron su audacia hasta atentar en París contra la vida de los príncipes, que no podían ser culpables de otro delito sino de representar la fuerza y la duración de la dinastía Orleanista. En 13 de setiembre el duque de Aumale, acompañado de sus hermanos los duques de Orleans y de Nemours, que habían salido á recibirle, entraba en París por la barrera del Tróno, y despues de ser los tres insultados y amenazados por algunos individuos detenidos en la calle de San Antonio, un aserrador llamado Quenisset, disparó contra ellos un pistoletazo, que por fortuna no hirió á nadie; el asesino fué preso inmediatamente, y aquel mismo dia confió un real decreto al tribunal de los pares la instrucción de la causa. Aquel momento fué el elegido por el ministro de justicia para dirigir una circular á los procuradores generales, recomendándoles la mas exquisita vigilancia respecto de los excesos de la prensa: «No os dejéis desviar, les decía el ministro, de denuncias que os parezcan justas y oportunas por el temor de no obtener en definitiva una represión suficiente. A cada poder su cometido; á cada uno su responsabilidad. Cumplid vuestro deber, y el ejemplo de vuestra fidelidad ilustrará los ánimos y robustecerá las conciencias.» Al dia siguiente y por medio de una nueva circular, el mismo ministro participó á sus subordinados la reorganización de las juntas de reforma electoral, verdaderas sociedades políticas fuera del derecho comun. Las denuncias llovieron en breve de todas partes, instruyéronse diligencias, y el jurado, tanto mas indulgente cuanto que los tribunales lo eran menos, absolvió casi siempre á los periodistas, á los folletistas y tambien á los conspiradores. La única causa que produjo alguna sensación fué la de Ledru-Rollin, candidato radical en el colegio de Mans, y Bartolomé Haureau, director del *Correo del Sarthe* condenados el primero á cuatro meses de cárcel y á tres mil francos de multa por haber pronunciado un discurso demagógico en una

reunion de electores, y el segundo á tres meses de cárcel y á dos mil francos de multa por haberlo insertado en el periódico que dirigia. La instruccion de la causa formada con motivo del atentado contra los príncipes, ocupó los últimos meses del año: el tribunal de los pares condenó en 23 de diciembre á la pena de muerte, no solo á Quenisset, sino tambien á sus cómplices, Colombier y Brahier, apellidado *Just*, á Petit, Jarrasse y Dufour á la deportacion, y á una detencion mas ó menos prolongada á otros cinco individuos oscuros como los primeros, y pertenecientes á las sociedades secretas que les hacian obrar. El rey sintió piedad de los asesinos y conmutó su pena, convencido de que no habia peligro alguno en adoptar un vasto sistema de clemencia, pues calmábanse las apasionadas agitaciones del interior, y los ánimos, mas y mas absortos en los intereses materiales, no pensaban en correr los azares de una política revolucionaria. En vez de encerrarse en sus fronteras y de separarse de los estados limítrofes por medio de fortalezas, las naciones se hacian confiadas y disponfense á facilitar por los caminos de hierro la rapidez de sus relaciones de vecindad; el comercio recobraba en todas partes su actividad, y la Francia entraba otra vez en el concierto europeo, del cual la revolucion la habia tenido por tanto tiempo apartada. Esta era la verdadera situacion del reino, cuando en 27 de diciembre hallóse de nuevo el ministerio en presencia de ambas cámaras las que daban principio á su legislatura, y fuese cual fuere la opinion que se formase del gabinete y de los hombres que lo componian, nadie podia desconocer que habia calmado muchas inquietudes, reparado muchas faltas, utilizado muchos recursos mercantiles postergados, debiendo á lo menos ver en él unidad de miras, espontaneidad en aplicarlas y prudencia en no llevarlas mas allá de los límites posibles.

La discusion del mensaje permitió al gabinete exponer el plan político que se proponia seguir. Entre sus adversarios distingufase á un nuevo orador, al abogado Billault, quien se puso desde sus primeros pasos al frente de la izquierda dinástica, interpellando ante todo al ministerio acerca del fatal derecho de visita de que tan amargamente se quejaban los marineros; algunos dias despues, reconvínole por permitir que se falseara la institucion del jurado, y á pesar de las deplorables personalida-

des que acompañaron este segundo ataque, adoptaron el mensaje doscientos cuarenta votos contra ciento cincuenta y seis. El gabinete empero había debido comprender que la cámara, que guardaba silencio sobre la cuestión de Oriente y que parecía de acuerdo con él acerca de la cuestión española, participaba, por lo que toca al derecho de visita, de la justa repugnancia del país, é invitaba al gobierno á emprender un camino mas noble y mas nacional. Dos proposiciones, para extender el círculo de las incompatibilidades la una, y para la admision de las capacidades la otra, llevaron en breve á la cámara al ardiente terreno de la reforma electoral: Billault, Dufaure y sus amigos proclamaron la oportunidad de la reforma, mientras que Guizot solo veía en las dos proposiciones la imprudente expresion de un movimiento superficial, ficticio y engañoso, suscitado por los periódicos y mantenido por las juntas; movimiento que no había salido de un modo espontáneo del seno de la misma sociedad, de sus intereses, de sus necesidades, sino que por el contrario, emanaba de una conspiracion de los enemigos del orden establecido, carlistas y republicanos. Duchatel probó que en diez años, merced á la ley de 1831, el número de electores se había elevado desde noventa y nueve mil á doscientos veinte y cuatro mil, y sostuvo que la razon pública debía contentarse con la extension progresiva de los colegios electorales, bajo pena de provocar en la sociedad una perturbacion profunda. La cámara rechazó las dos proposiciones, y este triunfo fué tanto mas notable para el ministerio, cuanto que había hecho de él una cuestión de partido y casi de gabinete. El presupuesto siempre en aumento y muy poco modificado por la comision de hacienda, ofrecia mil doscientos ochenta y un millones, ciento setenta y tres mil, trescientos sesenta francos de ingresos, y mil trescientos diez y ocho millones, quinientos treinta y siete mil, ciento setenta y siete francos de gastos, lo que constituía un déficit de treinta y siete millones, trescientos sesenta y tres mil, ochocientos diez y siete francos, al que debían añadirse los veinte y nueve millones, quinientos mil francos, señalados para la ejecucion de caminos de hierro. Así pues, á cada año que trascurría, alejábese mas y mas la Francia de un presupuesto normal, sin otra compensacion de tan extraordinarios gastos que una red de vías nuevas de explo-

tacion muy dispendiosa, que al arruinar á los particulares, obligaba al Estado á convertirse él mismo en arrendatario y á imponerse enormes sacrificios. La legislatura terminó en 10 de junio, y tres dias despues, el ministerio, poco confiado en las dudosas disposiciones de una mayoría que no le parecia suficiente, disolvió aquella asamblea, en cuyo seno se elevaba sobre las ruinas del egoismo político y social un partido nuevo que tomaba su fuerza en las ideas mas que en los hombres. Nacida de una coalicion formada contra el exclusivo predominio del principio monárquico, aquella cámara verificó al principio un movimiento retrógrado inspirado por el temor del progreso inmoderado que se levantaba en alas de la guerra civil; impulsada luego por la fuerza de su principio y establecida en su actitud é imparcialidad, habíase hecho sospechosa al ministerio, quien no la viera sin temor y sin desconfianza inquirir escrupulosamente los actos del poder, tomar en consideracion la reforma electoral, y hacer presentir en un tiempo no lejano otras reformas mas imperiosas, superiores á los pasajeros azares de victoria ó de derrota. Durante los primeros meses de este año (1842), muchas notabilidades habian dejado al morir considerables vacíos en las primeras filas de la sociedad francesa: los mariscales de Francia, Mancey y Clausel, precedidos al sepulcro por Victor, duque de Bellune; entre los pares, el conde Simeon, Pelet de la Lozere y Bertin de Vaux; entre los diputados, el filósofo Jouffroy y el ministro de hacienda Humann, reemplazado por Lacave-Laplagne; entre los literatos, Alejandro Duval y el baron Roger, y entre los artistas, Cherubini y la señora Vigié-Lebrun; pero ninguna muerte excitó tanta emocion como la del contra-almirante Dumont de Urville, el cual murió con su esposa, su hijo y su hija, víctimas de la espantosa catástrofe del camino de hierro de Versalles (orilla izquierda). El domingo 8 de mayo, salió de Versalles á todo vapor un largo tren tirado por dos locomotoras; roto el eje de la primera, la segunda se precipitó contra ella, y al desencañilarse arrastró consigo muchos coches que se amontonaron unos sobre otros y se incendiaron. Mas de cien personas presas en medio de las llamas, implorando socorro y prorumpiendo en gritos de desesperacion, fueron consumidas en pocos instantes, y doscientas gravemente

heridas recibieron los primeros cuidados en el palacio de Meudon, inmediato al lugar de la desgracia. Todo el mundo cumplió su deber; el desinterés y celo de la población se elevó al nivel de tan espantoso accidente, que la ciencia no había sabido prever ni impedir; hubiérase dicho que la Providencia quería imprimir un bautismo de sangre á la ley de los caminos del Hierro, recién votada por las cámaras, que abría un nuevo porvenir á la industria, al comercio y á la política. La segunda parte del mes de junio y la primera del mes de julio, empleáronse en luchas electorales: el ministerio esperaba obtener una mayoría formidable, y con igual triunfo contaba la oposicion radical; más la oposicion legitimista, de ordinario tan unida y compacta, acababa de dividirse en dos fracciones: una que asociándose á las ideas democráticas, reclamaba el sufragio universal, y otra que más consecüente con su principio rechazaba toda clase de ligadura aun momentánea con las doctrinas del radicalismo. Esta era la situacion general de los ánimos cuando una inesperada desgracia desvaneció y confundió los proyectos y las esperanzas de los partidos: el día 13 de julio, el príncipe real, dispuesto á partir para Saint-Omer, donde debía revistar algunos regimientos antes de reunirse en los baños de Plombières con la duquesa de Orleans, dirigíase al palacio de Neuilly para despedirse del rey y de la familia real; hallábase soló en carruaje descubierto, cuando de repente, al llegar á la puerta Maillot, los caballos se espantaron, se desbocaron y arrastraron el coche en su furiosa carrera. El príncipe se lanza al suelo, cae inanimado, y cinco horas después espira en brazos del rey y á la vista de su madre y de una parte de su familia, sin haber recobrado el conocimiento ni abierto los ojos. El dolor, causado por aquella trágica muerte, fué general en toda la Francia, y lloróse sinceramente al joven príncipe, que se habia hecho popular por sus bellas cualidades, que era querido así por el ejército como por la clase media, que era aceptado por la Europa aristocrática como un principio, y por la Europa liberal, como una esperanza. Ante aquel luto nacional, cesó el ministerio de ser combatido, pues era preciso robustecer la dinastía, preservar el porvenir de los peligros de una minoría, y deliberar con madurez y calma acerca de un proyecto de regencia. Luis Felipe, que al perder á su hijo primogénito,

había perdido la mitad de su corona, convocó las cámaras para el 26 de julio, y tuvo suficiente valor para hacer por sí mismo su apertura por medio de un discurso entrecortado por sollozos, á los que contestaron las cámaras con unánimes aclamaciones de dolor y con protestas de un sincero afecto. El mensaje fué tan enérgico como noble y consolador. «La Providencia, decía en él, os obliga á bendecirla aun mostrándoos los hijos que os ha dejado,» y terminaba con estas palabras: «La Francia quiere ser libre y fuerte; á cada crisis que la amenaza ó que la agita, se engrandece y se afirma en sí misma. Es bello ver á semejante pueblo inclinarse religiosamente bajo la mano de Dios, y despues de vestirse de luto y de cerrar junto con nosotros la tumba abierta tan cerca del trono, continuar la tarea que la muerte interrumpiera, conservar la fe en el porvenir y completar las instituciones.» Trescientos cuarenta y siete votantes entre trescientos sesenta y uno, dieron su asentimiento al mensaje, que ni siquiera fué discutido y que fué presentado al rey aquella misma tarde. Luis Felipe contextó á él con dignidad, y bajando luego de su trono para confundirse entre los diputados que se lo habían entregado, dióles gracias como padre, como hombre y como rey por los sentimientos que acababan de manifestarle. La cuestion de la regencia ocupaba al palacio tanto como al público: el pueblo, la clase media casi por completo, los periódicos de la izquierda dinástica, y algunos diputados influyentes, como Lamartine, opinaban por una ley particular que confiase la regencia á la princesa Elena junto con la tutela de su hijo; la marina y el ejército designaban por regente al príncipe de Joinville, y la familia real y los hombres de Estado se inclinaban en favor del duque de Nemours, al paso que los órganos de los partidos extremos, de la izquierda radical y de la izquierda legitimista, negaban á la cámara legislativa el derecho de elegir regente, y solicitaban que se nombrase para ello una asamblea constituyente por medio del sufragio universal. El proyecto de ley presentado por el ministerio no comprendía todas las eventualidades del porvenir, pero sentaba como principio orgánico el principio de sucesion hereditaria aplicada á la regencia: establecia en tésis general que la regencia perteneceria al príncipe mas inmediato al

trono, según el orden de sucesión señalado en la declaración de 1830, con tal que dicho príncipe contase veinte y un años cumplidos; confería al regente el pleno ejercicio de la autoridad real en nombre del rey menor, y por consiguiente la inviolabilidad unida á la persona del rey, y exigíale el juramento de fidelidad al soberano y de obediencia á la Carta y á las leyes del reino. Si se hallaban reunidas las cámaras en la época de un cambio de reinado, el regente habia de pronunciar el juramento ante ellas; de otro modo, debia hacerlo insertar en el *Boletín de las leyes* mientras llegaba el caso de prestarlo en toda la forma. La guarda y tutela del rey menor tocaban á la reina ó princesa su madre, que no hubiese pasado á segundas nupcias, y en su defecto, á la reina ó princesa su abuela paterna, con igual requisito. La edad de la mayoría del rey quedaba fijada á los diez y ocho años. Este proyecto de ley, presentado en 9 de agosto, fué objeto de un luminoso dictámen por parte de Dupin mayor, y la causa de una reñida lucha parlamentaria entre el principio hereditario y el principio electivo, lucha menos notable aun por el talento de los oradores que en ella tomaron parte, que por las imprevistas modificaciones que sufrió la respectiva actitud de los partidos. La izquierda y el centro izquierdo, opiniones aliadas, aunque muy distintas, separáronse totalmente; el centro izquierdo se unió con los conservadores, y conducido por Thiers, fué un poderoso auxiliar para la ley de regencia, mientras que la izquierda, bajo el impulso de Odilon Barrot, formaba su cisma en aquella cuestión dinástica.

Otro hecho ocurrió, que no por ser personal, dejaba de tener una importancia suma: Lamartine separóse de los conservadores y pasó á la oposición con su noble elocuencia, con sus patrióticas inspiraciones. En 29 de agosto, la cámara de los pares adoptó por ciento sesenta y tres votos contra catorce la ley de regencia, tal como la habia adoptado algunos días antes la cámara de diputados por trescientos diez votos contra noventa y cuatro, y la corte se felicitó por aquel propicio resultado que devolvía á la monarquía de Julio parte de la estabilidad que le quitara el triste fin del príncipe real. Después de herir tan cruelmente á la familia reinante, la muerte se cernía sobre los grandes cuerpos del Estado; los pares, la cámara, el instituto veían

bajar al sepulcro á sus miembros mas eminentes, y así fué como en medio de tan continuados funerales las fiestas de la ciencia, los progresos de la industria, las quejas del comercio, amenazado por la union aduanera que la Bélgica proponia á la Francia; los progresos de la dominación francesa en Argelia; la ocupacion de las islas Marquesas en el Océano Pacifico por el almirante Dupetit-Thouars (junio), los inauditos escándalos de la causa de Hourdequin, solo encontraron indiferencia en el país y apenas atrajeron por un momento sus miradas. El sentimiento nacional se dirigia á otro punto, ó por mejor decir, se replegaba sobre sí mismo, esperando solo del tiempo la solucion de los problemas del porvenir, y el gabinete del 29 de octubre, envanecido por haber vivido catorce meses, mostraba una fuerza de inercia, que mas que una fuerza real, parecia propia para triunfar de inveteradas oposiciones y para regularizar sin estrépito ni peligro el movimiento oscilatorio de la opinion en Francia. El gobierno de Luis Felipe se hallaba de acuerdo con el gobierno inglés en las mas delicadas cuestiones de la política extranjera; ambos querían la independencia del imperio Otomano, la seguridad de las poblaciones cristianas de la Siria, la libertad de accion de la nación española y la soberanía de la reina Isabel II, sirviendo, por decirlo así, de lazo entre los dos gobiernos el derecho de visita. El discurso de la corona, pronunciado en 9 de enero de 1843, al abrirse la legislatura, expresaba en algunas frases aquel cordial acuerdo que suscitó, lo mismo que en el año anterior, una tempestad antiinglesa en ambas cámaras; el derecho de visita fué considerado no solo como humillante para el pabellon francés, sino tambien como perjudicial para la marina mercante, lo cual obligó á Guizot á pintar la situacion exterior de la Francia como favorable y normal, y á demostrar la exageracion de los cargos dirigidos al gabinete. Esto no obstante, la cámara no dejó de formular en el mensaje una severa censura contra las negociaciones entabladas y los últimos tratadlos, y cuando de la discusion del mensaje se pasó á la discusion de los fondos secretos, los ataques contra el gabinete se renovaron con mayor violencia y pasaron todos los límites de la polémica constitucional. Examinando los actos de los ministros que se habian sucedido en el poder desde la Revo-

lucion de Julio, el impetuoso Ledru-Rollin declaró que no juzgaba á las personas, sino la continuidad, la inmutabilidad de un sistema, y que no veía utilidad alguna en cambiar el gabinete si los principios permanecían los mismos. Otro orador del extremo izquierdo, Joly, bosquejó el cuadro de la invariable política adoptada por espacio de trece años consecutivos, y de aquella exposicion de hechos dedujo que el gobierno parlamentario no era mas que una falsedad desde el momento en que cesaba el gabinete de ser expresion de la mayoría; desde el momento en que sobre las ruinas de veinte y dos ministerios permanecía obstinadamente en pie una idea sistemática, y desde el momento en que, en vez de gobernar el gabinete, obedecía y sufría una influencia tiránica emanada del trono. Tal era el lenguaje del extremo izquierdo, el cual hacia subir hasta el rey los terribles golpes que á los ministros dirigía, al mismo tiempo que no menos hostil para el gabinete, pero sí mucho mas peligroso en cuanto habia adquirido en ambos lados de la cámara ocultas raíces; el tercer partido se apartaba visiblemente del gobierno, porque creía llegada la hora de examinar si eran ó no necesarias reformas moderadas y prudentes, porque opinaba que bajo el imperio de las circunstancias, los ministros, en vez de mantenerse en el estrecho círculo de la mayoría ordinaria, debían traspasarlo y ofrecer nuevas prendas de reconciliacion á los nuevos auxiliares. Dufaure y Passy, que de este modo se expresaban, marchaban al frente del tercer partido, y colocados á las puertas de la mayoría, parecían esperar que cayesen dos carteras para recogerlas. Desmousseaux de Gibré atribuyóles semejante táctica en una brillante improvisacion, y creyeron de su dignidad el declarar solemnemente que no pretendían al ministerio, declaracion que fué para ellos un suicidio político; entonces la oposicion, siguiendo el consejo de Alejandro Tocqueville, organizó el partido democrático con un sistema de unidad, que comprendia los matices todos de la opinion extra-ministerial, y para empezar la campaña con una accion ruidosa, nombró una comision investigadora de la validez de las elecciones de Langres, Embrun y Carpentras. Erigida en tribunal excepcional, la comision usurpó funciones administrativas, suscitó irritantes controversias, y puso en evidencia escándalos que perjudicaron

mas á la oposicion que al ministerio. La falsa é inoportuna investigacion dió, pues, al gabinete una nueva consistencia, y comprendiólo tan bien, que no temió reemplazar en febrero al almirante Duperré, que reprobaba el derecho de visita por el almirante Roussin, que acababa de defenderlo en la cámara de los pares. Esto no obstante, manifestábase con tanta viveza el sentimiento nacional respecto de las excesivas concesiones hechas á la Inglaterra, que los ministros debieron inclinarse ante él; en su consecuencia no se atrevieron á ratificar el último tratado relativo al derecho de visita, ni un tratado de comercio que Roberto Peel habia presentado ya á la cámara de los comunes bajo un aspecto muy ventajoso para los intereses británicos; mas en cambio de todo ello tuvieron la debilidad de retirar á Salvandy, su embajador en España, cuya enérgica actitud ofendia al *Foreign Office*. Para con los estados secundarios de Europa, el ministerio, que no veia allí un caso de guerra, mostró mas firmeza y dignidad: exigió de la España una reparacion por el insulto gratuito que hiciera á Lesseps, cónsul de Francia en Barcelona, acusándole de complicidad con los insurrectos; dió un carácter público al duque Glucksberg, acreditado cerca de Isabel II, mientras que la prensa inglesa tomaba partido por Espartero, duque de la Victoria; celebró con la Cerdeña un tratado útil á la navegacion francesa de cabotaje por el Mediterráneo, y vengó el honor del pabellon francés, ultrajado por el populacho de Jerusalem, haciendo destituir al bajá de aquella ciudad; en una palabra, el gobierno del rey de los franceses fué, segun su costumbre, arrogante y fuerte con los débiles. Otros dos matrimonios habian extendido los lazos de la casa de Orleans con las dinastías soberanas, sin modificar en lo mas mínimo los destinos políticos de la Francia: la princesa Clementina de Orleans casó con el príncipe Augusto de Sajonia-Coburgo (20 de abril), y el príncipe de Joinville con doña Francisca, hija de D. Pedro y de la archiduquesa de Austria, hermana del emperador (7 de mayo), no teniendo estos enlaces otro carácter que la conveniencia de familia. Como una muestra de amistad personal y no como una prueba de simpatía de pueblo á pueblo, ha de considerarse tambien la visita que la reina de Inglaterra hizo al rey de los franceses; desde las acerbos discusiones de las cámaras

acerca del derecho de visita, el gobierno inglés observaba para con el francés una extremada reserva, al paso que la reina Victoria manifestaba á los miembros de la familia de Orleans una cordial estimacion. El dia 2 de setiembre á las dos de la tarde fué señalado en Treport el yate real *Victoria and Albert*, que conducia á S. M. Británica; esta habia encontrado en alta mar al príncipe de Joinville, enviado á su encuentro por Luis Felipe, y separándose al momento de la escuadra que la acompañaba, aprovechó la marcha superior de su yate para entrar mucho antes que su escolta en la rada de Treport. Al estrépito del cañon de los buques de guerra franceses que saludan á la augusta viajera, el rey, que se encontraba en el palacio de Eu, marchó con su familia y los personajes mas importantes de la corte, y llegó á Treport, y embárcase con sus hijos, sus ministros y el embajador de Inglaterra con direccion al yate real. La reina le esperaba en el puente, y despues de abrazarla el rey con efusion, presentóla sus hijos y sus ministros, y ofrecióla la mano para conducirla al bote. Al poner el pié en el territorio francés, la jóven reina de Inglaterra fué acogida con entusiastas gritos por la inmensa multitud que llenaba el muelle, y luego que la reina de los franceses y las princesas que la esperaban en lo alto de la escalera la hubieron abrazado y cumplimentado, partió la comitiva para el palacio de Eu. La reina Victoria permaneció en él algunos dias, y durante ellos rodeó Luis Felipe la monarquía de Julio de la grandeza y magnificencia de la monarquía de Luis XIV. Guizot, ministro de negocios extranjeros, tuvo en cierto modo los honores de la visita de la reina de Inglaterra, la cual abandonó el palacio de Eu el dia 7 para volver á su reino, verificándose su marcha en presencia de las escuadras francesa é inglesa y con el mismo ceremonial que á su llegada. El rey y la familia real la acompañaron hasta á bordo de su yate; el príncipe de Joinville permaneció á su lado hasta Brighton, y la escuadra francesa que la habia escoltado ancló en Portsmouth. Los acontecimientos de la Grecia y la revolucion que allí se verificó en favor de las ideas liberales, no tardaron en unir á los gobiernos de Francia é Inglaterra, á ejemplo de sus soberanos, y luego que el acuerdo cordial de ambos gabinetes se dirigió contra las ambiciosas miras de la Rusia, pudo el rey de Grecia, Othon,

satisfacer cumplidamente las aspiraciones progresivas de su pueblo. La buena inteligencia entre Francia é Inglaterra no impidió al conde de Chambord, que acababa de llegar á su mayor edad, el celebrar en Londres en una casa de Belgrave-Square (noviembre) una especie de corte á la cual se apresuraron á asistir sus partidarios, y entre ellos muchos miembros de la cámara de diputados. No se inmutó Luis Felipe por semejante hecho, mas si hubiese abrigado alguna inquietud por su corona, la cordial acogida que recibían sus dos hijos, el duque de Montpensier en el Mediodía y el de Nemours en el Oeste, habríanle tranquilizado por completo. Esto no obstante, el *maire* de Mans dirigió al duque de Nemours algunas palabras impertinentes que llevaban el sello de una oposicion mezquina, y aunque los demás oradores municipales se mantuviesen en los límites del respeto y del decoro, era evidente que en los celosos depositarios del mandato popular existia un espíritu de contradicción, una tendencia á molestar y á contradecir al poder. La turbulencia de una oposicion envidiosa y mezquina que se revelaba en las cámaras con implacables ataques, encontraba grande eco en los miembros de las pequeñas asambleas deliberantes, y sirviéndole de intérpretes los periódicos locales, proporcionaban á la prensa parisiense un alimento de irritacion diaria. Existia empero una cuestion mas grave y general, la de la libertad de enseñanza, la que, dimanada de una polémica privada, habia tomado hacia algunos meses las alarmantes proporciones de una contienda política; la Iglesia y la Universidad habian trabado entre sí una reñida lucha, y las palabras pronunciadas por el arzobispo de París el día del santo del rey, haciéndose eco de las quejas y esperanzas del clero, fueron la señal de atrevidas acusaciones dirigidas contra el cuerpo universitario por los periódicos legitimistas y católicos. La cuestion se envenenó hasta el punto de que el ministerio debió intervenir en ella con la promesa de ocuparse incessantemente en la ley de enseñanza. El reemplazo de Teste por Dumont en el departamento de obras públicas y el del almirante Roussin por el almirante Mackau en el de marina, no introdujeron modificacion alguna en la marcha del gobierno, ni en la política exterior, expresion de una sola voluntad, la voluntad real; de un sistema invariable, el sistema de la paz á toda

costa. Esta teoría del miedo motivó la destitucion del almirante Dupetit-Thouars, culpable de haber defendido la dignidad de su pabellon contra las usurpaciones de la Inglaterra, y redujo á la Francia en el Océano Pacífico á trocar su papel de soberanía por el de un simple protectorado sobre las islas de la Sociedad. El carácter pacífico de nuestra embajada en China no podia inspirar temores al pabellon británico de ofender la susceptibilidad del gabinete inglés, y mientras que abria el ministerio á los buques franceses un camino hácia el Océano Indico, procuraba reparar los desastres de la Guadalupe reconstruyendo la ciudad de la Pointe-a-Pitre, destruida por un terremoto (3 de febrero). Sin embargo, esta solicitud por el porvenir no aliviaba las inquietudes causadas por un presupuesto anual que desde el reinado de Carlos X se habia aumentado de mas de trescientos cincuenta millones, y que ofrecia entonces un total de mil trescientos ochenta y nueve millones, doscientos ocho mil, ciento setenta y dos francos; es cierto que mejoraba la seguridad interior, que se habian realizado inmensas obras públicas, mas los caminos de hierro y las fortificaciones de París amenazaban á la vez el crédito y la libertad, y la cuestion de los azúcares, sacrificada sin cesar á los intereses de la fabricacion indigena del azúcar de remolacha, arruinaba á las colonias francesas, tan infelices ya desde que la abolicion de la esclavitud se habia convertido en Europa en un principio internacional. Proyectábase entonces para las colonias un régimen de independencia mitigada, segun el cual los negros, si bien libertados, quedarian obligados á ciertos compromisos de trabajo asalariado segun tarifa; hablábase de una indemnizacion para los colonos; proponíase un modo de educacion particular para los hijos de esclavos; queríase que en el espacio de veinte años se hubiese realizado por completo la emancipacion sucesiva, y pretendíase además que las colonias nombrasen diputados que las representasen en la cámara, proyectos muy laudables sin duda, pero cuyo estudio filantrópico mantenía una agitacion constante en las posesiones francesas de Ultramar. Las de Argelia, libres del cáncer de la esclavitud, ofrecian una situacion mucho mas satisfactoria: á pesar de sus continuas derrotas, Abd-el-Kader, superior á su fortuna, no se daba por vencido; habíasele visto durante el invier-

no sembrar el terror y la devastacion en las provincias del Oeste, forzar la línea de Scherchell á Millianah, y esparcir el espanto hasta las puertas de Argel. Las tropas se habian dirigido con su acostumbrada actividad á todos los puntos amenazados, y el emir, obligado á ceder, habíase refugiado en las montañas de Ouaren-Senis; perseguido por el duque de Aumale, que cayó sobre él de improviso, perdió su smala, es decir su familia, su séquito, sus tiendas y sus bagajes, no pudiendo salvar sino á su madre, á su esposa favorita y á algunos parientes, seguidos de un reducido cuerpo de caballería. Aquella série de derrotas habia debilitado de un modo considerable el prestigio de su nombre; sus aliados se separaban de él, y la muerte de Sidi-Embareck, su teniente y su amigo, acabó de disminuir su poder; finalmente, llegado el mes de diciembre, habíase restablecido la mas completa seguridad desde Argel hasta Boghar, desde Constantina hasta Tlemcen; obras de utilidad general daban valor al suelo africano; Argel, atestado de poblacion, traspasaba su primer recinto; surcaban el país numerosas carreteras, naciañ aldeas y granjas, é intereses recíprocos y fraternales empezaban á unir el comercio de la metrópoli con el de la colonia.

El gobierno personal triunfaba: jamás se habia mostrado tan brillante la estrella de Luis Felipe; los triunfos de familia, las alianzas recientemente contraidas y la política de la paz producian á su alrededor una especie de embriaguez. El instinto nacional empero veia con recelo tan ciega confianza en la prosperidad; temía que el poder se engañase acerca de la solidez de sus relaciones con la Inglaterra; acusábale por dar sin cesar nuevas garantías á la paz de Europa sin exigir ni obtener garantías equivalentes; censurábale por querer crear entre dos pueblos rivales, sino enemigos, afinidades imposibles; pero todo ello no hacia desistir del *acuerdo cordial* á Guizot, el cual, robustecido por una conviccion profunda, arrostraba los peligros de la impopularidad para aplicar su sistema con toda la inflexibilidad de la perseverancia. El ministerio se engañaba á sí mismo en mas de un punto, y cuando se reunieron las cámaras en 27 de diciembre, no vaciló en anunciar por órgano del rey que iba por fin á establecerse el equilibrio entre los ingresos y los gastos, promesa ilusoria que, junto con la mas positiva de una ley des-

tinada á mantener la autoridad y la accion del Estado sobre la educacion pública.» fué acogida con señales de asentimiento, que no habia merecido de la frase ordinaria consagrada á las amistosas relaciones entre la Francia é Inglaterra. La oposicion se disponia á una dura campaña contra el ministerio, y las hostilidades empezaron al instalarse el presidente nuevamente elegido: antes de ceder el sillón á Sauzet, Jacobo Lafitte, presidente decano, hízose el órgano de las quejas y acusaciones de la minoría en un amargo discurso lleno de siniestras previsiones, en el que llegó á pedir perdon á Dios y á los hombres por haber cooperado al establecimiento de la monarquía de Julio. La discusion del mensaje debia excitar una tempestad legitimista; las demostraciones de Belgrave-Square, verificadas durante la permanencia del conde de Chambord en Lóndres, resonaban todavía en Europa, y era preciso sufrirlas en silencio ó impugnarlas sin rebozo. La cámara de los pares proporcionó el ejemplo é introdujo en su mensaje el párrafo siguiente: «Las facciones han sido vencidas, y los poderes del Estado, al despreciar sus vanos alardes, no perderán de vista sus maquinaciones criminales.» El mensaje de la cámara de diputados no podia ser menos explícito, y el presidente del consejo lo reclamó así, despues de hacer una somera exposicion de los hechos: dijo que en 1841, en Viena; en 1842, en Dresde; en 1843, en Berlin, y finalmente en todas partes, habia reconocido la diplomacia como esencialmente lógica la incompatibilidad de la presencia del pretendiente en una capital donde residiese un ministro representando á la Francia, pero que en Inglaterra «país de discusion y de libertad,» el gobierno no habia podido oponerse á las reuniones y conspiraciones de Belgrave-Square. Añadió que la reina Victoria, al negarse á recibir al duque de Burdeos, así en público como en particular, habia manifestado su reprobacion contra actos culpables que no podia impedir; declaró no temer cosa alguna del partido legitimista, pues el trono del rey de los franceses descansaba en una base harto segura para que fuese posible ponerlo realmente en peligro; pero habia habido en Lóndres uno de aquellos desórdenes, uno de aquellos escándalos inmensos, de que los gobiernos deben ocuparse para reprimirlos á lo menos con una reprobacion formal, con una condenacion severa. «El

mensaje formuló esta idea en los siguientes términos: «La conciencia pública reprueba culpables manifestaciones; al castigar la violación de la fe jurada, nuestra revolución de julio ha consagrado entre nosotros la santidad del juramento.» Guizot, Duchatel y Dupin defendieron la expresión de semejante censura con notable energía, y en medio de un tumulto inexplicable, en que la izquierda y la derecha lanzaban injurias y acusaciones sin patriotismo y sin grandeza, Guizot en pie en la tribuna, y cruzando los brazos con imponente dignidad, exclamó con voz solemne: «Podrán agotarse mis fuerzas, pero no mi valor. Multiplíquense, amontónense las injurias, las calumnias, los furoros, nunca se elevarán tan alto como se eleva el desprecio que por ellos siento.» Los amigos del ministro hicieron acuñar una medalla para perpetuar la memoria de tan hermosas palabras y del motin parlamentario que las había inspirado. Doscientos veinte votos contra ciento noventa adoptaron el mensaje, proporcionando un gran triunfo al ministerio y á la dinastía; Luis Felipe abusó de él mas de lo que era justo, y el gabinete partícipe de su error, lisonjeóse de poseer á falta del apoyo de las masas, el apoyo de los hombres cuerdos, partidarios de una política prudente y adictos á los intereses constituidos, á las leyes establecidas. La decisión de la cámara condenó la conducta de cinco diputados, quienes, á pesar de su juramento al rey Luis Felipe, habian ido á Lóndres á saludar á Enrique V, y creyeron deber presentar su dimision, apelando del fallo de la cámara al sufragio de los electores que les habian nombrado; su conducta fué plenamente aprobada por estos, y fueron todos reelegidos, no sin que se trabara una lucha bastante viva en los colegios electorales, en la prensa y en la calle. Es indudable, con todo, que habría sido muy fácil al ministerio captarse las simpatías del partido legitimista, debilitando así el poder siempre creciente de la oposicion, pero ocupábase mas de su propia conservacion que de los intereses generales; sacrificaba las consideraciones del porvenir á las consideraciones presentes de un orden inferior, y descuidaba, por falta de tiempo, el estudio de las cuestiones materiales y de las cuestiones metafísicas. Una fatal cuestion de dinero, renovada sin cesar, jamás resuelta y siempre pendiente, que habría sido mas cuerdo abandonar de un mo-

do definitivo, la detacion, comprometió otra vez la estabilidad ministerial; no atreviéndose á presentar á las cámaras una nueva ley de esta especie, el ministerio concibió la singular idea de convertirla en una memoria de abogado, publicada en el *Monitor* del 30 de junio, en la que se exponia la situacion rentística de la familia real, é invocábase la atencion, la discusion imparcial del país sobre una materia que, á lo que se decia, no habia sido suficientemente ilustrada ni juzgada con imparcialidad. Aquella insólita publicacion entregaba la inviolabilidad real á la controversia de los periódicos; constituia una especie de apelacion á la nacion contra las cámaras, y esto era desconocer el espíritu del pueblo, para el cual los soberanos reciben siempre demasiado; era desconocer el espíritu del poder legislativo, tanto menos dispuesto á satisfacer los deseos ministeriales, cuanto que se producian fuera de las cámaras antes de producirse dentro de ellas. Esto no obstante, el presupuesto no experimentó oposicion alguna, fué votado por decirlo así á la carrera, pues solo le fueron consagradas ocho sesiones frias y distraidas de los doscientos veinte y tres dias que habia durado la legislatura. Los presuntos ingresos se elevaban á mil trescientos veinte y siete millones, setecientos ochenta y cuatro mil, cuatrocientos diez y siete francos, y los gastos á mil trescientos sesenta y tres millones, quinientos setenta y seis mil, doscientos cuarenta y ocho francos, lo cual constituia un déficit de treinta y cinco millones setecientos noventa y un mil, ochocientos treinta y un francos; y, á pesar de tantos millones acumulados, de tantos sacrificios impuestos á los contribuyentes, la Francia no tenia siquiera una marina digna de ella. El gobierno parecia no comprender cosa alguna en las transformaciones que imponia el vapor al sistema naval, y no hacia el menor caso del ejemplo de la Inglaterra que disminuia su inmensa marina de vela para aumentar su escuadra de vapor; los deseos manifestados por las cámaras en la legislatura de 1840, los créditos especiales, señalados para este objeto, solo habian producido indecision, dilapidaciones y desórdenes en la administracion marítima; en vez de construir buques, se habian hecho ensayos de reparaciones, abierto dispendiosos talleres y consultado el capricho del lujo mas que la utilidad práctica; los nuevos vapores se construian

según los antiguos modelos de fragatas, y con perjuicio de la influencia naval de la Francia, vacilábase aun entre la ineficacia de un sistema antiguo y la inexperiencia de un sistema nuevo. Uno de los hijos del rey, el príncipe de Joinville, fué quien, con militar y patriótica franqueza, á riesgo de disgustar al soberano, á los ministros, á la administracion y á sus jefes directos, se atrevió á revelar el mal, invocando el remedio, y á publicar una notable *Nota sobre el estado de las fuerzas navales en Francia*, en la que probaba que la marina de vapor francesa era inferior, no solo á la de los ingleses, sino tambien á la de los rusos, de los americanos, de los holandeses y hasta de los napolitanos. El ministro de marina no pudo contestar de un modo satisfactorio para la opinion pública, pero á lo menos prestó el gobierno mayor atencion á la marina de vapor, y supo aprovechar mas tarde los consejos del príncipe de Joinville.

Retirado Abd-el-Kader al suroeste de Tlemcen con algunas tropas regulares, solo esperaba una ocasion para salir de nuevo á campaña, y ofreciósele el imperio de Marruecos. Desde 1830, no habia podido establecerse un definitivo deslinde de fronteras entre las posesiones francesas y el territorio de aquel imperio; Abd-el-Kader vió en ello un pretexto para las hostilidades, é hizo aceptar por el crédulo emperador Muley-Abder-Rhaman. El 10 de mayo, el emir atravesó el Mouilah al frente de quinientos ginetes y de algunas tribus rebeldes, atacando dos leguas mas allá de la frontera marroquí al cuerpo de observacion del general Lamoriciere, el cual, secundado por el general Bedeau y el coronel Morris, rechazó la agresion, que se fingió considerar como accidental, á fin de dejar mas ancho campo á las negociaciones diplomáticas, sin que por esto cesasen los preparativos para rechazar la guerra santa, que predicaba el fanatismo musulman en toda la extension del territorio de Marruecos. Era tal la exaltacion de los marroquíes, que en menosprecio del armisticio, cinco mil fanáticos se precipitaron de improviso sobre un débil cuerpo de tropas, estacionadas en el Oued-Mouilah, para proteger una entrevista del general Bedeau con el caid El-Ghennaoui (15 de junio); el caid hizo vanos esfuerzos para oponerse á aquel acto de traicion, y, á no ser una rápida marcha del ma-

riscal Bugeaud, el general Bedeau habria perecido con toda su escolta. Los agresores, entre los cuales se contaba la caballeria regular del emperador, fueron rechazados, y en 17 de junio entró Bugeaud en territorio marroquí, apoderándose de Ouchda sin disparar un tiro. Empezada ya la guerra, importaba no suspenderla, y el príncipe de Joinville recibió el encargo de hacer una demostracion naval en las costas de Marruecos. La Inglaterra no vió sin inquietud aquellos movimientos de la escuadra y del ejército; lord Palmerston y los wighs acusaban al gabinete francés de una ambicion desmedida, y al gabinete inglés de una condescendencia culpable, y al mismo tiempo que sir Roberto Peel anunciaba al parlamento haber recibido del ministerio francés explicaciones satisfactorias acerca de la expedicion de Marruecos, la cámara de los comunes empezaba á poner en cuestion los derechos de la Francia sobre el territorio argelino. Al mismo tiempo, Mauguin y Larochejaquelein obligaban á Guizot á comunicar á la cámara de diputados las explicaciones que habia dado á la Inglaterra, declarando el ministro que el gobierno no tenia sobre Marruecos proyecto alguno de conquista, mira alguna de engrandecimiento territorial. Lo que se pedia al emperador, dijo, era la paz, la seguridad de las posesiones francesas, el ejemplar castigo de los jefes marroqueses que habian provocado las hostilidades, la disolucion de las fuerzas que amenazaban nuestra frontera, y la retirada definitiva de Abd-el-Kader á las costas del Océano. «En todo esto, añadió Guizot, no hay nada secreto, nada que no pueda ser confiado sin rebozo á nuestros aliados, á nuestros enemigos y á la representacion nacional;» y aludiendo luego á las palabras de sir Roberto Peel en el seno del parlamento inglés, manifestó Guizot no sorprenderse por las exigentes susceptibilidades de la Inglaterra; dijo haber obrado respecto de aquella potencia como obran en circunstancias semejantes todos los gobiernos leales: habíale explicado en términos generales sus intenciones y su política, pero no como aseguraba la oposicion, las instrucciones militares, conservadas secretas entre el gabinete y el general en jefe del ejército. Durante estos debates, efectuábanse levantas en masa en todo el imperio de Marruecos; las grandes tribus guerreras del oeste enviaban á toda prisa sus numero-

esos contingentes; el hijo del emperador intimaba al gobernador de la Argelia que evacuase Lalla-Maghrnia y castigase á los jefes de su ejército que habian violado el territorio marroquí, y solo esperaba los refuerzos de los Beni-Senassen y del Riff para envolver y atacar á las tropas francesas, reunidas cerca de Coudiat-Abd-er-Rhaman. Hostigado por enjambres de enemigos, Bugeaud se vió obligado á desplegar varias veces sus batallones; pero volvia siempre á su campamento de Lalla-Maghrnia, despues de haber perseguido á los árabes á dos y tres jornadas de distancia, sin querer intentar operacion alguna decisiva hasta que hubiese expirado el plazo señalado por la diplomacia. En esto, presentése delante de Tanger la escuadra del príncipe de Joinville, y no habiéndole parecido satisfactoria la contestacion del *ultimatum*, atacó en 6 de agosto las fortificaciones exteriores de la plaza; al cabo de hora y media, los artilleros marroquíes habian abandonado sus piezas, y obedeciendo entonces el príncipe, aunque á su pesar, las instrucciones que habia recibido, abstuvo de ordenar un desembarco, y se dirigió hácia Mogador, ciudad marítima, situada en el extremo opuesto de Marruecos. La escuadra bombardeó aquella plaza el dia 13, y las tropas ocuparon la isla que cierra su puerto, mientras que los kabilas saqueaban é incendiaban la ciudad. El mariscal Bugeaud esperaba en tanto, acampado en el Oued-Isly la contestacion de Muley-Abder-Rhaman á las conciliadoras proposiciones que le habia dirigido, y viendo que aquella no llegaba, y que el enemigo crecia en número y en audacia, decidió por fin tomar la ofensiva. Su ejército constaba de ocho mil quinientos hombres de infantería, de mil cuatrocientos caballos regulares, de dos mil cien caballos irregulares y de diez y seis piezas de artillería. «Los soldados se hallan animados de gran confianza y ardor, escribia Bugeaud, y cuentan con la victoria, lo mismo que su general. Si la obtenemos, será un nuevo ejemplo de que el triunfo no pertenece siempre á los numerosos batallones, y nadie podrá calificar la guerra de un juego de azar.» Los resultados justificaron en breve aquellas esperanzas: el dia 14 de agosto Bugeaud atravesó el Isly, cuyo paso le fué disputado por una muchedumbre de jinetes. Rodeada por todas partes, la infantería sostuvo el choque con notable firmeza; la caballería

marroquí se estrelló en las bayonetas y se dispersó diezmada por la metralla; una carga de diez y nueve escuadrones, mandada por el coronel Tartas, completó la derrota del enemigo, el cual se pronunció en confusa retirada. El ejército marroquí tuvo ochocientos muertos y dos mil heridos; perdió diez y ocho banderas, once piezas de artillería, el quitasol de mando del hijo del emperador, el material de guerra y algunos prisioneros; los franceses solo tuvieron ciento veinte y cinco hombres fuera de combate. El efecto de aquella victoria debía ser inmenso; veinte y cinco mil hombres de las mejores tropas del emperador habían huido casi sin combatir delante de doce mil franceses, y la Francia recobraba en Africa la actitud dominadora que le diera la conquista de Argel. Apenas fueron sabidos en Londres el ataque de Tanger, el bombardeo de Mogador y la batalla de Isly, cuando estalló entre el partido whig extremada agitacion; temióse que la Francia se apoderase de Marruecos como de la Argelia; las ideas hostiles, nacidas de tan injustos temores, penetraron hasta el *Foreign-Office*, y si no hubiese sido la confianza personal que inspiraba al gabinete inglés la política de Luis Felipe, el gobierno británico habria enviado una escuadra al Mediterráneo. Así se hallaban las cosas, cuando llegó a Londres la noticia del encarcelamiento y de la expulsion de Pritchard, cónsul inglés en Taiti, preso en fragante delito de excitar á la rebelion contra el protectorado de la Francia por órden del gobernador Bruat; las imprecaciones y amenazas tomaron entonces mayor consistencia, y el gabinete de San James, profundamente conmovido por un acto que consideraba como una afrenta á su dignidad, pronunció la palabra *satisfaccion*, que el gabinete de las Tullerías, despues de reprobar y condenar aquella prision, si no en el fondo, á lo menos en la forma, se apresuró á recoger, ofreciendo al cónsul una compensacion pecuniaria. Este era el único medio para salir de aquel mal paso, especialmente con un hombre tan poco delicado como Pritchard, y sin embargo, el modo de conciliacion adoptado por ambos gabinetes, suscitó en ambos paises los mas vivos ataques, pretendiendo la oposicion, así en Francia como en Inglaterra, que el honor nacional habia sido sacrificado al inmoderado deseo de la paz. La interrupcion del acuerdo cordial apresuró la conclusion de la guer-

ra con Marruecos: el humillado orgullo del emperador habria aceptado cuantas condiciones le hubiese dictado la Francia, y solo se le pidió el licenciamiento de las tropas reunidas en la frontera, el ejemplar castigo de los jefes que habian invadido la Argelia y la persecucion de Abd-el-Kader, hasta que fuese preso ó expulsado del imperio; los demás artículos del tratado descansaban en estipulaciones de conveniencia recíproca, y léjos el ministerio de exigir los gastos de la guerra, declaró que *la Francia era bastante rica para pagar su gloria.*

Restablecida momentáneamente la paz de Europa por la intervencion de la diplomacia anglo-francesa á falta de duraderas garantías, reanudáronse las amistosas relaciones entre los dos países rivales, si bien su rivalidad se mostró desde entonces muy activa en el terreno industrial y mercantil. La exposicion de los productos de la industria francesa abierta en París durante el mes de abril, dió muy felices resultados: un real decreto facilitó la entrada en Francia á las maderas extranjeras y á las máquinas inglesas para tejer cáñamo y lino; mas se aumentaron los derechos de las otras máquinas, lo mismo que las proce- dencias belgas, en represalia sin duda del tratado de comercio que la Bélgica acababa de celebrar con la Prusia. En medio de las complicaciones exteriores, el partido legitimista y el repu- blicano, aunque sin renunciar á sus esperanzas, parecian sufrir la influencia de las ideas de orden y conducirse con mayor cir- cunspeccion; desde que el duque de Angulema habia fallecido en Góritz (3 de junio), el duque de Burdeos, que resumia en su persona todos los derechos y todas las pretensiones de la rama destronada, habia tomado una posicion mas falsa ante las córtes europeas, mas difícil ante sus partidarios. Hubiérase dicho que durante los primeros meses del año 1844, heria la muerte con preferencia á los hombres que podian considerarse como tipos símbolos ó programas individuales. Se venian varios sistemas políticos; así, además del hijo de Carlos X, que representaba la legiti- midad, murió el general Bertrand y el ex-rey José Bonaparte, que representaban el imperio, y el banquero Jacobo Lafitte, repre- sentante de la Revolución de julio. Luis Felipe envió su coche al entierro del amigo á quien debia un trono, sin cuidarse, harto confiado en su fortuna, de las siniestras profecías del moribundo.

Llegado el mes de setiembre, quiso el rey devolver á la reina de Inglaterra la visita que le hiciera el año anterior al palacio de Eu, y parti6 para Inglaterra; envanecido el pueblo inglés con oír su lengua en boca de un soberano extranjero, recibióle con admiracion, con entusiasmo, y el rey de los franceses llegó á ser popular en L6ndres. Esto no obstante, no dependia de Luis Felipe ni de Guizot el que fuesen allanadas cuantas dificultades existian entre los dos reinos; el derecho de visita continuaba en litigio, y el orgullo, el interés mercantil y el sentimiento religioso entre los ingleses, la conviccion del derecho y una justa altivez entre los franceses, hacian para todos de aquella contienda una cuestion nacional. Transigida esta provisionalmente, no tardaron en suscitarse en otros puntos nuevas inquietudes, producidas por encontradas pretensiones; las escuadras francesas habian tomado posesion de Noss-Bay, de isla Mayotte, en el extremo septentrional del canal de Mozambique, habian aceptado en nombre de la Francia el protectorado de los estados de Honduras y de Nicaragua, y habian ejercido una pacífica intervencion en Santo Domingo en la insurreccion de los Cayos. El *Foreign-Office* no vió sin recelo la supremacia de la marina francesa, y no contento con suscitar obstáculos al gabinete de las Tullerías, no fué extraño á la resistencia de la república Argentina y á la conducta de su dictador Rosas, que, á pesar de nuestras justas reclamaciones, invadia el Uruguay y oprimia á mil ochocientos franceses, establecidos en la Banda oriental. Mientras esto sucedia, los agentes del gabinete británico en Levante, el coronel Rose en Beyrouth y lord Ponsonby en Constantinopla, eludian de un modo peligroso para los cristianos, y ofensivo para la Francia, las instrucciones de su gobierno, lo mismo que Aston las desconocia en Madrid, lo mismo que Pritchard las violara en las islas de la sociedad. El acuerdo cordial con la Inglaterra se arastraba, pues, bajo el abrumador peso de una sospecha permanente, sospecha que debia robustecerse aun á consecuencia del tratado de Whampoa celebrado entre la Francia y la China. El crédito empero no sufría en Francia por las conmociones de la política extranjera, y la adjudicacion de un empréstito de cien millones, hecha en 9 de diciembre á la casa de Rothschild á siete francos y setenta y cinco céntimos mas que la adjudicacion de 1841, y supe-

rior de un franco y cinco céntimos á la última cotizacion de la renta, demostró la abundancia de capitales, los recursos de la riqueza pública, y la general esperanza de que se conservaria la paz europea. El comercio habia hecho progresos análogos á los del crédito: los valores capitalizados durante los cinco últimos años alcanzaron la enorme suma de diez mil cuatrocientos sesenta y un millones; las vias de comunicacion por medio del vapor absorbian en aquel momento el favor general con la exageracion que llevan consigo las novedades seductoras, y si el gobierno francés cometia una grave imprudencia, empezando á la vez en muchos puntos distintos los trabajos de vias férreas, si exponia el crédito á los azares del tiempo, la situacion rentística no parecia por ello menos sólida, ni menos segura la situacion política. No por esto, sin embargo, desconocian los hombres previsores que á pesar de las eternas protestas de cordial amistad entre la Francia y la Inglaterra, habia sido aquella turbada ó comprometida por complicaciones graves, y así fué que cuando en 26 de diciembre, hablando Luis Felipe á las cámaras reunidas de la susceptibilidad del gobierno de su augusta aliada, afirmó que *un mútuo espíritu de equidad y de benevolencia* conservaria el feliz acuerdo que garantizaba la tranquilidad del mundo, no se dió grande importancia á una frase, estereotipada hacia cinco años en todos los discursos de la corona, y la oposicion se prometió exigir del ministerio perentorias explicaciones. La débil mayoría que obtuvo Sauzet para la presidencia de la cámara (ciento setenta y siete votos contra ciento veinte y nueve dados á Dupin), y la mayoría, mas débil aun que elevó á la presidencia á Salvandy, á Bignon y á Dufaure, hicieron comprender al gabinete que habia perdido terreno, que por cierto no le hizo recobrar la forzosa retirada de Villemain, cuya superior inteligencia habia sufrido algo á consecuencia de un pesar doméstico. La discusion de mensaje, abierta en 13 de enero en la cámara de los pares, fué notable por la singular actitud que tomó en ella el conde Molé, quien, despues de cuatro años de absoluto silencio, subia á la tribuna para revistar severamente toda la política del gabinete del 29 de octubre. Conservador por principios, el antiguo jefe del gabinete de 15 de abril no habia querido introducir con imprudentes palabras la turbacion y el desacuerdo en las filas de

la mayoría; pero insinuaciones injuriosas, acusaciones de intriga y de coalicion, testimonios precursores de una evidente desorganizacion de la misma mayoría, le obligaban á protestar solemnemente contra el sistema seguido hacia cuatro años. Al examinarlo, calificó de una política *siempre y en todas partes implacable* aun en sus debilidades; veía en sus actos una exageracion que le arrastraba hasta las últimas consecuencias, y en su ardor para la paz un olvido de la dignidad nacional; acusóle de haber provocado, con el tratado de 1849 sobre el derecho de visita, la reaccion del espíritu público y de las cámaras contra aquel mismo derecho, y reconvínole sobre todo por su notable ligereza al ratificar la toma de posesion de Taiti, y al establecer en un punto del globo, perdido en el mar del Sur, el protectorado de la Francia en lucha con el de los misioneros ingleses, «*peligrosa tentativa*, dijo, que nuestros valientes marineros han pagado con su sangre, ocupacion casi fantástica de una roca, de la cual es imposible salir.» Guizot contestó que una próxima solucion terminaria aquellas cuestiones: «*Estad seguros de que se reproducirán varias veces en el seno de las cámaras, replicó Molé, y de que os darán todavía muchos malos ratos. Resolvedlas, salid bien del paso, este es mi único deseo; no ambiciono el puesto que ocupais, y solo aspiro á que podais librar á la Francia de las dificultades que os debe.*» Los ataques de Molé contra Guizot tuvieron eco en la cámara de los pares; Boissy-d'Anglas acusó á los ministros de debilitar la influencia nacional; Montalembert reclamó para los representantes de la religion católica la independencia que justifica y en la que se funda la obediencia á la Iglesia; el príncipe de Moscowa censuró el tratado de Tanger, que calificó de irrealizable; y el conde de Saint-Priest demostró la inutilidad de las negociaciones entabladas con Marruecos, y dijo no haber en el fondo de aquel insignificante tratado vencedores ni vencidos. En la cámara de diputados, Gustavo de Beaumont, Tocqueville, Marie, Thiers, Dupin, Billault, Saint-Marc-Girardin y Odilon Barrot atacaron tambien al gabinete con motivo del mensaje, que les autorizaba á tratar de todos los puntos de la política exterior; pero Guizot, inexpugnable contra tantos ataques, desplegó tal fuerza de lógica, que redujo á sus adversarios al silencio. Un nuevo

orador, Peyramont y el mariscal Bugeaud, elevado recientemente á la dignidad de duque de Isly, fueron muy útiles auxiliares para Guizot, el cual acabó por salir victorioso de aquella batalla parlamentaria con doscientas diez y seis bolas blancas entre doscientos cuarenta y nueve votantes. Crefase que una demanda de fondos secretos produciria nuevas interpelaciones, mas el ministerio no hizo de ella una cuestion de gabinete, sin lograr impedir que la destitucion de Salvandy, embajador en España, y la de Drouin de Lhuys, director en el ministerio de negocios extranjeros, no hiciesen tomar á la discusion las proporciones de un nuevo combate sobre la política general. Morny, Desmousseaux y Liadieres defendieron el poder, fuerte ya con el apoyo que mutuamente se prestaban Guizot y Duchatel, fuerte tambien con la derrota del conde Molé, que habia intentado en vano reemplazar á Thiers en la direccion del partido conservador. En poco estuvo el que la oposicion triunfase presentando á Billault para la vicepresidencia; en poco estuvo el que el gabinete saliera derrotado en el deplorable asunto *Pritchard*, pero los antiguos conservadores, unidos bajo la bandera de Fulchiron y de Hartmann, habian creido un deber de gratitud y de honor el no separarse de los ministros, y desde entonces se contrajo una nueva alianza entre el gabinete y el partido conservador, alianza que, resultado de una lucha oratoria de sesenta dias, permitió á los trabajos legislativos tomar un curso regular. Despues de prolongados debates, fueron adoptadas dos leyes de grave interés social, la ley sobre el régimen colonial y la ley sobre las cajas de ahorros, y si la primera no pudo ser considerada como una solucion completa de la cuestion, sentó á lo menos de un modo irrevocable el principio de la emancipacion de los negros. La adopcion de sesenta y seis proyectos de interés puramente local probó hasta que punto se ocuparon los diputados de las necesidades generales, de las condiciones de prosperidad nacional; la cámara habia celebrado ciento cuarenta y cinco sesiones públicas, y cuarenta y dos reuniones por secciones, cuando se dió principio á la discusion del presupuesto, aprobado el día 5 de julio, por doscientos cuarenta votos contra veinte. Elevábanse los gastos á mil cuatrocientos treinta y cuatro millones, cuatrocientos treinta y nueve mil, cuatrocientos seis

francos, y los ingresos á mil trescientos cincuenta y cinco millones, cuarenta y cinco mil, seiscientos cincuenta y un francos, de modo que el excedente de gastos era de unos ochenta millones; los descubiertos de los años anteriores ofrecían un total de trescientos sesenta y ocho millones, y los descubiertos eventuales por obras de utilidad pública se elevaban á seiscientos ochenta millones, siendo en todo una deuda de mas de mil millones lo que debia pagarse con las reservas de la amortizacion. Situacion semejante debia por necesidad inspirar las mas vivas inquietudes, sobre todo, desde que se habia reconocido en el año 1844 un déficit de veinte y cuatro millones, á pesar de exceder los ingresos de cuarenta y dos millones á las partidas del presupuesto.

La política exterior mostrábase bajo un aspecto mas favorable que el año precedente: dos ardorosos *abolicionistas*, el duque de Broglie y el doctor Lushington, miembro de la cámara de los comunes, habian recibido de sus respectivos gobiernos el encargo de buscar, para reprimir el tráfico de esclavos, medios mas eficaces y menos odiosos que el derecho de visita, siendo el resultado de sus esfuerzos el tratado firmado entre la Francia y la Inglaterra en 29 de mayo. El rey de Prusia, aceptado por ambas potencias como árbitro en una cuestion originada en el Senegal en 1834, acababa tambien de terminar la contienda, reconociendo implícitamente la soberanía colonial de la Francia, y reduciendo á cuarenta y cuatro mil francos una indemnizacion que el gobierno británico habia fijado en dos millones, doscientos veinte y cuatro mil, setecientos sesenta y un francos. En aquel entonces, la marina francesa operaba junto con la inglesa para reprimir en la costa oriental de Madagascar la tiranía de los indígenas hovas, quienes pretendian expulsar de Tamatava á los blancos ú obligarles á someterse á los usos y costumbres del país. El almirante Romain-Desfosses, secundado por el capitán inglés Fioreck, no vaciló en bombardear á Tamatava y aunque el fuego de la escuadra derribó por dos veces la bandera de la reina Ranavabo y causó entre los hovas pérdidas considerables, no fué posible, por falta de municiones, tomar de ellos mas terrible venganza. Al mismo tiempo turbó un incidente inesperado las buenas relaciones entre Francia y Méjico: el baron de Cyprey,

encargado de negocios de la Francia, olvidó quizás la fria dignidad que corresponde á los agentes diplomáticos, y habíase atraído disgustos personales, que le obligaron á solicitar sus pasaportes. En Taiti, la reina Pomaré, colocada bajo la influencia inglesa, se obstinaba en desoir las comunicaciones todas del gobernador francés, al paso que en Marruecos tomaban las cosas un aspecto favorable; el emperador parecia de buena fe, y en 18 de marzo quedaron fijadas las bases preliminares para el deslinde de las fronteras entre el general La Rue y Si-Hamida, señor marroquí; mas el invulnerable Abd-el-Kader recorría los douars, predicaba la guerra santa, armaba á las tribus, exaltábalas, mostrándoles como una señal del cielo la reciente explosion del polvorin de Argel, y por sus numerosos emisarios fomentaba la rebelion hasta el fondo de las montañas de la Kabylia. El mariscal Bugeaud se hallaba entonces ausente de su gobierno, pero ya en la cámara, ya en la corte, ya en el gran banquete que le dio el comercio parisiense, bajo la presidencia del duque de Nemours, no cesaba de proclamar iguales miras, iguales planes de colonizacion militar, logrando bienquistar con su sistema á los que mas lo habian impugnado. En 17 de junio, los generales Arbouville y Marey, salidos de Setif y de Medeah, cada uno con una columna expedicionaria, se reunen y rechazan á varias tribus insurrectas, mientras que seis columnas volantes observan el desierto en las provincias del centro y del oeste, y que el general Gentil contiene á las poblaciones del este. Por la parte de Medeah, empero, no cesaban de excitar turbulencias tres emisarios de Abd-el-Kader, ocultos en las montañas del Jurjura, y sublevábanse varias tribus en el Dahra y el Sahara, á la voz de Bou-Maza ó de algun otro fanático. Resuelto á acabar de una vez, Bugeaud, de regreso á Argel, formó tres columnas expedicionarias que confió á los coroneles Ladmiraull, Saint-Arnaud y Pelissier: el primero debía obrar aisladamente al este de Terez, y los otros dos recorrer las montañas inmediatas al mar. Despues de una *razzia* entre los Beni-zenjes, Pelissier intimó la sumision á los Ouled-Riah, pero una parte de la tribu quiso resistirse, y fué preciso atacarla; una vez vencidos los Ouled-Riah, se refugiaron en sus inexpugnables cuevas, á donde habian enviado de antemano sus mujeres, sus hijos, sus ganados y sus riquezas.

Pélissier atacó las cuevas, y luego parlamentó; á sus proposiciones se contestó con fusilazos, y aunque prometió respetar las personas y las propiedades, y no exigir mas que el desarme, aquellos desgraciados se negaron á oír cosa alguna, y persistieron en no abandonar las cuevas. Entonces Pélissier empleó el medio aconsejado por el mismo gobernador para los casos de urgencia extrema; amontonó faginas en la entrada de las cuevas y las pegó fuego, pereciendo asfixiados quinientos treinta árabes: ejecución cruel, horrible, y sin embargo, necesaria para asegurar la retirada de los soldados franceses. Así en Francia como en Inglaterra, la oposicion se sirvió de aquel trágico episodio de la guerra de Africa para calumniar al ejército francés y á sus jefes, que eran los primeros en deplorar el haberse visto obligados á recurrir á tal extremo. Distintas expediciones que condujeron felizmente los generales Cavaignac, Bourjolly, Gery y Bedeau, completaron la sumision del Dahra, y Bugeaud al frente de cinco mil hombres, dió un paseo militar al este de Delys, sometió á las tribus extraviadas, intimidó á las indecisas, y reconstituyó luego, de un modo estable, la administracion de las Kabylas, esforzándose en ponerla en armonía con las formas del gobierno francés en la Argelia. Apesar de aquella agitacion, bajo la cual se ocultaba la mano de Abd-el-Kader, el emperador de Marruecos permanecia fiel á las promesas hechas; el tratado de Lalla-Maghrnia habia recibido la doble sancion de ambos soberanos contratantes, conviniéndose además en tratar de la revision de los antiguos tratados de comercio, y en que un embajador del sultan de Marruecos se dirigiese á París para prestar solemne homenaje al rey Luis Felipe. El cambio de las ratificaciones del tratado se verificó el día 6 de agosto, á la luz, por decirlo así, de un terrible incendio, que en 1.º del mismo mes devoró los almacenes marítimos de Mourillon, en Tolón, horrorosa catástrofe, que hizo desaparecer entre las llamas las pruebas de audaces dilapidaciones, cometidas por ciertos empleados de marina.

La política, aunque menos activa en el intermedio de una á otra legislatura, no desaparecia del todo; no hacia mas que cambiar de terreno: pasaba desde la cámara á los consejos generales y á los consejos municipales, en los que probaba sus ar-

mas la oposicion legislativa, y así fué como publicado un manifiesto, por lo que se llamaba la *izquierda constitucional*, en el que acusaba al poder de debilidad en el exterior, de corrupcion en el interior, de indignas concesiones á la Inglaterra y de profundo horror por las reformas útiles; en el que se denunciaban los obstáculos introducidos en la traslacion de domicilio por la contribucion de veinte y cinco francos; en el que se enumeraban como otros tantos yerros los principales actos del justo-medio, Guizot refutó las doctrinas de sus adversarios en un discurso dirigido á los electores, á quienes representaba en el consejo general de Calvados, y resumió en estos términos las consecuencias del sistema que regia en Francia hacia quince años: «En el interior, dijo el ilustre publicista, las libertades públicas son cada dia practicadas y aumentadas, pudiéndose decir que gozais con seguridad completa de todas vuestras libertades y de todos sus frutos; y ¿cómo no ver que en el exterior, no solo es el gobierno de nuestro país del todo independiente en Europa, sino tambien que esta, así gobiernos como pueblos, le tributa grandes consideraciones y cuenta con él en toda circunstancia?..... Y esos estados constitucionales que se han formado á nuestro alrededor, que la Europa ha respetado como nosotros, que se han establecido y que se consolidan cada dia á favor del movimiento impreso y del orden mantenido por nosotros; esos estados que, al fundar ó multiplicar sus instituciones, se aplican á asimilarlas á las nuestras, la Bélgica, la España y la Grecia, ¿no son acaso otras tantas pruebas vivas de la accion, de la influencia, y creo poder decirlo con legítimo orgullo, del merecido ascendiente que la Francia y su gobierno ejercen en el exterior en beneficio de una política liberal y moderada, que comprende á la vez las nuevas necesidades de los hombres y las eternas condiciones del orden social? Y todo esto se verifica, todo se ha realizado sin violencias y sin guerra, habiendo logrado consumir una revolucion y fundar un gobierno nuevo en el interior por medio de la legalidad, en el exterior por medio de la paz.» Este admirable discurso, que seria preciso citar por completo, es un programa hecho con imponente conviccion, léjos de la presion del trono y de las mayorías; es una especie de justificacion delante del país, y una protesta de querer marchar resueltamente

por la vía que el mismo Guizot habia abierto á los conservadores dinásticos. Estos se acostumbraban á ver al ministerio triunfar en todas sus empresas, y así, por ejemplo, la Iglesia ultramontana, por un momento temible, no inspiraba ya la menor inquietud, ni conspiraba tampoco, abiertamente á lo menos, contra la monarquía de Julio. Salvandy, que habia sucedido á Villemain como ministro de instruccion pública (1.º de febrero), al mismo tiempo que el conde Moline de Saint-Yon era nombrado ministro de la guerra, creíase bastante fuerte para colocarse entre el clero y el cuerpo universitario, y deseoso de conciliar regularizando, instituyó una comision encargada de estudiar las leyes, los decretos y los reglamentos de la universidad, á fin de preparar una reforma general de la legislacion de la enseñanza; de acuerdo con Guizot encargó tambien al consejero de Estado Rossi, profesor de filosofía, que marchara á Roma para someter al Papa las quejas del gobierno contra los ultramontanos de Francia, y solicitar la intervencion de Su Santidad para que se ejecutasen las leyes del reino relativas á los jesuitas. Muy espinosa era por cierto semejante negociacion religiosa y política á la vez, mas el insinuante ginebrino logró persuadir al Papa, y las comunidades jesuíticas de Francia recibieron de Roma la órden de disolverse.

Durante el mes de setiembre, la atencion pública, atraída hácia el palacio de Eu, á causa de una nueva visita hecha á Luis Felipe por la reina de Inglaterra, se fijó de repente en Argelia, donde el pabellon francés acababa de experimentar una sangrienta derrota. En el de setiembre, cuatrocientos cincuenta soldados, mandados por el teniente coronel Montagnac, cayeron en una emboscada en la frontera de Marruecos, y envueltos por un enjambre de kabilas, dirigidas por Abd-el-Kader, habian perecido todos, excepto diez hombres, los únicos que pudieron salir del marabout de Sidi-Ibrahim, despues de defenderse allí por espacio de dos días y dos noches, contra millares de enemigos. Al recibirse tan espantosa noticia, experimentó la Francia viva emocion, y reunido en 6 de octubre el consejo de ministros, resolvió que se embarcaran para el Africa, sin pérdida de momento, seis regimientos de infantería y dos de caballería, y que el mariscal Bugeaud emprendiese contra el emir una campaña deci-

siva. Abd-el-Kader había dado ya la señal de una nueva guerra: el territorio que se extiende entre la orilla izquierda del Tafna y el Isser, se había sublevado; el enemigo avanzaba hasta los muros de Oran y de Tlemcen; sitiaba el fuerte de Sebdu y ocupaba los alrededores con fuerzas considerables. Una acertada operacion de Lamoriciere, secundado por los generales Cavaignac y Korte, permiti6le envolver á aquella masa de rebeldes, á los cuales perdon6 para seguir los movimientos del emir, que acampaba en Ain-Kebiza. Lamoriciere solo tenia mil quinientos infantes y quinientos caballos, pero en 18 de octubre sali6 de Argel el mariscal Bugeaud con una columna de cuatro mil hombres. Despues de atravesar el Tafna y el Oued-Mouilah, Abd-del-Kader pas6 por los alrededores de Tlemcen, y se dirigi6 al pa6s de los Hachem al sur de Mascara, donde se habian rebelado las tribus todas, á pesar de los esfuerzos del general Gery, siendo preciso abandonar al emir el territorio de Mascara y librar de sus excursiones la comarca desde Oran á Mostaganem, lo mismo que la de Chelif y de Orleansville á Milianah. La repentina aparicion del mariscal Bugeaud permiti6 alcanzar semejante resultado, mientras se esperaba la llegada de los re-fuerzos enviados de Francia; pero el emir no pretendia vencer á los infieles por medio de infructuosos combates: obligado á huir delante de los batallones franceses, cuando no eran estos sorprendidos por la traicion, Abd-el-Kader habia concebido el proyecto de despoblar las provincias de la Argelia, trasladando sus tribus á Marruecos. Sus khalifahs ejecutaban, pues, aquel movimiento retr6grado, empujando á las tribus delante de sí, y el emir se adelantaba por el pequeño desierto, al este, á cuarenta y cinco leguas de Medeah, cuando Bugeaud lleg6 en 2 de noviembre á las fuentes del Oued-Riou, y el general Bourjolly de acuerdo con él cerc6 el pa6s de los Flittas, teatro ordinario de las predicaciones de Bou-Maza. Ioussouf, al frente de cuatrocientos caballos y de mil cien hombres de infantería, montados en mulos, recibió el encargo de perseguir al emir, pero éste se evadi6 por los *chotts* ó lagos salados, y penetr6 en la provincia de Orleansville. Argel tuvo algunos dias de alarma al saberle tan próximo: dirigiéronse tropas á Milianah; movilizáronse tres batallones de la milicia urbana de

Argel; pero en 12 de diciembre, Abd-el-Kader con su goum se dirigió hácia el sur, y las copiosas lluvias de la estación, al hacer la guerra imposible, acabaron de tranquilizar á la colonia, obligando á las tropas á tomar sus cuarteles de invierno. Mientras que en Argelia daban los soldados franceses nuevas pruebas de su constancia y valor, la marina combinada de Francia y de Inglaterra sostenia dignamente en las aguas de la Plata el honor de ambos pabellones. Despues de un infructuoso cambio de notas diplomáticas con el presidente Rosas ó su teniente Oribe, el capitán Trehouart, jefe de las fuerzas francesas, y el capitán Hotham de las inglesas, se apoderan de la escuadrilla argentina, bombardean á Colonia, ocupan sucesivamente muchas ciudades abiertas, bloquean á Buenos-Aires, penetran en el Parana, y se presentan delante de Obligado, defendida por fortificaciones á la europea, por fuertes baterías, por una estacada, por varios brulotes y por cuatro mil hombres de guarnición. El ataque duró siete horas, y franceses é ingleses rivalizaron en intrepidez: «Si el nombre de valiente ha sido alguna vez merecido, lo ha sido por vos y vuestras tripulaciones,» escribia Hotham á Trehouart. Aquel magnífico hecho de armas tuvo lugar en 21 de noviembre, y si no hizo adelantar ni un solo paso la cuestion de la Plata, contribuyó á lo menos á la gloria de la marina francesa, y mostró al mundo la armonía de las dos primeras potencias continentales. La Francia se consolaba de la paz á toda costa al considerar que sus hijos no habian degenerado. Fué tambien un recuerdo militar la inauguracion de la estátua ecuestre del duque de Orleans, celebrada en igual dia en Argel y en París, á expensas del ejército de Africa, como un homenaje al valiente príncipe que participara de sus peligros y trabajos. El acta de aquella doble ceremonia fué presentada al rey, quien la entregó al tierno conde de París, diciéndole: «Hijo mio, nada mejor puedo hacer que confiártela; guárdala preciosamente, y por ella verás la confianza y el amor que profesaba el ejército á tu pobre padre.» El pueblo, que se asociaba á cuanto era nacional comprendió que la embajada marroquí se dirigia á la Francia tanto como á Luis Felipe. «Mi embajada, dijo el enviado de Marruecos á los marseleses, que pretendian retenerle á su llegada á aquella ciudad (19 de diciembre), es como una flor que envia á

á vuestro rey el emperador, mi señor y dueño; preciso es que la flor llegue con toda su frescura, con todo su brillo, con todo su perfume, y que sea depositada á los piés de vuestro soberano...» En 27 de diciembre, debía abrirse el nuevo año político; las cámaras se hallaban convocadas, y así en una como en otra ofrecíanse muchos elementos nuevos que iban á modificar su fisonomía, sin cambiar en nada la mayoría adicta al ministerio. En el espacio de diez y ocho meses, la cámara de los pares había perdido á veinte de sus miembros, pero treinta y seis nuevos pares, algunos muy singularmente elegidos, habían reemplazado á los difuntos. No debía, pues, esperarse un cambio total en la política, y esto sin contar en que la política dormía para dejar entregado el país á especulaciones industriales.

La industria mercantil había adquirido una apariencia tal de prosperidad, que se tenía en ella absoluta confianza, y después de permanecer por mucho tiempo el país indeciso é indiferente á los caminos de hierro, habíase engolfado en las teorías especulativas creadas por el vapor, con la desatentada impetuosidad que casi siempre va seguida en Francia de un repentino desaliento. Nadie se libró de la fiebre de enriquecerse, y experimentóse una epidemia semejante á la del banco de Law, bajo la regencia del duque de Orleans. Existían trece compañías de caminos de hierro autorizadas, y habíanse formado otras ciento sobre insuficientes bases, sin mas objeto ni esperanza que ser absorbidas por las demás y vender caramente su muerte. De este modo se organizaba una competencia desleal contra los negocios de buena fe; vendíanse y descontábanse á la luz del día promesas de acción; aristocráticos nombres ocultaban bajo su nobleza la infamia de ciertos pactos; los pares, los diputados, los generales, los magistrados frecuentaban la Bolsa, y sus fortunas patrimoniales corrían los azares del agiotaje. Entonces fué cuando numerosas catástrofes dieron la señal de una crisis mercantil, que aumentó mas aun el mal estado del banco de Inglaterra: los capitales que las sociedades de caminos de hierro franceses esperaban de Lóndres, quedáronse allí para cubrir necesidades imprevistas y urgentes, y el numerario hízose muy raro en Francia á consecuencia de las sucesivas entregas acumuladas en las cajas de las compañías industriales. Las acciones pasaron

entonces por todos los grados de la depreciación, vendiéndose por fin á un precio irrisorio; la carencia general del dinero coincidía con el alza extraordinaria del precio de los cereales, alza causada sobre todo por el monopolio del trigo despues de la escasa cosecha de 1845, lo cual, junto con la enfermedad que atacara á las patatas en casi todos los países, amenazaba con el hambre á la Irlanda y con crueles privaciones á la Bélgica, á la Alemania y tambien á la Francia. Semejante prespectiva habia de inspirar muy legítimas inquietudes, y sin embargo, el estado material del país no parecia comprometido y las rentas públicas continuaban aumentando. Por fortuna se hallaba la política en un momento de calma; el partido conservador, unido todo bajo la bandera ministerial, hacia esperar que no se renovarían las apasionadas luchas de las cámaras, y el gabinete tenia todavia seguras condiciones de vida. A pesar de la alianza del centro izquierdo con la izquierda constitucional, Sauzet fué elevado á la presidencia por doscientos trece votos, mientras que Dufaure, su competidor, solo reunió ciento cuarenta y siete, no quedando á la oposicion otro recurso, despues de tal derrota, sino el de reservar y preparar sus armas para el próximo combate de las elecciones generales. Esta circunstancia, que alejó de la discusion del mensaje los furores y las personalidades, imprimió á los debates una desusada majestad; y cada orador profundizó, bajo su punto de vista, alguna de las grandes cuestiones pendientes. Cousin, Montalembert, Villemain y Beugnot hablaron en la cámara de los pares cada uno en un órden distinto de ideas, sobre el decreto de 7 de diciembre, relativo á la reorganizacion de la universidad; Boissy-d'Anglas reconvino al gobierno de Julio por la incuria con que miraba los intereses exteriores de la Francia; Carlos Dupin examinó la situacion rentística que ofrecia un descubierto de cuatrocientos millones, y un déficit progresivo, á pesar del aumento de los ingresos; el vizconde Dubouchage reclamó una ley sobre la organizacion del trabajo; Montalembert, Pelet de la Lozère, Alejo de Saint-Priest y el príncipe de Moscowa atacaron la política del gabinete en Oriente, en Tejas, en la Plata, en Marruecos y en Argelia, y Guizot les contestó demostrando la firmeza tranquila y previsoras de la misma política. En la cámara de diputados, Thiers examinó con profundo

buen sentido las relaciones de la Francia con el extranjero, y sobre todo aquellas que la Inglaterra había hecho difíciles y escabrosas; Billault, enemigo también del *acuerdo cordial*, mostró al gobierno británico en todas las ocasiones y en todas las latitudes en perpétua desconfianza y competencia con el gobierno francés, y aconsejó al gabinete tener más en cuenta los instintos populares en las cuestiones de política internacional; Lamartine pronunció un elocuente discurso en favor de los pueblos cristianos del monte Líbano; Lherbette denunció como peligrosos abusos el mezclarse los funcionarios y hombres políticos en las empresas de caminos de hierro, y la transformación de algunos intendentes generales y hasta de ciertos ministros en banqueros y especuladores; el asunto era muy oportuno para no interesar á la asamblea, y Grandin después de pasar en revista los peligros del agiotaje, el infame tráfico del dinero y el misterio de las alzas y bajas calculadas de antemano, obligó al ministro de hacienda y al de marina á justificarse de los cargos que les hacían, no menos como particulares que como ministros. Seis veces durante la discusión del mensaje, debió la cámara decidirse sobre la política del gabinete, y seis veces se le había mostrado favorable, y cuando después de cinco semanas de discursos votóse sobre la totalidad del proyecto, doscientos treinta y dos votos contra ciento cuarenta y uno demostraron la mayoría ministerial. Una legislatura que acaba, no tiene en sí la conciencia de estabilidad necesaria para las reformas fundamentales, para la realización de los grandes intereses públicos: las reminiscencias del pasado parecen ser las únicas dominantes, y los partidos, antes de ir á regenerarse en el seno electoral, aprovechan todas las ocasiones para observarse y amenazarse con un porvenir que no pertenecía ya á nadie. Por esto el balance de la legislatura solo ofrece mejoras parciales, en su mayor parte incompletas é interinas: ya se votan reducciones de derechos, ya créditos considerables, destinados á una vasta serie de trabajos para multiplicar los medios de defensa y de producción del país. Una demanda de noventa y tres millones para el aumento de la marina, no pareció exagerada en vista de los hechos indicados en la memoria del príncipe de Joinville, y votóse dicha suma casi por unanimidad, sucediéndolo mismo con los créditos apli-

cables á los caminos de hierro, canales, vías fluviales, puertos marítimos, fortificaciones, etc. Al adoptar el proyecto de ley relativo á los operarios, la cámara de los pares dió un gran paso hácia la solución del problema que presenta la organización industrial, y despues de discutir cincuenta y un proyectos de ley de interés general y ciento y uno de interés local, separóse, lo mismo que la de diputados, el día 3 de julio, dejando á los legisladores posteriores muchas leyes imperfectas que reformar, muchas cuestiones de economía política que resolver. El presupuesto habia llamado muy poco la atención, y esto que iba sin cesar en aumento: el de ingresos se elevaba á mil trescientos treinta y siete millones, ochocientos setenta mil, seiscientos ochenta francos, y el de gastos, incluso el extraordinario, á mil cuatrocientos cincuenta y cinco millones, seiscientos setenta y cuatro mil, quinientos diez y ocho francos, déficit enorme que la cámara de diputados aparentaba no ver. La comisión de hacienda, que tenia, empero, por órgano al inflexible Bignon, solo propuso insignificantes economías, mas deploró la funesta tendencia á que cedia el gobierno al aumentar los gastos, y las cámaras, al verificar imprudentes reducciones sobre las rentas públicas á medida que veian aumentarse los ingresos. Esto era vivir dia por dia, sin prevision ni cordura; era en cierto modo descontar el porvenir, despues de haber devorado el presente.

Como si Luis Felipe se hubiese vuelto mas invulnerable á medida que iba haciéndose impopular, dos nuevas tentativas contra su vida tuvieron igual resultado que las anteriores. En 16 de abril, Pedro Lecomte, ex-guarda general del bosque de Fontainebleau, oculto en dicho sitio detrás de una pared, disparó dos fusilazos contra el coche del rey sin herir á nadie, cayendo únicamente uno de los tacos á los piés de la reina. El asesino, que habia emprendido la fuga, fué detenido al momento. El primer sentimiento del país fué el estupor, y vióse en el crimen un sentido político; mas la causa de Lecomte, instruida ante la cámara de los pares, probó que jamás aquel monómano se habia ocupado de política, y que habia querido dar muerte al rey para vengarse del intendente de la lista civil que le destituyera. Condenado á la pena de los parricidas, verificóse su ejecución seis semanas despues de su delito. Mientras el tribu-

nal de los pares juzgaba á Lecomte, el príncipe Luis Napoleon, preso hacia seis años en la fortaleza de Ham, evadióse á favor de un disfraz y pasó á Inglaterra, sin que este suceso causase gran sensacion en la córte, que creia muy poco temible al pretendiente imperial. Apenas habian pasado cuarenta dias desde que cayera la cabeza de Lecomte, cuando en medio de las fiestas de julio, y de la agitacion electoral, un nuevo regicida, José Henri, oculto detrás de una estátua en el jardin de las Tullerías, disparó un pistoletazo contra el rey, que saludaba al gentío, reunido bajo las ventanas del palacio. Henri era un industrial que en el acto de quebrar, no habia encontrado otro medio que dirigir contra el rey, fuera de tiro, el fuego de dos cachorrillos apenas cargados; mas tan ridículo atentado, tan monstruosa anomalía, independiente de toda idea política, no dejó de conmover al público, y de producir una manifestacion electoral favorable al ministerio y á la dinastía. Las elecciones se verificaron durante el mes de agosto: cincuenta y cinco diputados de la oposicion legitimista y constitucional no fueron reelegidos, pero la oposicion adquirió en cambio veinte y ocho miembros nuevos, entre otros, Falloux, Leon Faucher, Genoude, Oscar de la Fayette, Paillet y Quatrebarbes; el partido conservador habia ganado algunos hombres distinguidos como Bastard, Blanqui, Pablo de Gasparin, Laborde, etc., y el rey introdujo en la cámara de los pares á trece auxiliares del gabinete para asegurar á éste una sólida mayoría en ambas cámaras. La legislatura se anunciaba bajo los mejores auspicios, y podia considerarse que la máquina gubernamental habia entrado en la senda de las reformas morales y materiales que generalmente se reclamaban. La paz se hallaba como nunca afianzada; el problema de los caminos de hierro recibia su solucion definitiva, y solo faltaba modificar ciertos derechos y verificar sobre todo economías radicales para consolidar la prosperidad material del país. Así lo habia expresado Guizot en su discurso á los electores de Lisieux cuando dijo: «Todas las políticas os prometerán el progreso, pero solo os lo dará la política conservadora, así como solo ella ha podido concederos la paz.» Así en el mensaje como en el discurso de la corona, no se trató de cuestion alguna política; el doble peligro que corriera la vida del rey sirvió de tema al entusiasmo de los *satisfechos*, y una

mayoría de ciento veinte votos elevaron al eterno Sauzet al sillón de la presidencia. La confianza que inspiraba en aquel momento la política no podía ser mas oportuna, pues muchos y terribles azotes iban á sembrar la inquietud y la desesperacion entre las poblaciones: la enfermedad de las patatas que habia aparecido en Francia el año anterior, se habia propagado de modo que desapareció, como en todas partes, aquel alimento de las clases pobres; la cosecha de cereales fué aun mas escasa que la pasada, y el precio del trigo subia sin cesar. Para colmo de males, desastrosas inundaciones interrumpian toda comunicacion en el centro de la Francia; el Ródano, el Saone, el Escalda, el Aisne y el Oise habian salido de madre, y la navegacion habia quedado suspendida, cuando en 18 de octubre, la inundacion mas horrible de que se conserva memoria, desoló los departamentos centrales. Empezada en Puy de Dome por el derretimiento de las nieves que engrosó extraordinariamente el Loire y sus confluientes, las aguas se precipitaron contra la Touraine, derribando cuanto se oponia á su paso; el Allier devoró seis ú ocho aldeas, y arrastró consigo desde Anjou hasta Dampierre cuantos puentes lo atravesaban; el Loire inundó los arrabales de Orleans de Tours y de Blois, y causó incalculables desastres. La caridad pública y privada fué inmensa é infatigable; de todas partes llovieron socorros, ya en dinero, ya en especie; abriéronse suscripciones, creáronse loterías, pero eran tantos los infortunios, que la beneficencia no podia elevarse al nivel del mal, aumentado además con las enormes pérdidas causadas por los multiplicados incendios que habian desolado muchas provincias durante la sequía. La miseria debia ser el resultado del agua y del fuego, y el gobierno tomó varias medidas para remediarla; los departamentos de la guerra y de marina adquirieron seiscientos mil quintales de trigo en el extranjero; la administracion dió libre entrada á los granos y á las harinas, ya en las plazas marítimas ya en las ciudades del interior, al mismo tiempo que se multiplicaron los trabajos del Estado, y sin embargo, prueba evidente de la actividad de los negocios mercantiles, del poder del crédito y de la fe que en el porvenir se tenia, jamás habian llegado á tan considerable suma los descuentos en el Banco de Francia. Las rentas públicas seguian igual progresion, si bien

la carestía de los víveres y la disminucion de los salarios sirvieron de pretexto en algunos puntos á escenas de desórden, que tuvieron eco en París, cuyas calles recorrió en 30 de setiembre una banda de miserables profiriendo gritos de saqueo. Quizás tenian aquellas agitaciones populares alguna lejana coincidencia, algunos lazos secretos con la insurreccion de Cracovia de 17 de febrero, insurreccion generosa, pero desatentada, que no tardó en ser cruelmente reprimida, y con la revolucion ginebrina que estalló en 6 de octubre y que cambió los hombres del gobierno mejor que el gobierno mismo.

Mientras los pueblos se ocupaban más de su emancipacion política que de su existencia material, mientras que la Polonia volvia á caer bajo el yugo, y que la Irlanda, mas miserable aun, se agitaba convulsa, bajo el hambre y la miseria, la Providencia envió al mundo un papa de gran corazón: Juan María Mastai Ferretti, entronizado con el nombre de Pio IX en lugar de Gregorio XVI. Por un momento pudo creerse que la causa de la Italia iba á triunfar en Roma bajo la égida de la Santa Sede; pero ninguno de los soberanos de Europa simpatizaba con el movimiento que Pio IX parecia deber iniciar. Luis Felipe, concentrado como nunca en su egoismo dinástico, obedeció á consideraciones enteramente personales cuando se indispusó con la Inglaterra por la cuestion del matrimonio de la reina de España y del de su hermana la infanta. Al ser derribado el regente Espartero, duque de la Victoria, en 1843, admitióse como principio de derecho europeo que la jóven Isabel II se enlazaria con un príncipe de la casa de Borbon, y llegóse á pronunciar el nombre del duque de Montpensier, que fué luego rechazado por las complicaciones que podrian resultar de semejante alianza. Los carlistas españoles propusieron al hijo primogénito de D. Carlos; otros á D. Enrique, hijo segundo de D. Francisco de Paula, pero la reina madre, María Cristina, retirada entonces en París, imaginó y concertó, de acuerdo con Luis Felipe, el enlace de su hija con el conde de Trapani, hermano del rey de Nápoles, quien reconoció enseguida al gobierno de Isabel. La Inglaterra consentia en dicha union, y Luis Felipe, de acuerdo tambien con María Cristina, reservaba para el duque de Montpensier la mano de la infanta, mientras que la Gran Bretaña se obstinaba en apoyar á un

príncipe de Coburgo. Así se hallaban las cosas, cuando en España se sublevó la opinion pública contra la alianza del conde de Trapani, siendo preciso volver por una parte á D. Enrique, y por otra al príncipe de Coburgo. La política de los whigs triunfaba, pues en la grave cuestion del matrimonio de la reina, aun antes de hallarse en el poder, y con mayor razon debía prevalecer despues de la retirada de sir Roberto Peel y de lord Aberdeen y de la elevacion de lord Palmerston; pero en aquella ocasion, olvidando su amor á la paz, el gobierno francés manifestó resolucion si no audacia. Bresson, su embajador en Madrid, luchó en habilidad con Bulwer, el embajador inglés; la reina madre, que dirigia desde léjos la diplomacia de Bresson, hizo hablar la libre voluntad de Isabel II, que se fortificó con la adhesion de su ministerio y de las córtes, y la reina declaró aceptar por esposo al infante D. Francisco de Asis, duque de Cádiz, hijo primogénito de D. Francisco de Paula, al mismo tiempo que otorgó al duque de Montpensier la mano de su hermana, la infanta María Luisa Fernanda. Al saber ambos matrimonios, celebrados á pesar suyo, la Inglaterra prorumpió en amargas quejas, y Lord Palmerston dijo considerar la alianza de un hijo del rey de los franceses con una infanta como una violacion del tratado de Utrecht, que prohibia la reunion en una sola frente de las coronas de España y Francia, esforzándose por lo tanto, aunque sin fruto alguno, en obtener de las córtes europeas una protesta contra los matrimonios españoles. La intriga fué entonces el único recurso del gabinete inglés, y con él logró turbar por algun tiempo la buena armonía de los gobiernos francés y español. Otro enlace, sin importancia inmediata, pero que unia con un nuevo lazo á la rama primogénita de los Borbones con la casa de Austria, fué celebrado en 7 de noviembre: el duque de Burdeos tomó por esposa á María Teresa Beatriz de Módena, hija del difunto duque Francisco IV. Aquel matrimonio, inspirado por razones de fortuna mas que por razones políticas, puso en conmocion á todo el arrabal de san German, á toda la aristocracia legitimista; dirigiéronse á Módena numerosas diputaciones para saludar con el nombre de reina á la condesa de Chambord, mientras que brillantes fiestas reanimaban en París los silenciosos palacios donde se ocultaba hacia diez y seis años la fide-

dad de los legitimistas. La rama segunda contestó á aquellas inofensivas demostraciones con otras fiestas para celebrar la llegada de la jóven duquesa de Montpensier.

Durante el año 1846 las colonias francesas no habian experimentado el efecto de los infortunios de la metrópoli. Despues de una infructuosa expedicion contra la reina Pomaré, la cuestion del protectorado de Taiti habia quedado reducida á la ocupacion de un apostadero para la marina militar y mercante. En Borbon, las modificaciones de la legislacion colonial, relativas á los derechos de importacion y exportacion, compensaban los apuros que á la colonia causaba la progresiva emancipacion de los esclavos y la interrupcion de su comercio con Madagascar. En cuanto á la Argelia, los combates no cesaban, pero la colonizacion progresaba: las inquietudes que inspirara la proximidad de Abd-el-Kader, no habian tardado en disiparse, á pesar de que amenazaba la provincia de Titeri, inmediata á Argel; el desastre de una columna, puesta fuera de combate por el frio, entre la nieve de los montes Bou-Taleb, podia obligar á Bedeau á emprender la retirada y á dejar sin defensa á Medeah. Abd-el-Kader poníase ya en movimiento para ejecutar una rápida excursion á la provincia de Argel, cuando supo que el ejército francés, mandado por el mariscal Bugeaud en persona, se dirigia al país de los Ouled-Nails, donde hallara antes un refugio; Bedeau y Arbouville cubrian al mismo tiempo las cercanías del pequeño desierto; Lamoriciere pacificaba las tribus establecidas al suroeste de Mascara, y el coronel Canrobert hostigaba rudamente al cherif Bou-Maza, cuyo movimiento se combinaba con los del emir. De repente cambia este de plan de operaciones, y subiendo hácia el noroeste, llega al territorio de los Flittas, tribus kabylas de Dellys, á treinta leguas de Argel, desde donde amenaza pasar el Isser y asolar otra vez la Metidja; mas el general Gentil le cierra el camino, y Bugeaud marcha contra los Flittas, acercándose á las fuentes del Oued-Kseub, campamento del emir. Las kabylas fueron dispersadas fácilmente, y Abd-el-Kader las abandonó despues de sublevarlas á sus espaldas para asegurar mejor su retirada. Desde aquel momento Bugeaud tomó la ofensiva, las tribus insurrectas se sometieron, y las que habian emigrado del Tell volvieron á su territorio. El general Cavaignac

recibió orden de penetrar en Marruecos y de sorprender la *deira* de Abd-el-Kader, acampado cerca de Malouia, á lo largo de la frontera, mas Bou-Hamedi, khalifah del emir, advertido por sus exploradores, levantó el campo y atravesó el rio, mientras que las kabylas marroquíes saqueaban sus tiendas y robaban sus rebaños. El emperador de Marruecos obligó á Bou-Hamedi con algunas demostraciones armadas á penetrar mas y mas en las tierras, y poco tiempo despues (mayo) fué cuando Abd-el-Kader, fugitivo y reducido á la mayor miseria, no pudiendo alimentar ni arrastrar en pos de sí á trescientos soldados franceses hechos prisioneros en el combate de Djemmaa-Chazaouat, dispuso que fuesen pasados á cuchillo; solo uno de ellos se libró de tan triste suerte para referir el infortunio de sus compañeros á las tropas sedientas de venganza, y si bien no pudieron alcanzar al emir, que de nuevo habia penetrado en Marruecos, castigaron parcialmente á las tribus sublevadas. A principios de 1847, los generales Herbillon y Marey y el coronel Saint-Arnaud perseguian á Bou-Maza, que acabó por someterse, despues de haber visto la dispersion de sus bandas fanatizadas, y Bugeaud se disponia á marchar contra la Kabylia, que mantenia á las puertas de Argel un foco de rebellion y de guerra permanente. Algunos esfuerzos mas, algunas nuevas conquistas, y la vasta extension de territorio que se extiende desde las fronteras de Marruecos hasta las de Tunez, desde el mar hasta el Atlas, habia de reconocer exclusivamente la dominacion francesa, produciendo aquella tranquila posesion los felices resultados de aliviar el tesoro, robustecer el comercio, aumentar la influencia de la Francia y consolidar y extender sus relaciones. En la prosperidad de aquella hermosa colonia hallaba al menos la Francia una débil compensacion á los azares de una situacion política y rentística que se agravaba hacia muchos meses: el alza excesiva de los cereales exigia importaciones extraordinarias que el agiotaje se apropiaba; los capitales hacianse cada vez mas raros; la reserva metálica del Banco de Francia disminuia; la desconfianza entorpecía el crédito, y temíase que las profundas angustias de todas las plazas de Europa, al obrar sobre la Francia, no acabasen de arruinar la marcha de los negocios. En tanto, todo era objeto de inquietud en la política exterior: veíase con zozobra la actitud

de las potencias del Norte con motivo de los enlaces españoles; la interrupcion de la alianza inglesa; el golpe de Estado que en menos precio de los tratados de 1815 habia unido al imperio de Austria el territorio de Cracovia, y todo el mundo se preguntaba con terror si era llegada la hora en que empezase sus violencias la impaciente demagogia que se agita eternamente en el fondo de la sociedad. Estas eran las ideas generales ante una cámara aun desconocida, en la que se sentaban por primera vez ciento veinte diputados nuevos, cámara que se creia favorable al poder, pero que por inexperiencia ó mezquindad de miras podía oponer obstáculos al gobierno, cuando tenia esta necesidad de todas sus fuerzas y de todos sus apoyos.

La legislatura se abrió el día 11 de enero bajo el imperio de alarmantes preocupaciones; la idea dominante del discurso de la corona era la necesidad de conservar la paz general, conciliada empero con la energía que corresponde á una gran nacion en el ejercicio de sus derechos, envaneciéndose el gobierno de haber realizado los matrimonios españoles y de haber protestado contra la anexion de Cracovia al imperio de Austria. La discusion del mensaje no suscitó lucha alguna formal, pero pidióse cuenta al gabinete de sus pensamientos secretos, de sus proyectos ulteriores; quísose saber su programa para el porvenir, y manifestóse el deseo de verle al frente de un progreso político real, como testimonio de fuerza y una condicion de estabilidad. Votos inútiles! el gabinete no dió un paso hácia delante, y solo tuvo energía para rechazar los proyectos de reforma electoral y las proposiciones de Duvergier de Hauranne y Remusat sobre la incompatibilidad de los empleados con el cargo de diputado; cada día nacia cuestiones personales, acusaciones de corrupcion escandalosa, en la que se hallaban comprometidos algunos altos dignatarios, de modo que apenas se estudiaban y discutian las leyes esenciales, que se rechazaba como peligrosa ó intempestiva toda innovacion, y que no se conseguia absolutamente nada. Desmousseaux de Givré habia dicho bien al formular el triste programa de la legislatura en estas palabras: *Nada, nada, nada!* La cámara fijó su atencion en las medidas rentísticas, y como la crisis de las subsistencias y la penuria metálica imponian el deber de introducir una rigurosa eco-

nomía en la repartición de los fondos del Estado, la comisión del presupuesto examinó durante cinco meses con la mas detenida escrupulosidad las cargas y los recursos del país. Sin embargo, de tan prolongado trabajo solo resultó una burlesca economía de algunos millones, y las observaciones críticas de los comisarios tuvieron por objeto mas que los créditos concedidos la marcha de las administraciones particulares; en el proyecto de ley relativo á los créditos extraordinarios, la cámara añadió, en su derecho de iniciativa, la cláusula de que en 1848 debía dársele cuenta de la organizacion civil de la Argelia, artículo aceptado de buen grado por el gabinete, que solo deseaba librarse de una responsabilidad que le parecia mas pesada cada dia. En ello, como en todas las cuestiones importantes, el ministerio evitaba el tomar una decision; podia decirse que la mayoría no era gobernada á pesar de su docilidad, y en una palabra aquel ministerio soñoliento é i decisivo, del cual era Guizot el corazon y la cabeza, no se hallaba ya á la altura de su misión, sin embargo de haber sufrido desde la apertura de las cámaras una modificacion completa: en 14 de marzo, Hebert, vice-presidente de la cámara, reemplazó en el ministerio de justicia y de cultos á Martin (del Norte) fallecido en 9 de mayo; Dumon á Lacave-Laplagne en hacienda; el general Trezel á Moline Saint-Yon en la guerra; el duque de Montebello al vice-almirante Mackau en la marina, y Jayr á Dumon en las obras públicas. Guizot continuó encargado de la cartera de negocios extranjeros, pero en 19 de setiembre confirióle el rey la presidencia del consejo, y el anciano duque de Dalmacia, al tomar su retiro de ministro, fué creado mariscál general, nueva dignidad que ofendió á los demás mariscales de Francia, y que solo fué un pretexto para aumentar su sueldo de mariscal.

A pesar de la carestía de las subsistencias, del azote de las inundaciones, de las vagas inquietudes y de las amenazadoras manifestaciones de un descontento casi universal, continuaba el progresivo aumento de la riqueza pública: el año 1846 se habia elevado al nivel de los mas productivos; las contribuciones indirectas seguian su marcha ascendente, las directas se cobraban con regularidad, y los recursos de la Francia parecian multiplicarse en razon de sus sacrificios y de la elevacion de su deuda.

Era preciso, empero, contar con los antiguos presupuestos, y confesar al país aquellos déficits anuales, abiertos como simas bajo el ficticio aparato de la prosperidad rentística; el descubierto de 1846 se había fijado en veinte y cinco millones, ciento dos mil veinte y nueve francos; mas á pesar de un excedente de treinta y tres millones en los ingresos calculados, llegó el déficit á ochenta y un millones, doscientos treinta y siete mil, novecientos sesenta y tres francos. En 1847 temíase un descubierto de mas de cien millones, imputable en su mitad á los desastres causados por las inundaciones, de modo, que en siete años elevábase el déficit total á unos quinientos cincuenta millones, los que era imposible cubrir con el fondo de amortizacion. El presupuesto de 1848, tan engañoso como los anteriores, calculaba los ingresos en mil trescientos veinte y tres millones, trescientos doce mil, ciento setenta y cuatro francos, y los gastos en mil doscientos ochenta y siete millones, ochocientos setenta y ocho mil, ciento diez y siete francos; pero podía ya preverse una enorme masa de gastos accesorios que elevarian dicha suma al nivel de los años anteriores. Los adelantos del tesoro á las grandes líneas de caminos de hierro y demás objetos extraordinarios, sometidos al régimen de la ley de 1842, ascendian ya en 1845 á la cantidad de cien millones, cuatrocientos ochenta mil, quinientos ochenta y siete francos, cargados interinamente á la deuda flotante, y tan enorme descubierto debia ir aumentando á medida que se complicaba la red de caminos de hierro para llegar, por fin al total, de doscientos cuarenta y seis millones, fijado por la ley. Esta angustiada situación movió al gobierno á reducir la subvencion de las obras públicas en el preciso momento en que aquellos trabajos habrian sido un alivio para las clases pobres, pero á pesar de sus inoportunas reducciones, la deuda flotante debia llegar á fines de 1847 á la cantidad de setecientos millones. Como consecuencia de tan monstruosos hechos, los vales reales subieron á ciento noventa y tres millones desde 1.º de enero á 1.º de julio; los ingresos de las municipalidades y de las cajas de ahorros habían disminuido de setenta y tres millones, y el Banco de Francia, que descansaba en un capital de trescientos sesenta y ocho millones, exigibles en numerario, solo poseia en su caja una reserva metálica de setenta y un millones. El Banco tomó entonces el

partido de elevar el descuento de cuatro á cinco por ciento, medida insuficiente, cuya aplicacion no debia subvenir á las necesidades inmediatas del establecimiento, puesto que, teniendo el dinero mayor valor en los mercados extranjeros que en los franceses, permanecia fuera de Francia, ó si volvía á ella, era con extremada lentitud. En situacion tan crítica, la Rusia prestó al Banco de Francia cincuenta millones al contado con el objeto secreto de que pudiesen los especuladores continuar en Odessa sus compras de granos, acontecimiento, cuya causa interesada pasó desapercibida al principio, aun para los hombres mas previsores, y que produjo al momento una notable alza en las cotizaciones de la Bolsa, al mismo tiempo que facilitó las transacciones mercantiles. El gobierno creyó ser necesario un empréstito así para realzar el crédito público, como para hacer frente á las obras que habian de ejecutarse á expensas del Estado, y aunque autorizado por la ley de 8 de agosto para contraer un empréstito de trescientos cincuenta millones, pensó que doscientos cincuenta bastarian para las necesidades de la situacion. El empréstito fué adjudicado en 10 de noviembre á la casa de Rotschild hermanos, á setenta y cinco francos, veinte y cinco céntimos por tres francos de renta; y si bien las condiciones habrian sido mas favorables el año anterior, tales como eran, manifestaban la confianza que el crédito público inspiraba todavía. Despues de remediar la desaparicion de los capitales, importaba auxiliar á las compañías encargadas de la construccion de los caminos de hierro, y debióse restituir á algunas su depósito; esto, empero, no bastaba aun; así bajo el punto de vista político, como bajo el industrial y mercantil, urgía terminar prontamente las dos grandes líneas de París á Marsella y de París á Strasburgo. Si cuando llegaron á los puertos franceses los granos extranjeros, hubiese permitido un sistema de caminos de hierro diseminarlos con rapidez por todas partes, la administracion habria economizado ciento veinte millones, y no habria tenido necesidad de aumentar la fuerza armada, ni de reprimir los desórdenes, los motines que estallaron en muchos departamentos del centro y del oeste. Los pueblos, cegados por el temor de morir de hambre, consideraban la circulacion de granos como un verdader atentado, y se oponian á ella hasta con la violencia, mientras que las malas pasiones que fermentan sin ce-

sar en el fondo de los partidos extremos, excitados de antemano por falsas teorías, aprovechaban el pretexto del hambre para conmover la Europa. Las ciudades populosas se impusieron enormes sacrificios para alimentar á sus habitantes; París gastó veinte y cinco millones en vales de pan á precio reducido y en socorros de toda clase, pero no estaba allí el mayor mal: el mal real, el mal incurable era la profunda inmoralidad de las clases elevadas, la corrupción de los funcionarios, sus escandalosos actos que los denunciaban á la reprobacion pública, siendo siempre ó casi siempre la causa impulsiva del delito, la codicia, el amor del dinero. Ya muere dejando trescientos mil francos de déficit el director general de la manutencion de París, Benier; ya negocia con los votos de los electores un miembro del consejo general del Creuse, Boutmy; ya se procesa á Drouillard, diputado de Quimperlé, ya al periódico ministerial la *Epoca*, en cuyo beneficio se vendian títulos, cargos y pensiones; hoy se dejan corromper dos ex-ministros del rey, colocados al frente del ejército el uno y de la magistratura el otro, el general Despans-Cubieres y el abogado Carlos Teste, mañana el duque de Praslin, par de Francia, descendiente de una ilustre familia, asesina á su esposa y á sus siete hijos ... Fatales sucesos, cuya nefasta publicidad coincidió con otras extrañas catástrofes, con los naufragios de los navíos el *Etna* y el *Caraió*, de la fragata *Gloria*, de la corbeta *Victoriosa* etc., con el suicidio del conde Bresson, embajador del rey en España, con los furores de otro embajador francés, el conde Mortier, atacado de enagenacion mental.

La imprevista muerte de Adelaida de Orleans, hermana de Luis Felipe, su inteligente consejera y su amiga mas fiel, pareció un triste presagio al monarca, quien al perderla, perdió tambien la confianza en su estrella; muerta en 31 de diciembre, sus ojos se cerraban al desaparecer un año calamitoso, y parecían no querer abrirse para ver el siguiente mas funesto aun para los destinos de su dinastía. Algunos notables triunfos, alcanzados por la marina militar y por el ejército de Africa, mantenian, sin embargo, el honor del pabellon francés: en el mar de las Indias, el comandante Lapierre habia dispersado la escuadra de los cochinchinos; una segunda expedicion, dirigida contra Madagascar, habia impuesto un ejemplar castigo á los hovas, y arruinado su capi-

tal Tamatava; en Argelia, Bugeaud, vencedor de la Kabylia, había dimitido sus poderes en favor del duque de Aumale, nombrado gobernador general de la Argelia, á fin de dejar al jóven príncipe la gloria de apoderarse de Abd-el-Kader, el cual, cercado, encerrado entre el ejército marroquí y el ejército francés, no teniendo para su deira y para él mas asilo que el desierto, mas porvenir que una existencia errante y miserable, rindióse por fin á su enemigo con la nobleza y la resignacion de los héroes de la antigüedad (23 de noviembre), no tardando en experimentar la fe púnica del Justo-medio; el comandante Bruat no debió hacer sino presentarse con una escuadra para obligar á Haiti á pagar la indemnizacion debida á los antiguos colonos, y cuando la celosa Inglaterra disputaba á los comerciantes franceses la entrada en las factorías de la India, abrióles la diplomacia las puertas de la Persia. Las relaciones con los soberanos de Europa eran tambien satisfactorias; alarmado por el progreso de las ideas liberales que volcanizaban á la Prusia, meditaba el gabinete ruso una nueva santa alianza, y comprendia la necesidad de bienquístarse con el gabinete francés, siendo su negativa de asociarse á la política inglesa en la cuestion de los matrimonios españoles el primer testimonio de sus disposiciones casi amistosas respecto de Luis Felipe. Deseoso este de agrupar adictos partidarios al rededor de su trono sin debilitar la mayoría de la cámara de diputados, había introducido, por medio de tres decretos sucesivos, veinte y cinco nuevos pares en la cámara inamovible, con gran pesar de los verdaderos amantes del trono, que deploraban el ennoblecimiento político de tantos nombres oscuros; de modo que, á medida que los apoyos del trono parecian perder en consideracion, en mérito y en importancia, crecía la opinion en energía y en actividad. Sus jefes habían inventado los banquetes políticos con el objeto reconocido de agitar el país: banquete de Chateau-Rouge (9 de julio), en el que Duvergier de Hauranne se sienta entre dos republicanos, Recurt y Pagnerre; banquete de Macon (18 de julio), en el que Lamartine explica un programa político lleno de tradiciones y recuerdos de la república; banquete de Lila (7 de noviembre), en que Odilon Barrot cede el lugar á Ledru-Rollin antes que consentir en cometer un acto de rebelion contra la autoridad real; banquetes mas ó menos tumultuosos, en que la ca-

culada omision del brindis ordinario por el rey, dió á las manifestaciones reformistas una significacion enteramente republicana. Entre ambas legislaturas verificáronse setenta banquetes, equivalentes á setenta clubs organizados en todos los puntos de Francia, á setenta juntas insurreccionales, de cuyo seno iba á partir la señal de la próxima revolucion.

La fatal agitacion de los banquetes se habia propagado por toda la Francia, cuando el gobierno resolvió combatirla, sirviéndose de los medios que le proporcionaban las leyes contra las sociedades y las reuniones. No ignoraba con qué objeto y por qué manos habia sido lanzada en medio del pueblo la máquina infernal de la reforma que empezaba ya á inflamarse, que estaba próxima á explotar, desorganizando la sociedad política; era, sin embargo, harto tarde para apagar la mecha incendiaria. La izquierda dinástica, dividida en tres cuerpos bajo la direccion de tres jefes, Thiers, Odilón Barrot y Dufaure, empleaba la reforma electoral como una fuerte palanca, que debia por precision derribar al ministerio, y con ello secundaba, sin saberlo ó al menos sin quererlo, la atrevida táctica del partido republicano, que solo era representado en la cámara por dos ó tres medianías sospechosas y por su tribuno Ledru-Rollin, pero que tenia en las redacciones de la *Reforma* y del *Nacional* un estado mayor, dividido en dos campos, el de la astucia y el de la violencia. Una frase del discurso de la corona en el acto de la apertura de las cámaras (28 de diciembre), exaltó de repente á su mas alto grado á los partidos todos que habian adoptado la bandera comun de la reforma electoral: «En medio de la agitacion, fomentada por pasiones ciegas y enemigas, decia Luis Felipe, me anima y me sostiene la conviccion de que poseemos en la monarquía constitucional, en la union de los grandes poderes del Estado, eficaces medios para superar los obstáculos y satisfacer los intereses morales y materiales de nuestra querida patria.» Al mismo tiempo manifestaba el ministerio la intencion de oponerse á toda especie de banquete político así en París como en las ciudades de provincia, y debiendo verificarse en 19 de enero un gran banquete por los electores del distrito duodécimo bajo la presidencia de Boïssel, diputado por el mismo, el prefecto de policia advirtió á los comisionados de que no se autorizaba la reunion. Los comi-

sarios contestaron al prefecto que consideraban su intimacion «como un acto de arbitrariedad y de ningun efecto,» y desde entonces quedó empeñada la lucha entre la autoridad y los campeonos de la reforma electoral. Estos persistian en reunirse en un banquete, á pesar de la prohibicion del prefecto de policia, á pesar de la voluntad del gobierno, y aplazado aquel para el siguiente mes, la afluencia de suscritores para asistir á él tomó el carácter de un acto de oposicion al que se asociaron la mayor parte de los diputados de la izquierda. La cámara habia empujado sus sesiones, sin darse cuenta de la emocion profunda que arrastraba al país hácia el fantasma de la reforma electoral, que era el grito de guerra lanzado á la vez por los adversarios del ministerio y por los enemigos de la monarquía; en tanto, el gabinete no experimentaba la menor inquietud: apoyábase en una mayoría formidable en ambas cámaras, y sentíase armado de la legalidad constitucional. La discusion del mensaje (20 de enero) ofreció á Guizot una nueva y postrera ocasion para desplegar los inagotables recursos de su genio oratorio, y si bien la causa, que con tanto talento sostenia, no era buena en todas sus fases, tenia en su favor el principio de autoridad que el gabinete se proponia hacer respetar, y presentábase rodeada de la sancion de los grandes poderes del Estado: las dos cámaras y el ministerio eran solidarios con la monarquía. Thiers, el rival implacable de Guizot, le atacó, le acosó en el terreno de la política exterior, y llamó en su auxilio á la Suiza, á la Italia y al Oriente; Leon de Malleville, Billaut y Lasteyrie le acusaron de haber corrompido el espíritu público, de haber degradado el carácter nacional; Lamartine le reconvinó por el vil abandono de las nacionalidades y por su alianza con los gobiernos despóticos; Duvergier de Hauranne y Odilon Barrot, se constituyeron en abogados de la reforma electoral, y Guizot, casi solo contra tantos adversarios obstinados y audaces, volvía sin cesar á la carga, y sin cesar reanimaba el combate, en vez de procurar terminarlo, siendo admirable en aquella lucha suprema que no hizo mas que aumentar su impopularidad. Su colega, Duchatel, no se mostró menos enérgico y elocuente, cuando dijo que el derecho de reunion no podia ser el de sedicion, y que el gobierno no permitiría nuevos banquetes. La izquierda entera aceptó con

amenazadores gritos tan peligroso retor: «Jamás Polignac y Peyronnet se atrevieron á usar semejante lenguaje!» exclamó Odilon Barrot; pero esto no obstante, el mensaje, que reproducía, parafraseándola, la famosa frase del discurso de la corona, fué aprobado en 14 de febrero por doscientos cuarenta y un votos entre doscientos cuarenta y cuatro votantes, por haber abandonado la sala antes de la votacion casi todos los miembros de la izquierda. La cámara de los pares se pronunció en favor del sistema personificado por el presidente del consejo con una mayoría mas imponente aun, siendo esta mayoría la perdición del gabinete al alentarle á acudir á la fuerza; al tiempo que la minoría, en vez de protestar de un modo digno presentando su dimision en masa, como hizo Emilio de Girardin, que dió la suya sin tener ni un solo imitador, se declaró en rebelion contra el principio del gobierno constitucional. Los debates del mensaje habian agravado en extremo la agitacion que mantenian en los ánimos la reforma electoral y los banquetes, y el grito de *Viva la reforma!* se hallaba ya en los labios del pueblo, que no comprendia su significacion ni su importancia; no hubo nadie que no se mostrase celoso del derecho de reunion que se negaba á las masas, y los ministros, que se oponian á los banquetes reformistas, fueron mas impopulares que Polignac y Peyronnet. No era la humillacion de la Francia ante la Europa, no era la venalidad, la corrupcion, el egoismo de los agentes del poder; no era la bancarrota inminente del Estado, proclamada por un presupuesto de mil setecientos cincuenta millones; no eran estos justos motivos de desconfianza, de odio y de indignacion los que promovian los furores políticos; era sí únicamente la miserable cuestion de los banquetes. Despues de diez y siete años de combinaciones y de esfuerzos subterráneos, el partido republicano habia abierto por fin una mina capaz de derribar al trono de Julio.

Odilon Barrot, Dufaure y los diputados que imaginaban haber introducido en Francia las costumbres políticas inglesas, creian que aquella agitacion no daria otro resultado que la reforma electoral, y habian anunciado que, para defender el derecho de reunion y para recoger el guante que les arrojara el ministerio, asistirian al banquete del distrito duodécimo, fijado

para el domingo 20 de febrero, y aplazado después para el martes 22, bajo pretexto de los grandes preparativos que exigía. El lugar elegido por los comisionados era un terreno inmediato á la barrera de la Estrella, perteneciente al general Thiers, diputado, quien lo había puesto á disposición de sus colegas de la izquierda. Esperábase que el ministerio no persistiría en su severidad, y que acabaría por autorizar la solemne *demonstración* pacífica, que debía ser la señal de su caída; mas el poder no cedió en las intenciones que manifestára en la tribuna, y contestó á los intermediarios oficiosos que toda reunión sería dispersada por la fuerza. En presencia de un inevitable conflicto, Odilon Barrot, ilustrado por Thiers sobre las consecuencias probables del mismo, y advertido también de las esperanzas que en él desorden cifraban los republicanos, retrocedió por la senda que había emprendido, y sin mucho trabajo hizo partícipes de sus temores á sus colegas, quienes, excepto dos ó tres, decidieron en 21 de febrero no asistir al banquete del día siguiente por no exponer á los ciudadanos á las calamidades de una «lucha tan funesta para el orden como para la libertad.» Sin embargo, el programa de la comisión general del banquete había sido ya distribuido; los guardias nacionales de París eran convocados sin armas á la plaza de la Magdalena para el día siguiente á las once, á fin de formar dos filas paralelas, entre las cuales los invitados, organizados en cuatro columnas, se dirigirían por los Campos Eliseos al lugar del banquete; la comisión rogaba á los ciudadanos que no profiriesen grito alguno ni llevasen banderas ni señal alguna exterior: «Se trata, decía, de una protesta legal y pacífica que debe sobre todo ser eficaz por el número y la actitud firme y tranquila de los ciudadanos.» Por su parte, el gobierno mandó fijar en París la ley contra los grupos, y por medio de proclamas del ministro del interior y del prefecto de policía, invitó á los ciudadanos pacíficos á permanecer en sus casas. Por la noche hubo muchos conciliábulos republicanos; el que se reunió en la redacción de la *Reforma*, y que fué en cierto modo presidido por Ledru-Rollin, se componía de algunos antiguos jefes de sociedades secretas, tales como Thoré, Estéban Arago, Flocon, Albert y Caussidiere; también se hallaba allí Luis Blanc á quien su hermosa *Historia de Diez años* había colocado al fren-

te de la oposicion política y muy querido de las clases trabajadoras por sus escritos sobre la organizacion del trabajo y sobre las cuestiones todas de progreso social. Discutióse la situacion, y segun el dictámen de los mas violentos, resolvióse presentar batalla; las sociedades secretas, empero, se hallaban hacia mucho tiempo desorganizadas, si no disueltas: despues de la conspiracion de Barbés, la mayor parte de los seccionarios habian salido de París y aun de Francia, y no existian depósitos de armas ni municiones de guerra. Esto no obstante, pasóse toda la noche reuniendo *gente* y en dirigirla al asomar el día hácia la plaza de la Magdalena, que no tardó en llenarse de hombres de blusa y de guardias nacionales desarmados, sin que allí apareciesen municipales ni gendarmes. Los gritos sediciosos no tardaron en mezclarse á los de *Viva la reforma*; Odilon Barrot, Lamartine y algunos otros diputados de la izquierda, que atravesaron el gentío, tuvieron no poco que hacer para sustraerse á una ovacion provocadora, y los caudillos del desórden solo buscaban un pretexto para trabar la lucha con los dragones y municipales, que por fin se presentaron para restablecer el órden. «Si nos mataban á Odilon Barrot!» decia con expresion de ardiente deseo uno de los jefes del movimiento; en fin, á los gritos sucedieron los silbidos, y luego las piedras contra la fuerza armada, que desnudó el sable y armó la bayoneta. Algunas cargas de caballería hicieron retroceder á la multitud y la dispersaron por los bulevares, los muelles y calles inmediatas, mas la lucha que se deseaba habia ya empezado; los grupos apenas dispersados, se reunian en otro punto; habíanse volcado algunos coches, removian el empedrado, y una nube de piedras acogia á la guardia municipal al acercarse á aquellas barricadas, detrás de las cuales no hallaba defensores. Hiciéronse muchas prisiones, y hubo algunas personas heridas por los caballos y los sablazos; las tropas de línea, empleadas para custodiar la entrada de las calles, no tomaron la menor parte en el combate trabado entre el pueblo y los municipales, y marchaban con el arma al brazo, saludadas por los gritos de: *Viva la línea* y *Viva la reforma*! El día se pasó sin graves acontecimientos; la poblacion se hallaba alarmada, pero parecia no querer salir de su inaccion, con gran desaliento de los conspiradores, y en tanto,

reunidos los diputados en sesion, discutian la ley de bancos, ante los vacíos sillones ministeriales. El motin que habia sido rechazado de las cercanías del Palacio Legislativo, retirábase progresivamente del teatro de su origen á los barrios del centro, donde podia fortificarse y defenderse con muy poca gente; á la caida de la tarde cobró nuevos bríos é incremento, reforzado por los operarios que salian de sus talleres. Los gritos se hicieron mas furiosos; las bandas mas audaces; vaciáronse las tiendas de los armeros, rompiéronse los reverberos, levantáronse barricadas en toda forma, especialmente al rededor de los Mercados, y disparáronse varios tiros para llamar al combate á los auxiliares de la insurreccion. Esta, como de costumbre, estableció su cuartel general en los barrios de San Dionisio y San Martin, y como al principio carecia de soldados, los jefes pasaron la noche recorriendo por sí mismos las calles y reuniendo á los restos de las sociedades secretas. La policia se hallaba instruida de todo, de los preparativos de los insurrectos y tambien de su número reducido, pero limitábase á sitiarles en los cuarteles que ocupaban y esperaba el dia para reducirles. El tiroteo que se trabó en varios puntos en medio de las tinieblas entre las patrullas y los sublevados, no tuvo mas resultado que hacer aspirar al pueblo el olor de la pólvora, y el dia siguiente á las nueve de la mañana las barricadas fueron destruidas á cañonazos, siendo la resistencia casi nula. Sin embargo, segun expresion de los jefes *aquello iba calentándose*, y París parecia agitado hasta en sus cimientos por una erupcion subterránea; el pueblo, tan indeciso poco antes, se precipitaba á la calle gritando: *Viva la reforma!* y la guardia nacional acudia solfita al toque de llamada, que no pudo la víspera hacerle abandonar sus casas. Las tropas de línea gritaban tambien: *Viva la reforma!* y aquel fué el momento elegido por Luis Felipe para abandonar á sus ministros, que se propñian reprimir con la fuerza el motin de la calle, como habian dominado el de la cámara por medio de la mayoría. La acusacion que Odilon Barrot y sus colegas firmaran contra el ministerio recibia, pues, por parte del rey una especie de sancion, y al momento vióse separarse del ministerio en desgracia á la mayoría sin fe que pertenecia á todos los poderes. «El rey, dijo con frialdad Guizot, en uso de

su real prerogativa, ha llamado al conde Molé para encargarle la formación de un nuevo gabinete.» Una salva de aplausos resonó en las tribunas. «Hasta que sean nombrados nuestros sucesores, continuó el presidente del consejo dimisionario, conservaremos el orden según nuestra conciencia.» El nombre de Molé no era bastante fuerte para despejar inmediatamente la situación, y fué muy mal recibido por las masas que gritaban: *Nueva Guizot!* pero cuando los emisarios del nuevo presidente del consejo hubieron propalado la prematura noticia de que el rey, al cambiar de ministerio, consentía en la reforma electoral, la multitud, la guardia nacional y las tropas prurrieron á la vez en gritos de *Viva el rey! Viva la reforma!* Un inmenso entusiasmo se apoderó de la población, que veía con gozo el fin del desorden, y que daba libre rienda á su insensato odio contra los ministros caídos. Fué aquello una reconciliación general, una alegría pública.

Y sin embargo, en aquel momento se peleaba todavía en la calle Bourg-l'Abbé, donde el pueblo asesinaba á los infelices municipales. La revolución que los conspiradores deseaban había terminado; la lucha no podía tener ya pretexto alguno, mas en los conciliábulos republicanos reunidos en las redacciones de la *Reforma* y del *Nacional* y en otras partes, decidióse que una vez obtenida la reforma, haríanse nuevas exigencias sin deponeer las armas. Por la tarde supose que Molé, no habiendo logrado formar un ministerio mixto y sin color, había vencido la repugnancia del rey, y conferenciaba con Thiers para formar el nuevo ministerio, en el cual debían entrar Remusat, Dufaure y Passy. En esto, varias cuadrillas de muchachos, obedeciendo á una orden dada, salieron por los bulevares y calles adyacentes, gritando: *¡luces! ¡luces!* y golpeando en las puertas para que se iluminaran las ventanas. La iluminación fué en breve universal, ofreciendo aquella parte de la ciudad un espectáculo mágico, que tenía por asistentes á todos los habitantes tranquilos y satisfechos. A las diez una columna de hombres con blusa armados con fusiles, picas y garrotes, precedidos de algunos que llevaban antorchas, y mandados por un oficial de la guardia nacional con la espada desnuda, bajó por los bulevares desde la plaza de la Bastilla, cantando la *Marsellesa*, y reclutando á su

paso á muchos curiosos; despues de detenerse un momento bajo las ventanas del *Nacional*, acercóse al palacio de negocios extranjeros; pero un batallon del 14.º de línea, formado en el bulevard de las Capuchinas, negó el paso al singular cortejo. Algunas confusas contestaciones entre los oficiales fueron causa de cierto tumulto, durante el cual un individuo disparó un pistoletazo sin mediar provocacion alguna contra el comandante; éste, que se creyó atacado por una banda de insurrectos, mandó hacer fuego, y si bien los miserables que provocaron la descarga, tuvieron tiempo para evitarla arrojándose al suelo, mas de cincuenta personas, inofensivas en su mayor parte, fueron heridas por las balas. Un prolongado grito de indignacion contestó al tiroteo: ¡Venganza! ¡asesinan á nuestros hermanos! ¡traicion! ¡á las armas! Al momento conducen allí una carreta, en la cual fueron amontonados confusamente diez ó doce cadáveres sangrientos, y profiriendo sin cesar los mismos gritos que hallaban terribles ecos en el corazon del pueblo, guióse aquella por toda la línea de los bulevares á la luz de las antorchas. Las iluminaciones empezaban á apagarse; la poblacion, asustada, volvió á encerrarse en su domicilio, y la ciudad, sumida otra vez en las tinieblas, fué entregada sin defensa á merced de los conspiradores.

Desde aquel instante, cuantos brazos válidos tenia la conspiracion, fueron empleados en construir barricadas, las que se elevaron como por encanto en todos los cuarteles y en todas las calles á la vez; al aparecer el dia eran en número de mas de dos mil, que convertian la capital en una plaza de guerra inexpugnable. La mayor parte, empero, se hallaban desprovistas de defensores, y las demás, capaces de sostener un sitio, solo estaban custodiadas por cinco ó seis hombres mal armados, pues la insurreccion concentraba sus fuerzas en los populosos cuarteles donde se estableciera en 22 de febrero. La catástrofe del bulevard de las Capuchinas habia como paralizado á la autoridad y á la administracion; durante aquella noche fatal, la policia no se atrevió á mostrarse en parte alguna, y, á pesar de encontrarse en París mas de veinte mil hombres de tropas, permanecieron encerrados en sus cuarteles. Desde la víspera trabajábase sin resultado en la composicion de un gabinete: despues de infructuo-

esos esfuerzos, Molé se había retirado; Dufaure y Passy habían declinado también el peligroso honor de entrar en una combinación, que el nombre impopular del mariscal Bugeaud hacía de antemano imposible, y á las cuatro de la mañana dirigióse Thiers á las Tullerías con los colegas que había elegido: Odilon Barrot, Cousin, Duvergier de Hauranne, Leon de Malleville y Lamoriciere. Largo tiempo duraron los debates en el gabinete del rey, que al fin renunció no sin trabajo á incluir el nombre de Bugeaud en la lista de aquel ministerio salvador, y la conferencia, á la que asistían diputados y periodistas, se prolongó por espacio de dos horas entre el estrépito del tiroteó y el toque de rebato. Emilio de Girardin parecía dirigir el consejo de ministros, y dictaba en cierto modo las opiniones del rey, hasta que por fin adoptáronse las bases del nuevo ministerio, á cuyo frente fué colocado Odilon Barrot. Este se lisonjeaba de desarmar á los sublevados presentándose solo en las barricadas y anunciándoles que el rey le había nombrado primer ministro, y fiado en su popularidad para obrar semejante milagro, exigió del rey la orden de hacer cesar el fuego y de retirar las tropas, cuando el mariscal Bugeaud solicitaba, por el contrario, la orden de operar con vigor y con la artillería, comprometiéndose á vencer á la insurrección antes del mediodía. «¡Locos! ¡desgraciados! exclamaba el mariscal desesperado, están perdiendo al rey!» Al ceder á los imperativos deseos de Odilon Barrot, Luis Felipe había querido que Bugeaud, reducido á la inacción, conservase al menos el mando en jefe de los guardias nacionales del Sena y de las tropas; pero su nombre excitó gran descontento entre el pueblo, que lo acogió como un eco de la matanza de la calle de Transnonain, y así como la víspera se había gritado: *¡Muera Guizot!* gritábase entonces: *¡Muera Bugeaud!* Odilon Barrot, acompañado del general Lamoriciere y de dos ayudantes de campo de estado mayor, recorrió los bulevares y repitió de barricada en barricada que todo había concluido, que el rey le había confiado junto con Thiers el encargo de formar un gabinete; mas contra su esperanza fué recibido primero con murmullos, luego con insultos y amenazas, y despues á tiros; de vuelta á las Tullerías no ocultó el mal éxito de su tentativa, mas obligó al rey á conferir á Lamoriciere el mando de la guardia nacional y de

las tropas, sacrificando á Bugeaud á su impopularidad. Desde aquel momento, Luis Felipe, admirado, aturdido, anonadado por los rápidos acontecimientos que desmentian sus previsiones todas, no tuvo presencia de ánimo, voluntad, resolucion ni valer: obedecia á todos los consejos, á todos los impulsos, y parecia un autómeta movido únicamente por un resorte. Estó no obstante, no tenia aun cabal conciencia de la situacion, y creia que Thiers y Odilon Barrot, una vez ministros, restablecerian el órden sin recurrir á la fuerza. Estos habian publicado una proclama á los *ciudadanos* de París, anunciándoles la suspension del fuego, la formacion del nuevo ministerio, y la disolucion de la cámara; mas encima de ella habíanse escrito estas anónimas palabras: «¡Luis Felipe nos hace asesinar como Carlos XI! ¡vaya á reunirse con él!» El estado mayor de la insurreccion se hallaba reunido en las oficinas de la *Reforma*, y Flocon, Estéban Arago, Lagrange, Caussidiere y Thoré distribuyéronse alli los papeles y decidieron apoderarse de las Tullerías. Habia entonces seis mil hombres de tropas en la plaza del Carrousel, y el general Bedeau marchaba á ocupar con su division la plaza de la Concordia; pero la órden de suspender el fuego hacia inútil aquel aparato de tropas, que quizás habrian vacilado en hacer uso de sus armas, despues de haber gritado *¡viva la reforma!* con la guardia nacional y el pueblo. Los soldados de línea habian permanecido neutrales casi en todas partes, y la exasperacion popular habia caido en los guardias municipales que se defendian con tanta mayor obstinacion en cuanto sabian no haber cuartel para ellos. La guardia nacional casi no contestaba ya al grito de *¡viva la reforma!* y paseaba tristemente sus inútiles patrullas entre las desiertas barricadas. La jornada del 24 de febrero habíase anunciado bajo los mas lúgubres auspicios: no transitaba por las calles ni un carruaje; algunos rostros azorados aparecian de cuando en cuando en las ventanas, y formábanse en las puertas alarmados corrillos; las tiendas se hallaban todas cerradas; numerosas bandas de hombres con blusa invadían las casas en busca de armas, y la matanza del bulevard de las Capuchinas servia de texto á todas las conversaciones aumentando el general terror. Oíase gritar de vez en cuando: *¡Muera Luis Felipe!* pero aquel grito tímido y aislado apenas en-

contraba eco; no habia en París órden, autoridad ni conviccion; la duda, la incertidumbre, el desórden reinaban en todas partes, y los jefes de la conspiracion comprendieron la necesidad de no dejar al pueblo el tiempo de calmarse, aceptando la amnistia ofrecida por el nuevo ministerio. Flocon, Estéban Arago y otros redactores de la *Reforma* reunieron, pues, á toda prisa una masa de hombres armados, y marcharon á atacar el cuerpo de guardia del Chateau-d'Eau, donde cincuenta guardias municipales sostuvieron heroicamente un sitio, que no habria terminado en una hora, si la ingeniosa crueldad de los *pilleles* de París no hubiese imaginado *asarles* en su fortaleza; allí murieron todos entre las llamas sin haber querido rendirse. En tanto, la multitud habia aumentado de un modo considerable en las calles inmediatas; algunos malvados propusieron invadir el Palacio Real, que se hallaba muy mal custodiado, y que ni fué siquiera defendido; la muchedumbre acogió sus palabras con aclamaciones, y el edificio quedó invadido en pocos momentos: muebles, cuadros, estátuas, libros, espejos todo fué roto, arrojado por las ventanas, y quemado en los patios entre feroces alaridos. La fiebre de la destruccion se habia apoderado del pueblo, y oyóse el grito de: *¡á las Tullerías!* al tiempo que una segunda columna de insurrectos, acaudillada por Lagrange, Thoré y Sobrier, arrastraba en sus filas á un batallon de la guardia nacional que no se atrevia á resistir abiertamente á la violencia que se le hacia, pero que iba desbandándose al acercarse á las Tullerías. La confusion y el terror reinaban en Palacio: el tiroteo de la plaza del Palacio Real, los gritos del pueblo en la calle de la Echelle, la vista de los uniformes de la guardia nacional entre las blusas de los sublevados, las fatales noticias que de todas partes llegaban, acabaron de amilanar á cuantos rodeaban al rey. No sabíase qué partido tomar, y retrocedíase ante las enérgicas medidas, cuya responsabilidad todos rechazaban; Emilio de Girardin propuso la abdicacion de Luis Felipe en favor del conde de París, formándose en seguida un partido de la regencia entre los hombres de Estado que se disputaban la agonía de la monarquía, y manifestóse tan vivamente al rey la necesidad de abdicar para salvar su corona, que escribió aquel solemne documento sin saber con precision lo que estaba haciendo. La

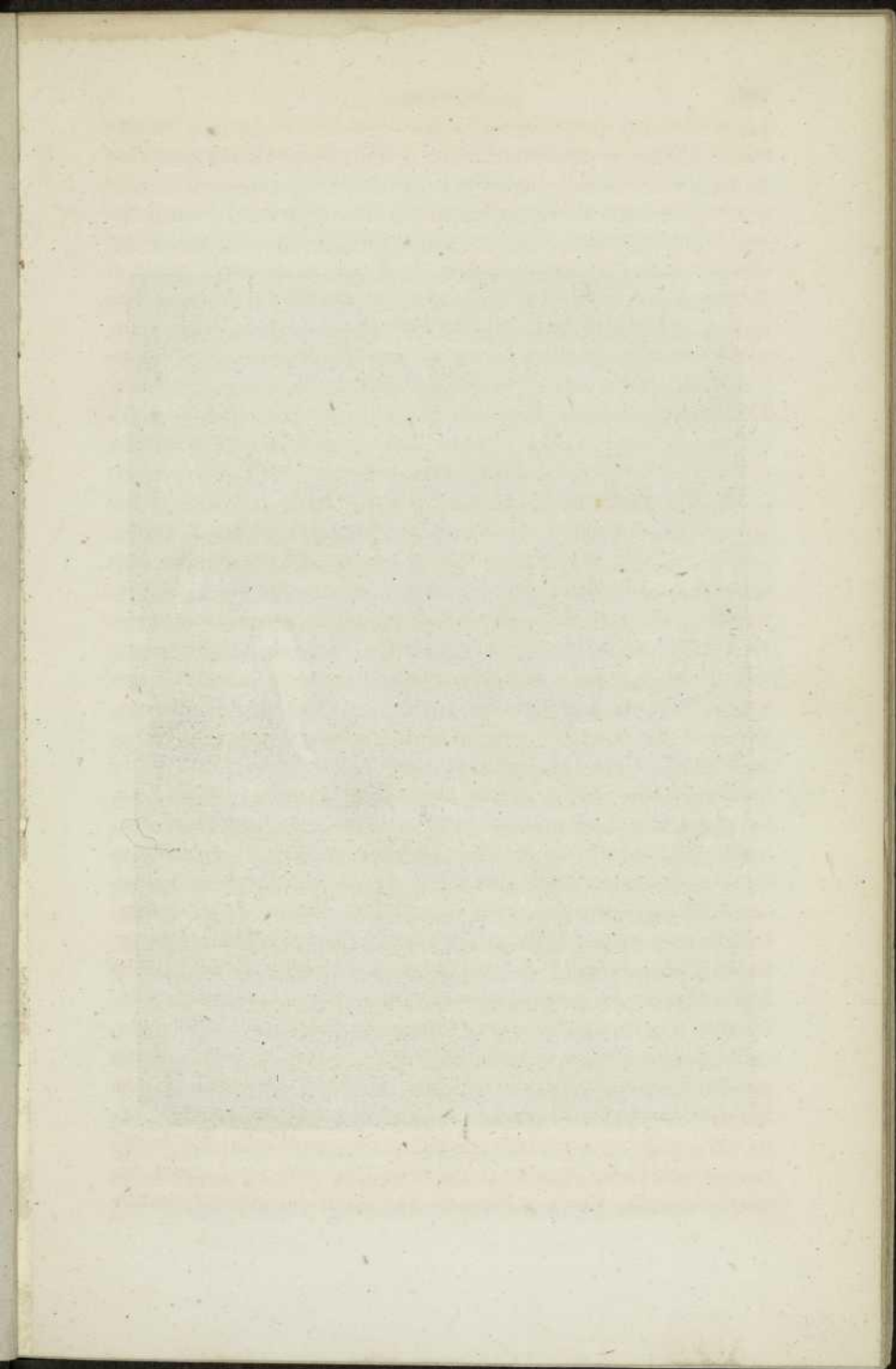
reina y las princesas acudieron anegadas en llanto: «¡Señor, montad á caballo! exclamó la reina con desesperacion, ¡haceos matar, pero morid como rey!» Luis Felipe solo escuchaba las vociferaciones de la multitud invadiendo el Carrousel; Lagrange leía al pueblo la abdicacion, cuando entró alguien en el gabinete del rey, gritando: «¡Señor, partid; aquí está el pueblo!» Presentóse luego un diputado de la izquierda, el abogado Cremieux, conjurando al rey para que no esperase á la turba invasora, y Luis Felipe se preparó sin replicar para la triste partida, á la que tampoco se opusieron sus dos hijos, los duques de Nemours y de Montpensier; que habian contribuido como los demás á su abdicacion. El rey, vestido de paisano y sin sombrero, dió el brazo á la reina, atravesó el jardin de las Tullerías, acompañado de las princesas, llevando de la mano á sus hijos, llegó á la plaza de la Concordia, donde ni siquiera halló su coche, debiendo subir al de un diputado, y partió escoltado por un destacamento de coraceros y de guardias nacionales de á caballo, sin esperar un segundo coche al que habia subido la duquesa de Nemours y los niños. Fué tal la precipitacion de aquella fuga, que una de las princesas, separada de su familia, quedó olvidada y perdida entre la multitud que asistia en silencio á la marcha del rey, reuniéndose al fin con su cuñada la duquesa de Montpensier, y dividiendo con ella la hospitalidad que les ofreció un adicto realista.

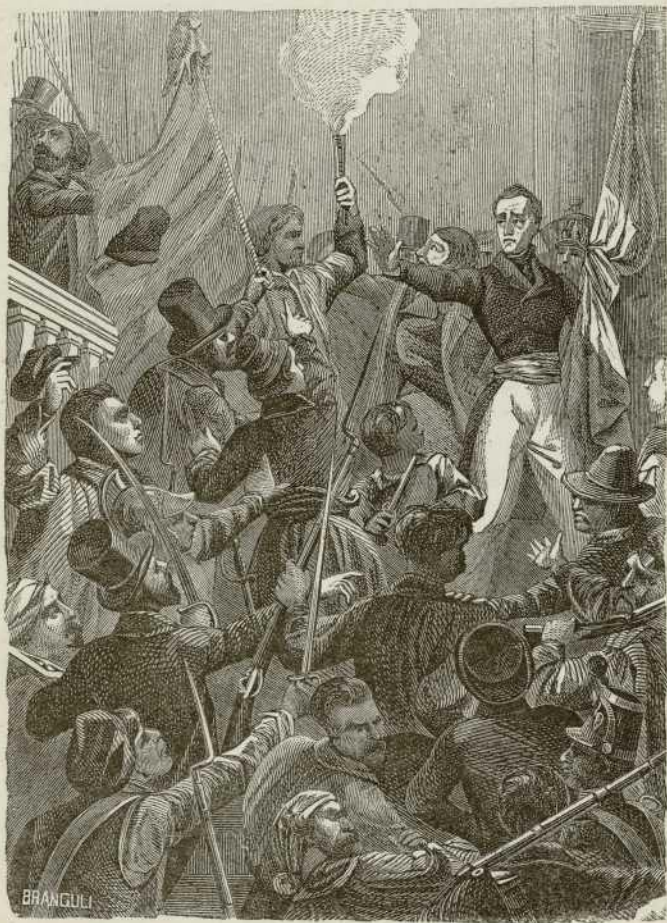
Luego que el rey estuvo en seguridad, la tropa que llenaba la plaza del Carrousel, se retiró al muelle y al jardin de las Tullerías, mientras que la division que mandaba el general Bedeau en la plaza de la Concordia, habia levantado al aire la culata de los fusiles, y fraternizaba con el pueblo á consecuencia de una órden falsa ó de un deplorable error. La guardia nacional habia desaparecido; el ejército no obedecia ya á sus jefes, y el pueblo reinaba como soberano. La duquesa de Orleans, que habia permanecido con sus dos hijos en las Tullerías, fué acompañada junto con ellos á la cámara de diputados, donde Dupin mayor, Cremieux y otros diputados le prometian hacer aclamar la regencia. Los duques de Nemours y de Montpensier marchaban á su lado, y en tanto que el palacio, abandonado como una presa á las hordas populares que sin cesar se renovaban, veia destrui-

das por el saqueo y la devastacion las huellas de la monarquía, la duquesa y sus hijos eran introducidos en la sala de sesiones, donde los diputados, turbados é indecisos, deploraban las irreparables desgracias que habian provocado. Los gritos de *viva el rey!* *viva el conde de Paris!* *viva la regente!* parecían inaugurar la regencia que Dupin acababa de sentar en principio; pero ciertas dilaciones de forma no dieron tiempo á la asamblea para aclamar al nuevo rey: Manuel Arago al frente de los republicanos mas ardientes, habia penetrado en la cámara, y el pueblo se precipitó en pos de él. La sala quedó invadida sin que por esto se interrumpiera la deliberacion, mas hizose salir á la duquesa de Orleans, á sus hijos y á los príncipes, contra los cuales se dirigian ya los cañones de varios fusiles. El diputado Marie pidió la constitucion de un gobierno provisional, y Odilon Barrot, Cremieux y Dupin intentaron en vano defender la regencia. «Fuera regencia! el rey queda depuesto!» gritaron en la tribuna, y pocodespues el grito de *viva la República* hirió de estuport á los diputados dinásticos. Ledru Rollin descargó el golpe de gracia á la monarquía de julio con su ardor y audacia catilinaria; Lamartine con sus torrentes de elocuencia arrastró á su indisciplinado auditorio, y alcanzó el nombramiento de un gobierno provisional. El presidente Sauzet habia desaparecido sin levantar la sesion, y ocupó su puesto Dupont de l' Eure, el antiguo jefe del partido liberal. La sala estaba llena de hombres armados y deslumbrante de fusiles y banderas, y entre aplausos y murmullos propusieron los nombres de siete diputados que debian componer el gobierno provisional: Dupont de l'Eure, Francisco Arago, Ledru-Rollin, Lamartine, Cremieux, Marie y Garnier-Pagés. «*A la casa consistorial ¡Viva la República!*» repetíase á grandes voces, y esto en el momento en que Leon de Malleville y Garnier-Pagés acababan de establecer en la casa de la ciudad un gobierno en nombre de la regencia, y en que se discutian y formaban otros dos gobiernos provisionales, el uno en el *Nacional* y el otro en la *Reforma*: el primero se habia limitado á añadir el nombre de Marrast á la lista proclamada en la cámara de diputados, y el segundo habia borrado de ella varios nombres, reemplazándolos con los de Flocon, Albert y Luis Blanc. El partido napoleónico no tenia representante alguno en aque-

llas diferentes candidaturas, mas el general Piat se habia dirigido á las Casas Consistoriales para sondear el terreno y abogar, en caso necesario, por el sobrino del emperador, mientras que el marqués de Larochejaquelein hacia otro tanto en favor de Enrique V. Esos partidos, esos gobiernos provisionales, esas ambiciones esas intrigas chocáronse á la vez, y trabaron entre sí una terrible y prolongada lucha; pero como los republicanos tenian la ventaja del número y la costumbre de la audacia, acabaron por alcanzar el triunfo, operándose una especie de fusion entre las diferentes candidaturas. Marrast, Flocon, Luis Blanc y Albert (*operario*) aceptados como *secretarios* por los miembros elegidos en la cámara de diputados, se erigieron en breve en colegas de estos, y atribuyéronse oficialmente el mismo título: Leon de Malleville se habia retirado negándose á cooperar á los actos de un gobierno que no reconocia la regencia; el general Piat habia reconocido que no existia el elemento bonapartista entre los combatientes de febrero, y la república habia tomado posesion de la Casa de la Ciudad, á pesar de no estar proclamada todavía. El gobierno provisional atendió ante todo á las necesidades mas urgentes de la administracion pública, y nombró ministros interinos, ó por mejor decir, dividió entre sus miembros las carteras: la de negocios extranjeros tocó á Lamartine; la del interior á Ledru-Rollin; la de justicia á Cremieux; la de marina á Francisco Arago; la de obras públicas á Marie, y Dupont de l'Eure fué presidente del consejo sin cartera. La influencia del *Nacional*, que se experimentaba ya en la comision provisional, se reveló en el nombramiento de los demás ministros y en el de sus principales agentes; el departamento de hacienda fué confiado al banquero Goudchaux; el de comercio, al abogado Bethmont; el de instruccion pública y de cultos, al hijo de Carnot; el general Cavaignac fué nombrado gobernador general de Argelia; el general Courtais, jefe de la guardia nacional del Sena; Guinard, jefe de estado mayor; Garnier-Pagés, alcalde de París Recurt, segundo alcalde, y Flotard, secretario general en la alcaldía. El periódico la *Reforma*, si bien tuvo una parte mas directa y activa en la victoria popular, solo obtuvo dos grandes empleos para sus redactores, ó mejor, ellos mismos los hicieron suyos: Estéban Arago se instaló en correos, y Caussidiere y su

amigo Sobrier en la prefectura de policía. Thoreé, que habia contribuido á salvar el Louvre, pidió por única recompensa que los museos reales fuesen reunidos al ministerio del interior, y que se decretase una exposicion de pintura al día siguiente de la toma de las Tullerías, que los socialistas habian ya convertido en *Palacio de los Inválidos civiles*; de modo, pues, que la *Reforma* y el *Nacional* conservaron en el gobierno provisional la posicion de rencoroso y vengativo antagonismo que habian tomado en la prensa. La revolucion estaba hecha, pero no habia desplegado aun su lema, é ignorábase si la Francia seria monárquica ó republicana. París sabia la toma de las Tullerías, la abdicacion del rey y su fuga, la creacion del gobierno provisional, pero aquella conspiracion, aquel golpe de mano que de un modo tan inesperado consiguiera el triunfo, no habia nombrado aun á sus autores, ni á sus actores. Los bulevares, las calles y las plazas se hallaban atestadas de curiosos, que circulaban azorados por entre las barricadas mas provistas de defensores que aquella mañana, y en alguna de las cuales ondeaba la bandera roja. Los restos del trono entregado á las llamas en la plaza de la Bastilla, habian sido arrastrados por las calles, y soldados, guardias nacionales y operarios, armados ó no, fraternizaban al grito de *viva la república!* grito, que extraño y terrible para el mayor número, resonaba sobre todo en los alrededores de las Casas Consistoriales, donde se hallaba reunido el gobierno provisional. El interior del edificio, invadido por el pueblo, que lo recorrió en todos sentidos, ofrecia la imágen del mas infernal desorden: los gritos, el estrépito de las claveteadas botas y de los fusiles al resonar en las baldosas, acompañaban los ásperos y violentos debates de los miembros de la comision de gobierno, dominada, oprimida por los jefes de la conjuracion y del combate. La mayoría de la comision habia resuelto «consultar á los ciudadanos acerca de la forma definitiva de gobierno que debia proclamar la soberanía nacional», mas Ledru-Rollin se negaba á firmar semejante manifiesto; que parecia poner en duda la república; Flocon, Luis Blanc y Albert se mostraban dispuestos á dirigir un llamamiento al pueblo, y á proclamar solos la república de acuerdo con los republicanos que eran dueños de la Casa Consistorial; Lamartine, Garnier-Pagés, Marie y Dupont de l' Eure resistieron cuanto





les fué posible, acabando por ceder por grados, y se pronunciaron al dia siguiente en favor de la República, diciendo en una proclama que fué recibida con alguna desconfianza por los habitantes de la capital: «El gobierno provisional quiere la república, con tal que sea esta forma de gobierno ratificada por el pueblo.» Los decretos se expedian al principio: «*En nombre del pueblo francés*, y dos dias despues eran encabezados con estas palabras: REPÚBLICA FRANCESA, con la divisa sacramental de *Libertad, igualdad, fraternidad.*

REPÚBLICA FRANCESA.

Los miembros del gobierno provisional salieron por primera vez de las Casas Consistoriales en 27 de febrero para proclamar solemnemente la república en la plaza de la Bastilla al pié de la columna de Julio, asistiendo á la ceremonia los cuerpos constituidos, la guardia nacional, los operarios, las corporaciones con banderas y emblemas. Jamás gobierno alguno habia sido tan pronto y con tanta solidez establecido: de todos los puntos de Francia llegaban adhesiones á la república; consejos municipales, guardia nacional, tribunales, se mostraban unánimes en su entusiasmo, y en aquel concierto de aclamaciones no hubo una sola voz que se elevara en defensa de los diez y siete años de reinado de Luis Felipe. Los cortesanos, los *satisfechos* de aquel largo reinado de egoísmo, lo habian ya olvidado, y sin embargo, su infeliz rey, que habia esparecido la noticia de su muerte á fin de asegurar mejor su fuga, acababa apenas (26 de febrero) de entrar disfrazado en un buqué inglés que le condujo á Inglaterra junto con la reina, mientras que su familia, dispersada en el acto de partir, vagaba ó se ocultaba en el territorio de Francia á través de mil peligros antes de poderse reunir en el destierro. Entonces se comprendió la falsedad de las bases del trono de Julio, la traicion ó ceguedad de los hombres que lo sostenian, quienes se apresuraron á ofrecer sus servicios al nuevo gobierno con un cinismo que ni turbacion les causaba, dominados por la exclusiva idea de conservar sus rentas y posiciones. Los republicanos, los que tanto habian maldecido la codicia y la cor-

rucion del pasado régimen, parecieron olvidar sus invectivas para mostrarse tan ávidos, tan desleales como los hombres cuyos empleos usurpaban, sin ser en su mayor parte capaces de reemplazarles. La deletérea influencia de los intereses materiales, ídolos de la monarquía de 1830, habia emponzoñado las almas, y hubiera parecido ridícula la virtud republicana; al ver la conducta de los republicanos que se disputaban sin pudor los despojos de los realistas, dudóse de la república, é hicieronse aquellos hostiles y amenazadores desde el momento en que se pretendió usurparles su parte en el presupuesto. Los empleados destituidos fueron los primeros enemigos del nuevo gobierno, y la general alegría que acogiera la proclamacion de la república, no tardó en trocarse en tristeza, en inquietudes y en terrores. Los recuerdos del año 93 aparecieron como horribles fantasmas al ver reproducirse los tumultuosos paseos del pueblo por las calles de París, los cantos y los gritos revolucionarios, los clubs y los periódicos anárquicos, los árboles de la libertad y la bandera roja. Esta habia sido desplegada desde el 24 de febrero por una reducida faccion que representaba una nueva junta de salvacion pública, y que reconocia por jefe al inflexible Blanqui, salido apenas de los calabozos, donde habia pasado parte de su juventud; aquella faccion se presentó armada á las Casas Consistoriales para imponer al gobierno provisional la adopcion de su divisa. «La bandera roja! exclamó Lamartine entre varios fusilazos que contra él se dirigian; jamás será por mí aceptada, y sabeis por qué? Porque la bandera tricolor ha dado la vuelta al mundo con la república y el imperio, con nuestras libertades y nuestras glorias, al paso que la bandera roja solo ha dado la vuelta al campo de Marte, arrastrada por entre la sangre del pueblo.» Este hermoso rasgo de oratoria convenció á los asistentes y se conservó la bandera tricolor con la divisa de *Libertad, igualdad, fraternidad*, «tres palabras que explican el sentido mas lato que puede darse á las doctrinas democráticas de que es símbolo aquella bandera.» La victoria del pabellon tricolor no tranquilizó á los medrosos; en vano el Gobierno Provisional se esforzaba en probar con sus decretos, con sus proclamas y con sus cotidianos discursos, que la república de febrero no tenia analogía alguna con la república de Marat, y de Ro-

bespierre; en vano abolia la pena de muerte por delitos políticos para manifestar que la guillotina habia desaparecido para siempre; algunos de sus actos, por lógicos y prudentes que fuesen, lastimaron convicciones, sentimientos ó intereses; la abolicion de la nobleza, el curso forzoso de los billetes de banco, la anunciada venta de los palacios reales y de los diamantes de la corona, el singular uniforme de los guardias republicanos, de los *montañeses* de Caussidiere y de los *hombres* de Sobrier, mil hechos insignificantes y excéntricos, mil detalles de aquel singular drama revolucionario, entibieron, irritaron y asustaron á la poblacion pacífica de la capital. Vefanse crecer cada dia las oleadas de la miseria, cada dia se oia rugir á lo léjos la tempestad popular, y en tanto, el gobierno provisional era ya presa de disensiones profundas que revelaban la presencia de muchos partidos inconciliables. El gran nombre, la popularidad y la elocuencia de Lamartine solo lograban absorber á sus colegas en la accion exterior de un gobierno compuesto de elementos tan heterogéneos y de tan contrarios principios; la armonía entre ellos no era mas que aparente y simulada; una guerra intestina reinaba constantemente en el consejo, y mas de una vez degeneraron las deliberaciones en violencias y en sangrientas luchas, que Lamartine, que se consideraba como el depositario de los destinos de la república, calmaba con su autoridad conciliadora. Habia tres principales jefes en el gobierno provisional, cuyos tres secretarios se habian convertido en miembros asociados: Lamartine, Ledru-Rollin y Luis Blanc; este solo tenia consigo á Albert, pero detrás de este á la parte mas ilustrada é inteligente de la clase trabajadora; Ledru-Rollin se apoyaba en Flocon, y luego en Caussidiere, en Sobrier y en sus guardias pretorianos, y además en los clubs y en los republicanos rojos; Lamartine podia confiar en Francisco Arago, en Marrast, en Garnier-Pagés, en Marie y en Cremieux, perteneciente cada uno de ellos á diferente matiz de opinion. El talento de Lamartine, mientras duró el gobierno que dirigia de hecho, si no de nombre, fué saber marchar casi siempre de acuerdo con Ledru-Rollin, ya acercándose á él, y atrayéndole á sí. El programa de la nueva república habia sido formulado en los siguientes términos por Luis Blanc una hora despues de la toma de las Tu-

lerías en un cartel fijado con profusion: «DESBOS DEL PUEBLO, REFORMA PARA TODOS. Amnistía general, consagracion del derecho de reunion, inmediata disolucion de la cámara, convocacion de las asambleas primarias, libertad de la palabra, libertad de imprenta, libertad de asociacion, libertad de eleccion, absoluta libertad de cultos, reforma electoral, reforma parlamentaria, no mas rey, no mas cámara de los pares, no mas aristocracia, respeto á la propiedad, derecho al trabajo, no mas explotacion del hombre por el hombre, igualdad de derechos, paz y santa alianza entre los pueblos, independenciam para todas las nacionalidades, la Francia guardadora de los derechos de los pueblos débiles, fraternidad universal.» Este programa no era aceptado por todos los miembros del gobierno provisional, y sin embargo, veíanse obligados á admitir sucesivamente sus artículos bajo la incesante presion del partido del movimiento ó de la revolucion. Apenas Luis Blanc queda instalado en la comision dictatorial, cuando reclama, exige y obtiene la declaracion del derecho al trabajo, á pesar de la repugnancia, de la oposicion de sus colegas, y el gobierno provisional «se obliga á garantizar por medio del trabajo la existencia del operario.» Luis Blanc quiere mas: pide que se cree un ministerio de progreso y que se organice el trabajo: «Pretendeis hacernos matar á todos!» le dice Francisco Arago, que prevé toda la gravedad de una proposicion insoluble en aquellas circunstancias. Luis Blanc insiste, Albert le apoya, Ledru-Rollin participa de su opinion, los demás vacilan y deliberan, y Garnier-Pagés y Marie imaginan formar una comision de estudio para preparar la organizacion del trabajo: Luis Blanc es nombrado presidente, y Albert vice-presidente de la *comision de gobierno para los trabajadores*, que se establece en el palacio del Luxemburgo, y que abre sus sesiones en la antigua sala de la cámara de los pares. Los delegados de todas las artes y oficios, de todas las profesiones se sientan en los escaños de los pares, y por espacio de dos meses Luis Blanc es escuchado por ellos como un profeta, cuyos oráculos recogian sin comprenderlos, y cuyos beneficios bendicen antes de haberlos recibido. La idea de Luis Blanc emanaba quizás de un alma generosa, pero por falta de dinero, de cooperacion y de medios prácticos, quedó envuelta en los pañales de la teoría. El Luxem-

burgo fué una especie de liza, en la cual los políticos del Gobierno provisional tuvieron la habilidad de encerrar y encadenar la popularidad de aquel ardiente reformador, mientras que los ministerios de la guerra y de obras públicas fundaban talleres nacionales de desmonte, donde los operarios sin trabajo podian ganar un franco y cincuenta céntimos al dia removiendo algunas paletadas de tierra, y tambien permaneciendo con los brazos cruzados. Aquellos trabajos nacionales, ideados por Marie y Garnier-Pagés y dirigidos por el ingeniero Emilio Thomas, reunieron en pocas semanas un ejército revolucionario de cien mil hombres, con el cual parecian deber hacer causa comun los veinte y cuatro mil hombres de la guardia movilizada, creada en las barricadas de febrero y reclutada entre sus mas enérgicos defensores, cuya mayor parte no llegaban siquiera á tener la edad de hombre.

Así pues, cada miembro del gobierno provisional procuraba, por decirlo así, formarse un partido especial, crearse un punto de apoyo, reclutar fuerzas en la poblacion. Ledru-Rollin tenia en su favor á los clubs y á la parte activa del pueblo; comprendia que la república, establecida en Francia como accidente imprevisto, carecia de base y de raices, y ocupóse ante todo en granjearle amigos ó defensores aterrorizando á sus enemigos, siendo esta la causa de haber enviado á los departamentos comisarios de la república, con instrucciones para *republicanizar* el país, y mantenerle siempre agitado y en guardia contra las maquinaciones legitimistas, orleanistas y bonapartistas. Por desgracia, la eleccion de dichos comisarios no fué en todas ocasiones muy acertada, pues habian sido nombrados muchos de ellos entre el humo de los bodegones ó las tinieblas de las sociedades secretas, lo que no impidió empero que ejerciesen una prodigiosa influencia en el espíritu público, que se pronunció casi universalmente en favor de la república. Nadie se acordaba ya de Luis Felipe: sus dos hijos, el duqué de Aumale y el príncipe de Joinville, que habrian podido, el uno al frente de la escuadra, y el otro gobernador de la Argelia, protestar con las armas en la mano contra la revolucion de 24 de febrero, reconocieron tácitamente al gobierno provisional desterrándose con su familia. Luis Napoleon habia llegado de Lóndres dos dias despues de la pro-

clamacion de la república para que fuesen reconocidos sus derechos de ciudadano francés; pero Lamartine le obligó á salir otra vez de Francia para evitar con su ausencia nuevas complicaciones. Finalmente, dos partidos temibles, tremolando ambos la bandera republicana, se habian puesto en lucha abierta con el gobierno provisional, esto es, el partido de Blanqui y el de Barbés, los dos implacables adversarios, los dos tomando su fuerza de los clubs divididos así en dos grandes corrientes democráticas. Los clubs se habian multiplicado hasta el infinito, pero se hallaban todos en correspondencia, unos con el club de la revolucion, presidido por Barbés, y otros con el club central, presidido por Blanqui; esos clubs, fundados en su mayor parte por los miembros de las antiguas sociedades secretas, constituian las legiones de un inmenso ejército revolucionario, que comprendia en sus filas á las masas de los talleres nacionales, si bien, como tan formidable ejército no obedecia á un solo jefe y se hallaba dividido de ordinario en tres ó cuatro cuerpos que obedecian distintas órdenes, no parecia deber obrar nunca con unanimidad. Solo una vez se reunió bajo sus banderas y sin armas en número de doscientos mil hombres, en 17 de marzo, cuando se desplegó en las calles de París á la voz del gobierno provisional para neutralizar una manifestacion de los guardias nacionales, reunidos la víspera con un fin contra revolucionario, y que no pudieron penetrar en las Casas Consistoriales, á donde se dirigian en uniforme y gritando: ¡*Muera Courtais! Muera Ledru-Rollin!* La ridícula *jornada de las gorras de pelo* proporcionó el imponente espectáculo de aquella revista de las fuerzas populares, terminada con una iluminacion general; pero fácilmente se comprende que no debian semejantes escenas afianzar mucho la tranquilidad y la confianza públicas. Todo el mundo se preguntaba con inquietud como podrian ser subvenidas las necesidades materiales y la ávida impaciencia de aquellos operarios regimentados, que ya no trabajaban y que querian ser ricos á su vez: «¡Tenemos tres meses de miseria al servicio de la república!» habia dicho uno de sus oradores al anunciar que esperaban la abolicion del proletariado y la organizacion del trabajo, objeto de las aspiraciones y esperanzas de las clases pobres y trabajadoras. La predicacion filosófica de las reformas sociales ha-

bia hecho creer en la próxima venida de un Mesías humanitario, y por esto los sistemas que tenían por objeto alterar desde el fondo la sociedad, eran abrazados con entusiasmo por fanáticos neófitos. Luis Blanc con sus trabajadores, Victor Considerant con sus falansterianos, Cabet con sus icarianos, y Proudhon con sus comunistas, se esforzaban á un tiempo en demoler la antigua sociedad y en reconstruir otra totalmente nueva, siendo aquel desorden social mucho mas grave y amenazador que el desorden político. Sin embargo, no era esto solo; habíanse de conjurar otras dos calamidades: la bancarrota y la coalicion extranjera. Asustado por la inminencia de la primera, Goudchaux habia abandonado el ministerio de hacienda, y Garnier-Pagés, que habia tenido la audacia de encargarse de él dejando á Marrast que saboreara en lugar suyo las delicias de la alcaldía de París, no imaginó otro medio que decretar una contribucion adicional de cuarenta y cinco céntimos, que pesaba sobre los pequeños propietarios y labradores mas que sobre los ricos, y que sublevó contra la república á la poblacion rural en el preciso momento en que necesitaba apoyos entre la clase mas numerosa y apreciable de los ciudadanos. La contribucion de los cuarenta y cinco céntimos agravó el peso de la miseria pública, pero al menos pudo pagarse á su vencimiento el semestre de la deuda nacional. Pensóse por un momento en acudir á la generosidad individual, á la abnegacion del ciudadano; mas los dones y las ofrendas patrióticas solo llegaron á una suma vergonzosa: necesitábase dinero á montones, y el gobierno de Luis Felipe habia vaciado las arcas del Estado, consumido el sagrado depósito de la caja de ahorros, y agotado de antemano los recursos del país. Los comisarios extraordinarios, los talleres nacionales, los clubs, las limosnas, los armamentos costaban muy caro, y el numerario se ocultaba en todas partes ó salia de Francia, mientras que el crédito esperaba, que la industria se hallaba paralizada, y el comercio agonizante. Y sin embargo, esa Francia bastardeada, que se erigia en república antes de haber engendrado republicanos, debia con su revolucion conmover la Europa, agitar á los pueblos y alarmar á los reyes; aquella revolucion tan pronta, tan imprevista, tan unánime, no inspiró al principio otros sentimientos que la admiracion y la envidia,

por un momento pudo temerse que los gobiernos de la santa alianza se coaligasen como en 1793 para sofocar en Francia el incendio democrático que les amenazaba ya, pero su coalición no tuvo tiempo para tomar cuerpo.

Lamartine había dirigido en 5 de marzo un manifiesto á la Europa bajo la forma de una circular á los agentes diplomáticos de la Francia, y en aquel magnífico y solemne documento establecíase que la república francesa no era un acto de agresión contra ninguna forma de gobierno, que no haría la guerra á nadie, que respetaría á los gobiernos y los tratados existentes; pero que protegería los legítimos movimientos de las nacionalidades oprimidas. Esto era tender una mano á los reyes y otra á los pueblos, mas en el mismo momento en que el ministro de negocios extranjeros prometía á la faz de Europa dejar en paz á los gobiernos, el ministro del interior, Ledru-Rollin, alentaba y pagaba una propaganda revolucionaria contra la Bélgica, la Cerdeña, la Polonia y los estados de Alemania. Esta propaganda se redujo á la algarada de *Arriesguémoslo todo*, á la burlasca invasión de Chambery y á las cruzadas aventureras de las orillas del Rin; mas las revoluciones que no fueron concertadas en los clubs de París ni importadas de Francia por medio de un personal no muy seductor, tuvieron grande, aunque momentáneo éxito, y la Europa amenazó convertirse en republicana. Las capitales se sublevan contra sus soberanos; Berlin, Munich, Viena, Nápoles, Milan, Venecia y Cracovia, tienen á su vez sus barricadas, sus héroes y su victoria; el rey de Prusia otorga á la rebelión las instituciones liberales que prometía á su pueblo hacia treinta y cinco años; el rey de Baviera abdica en favor de su hijo; el emperador de Austria, expulsado de Viena sublevada, se refugia en Inspruck, mientras que su antiguo ministro, el príncipe de Metternich, se reúne en Lóndres con los últimos ministros de Luis Felipe; Milan, despues de cinco dias de terrible lucha contra las tropas del mariscal Radetzky, llama á las armas á la Lombardía y da el grito de independencia; Venecia y todas las ciudades de la dominación austriaca imitan el ejemplo de Milan, y los austriacos son lanzados del suelo italiano. El rey de Cerdeña, cediendo á los votos de sus súbditos, toma bajo su protección á la Lombardía emancipada y reta al Austria á san-

griente combate. La Alemania se agita también para conquistar su unidad; la Polonia se despierta; Microslawski agita desde la frontera prusiana su desgarrado estandarte, y solo la España y la Bélgica permanecen tranquilas en aquella general conmoción de los tronos. La Inglaterra conserva bajo el reinado de la libertad y de la ley su altiva y pacífica actitud, y se apresura á reconocer á la república francesa, que no tardará igualmente en ser reconocida por todas las monarquías europeas.

Sin embargo, Lamartine temia no poder conducir el país sin guerra civil y sin nuevas revoluciones hasta la reunion de la asamblea constituyente, cuya época dilataban cuanto podían los partidos extremos, deseosos todos de apoderarse del poder. La conspiracion para conseguirlo era evidente aun en el seno del gobierno provisional, pero hallábase como paralizada por el número de pretendientes á la dictadura que no querian ó no podian ponerse de acuerdo. Ledru-Rollin, Caussidiere y Blanqui aspiraban los tres á la presidencia del gobierno provisional, que debia ser modificado segun las ideas y afecciones de cada uno; las esperanzas, los planes, las intrigas de los conspiradores no eran secretas para ninguno de ellos, pues tenian todos sus policías particulares, que se espiaban y vigilaban mutuamente, de modo que Lamartine, que no tomaba parte alguna en tales maquinaciones, sabia cuanto se preparaba. Para aplazar las elecciones que debian verificarse en 25 de abril en toda la Francia, habiase decidido organizar un movimiento, en el que los clubs y los talleres nacionales exigiesen la modificacion de la comision de gobierno, designando á los miembros que habian de reemplazar á los antiguos, acusados de reaccion, de moderantismo y hasta de traicion; mas no fué posible ponerse de acuerdo acerca de quienes serian los elegidos del pueblo; el recíproco odio de Blanqui y de Barbés, aclamados cada uno de ellos por un partido considerable, y que se negaban á reconciliarse, impidió la ejecucion de un golpe de mano, en el que tenian los primeros papeles, y el club de los clubs, bajo la presidencia de Barbés, no quiso entrar en relaciones con el club central, presidido por Blanqui. Esto no obstante, las juntas directivas de la manifestacion, fijada para el domingo 16 de abril, emplearon la noche anterior en nombrar una comision de salvacion

pública, en la que solo fueron admitidos Ledru-Rollin, Luis Blanc, Albert, Barbés y Caussidiere; los talleres nacionales, reunidos en el campo de Marte, el domingo por la mañana, bajo pretexto de elegir á los oficiales de la guardia nacional, se formaron en columna y se pusieron en marcha hácia las Casas Consistoriales, cuando Marrast y Lamartine habian sido advertidos ya de lo que sucedia. Marrast pone aquel edificio en estado de defensa; Lamartine llama tropas á París, menospreciando la voluntad de los clubs, que no consentian la presencia de un soldado en la capital, y dirigiéndose luego á la casa de Ledru-Rollin, le arranca la orden de tocar generala. La guardia nacional se reúne, y la firmeza de su actitud reduce á los clubs y á los talleres nacionales á pronunciar discursos y á prorumpir en aclamaciones en honor de sus jefes; los guardias nacionales les contestan con los gritos de: ¡muera los comunistas! ¡muera Cabet! ¡muera Blanqui! y la poblacion se asocia de buen grado á estas voces. El movimiento organizado para el 16 de abril dejóse sentir tambien en las provincias, produciendo algunos desórdenes, que fueron con facilidad reprimidos, excepto en Ruan, donde se trocó la asonada en una verdadera lucha. Despues de la jornada del 16 de abril, el gobierno podia estar seguro de llegar sin accidente al 4 de mayo, dia de la apertura de la asamblea constituyente. El dia 20 de abril, bajo pretexto de distribuir banderas al ejército y á la guardia nacional de París, la fiesta de la fraternidad abrió otra vez á las tropas las puertas de la capital; los clubs rugian de coraje; los periódicos anárquicos traspasaban los límites todos de la injuria y de la provocacion; mas, á pesar de esto y de que los talleres nacionales reunieran entonces mas de ciento cincuenta mil hombres, afiliados casi todos al motin, París permanecía tranquilo. Las elecciones, verificadas bajo la influencia ó el imperio de diferentes partidos, enviaron á la cámara las notabilidades de todos ellos, especialmente republicanos ú hombres que se habian adherido abiertamente á la república, y muy pocos diputados de la última legislatura monárquica. Thiers y el mariscal Bugeaud no fueron elegidos, y Odilon Barrot lo fué por muy débil mayoría. Los miembros todos del gobierno provisional y sus principales funcionarios fueron nombrados en París, donde al admitir en sus listas nom-

bres oscuros é insignificantes, los delegados de los clubs y de los talleres nacionales habian condenado ellos mismos á la impotencia su enorme fuerza electoral. El dia 4 de mayo, á la luz de un hermoso sol de primavera, París inauguró de nuevo la república, inaugurando la asamblea nacional, cuyos nuevecientos miembros se reunian por primera vez bajo la presidencia de un antiguo conspirador, Audry de Puyraveau, presidente decano; la poblacion habia tomado un aspecto festivo, y gritaba hasta quedar sin aliento: «*Viva la república! viva el gobierno provisional! viva Lamartine! viva Ledru-Rollin!*» llenando todas las inmediaciones de la cámara de diputados, custodiada por la tropa y la guardia nacional. La primera sesion fué notable por su solemnidad; á propuesta de Berger, proclamóse la república por unánime votacion, y los representantes sin distincion de partidos, sin recordar su pasado, sin pensar en el porvenir, gritaron nueve veces consecutivas: *Viva la república!* desfilando luego sin cesar en sus gritos por delante del pueblo que se asociaba como un solo hombre á aquella inmensa manifestacion. Despues de semejante escena podia creerse que la república no hallaria en la asamblea la menor oposicion; pero no tardó en conocerse que el único objeto de los representantes, al gritar tan fuerte, habia sido aturdirse, y que se aprovechaban de la circunstancia de no exigirse de ellos juramento ni fidelidad, empezando, pues, á reunirse en facciones, á formar planes de campaña y á levantar sus baterías. Esto no obstante, el tercer partido republicano, compuesto de periodistas, de hechuras y de agentes del *Nacional*, predominaba en la asamblea; él fué quien decidió el nombramiento del presidente Buchez, de los vice-presidentes Recurt, Cavaignac, Corbon, Guinard, Cormenin y Senard, y de los secretarios Peupin, Robert, Degeorge, Lafayette, Lacrosse y Pean, y desde entonces pudo preverse la preponderancia reservada á aquel periódico. Examinadas las actas, los miembros del gobierno provisional y los ministros se presentaron uno en pos de otro á dar cuenta de sus actos y á justificar á la revolucion de febrero lo mismo que á la república; todos fueron recibidos con marcado disgusto, y en especial Luis Blanc, que dió junto con Albert su dimision de presidente de la comision del Luxemburgo, y que propuso en vano su quimera favorita de un ministerio

de progreso. Entonces se resolvió el nombramiento de cinco miembros para constituir el poder ejecutivo, y los primeros nombres que salieron de la urna fueron los de Francisco Arago, Garnier-Pagés, Marie, Lamartine y Ledru-Rollin, en ocasion en que la popularidad del poeta habia sido como sofocada por la impopularidad del tribuno con quien le ligaba un pacto de solidaridad política. Los miembros del poder ejecutivo debieron renunciar á sus carteras y confiarlas á sus amigos ó partidarios, y así fué como se confió á Recurt el departamento del interior, á Duclerc el de hacienda, á Bastide el de negocios extranjeros, á Trelat el de obras públicas, á Cavaignac el de la guerra y á Flocon el de comercio, personajes propuestos todos, excepto el último, por la redaccion del *Nacional*. Marrast conservó la alcaldía de París y Caussidiere la prefectura de policía, como dos adversarios que se amenazaban recíprocamente. Semejantes elecciones y semejante estado de cosas no satisficieron del todo á los republicanos radicales; sondeóse á Ledru-Rollin, y diósele á comprender que podría hallar la ocasion perdida en 16 de abril por su falta ó por su debilidad, en tanto que Sobrier, que habia establecido una sucursal de la prefectura de policía en una casa de la calle de Rivoli, tenia acerca de las conjuraciones que se tramaban casi á la luz del dia secretas conferencias con Lamartine, quien, segun su expresion, conspiraba entonces «como el pararrayos conspira contra el fuego del cielo.» El club de Blanqui proyectó invadir la cámara, expulsar á los representantes y nombrar una junta de salvacion pública para restablecer la república en sus vías naturales, é invitó á los demás clubs á cooperar á la gran manifestacion que debia verificarse el dia 15 de mayo en favor de la Polonia. El poder ejecutivo y los ministros se hallaban advertidos de aquella manifestacion y de las graves circunstancias que debian acompañarla, y, á pesar de esto, no se tomó medida alguna preventiva, y apenas fué doblada la guardia de la cámara. Los clubistas en número de veinte ó treinta mil hombres se adelantaron por los bulvares agitando varias banderas y marchando acaudillados por Huber, Blanqui y Sobrier al grito de *viva la Polonia!* Su objeto era presentar una peticion en favor de aquel país, que en aquel momento se agitaba espirante, bañado en su propia sangre, y habiendo cometido el

general Courtais la imprudencia de admitir á los delegados de la manifestacion, abrieron estas las puertas á la multitud que les seguia. La cámara fué invadida en medio de un espantoso tumulto; los representantes se hallaban como presos en sus bancos, y el presidente detenido en su sillón. Raspail leyó la peticion; Blanqui añadió á ella atrevidas consideraciones políticas; Luis Blanc fué llevado en triunfo y saludado con mil entusiasmas gritos; Barbés, que hasta entonces habia guardado silencio, rompiólo de repente al ver que Blanqui, su odioso rival, arrastraba al auditorio, y lanzándose fuera de sí á la tribuna, gritó: «Es preciso que la asamblea vote inmediatamente la marcha de un ejército á Polonia y una contribucion de mil millones sobre los ricos; que prohiba tocar generala, y que mande salir las tropas de París, pues de lo contrario serán los representantes declarados traidores á la patria.» Estas palabras fueron acogidas con una salva de aplausos, y desde aquel momento ya no fué posible hacerse oír: todos hablaban, gritaban á la vez. Los representantes no habian abandonado el salón, y Buchez se habia visto obligado á firmar la orden de no tocar generala, cuando Huber se precipita hácia la tribuna y grita con voz de trueno: «Ciudadanos, en nombre del pueblo, declaro disuelta la asamblea nacional!» Los aplausos y los gritos redoblan; el presidente Buchez es expulsado de su silla; muchos representantes son insultados, amenazados y heridos; el pueblo es dueño absoluto del salón de sesiones, y se ocupa en nombrar un gobierno provisional, mas la voz de sus jefes le arrastra tumultuosamente á las Casas Consistoriales, á donde se dirigian ya Barbés y Albert, rodeados de clubistas y gritando: ¡*A las armas!* Sin embargo, el toque de generala resonaba en todas las calles, la guardia nacional se reunia á toda prisa y marchaba hácia la cámara; la comision ejecutiva empezaba á recobrar las ideas y la accion. Ledru-Rollin resistia á los que se esforzaban en llevarle á la casa de la ciudad; Lamartine se dirigia hácia allí con la guardia nacional para combatir la insurreccion; Duclerc, al frente de un batallón de la guardia movilizada, entraba en el salón de la asamblea, lo despejaba, y el presidente Buchez volvia á su silla y los diputados á sus bancos. Continuóse la sesion, y supóse en breve que los conspiradores, sorprendidos en la Casa Consisto-

rial en el acto de nombrar un nuevo gobierno provisional, habian sido presos ó puestos en fuga: Barbés, Albert y Sobrier fueron conducidos á Vincennes; Blanqui, Raspail, Flotte y Huber lograron evadirse. Desde aquel dia dióse principio á una reaccion tanto mas pronta y decidida cuanto que la opinion pública habia sido con mas violencia comprimida y aterrorizada por los comisarios extraordinarios, por las circulares del ministerio del interior, por las manifestaciones del pueblo soberano, por los clubs y por los periódicos *rojos*; la casa de Sobrier, cuartel general de los montañeses, fué invadida y saqueada; Luis Blanc corrió grave riesgo de ser despedazado por algunos guardias nacionales, embriagados con su victoria, y el general Courtais, injuriado y maltratado, fué arrestado por orden de la asamblea. Luis Blanc y Caussidiere, acusados de haber tomado parte en la conspiracion del 15 de mayo, se defendieron con una habilidad que no desconcertó á sus enemigos, y el segundo dió su dimision de prefecto de policia y de representante para apelar al fallo de sus electores. Ledru-Rollin y Lamartine tuvieron no poco trabajo para apartar de sí la sospecha de complicidad tácita con los invasores de la cámara, y ni siquiera fueron protegidos por sus colegas de la comision ejecutiva. La asonada del 15 habia dado grandes bríos á todos los matices reaccionarios y tambien á la faccion del *Nacional*, que colocó entonces al banquero Trouvé-Chauvel en la prefectura de policia, al general Clemente Thomas en el estado mayor de la guardia nacional, y á Senard en el sillón de la presidencia. El momento no parecia, pues, muy oportuno para celebrar la fiesta de la confederacion, pero esto no obstante, verificóse el dia 21 de mayo en el campo de Marte, sin entusiasmo, sin creencia, sin ilusion limitándose todo á un pomposo espectáculo representado en un vasto teatro ante un público que parecia no comprenderlo. La duda y el odio germinaban en todos los corazones, y nada bastaba á despertar el ardor de 1789 al rededor del cenotafio de la república francesa. La faccion que disponia de todos los empleos en favor de sus satélites, era patrocinada por dos miembros á lo menos de la comision ejecutiva, Garnier-Pagés y Marie, y pensaba en la dictadura del general Cavaignac, ministro de la guerra, si bien no dejaba de abrigar

temores acerca del porvenir de su omnipotencia, en cuanto la reeleccion de once representantes en París acababa de revelar los progresos de dos nuevos partidos: los imperialistas, que habian introducido ya en la asamblea á tres miembros de la familia Bonaparte, hicieron triunfar la candidatura improvisada de Luis Napoleon, y los socialistas nombraron diputados á Pedro Leroux y á Proudhon; mientras que reelegian á Caussidiere y le daban por apoyo el atrevido Lagrange, uno de los héroes de la causa de abril de 1834. Al tiempo que esto sucedia, los orleanistas tomaban aliento y vengaban con cuatro elecciones simultáneas la reciente derrota de Thiers; Luis Napoleon, que sabia los esfuerzos de los hombres de Estado del *Nacional* para cerrarle las puertas de la cámara, no les dió tiempo para conducir su intriga á buen fin, y dimitió en una carta su título de representante, sin renunciar, empero, á una reeleccion. Los republicanos de los clubs y los socialistas no aceptaban como definitiva la derrota del 15 de mayo, y al considerar su número se admiraban de haber sido vencidos; los clubs, aunque cerrados y prohibidos, comprendian una milicia escogida que solo pedia correr á las armas, y solo para verificar una especie de revista de las fuerzas de la insurreccion, se imaginó el banquete del padre Duchêne á veinte y cinco céntimos por cubierto, banquete democrático, condenado de antemano por el recuerdo del banquete de la reforma, y que la autoridad tuvo la prudencia de impedir. Los talleres nacionales prometian tambien á la rebelion un ejército completamente organizado, y quiso emplearlo antes de que la asamblea hubiese disuelto aquellos inmensos focos de insurreccion. Trelat, ministro de obras públicas, habia hecho prender y conducir á Burdeos al jefe de los talleres nacionales, Emilio Thomas, quien fué reemplazado por un adicto del *Nacional*, Leon Lalanne, y cuya ausencia, quizás concertada, dió principio á la disolucion de aquellos talleres, altamente reclamada por la mayoría de la asamblea Falloux, diputado legitimista, fué nombrado secretario de la comision que debia estudiar tan escabrosa cuestion, y el dictámen redactado ya, opinaba por la inmediata disolucion de los talleres. Estos hechos produjeron sorda fermentacion entre aquellos hombres enérgicos y turbulentos, y enviaron una diputacion de cinco

miembros á la comision ejecutiva, exponiéndole que se hallaban amenazados de morir de hambre y de miseria, siendo así que se les habia prometido organizar el trabajo y abolir el proletariado. Recibidos los delegados en 22 de junio por Marie, contestóles este que el gobierno estaba decidido á hacer ejecutar hasta por fuerza los decretos de la asamblea, y uno de los enviados, fanático socialista, llamado Pujol, excitó á sus compañeros á protestar contra semejante arbitrariedad: «Sois acaso esclavos de ese hombre?» dijo Marie á los enviados, y esta frase mal comprendida, ó á lo menos mal interpretada, puso en combustion los talleres nacionales. Aquella misma noche y á la voz de Pujol reuniéronse en la plaza del Panteon los jefes de seccion: «Mañana á las seis, díjoles, volved aquí, y el pueblo decidirá.» y los conjurados se dispersaron cantando en voz baja: «Trabajo ó plomo!» La comision ejecutiva recibió aviso de lo que pasaba, y despues de dar las órdenes oportunas, llamó á su seno al general Cavaignac para informarse de los medios de defensa de que disponia, separándose luego sin la menor inquietud. Al dia siguiente 23 á las seis de la mañana, los talleres nacionales invaden la plaza del Panteon; en los arrabales se construyen barricadas, sin que se oyera ni un solo grito, y en todas partes se despliega la bandera roja; los insurrectos aparecen armados, y todo indica la existencia de una vasta conspiracion cuyos directores se ocultan, y que se desenvuelve segun un plan de antemano combinado. Las tropas no se muestran en parte alguna, á pesar de que hay en París veinte y tres mil soldados; tócase generala, la guardia nacional se reúne, y un batallon de la legion 2.^a es recibido con repetidas descargas al pasar ante una barricada de la calle de San Dionisio. Al momento se empeña un vivo tiroteo, y la guardia nacional se encuentra sola con la guardia movilizada para sostener el fuego en el parque de S. Lázaro, en el arrabal del Temple, en los muelles, en los alrededores de la casa ciudad y en el cuartel de Santiago. La guardia nacional cumple bien con su deber, la movilizada la secunda con admirable ardor; pero la tropa no aparece ó permanece con el arma al brazo, alegando que no tiene órdenes. Mientras ocurrían tan graves acontecimientos, discutíase en la asamblea la disolucion de los talleres nacionales, y poco despues empiezan las tro-

pas á obrar, pero con indecision, sin un plan, sin actividad. Los generales Lamoriciere, Bedeau, Duvivier, Damesne y Brea toman cada uno el mando de una division; acude por fin la artillería, y sus disparos derriban una tras otra todas las barricadas. Llegada la noche, empero, levántanse mas fuertes, mas numerosas; los sublevados reciben refuerzos del rastro, funden balas y fabrican pólvora; dueños de varias *mairies*, avanzan hacia la Casa Consistorial y se fortifican en el Panteon. La asamblea se declara en permanencia; la comision ejecutiva, que expide órdenes sin ser obedecida, no desconoce los terribles progresos de la insurreccion; el general Cavaignac, jefe de todas las fuerzas militares, parece vacilar y guarda un silencio inexplicable, mientras que á su alrededor y con su conocimiento, pero sin su cooperacion, una faccion de ambiciosos meditan la deposicion de la comision ejecutiva. Al asomar el dia trábase el combate con nuevo furor; la insurreccion gana terreno: el tiroteo, los cañonazos y el toque de rebato van acercándose á la asamblea, que delibera y participa de la incertidumbre general.

Solicítase la declaracion de París en estado de sitio; la concentracion de todos los poderes en manos del general Cavaignac; y la asamblea no vacila: «Dentro de una hora, exclama Bastide, uno de los agentes de la intriga tramada por el *Nacional*, la Casa de la Ciudad será tomada!» La comision ejecutiva presenta su dimision, Cavaignac es proclamado dictador, y París puesto en estado de sitio. De repente cambia la escena; el general Cavaignac se convierte en otro hombre; toma medidas extraordinarias, atiende á todo, dirígese en persona al teatro de la terrible lucha, hace brotar del suelo batallones, por todas partes opone el ejército á la insurreccion triunfante; concede algun descanso á la guardia nacional, que tan noble conducta ha observado, y se muestra en todo á la altura de la mision que se le encargara: es un gran militar que no duda ya de la victoria y que la sujeta á su carro. Los generales que han sido en Africa sus compañeros de armas le secundan noblemente; Lamoriciere, entre todos, lleva el valor hasta la locura; montado en un caballo negro y cubierto con su blanco albornóz, pasa como un huracán en medio de las balas, y desafía á la muerte que se ceba con furor en cuanto le rodea. Damesne, Negrier y Duvivier caen mortalmen-

te heridos, Brea es vilmente asesinado, y Bedeau, aunque herido, no abandona su puesto ni un instante. El peligro de la patria improvisa generales: tres representantes, Clemente Thomas, Bixio y Dornés son heridos al frente de las tropas; Lamartine y Francisco Arago han dirigido en persona el ataque de las barricadas del cuartel de Santiago; el Panteon, convertido por los sublevados en una ciudadela, es tomado por asalto; ocúpanse las barreras del Norte, los insurrectos que las defendian son lanzados fuera de París, y la sublevacion, en la que habian tomado parte mas de cincuenta mil hombres, es encerrada en el arrabal de san Antonio. Un sacerdote, precedido de un parlamentario que agita una rama de olivo en señal de paz, se adelanta solo por la plaza de la Bastilla á las seis de la tarde; es el arzobispo de París, monseñor Affre, que quiere probar la fuerza de su ministerio evangélico sobre aquellos hombres extraviados; á su vista suspéndese el fuego por ambas partes; habla, suplica, todos le escuchan, las armas caen de las manos del pueblo, cuando un tiro de fusil pone fin á la cristiana mision del prelado, que cae herido de muerte, y que sobrevivió pocas horas á su herida. Despues de tan doloroso episodio, se traba de nuevo el combate é interrúmpele un armisticio que debe espirar el dia siguiente 25 á las diez de la mañana: el general Cavaignac debe bombardear el arrabal si los sublevados no se rinden sin condiciones. Al dar las diez, el arrabal se rinde, y el general dice en una proclama al ejército y á la guardia nacional: «En París hay vencedores y vencidos; sea maldito mi nombre si consintiese en que hubiera víctimas! ¡La justicia hará su deber!» La asamblea habia decretado que los insurrectos cogidos con las armas en la mano fuesen deportados á las islas Marquesas sin formacion de causa, y los prisioneros se elevaban á mas de diez mil, los que habian sido amontonados en los subterráneos del Palacio Real, de las Casas Consistoriales y de las Tullerías. Muchos habian sido pasados por las armas durante la accion, y la guardia nacional y la movilizada, excitadas por mil absurdas relaciones acerca de las supuestas atrocidades cometidas por los sublevados, llevaron la venganza hasta la crueldad. Los jefes de aquella gran batalla popular no pudieron ser descubiertos, y guardóse acerca de sus nombres el mas profundo secreto aun ante los consejos de guerra, organizados

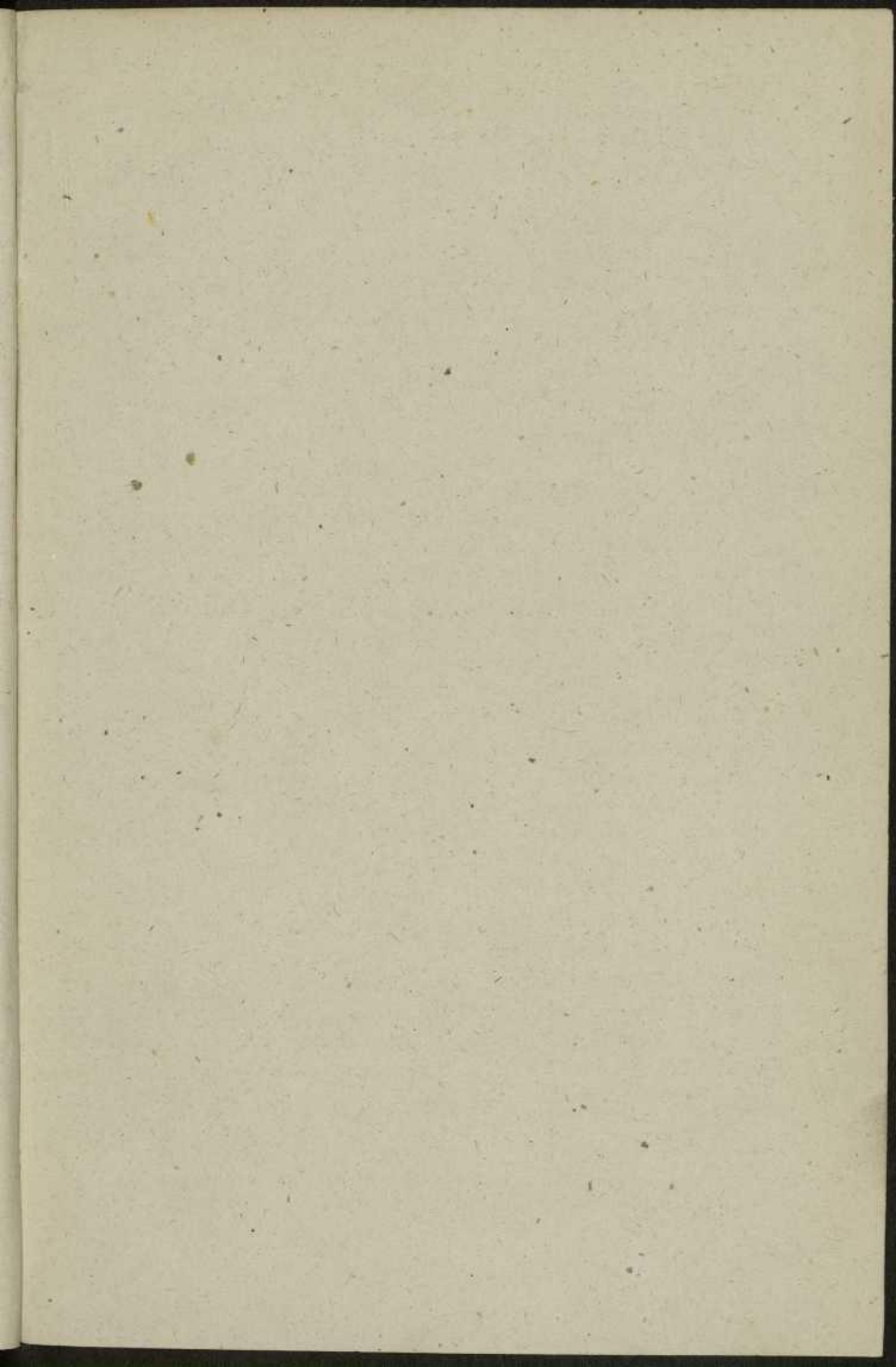
para juzgar á los principales culpables. Los demás en número de ocho mil fueron enviados á Belle-Isle-en-Mer, hasta que pudieron ser deportados en masa. Cinco ó seis mil murieron en el combate, y, aunque el gobierno no reveló las pérdidas que habia sufrido, calcúlense en la cuarta parte de aquel número. El último acto de la batalla de junio fué sin duda el mas terrible: los guardias nacionales de los departamentos inmediatos habian acudido en defensa de la república y de la Asamblea nacional, y parte de ellos acampaban en la plaza del Carrousel, en ocasion en que salia del subterráneo de las Tullerías una columna de prisioneros desarmados; estos intentaron fugarse, y entre la alarma que produjo este hecho, los guardias nacionales se fusilaron entre sí.

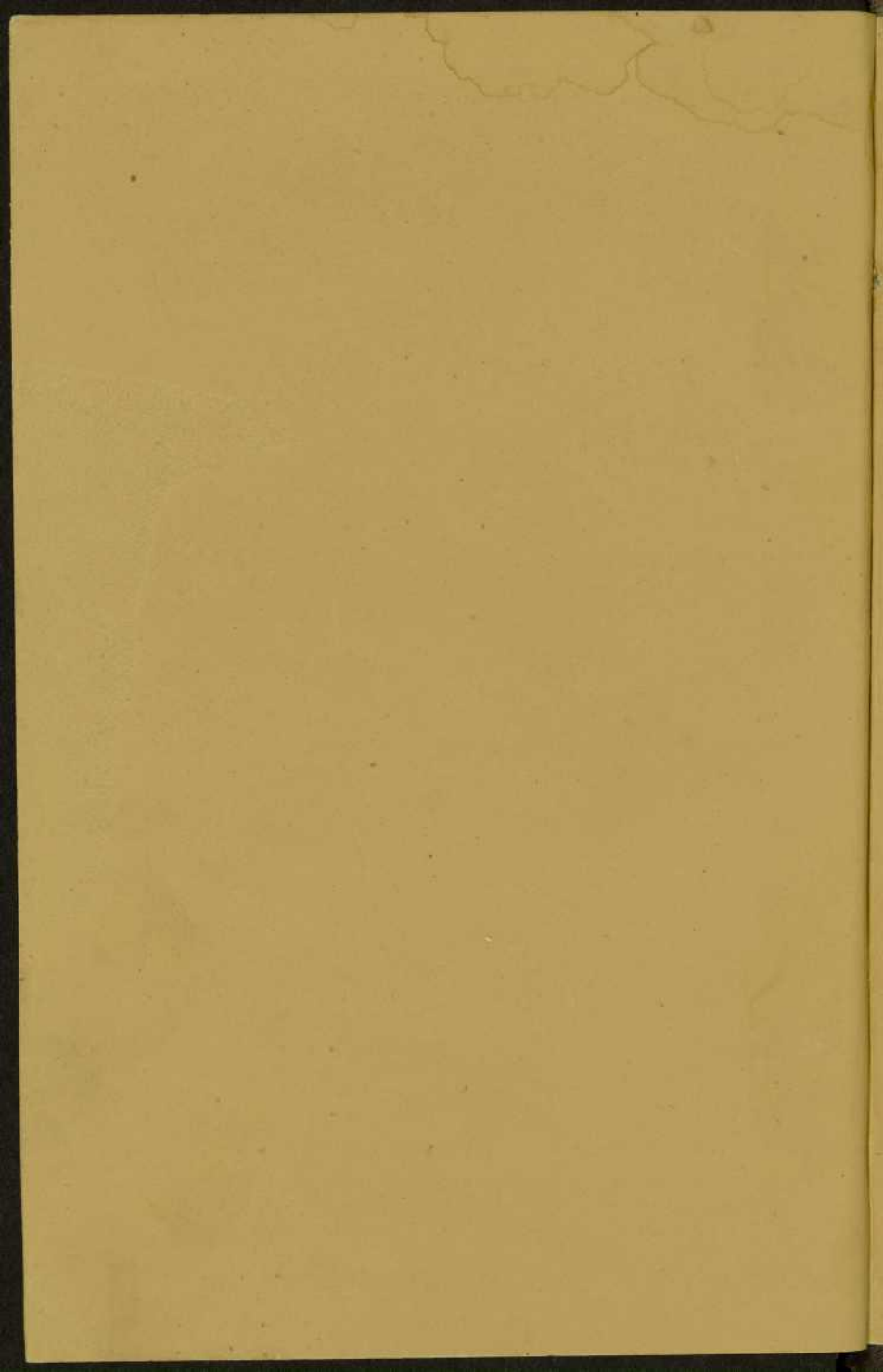
La capital parecia asustada de su victoria; el estado de sitio hacia pesar una especie de terror sobre las cabezas mas inocentes, y los periódicos de la oposicion se hallaban suspendidos; Emilio de Girardin, redactor de la *Prensa*, estaba incomunicado en la Conserjería, el desarme se llevaba á cabo sin dificultad, y las visitas domiciliarias y las prisiones se multiplicaban cada día. El nombre del general Cavaignac era bendecido como el de un libertador por todas las clases excepto por las bajas, que le consideraban como un tirano. La dictadura se inauguró bajo los auspicios del *Nacional*, que se ocupó ante todo del cambio de ministros: Duclerc que no quiso abandonar á la comision ejecutiva, fué reemplazado en hacienda por Gaudchaux; Bastide, nombrado para el departamento de marina, volvió en breve al de negocios extranjeros que le devolvió el general Bedeau, retenido por su herida en el lecho del dolor: el nombramiento de Bedeau lo mismo que el de Lamoriciere, para la cartera de la guerra, tuvo por objeto halagar la opinion pública que ponderaba la conducta de los dos intrépidos *africanos*; Senard fué destinado al interior, y Recurt á las obras públicas; Carnot y Flocon cedieron el comercio y la instruccion pública á Vaulabelle y á Turret, y Bethmont, que despues de la borrasca del 15 de mayo habíase dejado instalar maquinaalmente en el departamento de justicia abandonado por Cremieux, permaneció en aquel puesto, hasta que otro abogado, Marie, le libró de aquella carga harto pesada para él. Marie, elevado por un momento á la pre-

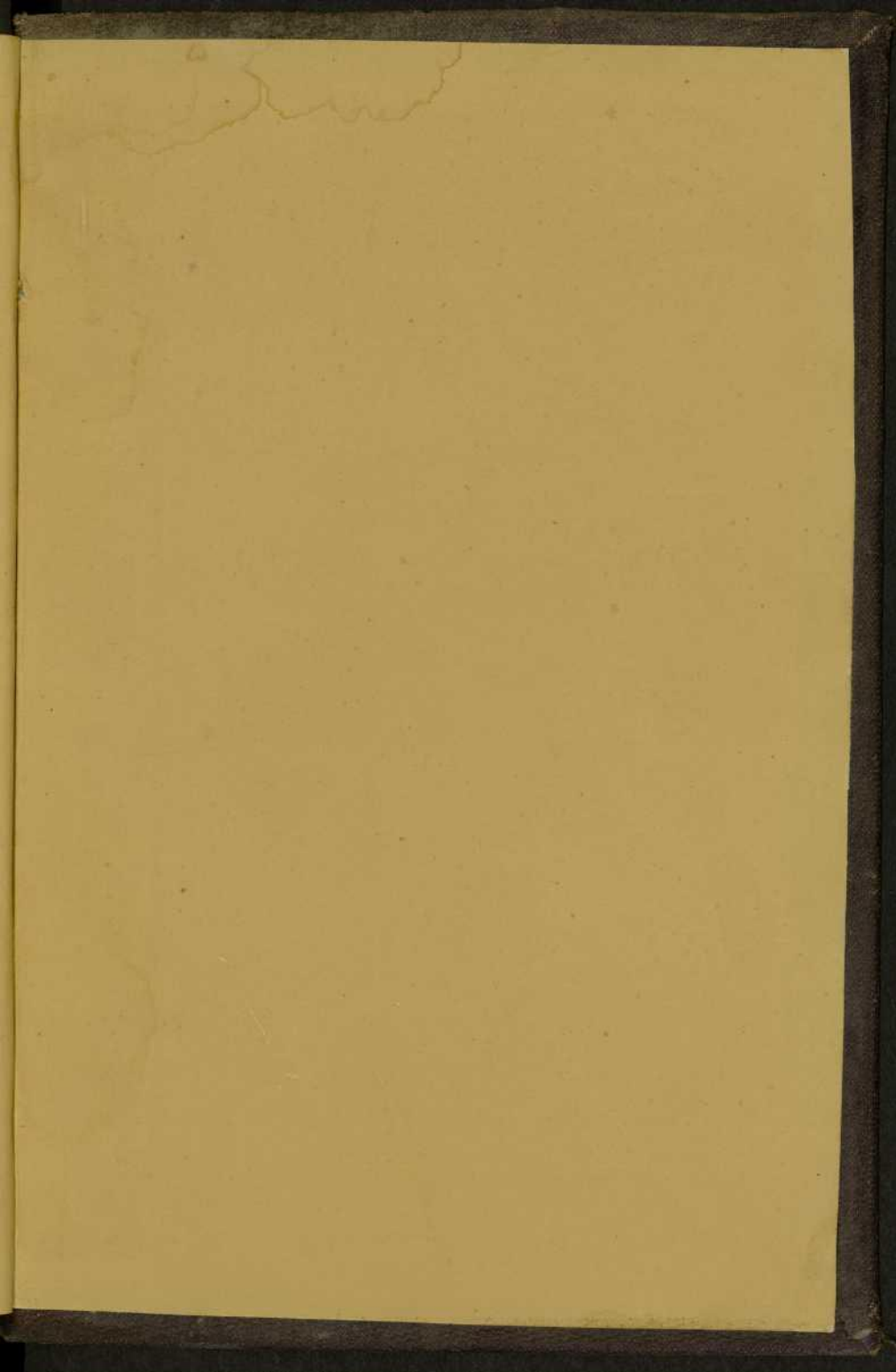
sidencia de la cámara, tuvo por sucesor á Marrast, quien confió la alcaldía de París á la honrada incapacidad de Recurt, y en tanto que esto sucedia, el general Cavaignac reinaba absolutamente desde su palacio de la calle de Varennes, teniendo en su mano la asamblea por la influencia de sus amigos del *Nacional*. El bonapartismo tomó entonces un aspecto temible: Luis Napoleón fué nombrado por segunda vez en París y en otros tres departamentos por una mayoría considerablemente aumentada por el ruido que movió su dimision y por la activa propaganda de las juntas napoleónicas. No era ya posible rechazarle, y admitido en virtud del dictámen de Julio Favre, subió á la tribuna, y al ofrecerse por primera vez á las miradas de la Francia, pronunció estas palabras: «Después de treinta y tres años de proscripción y de destierro, encuentro por fin otra vez mi patria y mis derechos de ciudadano; tanta felicidad es debida por mí á la república; reciba, pues, la república mi juramento de fidelidad, y estén seguros los generosos compatriotas que me han elevado hasta estos escaños, de que me esforzaré para justificar sus votos trabajando con vosotros por la conservacion del orden, primera necesidad del país, y por el progreso de las instituciones democráticas, que el pueblo con justicia reclama.» Desde aquel dia el nombre de Napoleón no cesó de resonar como un eco de gloria y de prosperidad á los oídos del pueblo, y el partido del *Nacional* creia deber sentir menos temor por aquel nuevo bonapartismo que por el socialismo de Luis Blanc y los planes de Caussidiere, quienes aspiraban ambos á la presidencia de la república, á la dictadura de la Francia, y á la completa refundición de la sociedad. Caussidiere y Luis Blanc fueron denunciados como cómplices del atentado de 15 de mayo, y una comision especial examinó la conducta de los dos representantes sospechosos; en el dictámen leído á la asamblea opinábase por la formacion de causa, y, aunque Luis Blanc se defendió con victoriosa elocuencia y Caussidiere con fingida candidez, la asamblea les entregó á la justicia criminal. Ambos, empero, se sustrajeron al mandato de prision que les esperaba en la puerta de la cámara, y se refugiaron en Inglaterra, que les proporcionó un asilo como lo habia proporcionado á Luis Felipe, destronado por ellos! La cámara se hallaba en completa reaccion, y si bien el poder

dictatorial, vitamente atacado por Victor Hugo, vióse obligado á renunciar al estado de sitio y á los actos de arbitrariedad contra la prensa; aquel poder, nacido de la guerra civil, habia intentado robustecerse, llamando á su seno á dos ministros extraños al *Nacional*, á Dufaure al interior y á Vivien á las obras públicas. El antiguo tercer partido ganaba terreno; los legitimistas, los orleanistas y los *nacionalistas* se hallaban de acuerdo para ahogar las doctrinas sociales, aprisionando al gobierno republicano con los lazos de la política, y la constitucion, obra bastarda del presidente Marrast, que pudo ereer por un momento en sus destinos de legislador, era discutida sin patriotismo, sin verdad y sin grandeza. En aquel entonces era Marrast el mayordomo y el anfitrión de la asamblea; daba fiestas en el palacio de la presidencia, dábase aire de aristócrata, y éxcitaba á la Francia á soltar la risa ante su esplendor de advenedizo. Cavaignac por su parte desempeñaba un papel análogo, si bien con mayor dignidad; y así fué como le adoraron los habitantes de París. Merced á él reinaba en el país una tranquilidad profunda, mas aquellos republicanos improvisados cuidábanse muy poco de la aplicacion de sus principios, y su conducta, respecto de los pueblos, era mas egoísta aun que la observada por los ministros de Luis Felipe, á quienes acusaron de humillar á la Francia ante las naciones. El manifiesto de Lamartine era desmentido á cada paso, y las nacionalidades espiraban con los ojos vueltos á la Francia, que prometiera socorrerlas, y que se negaba á tenderles la mano. La resolucion votada por la asamblea en 24 de mayo: «Pacto fraternal con la Alemania, reconstitucion de la Polonia, emancipacion de la Italia,» no habia sido inscrita en la bandera de la república, y la Francia, aislada en su egoísmo, asistia con indiferencia á la derrota de los pueblos que á su ejemplo se levantaran. El mariscal Radetzky habia entrado otra vez en Milan; las ciudades de la Lombardia volvian al poder del Austria; Carlos Alberto, vencido por su enemigo, habia debido aceptar una capitulacion para salvar su corona; el rey de Nápoles reconquistaba la Sicilia, mas Venecia, resucitada á la voz de Manin, se disponia á sostener un prolongado sitio; Roma se revolucionaba, y la partida del papa Pio IX entregábala á Mazzini y á la república; Viena y Berlin hacian un nuevo esfuerzo, ar-

mado para la unidad de la Alemania, que se agitaba espirante en la dieta de Francfort; Praga se rebelaba contra el emperador; la Hungría proclamaba su independencia, y en tanto la Francia, ó por mejor decir, su dictador, tapábase los oídos á fin de que no llegasen hasta ella los suplicantes clamores de los vencidos. La Francia tenía por fin, una constitucion que la carencia de leyes orgánicas hacia muy frágil, pero nadie se cuidaba de votarlas, ni menos aun de estudiarlas: el gran asunto del dia era el nombramiento del presidente de la república. Los partidos no habian retrocedido ante medio alguno para cosechar votos; Ledru-Rollin y Raspail eran secundados por los esparcidos restos de los clubs y de las sociedades secretas; Cavaignac empleaba con igual objeto los poderes de que se hallaba investido; algunos partidarios imprudentes abogaban por el despopularizado Lamartine, ilustre víctima de su patriotismo y de su gran corazon; mas el nombre de Napoleon dominaba á todos los demás con la pasada gloria, y la candidatura del príncipe Luis, difundida por sus ardientes amigos, tuvo desde un principio grandes probabilidades de triunfo. Las elecciones se verificaron en 10 de diciembre entre una emocion inmensa, y el escrutinio proclamó el siguiente resultado: Luis Bonaparte, cinco millones cuatrocientos treinta y cuatro mil, doscientos veinte y seis votos; Cavaignac, un millon cuatrocientos cuarenta y un mil, ciento siete votos; Ledru-Rollin, trescientos setenta mil, ciento diez y nueve votos; Raspail, treinta y seis mil, novecientos veinte votos; Lamartine, diez y siete mil, doscientos diez votos. En 20 de diciembre, el general Cavaignac sube á la tribuna y depone sus poderes junto con la dimision colectiva de todos los ministros; succédele Luis Napoleon, recibido con frialdad y desconfianza por la asamblea, que tan hostil se habia mostrado á su eleccion; el presidente-Marrast lee la fórmula del juramento, y Luis Napoleon, levantando su mano derecha, contesta con voz firme: «¡Lo juro!» Marrast le proclama entonces presidente de la república francesa, y la asamblea con solemne unanimidad grita: *¡Viva la república!*









1

VICTORIA
BRITISH
COLUMBIA
8

16.130